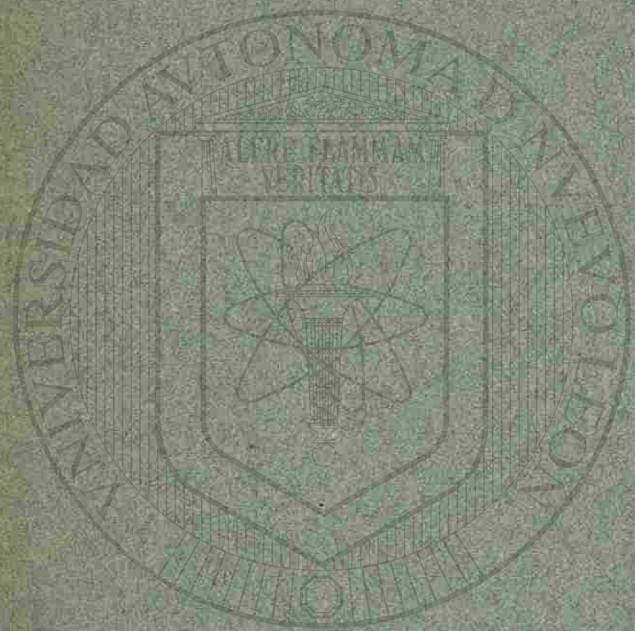


SIDAD
ECCIÓN

AC 75
P5
c. 1



1080045321



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

808(04)

ESTUDIOS Y CONFERENCIAS

DE

HISTORIA Y LITERATURA

POR

ENRIQUE PIÑEYRO



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

110845

IMPRESA DE THOMPSON Y MOREAU

MAIDEN LANE, 51 Y 53

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

13908

Ac75
P.6



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

Á

CÁRLOS CARRANZA

DEDICA

ESTE LIBRO

U A N L

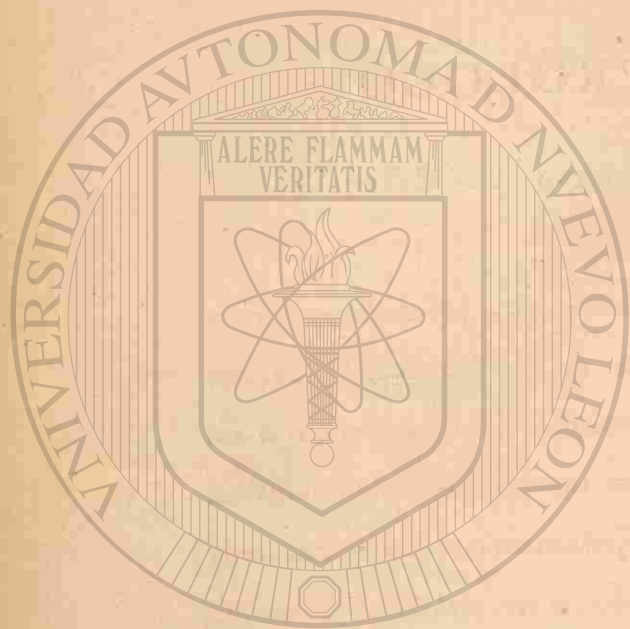
SU AMIGO

EL AUTOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO

Empecé desde muy joven á escribir en los periódicos de la Habana, y aunque nunca he consagrado exclusivamente á las letras todo mi tiempo, he colaborado en casi todas las publicaciones periódicas de la capital de Cuba, y he estado al frente de dos revistas literarias: primero, de la *Revista Habanera*, junto con Juan Clemente Zenea, mi compañero en varias empresas periodísticas; y más tarde, en 1866, de la *Revista del Pueblo*, en cuya dirección sucedí

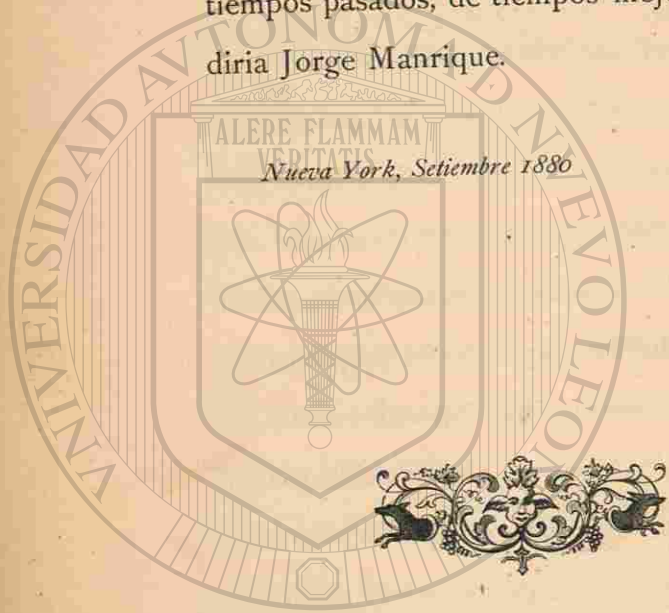
al inolvidable Ramon Zambrana. Después, durante diez años que pasé fuera de la patria, he dirigido también en Nueva York más de una publicación. Si fuese á reunir todo lo que he escrito y publicado en ambas épocas, llenaría varios volúmenes. No ha pasado por mi mente semejante proyecto; y sólo cediendo á benévolas instancias de varias personas, sobre todo del distinguido amigo, á quien dedico este tomo, me he decidido á formar la presente colección, escogiendo trabajos de diversas épocas, reuniéndolos con otros inéditos y con las conferencias que pronuncié últimamente en la Habana, y que se imprimen ahora por primera vez. Al elegir lo que inserto, he procurado obtener ántes que

todo cierta variedad de materias, sin atender á las fechas para el orden de colocación, aunque mencionando al pié de cada trabajo el año, y á veces el lugar, en que fué escrito. Ignoro por supuesto la acogida que recibirá mi libro; pero sé decir que ha sido para mí del más suave y melancólico placer el tiempo que he empleado en prepararlo y corregirlo mientras iba imprimiéndose; he experimentado en todo ese espacio una impresión igual á la que me produjo el otro día recorrer, á la luz de una tarde de otoño, el cementerio de Greenwood. No comparo mis artículos con los suntuosos monumentos de la necrópolis americana; pero, ante mis ojos y mi memoria, son ellos también piedras tumulares, bajo las cuales yacen dor-

x

Prólogo

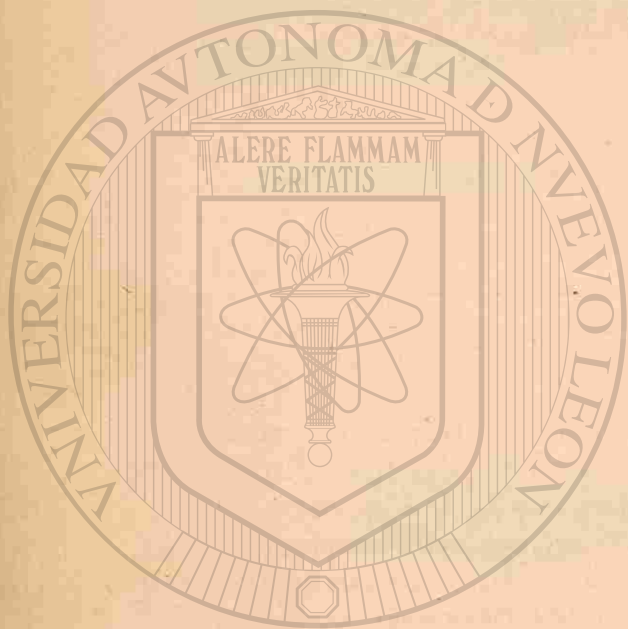
midas para siempre ideas ó esperanzas de
tiempos pasados, de tiempos mejores, como
diría Jorge Manrique.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADAME ROLAND

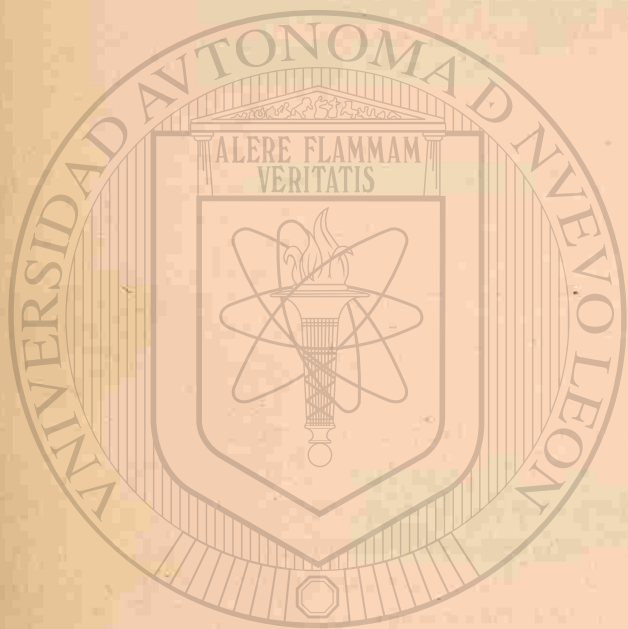
CONFERENCIA

Pronunciada en el Liceo de Guanabacoa (Isla de Cuba)

el 10 de Mayo de 1879

Si se me preguntara cuál es la mujer más notable entre las mujeres célebres de la historia, entre las que llenan aún hoy para nuestros oídos un espacio del mundo, ó un período del tiempo, con su nombre y con su fama, respondería sin vacilar: MADAME ROLAND.

Y voy á empezar diciéndoos cómo y cuándo nació en mi espíritu, hace ya algunos años, el deseo de estudiar de cerca la vida y los escritos de Madame Roland. Un profundo conocedor del corazón humano en general, y del alma femenina en particular, autor de un libro curiosísimo sobre el Amor, el novelista francés Stendhal, recorriendo en sus interesantes Notas de Viaje senderos y caminos por las orillas de un río de Francia, se detiene en alguna parte de las cercanías de



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADAME ROLAND

CONFERENCIA

Pronunciada en el Liceo de Guanabacoa (Isla de Cuba)

el 10 de Mayo de 1879

Si se me preguntara cuál es la mujer más notable entre las mujeres célebres de la historia, entre las que llenan aún hoy para nuestros oídos un espacio del mundo, ó un período del tiempo, con su nombre y con su fama, respondería sin vacilar: MADAME ROLAND.

Y voy á empezar diciéndoos cómo y cuándo nació en mi espíritu, hace ya algunos años, el deseo de estudiar de cerca la vida y los escritos de Madame Roland. Un profundo conocedor del corazón humano en general, y del alma femenina en particular, autor de un libro curiosísimo sobre el Amor, el novelista francés Stendhal, recorriendo en sus interesantes Notas de Viaje senderos y caminos por las orillas de un río de Francia, se detiene en alguna parte de las cercanías de

Lyon y consagra un expresivo recuerdo á la ilustre heroína, diciendo estas palabras, ú otras parecidas: «Por aquí poseyó una pequeña propiedad la mujer que en todo el mundo me inspira más respeto.» Llamóme mucho la atención que el más burlon de los escépticos se prestase tan de buena gana á inclinar la cabeza ante la memoria de la esposa seria y grave, de la parisiense oscura que se llamó primero Juana Maria Philipon, y despues immortalizó el nombre de Roland que recibió de su marido.

Conocia yo de antemano la figura revolucionaria que fué el alma del célebre partido de la Gironda, del grupo admirable de hombres de ardiente corazón y elocuente palabra, que ha hecho derramar tantas lágrimas, y ganado tantas simpatías á la Revolución francesa del siglo último; conocia el gran papel de Madame Roland en sucesos decisivos de la historia, en los trágicos episodios de aquel terrible año de 1793; habia leído y saboreado sus Memorias, la historia deliciosa de su vida tal como ella misma la escribió; conocia en fin su muerte, su manera grandiosa de ascender al patíbulo y de morir, única en los fastos del martirio; y la aplaudía, y la apreciaba tal como merecía, pero sin calor, sin entusiasmo, porque la hallaba demasiado buena, demasiado completa, demasiado heroica, en una palabra. No descubria una sola debilidad, un solo rasgo verdaderamente tierno, verdaderamente

femenino en su vida y en su carácter, y retiraba frío é indiferente los ojos despues de contemplar las proporciones de la hermosa estatua, de mármol purísimo, intachable, pero inanimada, sin palpar del corazón, sin la chispa divina del sentimiento.

Y á menudo me decia—permitidme insistir—tanto talento, tanta gracia, tanta pasión como revelan sus escritos, como indican varios de los actos de su vida, y sin embargo, en conjunto, virtudes comunes á los hombres y nada más? Ni un solo rasgo de mujer! Murió á los treinta y nueve años y nunca amó: tal podía ser el epitafio final de su existencia. Se unió en matrimonio, á los veinte y cinco años, á un hombre mucho mayor que ella, que podía ser su padre, de carácter seco, austero, excesivamente orgulloso, á quien respetó, de quien fué constante, verdadera amiga y compañera leal, pero á quien en diversas ocasiones confiesa que ni amó ni pudo haber amado. El enigma me dejaba perplejo. Misterio indescifrable! ¿Y qué,—siempre me decia—por ventura el psicólogo del Amor, el delicado analizador de la pasión, el perspicaz Stendhal, no supo otra cosa de Madame Roland, nada más adivinó, y formuló elogio vulgar al decir que respetaba á esa mujer como á ninguna otra en el mundo? No, no puede ser.

Y no podía ser. La falta no era de Stendhal, ni mia, ni de ella tampoco. La Madame Roland que

hasta entónces se conocia no era la verdadera Madame Roland ; los rasgos de una nueva y seductora figura aparecieron por primera vez, hace pocos años, y surgió otra heroína que no conocieron los historiadores de la Revolución francesa, que no llegó á entrever la intuición de poeta de Lamartine, que de cierto ni Thiers, ni Luis Blanc, ni el mismo Michelet, siquiera sospecharon.

Descubrióse por casualidad, en la tienda miserable de un barrio apartado de Paris, una miniatura enroscada, objeto inútil y perdido entre las legumbres de un frutero. Era simplemente un retrato de hombre. Detrás del pequeño lienzo se encontró un papel que contenía una breve historia y un elogio del que estaba allí retratado, escrito con la letra firme y conocida de Madame Roland. De ese modo se supo que el hombre era el Girondino Buzot, conocido entre todos sus compañeros por la energía de su palabra, la gravedad melancólica de su carácter y la rectitud inflexible de su conducta política. Ese retrato era, pues, el que ella guardó constantemente en el seno durante su prisión, el que probablemente estrechaba con mano convulsiva al subir con semblante sereno la escalera del cadalso; que el verdugo, dueño de los despojos de sus víctimas, arrancó impiamente despues del tronco exangüe, guardando acaso el marco valioso, y arrojando con desden la pintura y el manuscrito, ámbos de tanto precio hoy para la posteridad.

Pocos meses despues se descubrieron, tambien por accidente, cuatro cartas inéditas y admirables de Madame Roland á Buzot. Y en seguida, para completarlo todo, y acabar de crear la nueva Madame Roland para nosotros, apareció el manuscrito original de las Memorias, que habia sido expurgado y mutilado por manos miedosas. Todos esos novísimos documentos concurrían declarando, en acuerdo cabal, que Madame Roland agregaba una virtud más á sus grandes cualidades, la virtud sublime de haber sentido una pasión avasalladora por un hombre digno de ella, de haber luchado como un atleta (ella misma lo dice) por conservar la inmaculada pureza de su vida ; y un rayo de luz, de fulgente poesía ilumina ahora el surco profundo, la estela de su paso por el océano de la política, el torbellino espumante del naufragio en que pereció con su amor y con sus esperanzas.

Perfeccionado de esta manera el conocimiento del personaje histórico, puedo agregar que pocos serán los que despierten igual interes y reclamen con mejores títulos la atención de la posteridad. Pocos tambien pueden ya ser estudiados y escudriñados más de cerca. Escribió encerrada en un calabozo, en vísperas siempre de oír pronunciada la sentencia de un tribunal inicuo que aplicaba una sola pena, la última pena, á todos los acusados, la confesion, el relato de su existencia en unas Memorias encantadoras, en virtud de

las cuales no son las *Confesiones* famosas de Juan Jacobo Rousseau, un fenómeno aislado, un libro único en las literaturas modernas: le son inferiores solamente en el estilo, que si bien lleno de vida, de gracia y de viveza, no llega á la excelencia soberana de su modelo. Apenas encarcelada, demasiado convencida del fatal desenlace que terminaría su encierro, tuvo la fuerza de alma extraordinaria de evocar allí todos los recuerdos de su niñez, todas las emociones de su juventud, y trazarlas con frescura incomparable. Ha dicho un moralista célebre que dos cosas no pueden mirarse fijamente, el sol y la muerte. Madame Roland, desmintiendo ese magnífico aforismo, contempló la muerte con fijeza durante meses sin sentir el menor estremecimiento. Hizo su confesión general, tan sincera como la de Rousseau, y como ésta sin reticencia ni escrúpulos mezquinos; que no es por supuesto la confesión humilde de una penitente arrepentida, en que no habla por de contado como las que se postran de hinojos implorando vana misericordia ante los altares; sino que tranquila, con la frente levantada, serena y altiva la mirada, apela del fallo de sus extraviados contemporáneos y pide justicia á la imparcialidad de las generaciones venideras.

No intentaré yo relataros aquí los primeros treinta años de su vida, tarea que ella desempeñó admirablemente, y que respeto demasiado para esforzarme ahora

en decir mal lo que está ya dicho y muy bien dicho. Cuando se cambió la escena, cuando el aliento abrasado de la Revolución corrió por la Francia é hizo palpitante, más enérgica y violentamente que el de ninguno, el corazón de Madame Roland, estaba de un todo preparada para el nuevo papel que los destinos le señalaban. Son muy pocos, muy contados los personajes célebres que así se presentan ante la historia, bajo dos diversas fases, y en ámbas perfectamente completas. No hubiera sido Madame Roland esposa y confidente de un ministro de la Revolución, no hubiera inflamado con el vigor de su pluma y la fuerza de su espíritu un gran partido, no hubiera obtenido la muerte gloriosa de los mártires, y todavía hubiese sido una mujer notable. Su vida de joven, su matrimonio, sus cartas privadas en esos dos períodos, su ejemplo, sus memorias, su carácter, la asimilación prodigiosa de las ideas y el espíritu de Juan Jacobo Rousseau, bastarían para inmortalizarla.

La Revolución, vuelvo á decir, la halló preparada; entró en la escena como esos actores de primer orden que, antes de hablar, antes de hacer un gesto, con sólo su aspecto y su mirada, revelan instantáneamente sus grandes facultades. Léjos de París se hallaba cuando ocurrieron los primeros sucesos; mas allí mismo, en Lyon, derramó una vez su exuberante patriotismo describiendo una fiesta cívica á que concurrieron millares

de delegados de otras partes, en un papel que se imprimió profusamente, que leyeron arrebatados esos provinciales, y se aprendieron de memoria para recitarlos de vuelta en sus hogares, que así se vieron un momento iluminados por la inspiración, por las chispas del alma de esa mujer.

Al entrar en Paris volvía á su ciudad natal, donde había nacido y crecido, donde brotaron sus primeras ilusiones, y donde los primeros dolores cruelmente la lastimaron. Allí se había visto desvalida y sola, después de la muerte de su madre, al lado de un padre disipado y vulgar, sufriendo pruebas domésticas, de esas que se esconden á los ojos del mundo y punzan por lo mismo con doble intensidad, y de que se libró buscando refugio en un matrimonio sin amor. Allí había sido testigo indignado de las mil injusticias de un régimen irrevocablemente condenado á perecer bajo el peso de sus mismas iniquidades, y en la oscura medianía de su vida en una familia de artesanos, había concebido aversión profunda contra la sociedad antigua, y alimentado su pasión por la igualdad y la justicia. Porque es la verdad que á Madame Roland y á otros seres como ella, debemos esta conquista preciosa, que es una de las grandes glorias de nuestra época, su mejor timbre quizás en el catálogo de los siglos. De las tres grandes palabras que inscribió la Revolución como empresa de su escudo, de esos tres

vocablos resonantes: *Igualdad, Libertad, Fraternidad*, que simbolizan tanta lucha humana, tanto grito de triunfo y tanto gemido desesperado,—la Igualdad es la única de que puede hoy el mundo, una parte del mundo por lo ménos, declararse en entera posesión. La Libertad es infinita; por ella se combate y siempre se combatirá. La Fraternidad parece aún un sueño de entusiasta, casi un delirio de exaltado. La Igualdad, atmósfera indispensable de todas nuestras ambiciones, sin la cual no se comprende que valga esta vida la pena de vivirse, es el gran resultado del terremoto francés del siglo último. Madame Roland y sus contemporáneos trabajaron con ardor inextinguible por obtenerla; no cesaron ante obstáculos de ningún linaje, hicieron rodar en el patíbulo la cabeza de un rey, pelearon sin descanso y coronaron el esfuerzo supremo dando en holocausto sus vidas y toda la sangre de sus venas.

Contaba ya más de 35 años al volver á Paris, pero no parecía tener esa edad; ella dice, en la famosa descripción que de sí misma inserta en las Memorias, que los tesoros que debía á la naturaleza le permitían ocultar, sin apelar á artificio alguno, cinco ó seis de sus años. Era todavía, en el crepúsculo final de su juventud, una mujer verdaderamente seductora. Tenía una magnífica cabellera oscura, una fisonomía llena de expresión, un cuerpo esbelto, los contornos volup-

tuosos de la verdadera hermosura, y la gracia con abundancia derramada en sus gestos, en su andar, en todos sus movimientos. Cuando hablaba, esos dones parecían crecer y multiplicarse por el encanto de la voz y el acento de su palabra. Citada una vez á la barra de la Convencion, obtuvo señalado triunfo subyugando á todos por la sencilla energía de sus contestaciones.

Los asuntos públicos la interesaban entónces vivamente, y era ya, desde los primeros días de la Revolución, del corto número de personas capaces de seguir la lógica de los sucesos hasta el destronamiento del Rey y la proclamacion de la República. Anudó pronto relaciones con aquellos diputados de la Asamblea Constituyente que profesaban opiniones parecidas. Entre éstos se hallaba Buzot, representante de la Normandía, seis años más jóven que ella, casado, y como ella unido por lazos de costumbre y consideracion, más bien que de amor y comunidad de sentimientos, á la compañera de su vida. La suerte parecia haber dispuesto esos dos séres de antemano para que se amaran si se encontraban. Se encontraron y se amaron. Buzot era un hombre de inflamable corazon, de principios rígidos y firmes, de carácter grave y hasta triste; su figura y sus maneras llenas de distincion y de nobleza, dulce y sensible en el trato íntimo, valiente, agresivo y tenaz en la vida pública. Madame

Roland sintió en el acto la superioridad de un carácter que tantos puntos de contacto mostraba con el suyo. Estaba además en un momento crítico de su existencia, al declinar de su juventud, y su alma impetuosa y ansiosa de combates buscaba, inconscientemente, una pasion que sustituyera el vacío de tantos años inútilmente gastados y perdidos, y los ocupara trayéndole el gozo de luchar y vencer por la honestidad y la virtud. Ambos tenian hasta en eso almas de atletas, respetaban sus deberes, y determinados á cumplirlos querian una batalla más, aunque costase la victoria dolores inauditos.

Quando Buzot fué reelegido para la Convencion, Madame Roland estaba engolfada hacia tiempo en la política; auxiliaba eficazmente con sus consejos y con su pluma á su marido, ministro por segunda vez; reunia en su salon á los miembros principales del partido de la Gironda, y allí á menudo se prepararon y acordaron discusiones y decretos decisivos de la Convencion. Buzot llevaba á la Asamblea las ideas y hasta las pasiones de Madame Roland, que presentaba con el calor y la energía del que halla su patriotismo de acuerdo con los impulsos secretos de su corazon.

Trabóse, como es sabido, el más formidable antagonismo entre los Girondinos y el famoso Danton, que casi fué un momento un duelo entre éste y Madame Roland. La influencia de la mujer fué quizás terrible

en ese homérico episodio. Madame Roland odiaba á Danton; odiábalo por su fealdad, por la grosería de su lenguaje, por el cinismo de su carácter, y subyugada en cuanto tenía de femenino por tan profunda antipatía, no reconoció jamás lo que hubo de grande, de previsor, de verdadero político en Danton. Ocurieron las espantosas matanzas en las cárceles durante tres días funestos del mes de Setiembre, matanzas consentidas y disculpadas por Danton, y trocóse en verdadero frenesí el odio, la repugnancia que inspiraba. En balde tendió Danton más de una vez su mano á los Girondinos proponiendo acallar mútuos resentimientos, sacrificarlos en aras de la patria por todas partes amenazada y al borde de la ruina. Aquellos hombres honrados de la Gironda, inspirados por aquella casta é inflexible mujer, no querían, no podían perdonar crímenes tan horribles, rechazaron indignados la mano cubierta de sangre y de lodo que les ofrecían, y apartaron los ojos de la frente lívida del tribuno.

Ahondáronse las disensiones, aumentó la anarquía, cegó el furor á muchos y un vértigo se apoderó de todos. Fueron días de inmensa angustia; pero al cabo de terribles acometidas la facción más exaltada triunfó. Los Girondinos se sintieron desbordados y perdidos. Unos se dirigieron á las provincias esperando locamente levantar el país contra la tiranía de lo que era ya el Terror organizado. Entre éstos salió

Buzot. Otros aguardaron desesperados en París el desenlace fatal. Roland huyó. Madame Roland, que no debía volver á ver jamás ni á su marido, ni á su amante, ni á sus amigos políticos, penetró radiante y altiva en la prision.

Fué el surgir de una aurora en la noche de la cárcel. Contenta, risueña con sus compañeros de infortunio, amable con los instrumentos secundarios de su tortura, se instaló en su calabozo como en soberbia mansion, y se dedicó á escribir las páginas inmortales que el mundo lee hoy con arrobamiento. Sabía que su marido estaba seguro en el refugio que había buscado, que su hija se encontraba en manos de confianza, y sintió con íntimo, inefable regocijo que, aprisionada, separada del mundo y de los suyos para siempre, sin más horizonte que la muerte, podía por fin consagrar á su amor toda su alma, descubrir y acariciar el misterio que escondía su corazón. Ahí le fué permitido aflojar un tanto los resortes demasiado apretados de su espíritu, deponer las armas que había vestido sin descanso en los dos años pasados en la arena política, y dar rienda suelta á las efusiones de su alma. Delante de los demás sonreía constantemente; sola en su celda derramaba lágrimas abundantes, consoladoras, primer bálsamo que caía sobre las heridas del combate.

Ahí escribió esas cuatro cartas de que he hablado, últimamente descubiertas, monumento único en su

género. Yo, que no admiro excesivamente las cartas célebres de Eloisa, ni en la prosa original latina, ni en la paráfrasis en verso del poeta inglés, no he leído éstas una sola vez sin profunda emoción. Alcanzan una altura maravillosa; no de otra manera las hubiera escrito una Romana, Porcia ó la mujer de Caton, si una ú otra hubiesen vivido en edad moderna. Corneille no pone en boca de sus heroínas acentos de mayor elocuencia y elevación.

Buzot recorría las provincias tratando de levantarlas para volar á París á la cabeza de un ejército y salvar de la prision y de la muerte á la mujer amada. Esta en tanto le pedía que pensase en la patria ántes que en ella, diciendo: «Lo único que temo es que por mí te comprometas en imprudentes tentativas; salva el país y yo espiraré satisfecha. Poco me importan muerte, tormentos ó dolor, todo lo puedo afrontar; no tengas cuidado, llegaré hasta mi hora última sin haber malgastado un solo instante en indignas agitaciones.»

Pero hay un hermosísimo pensamiento, que en diversas formas repite en más de una carta, que revela una situación patética y sublime, como pocas veces la habrá sentido más elevada, áun en situación parecida, el alma humana. En la soledad de su prision puede consagrarse enteramente, por primera vez quizás, al hombre en quien adora; no olvida á su esposo

fugitivo, sin embargo, que es la encarnación de su deber, y se prepara también á defenderlo en el proceso que van á intentarle, de una manera «que sea útil á su gloria,» pagándole así «la indemnización» que cree deberle por sus sufrimientos. Y agrega: «¿Pero no comprendes tú que por lo mismo que me hallo sola es contigo con quien estoy? El cautiverio me permite sacrificarme por mi esposo y conservarme para mi amigo. Gracias á mis verdugos, conciliados están mis deberes y mi amor. No me tengas lástima por tanto. Todos admiran mi valor; por fortuna ignoran mis alegrías.»

Así, ni áun siquiera sueña en huir de la prision. El peligro no la asusta, todos los afrontaría si se tratase de volar al lado de su amigo; pero al salir de allí sería otra vez esposa, madre, esclava sin posible redención. «¡Abandonar estas cadenas que me impone la persecucion de los malvados y que me honran, para ir á cargar esas otras que siempre he arrastrado, que nadie ve y de que no puedo librarme, ah! nó, nó, mejor quedarme aquí.»

Idea indudablemente grandiosa y original! Es el sentimiento que la llena y la consuela. Vive en una celda bastante grande para permitir una silla al lado de la cama; pasa los días leyendo, escribiendo, dibujando, y se siente casi feliz. Hay un momento en que nada le falta. Por una especie de supersticion no ha-

bia querido llevar á la cárcel lo que llama *this dear picture*, un medallon con el retrato de su amigo; pero luego no puede seguir privada « de esa dulce imagen, débil y preciosa compensación de la ausencia del sér amado. La guardo sobre mi corazón, oculta á los ojos de todos, sentida en cada uno de los instantes, á menudo bañada con mis lágrimas. »

No se cansa de comparar su situación, la libertad moral de que goza en la cárcel, con su vida anterior en que santas obligaciones la oprimían, « y despedaban su débil corazón. Estoy (dice) donde el destino lo ha ordenado; puedo servir á la gloria del hombre á cuyo suerte me quiso ligar, y mi cariño obtiene la libertad de abrirse en silencio y depositarse en tu seno. Bendigamos, pues, amigo mio, bendigamos á la Providencia. »

Mucho más quisiera citar, pero me llevaría demasiado lejos, y casi me he reducido á buscar en estos documentos, y traducir, la expresión del mismo sentimiento. Empero lo que he leído basta para justificar mi elogio. Patriotismo inextinguible, amor ardiente, culto de la virtud, cumplimiento estricto del deber, los rasgos fundamentales del carácter de esa mujer extraordinaria poderosamente resaltan en esas cuatro magníficas cartas, escritas en un estilo grandioso que sube sin esfuerzo al nivel de la trágica situación de donde nacieron.

Tenia sobrada razón para desesperar. La catástrofe era inevitable. La Revolución seguía su impulso al través del desorden, el crimen y la guerra á muerte; y no era dado contenerla á unos cuantos diputados de ánimo heroico perdidos, como átomos en la inmensidad, en medio de la demencia universal. Todo fracasó, y el intento frustrado precipitó la ruina de los demás. Los veinte y un Girondinos prisioneros en París se encaminaron al cadalso entonando el himno revolucionario, formando aquel coro final, al pié de la guillotina, que se oye tan bien en la magnífica descripción de Michelet; sublime, fantástico, inaudito, acompañado por el ruido sordo de la cuchilla cayendo á intervalos iguales y apagando cada vez una de las voces, hasta extinguirse y sumirse la última en el silencio de la muerte.

Al llegar el rumor de ese atentado á los oídos de Madame Roland, resolvió poner término á su existencia. El suicidio, dígase lo que se quiera, será siempre el gran recurso de los grandes caracteres al sentirse irremediamente derrotados. Sentóse tranquilamente á escribir su despedida; y el manuscrito, que se conserva, declara que no temblaba su mano al trazar el adiós supremo, en que dice á su esposo que muere porque sabe que no puede ya ayudarlo á sufrir sus desgracias, y que no pierde en ella más que una sombra, objeto inútil de desgarradora inquietud; en que lega orgullosa á su hija Eudora su nombre y su ejem-

plo; en que á todos pide perdon, y se dirige á otro, en fin, en estos términos: « Y tú, cuyo nombre no me atrevo á pronunciar, tú á quien un dia comprenderán mejor los que conozcan y lamenten nuestro infortunio comun, tú que subyugado por la más terrible de las pasiones supiste sin embargo respetar los límites de la virtud, ¿ me perdonarás si acudo primero á los lugares donde podremos amarnos y vivir unidos sin delito? Ahí callan las preocupaciones funestas, las exclusiones arbitrarias, las pasiones rencorosas, la tiranía de toda especie. Ahí voy á aguardarte y descansar. Tú, vive aún, si puedes hacerlo con honor. Mas si el infortunio tenaz te conduce á poder del enemigo, no permitas que mano mercenaria se alce contra tí, muere, y muere libre como supiste vivir. »

Pidió el tósigo á un amigo leal, pero éste le recordó cuánto más digno de ella sería morir á la luz del dia, á manos del verdugo, dejando á la patria y á la libertad testimonio inmortal de su indómita energía. Esa voz despertó en su gran corazon un eco que pasajeramente dormía. Siguió el consejo, y desistió de su propósito.

El dia en que fué llamada á comparecer ante el inexorable Tribunal, donde ni aún le permitieron defenderse, y de cuyo recinto debía marchar directamente al cadalso, salió de su calabozo más risueña y animada que nunca. Vestida de blanco, con un ceñi-

dor de terciopelo negro, sus magníficos cabellos oscuros cayendo en ondas hasta la cintura, fué recibida con viva y tierna simpatía por todos sus compañeros de prision, hombres y mujeres, adversarios políticos y criminales vulgares. Con una mano sujetaba la orla de su vestido y abandonaba la otra á una multitud que la besaba llorando. Un testigo presencial declara que eran encantadores en ese instante los colores de su rostro y la sonrisa de sus labios. A todos contestaba afectuosamente sin decir que iba á la muerte. Pero todos lo sabian. Ante el Tribunal, puesto que le impedían hablar, no quiso defensa de abogado, y se redujo á exclamar ante sus jueces: « Os doy las gracias por juzgarme digna de la misma suerte de los grandes hombres que habeis asesinado; yo trataré de ir al cadalso con el mismo valor con que ellos fueron. »

De pié sobre el carro fatal, en una tarde del mes de Noviembre, recorrió el largo trayecto desde la Conserjería hasta la plaza de las ejecuciones, consolando y sosteniendo á un hombre débil que iba con ella, condenado al mismo suplicio y que tenia miedo de morir. La hicieron pasar por delante de la casa á orillas del Sena donde habia nacido y pasado su infancia y su juventud, donde habia perdido á su santa y cariñosa madre, y sus ojos no se nublaron. Reconoció un amigo entre la multitud que seguía ó aguardaba la fúnebre procesion, y una sonrisa imperceptible para los

demás fué su único saludo. Al llegar al término del viaje, cedió el turno á su compañero diciendo: «Subid primero, no tendríais fuerzas para verme morir.» Y al verdugo que se resistía á intervertir el orden de la ejecución: «No desairaréis la última súplica de una mujer!» Mientras moría su compañero, y paseaba su última mirada por el cielo y por la tierra, se fijaron sus ojos en una estatua colosal de la Libertad que ocupaba el centro de la plaza, á pocos pasos de la guillotina, y pronunció su última palabra: «O Libertad, cómo te han escarnecido!» ó, según algunos, éstas otras: «O Libertad! cuánto crimen cometido en tu nombre!»

¿Conocéis otra escena que en sublimidad pueda comparársele? Cayó como debía caer la mujer más grande de la historia.

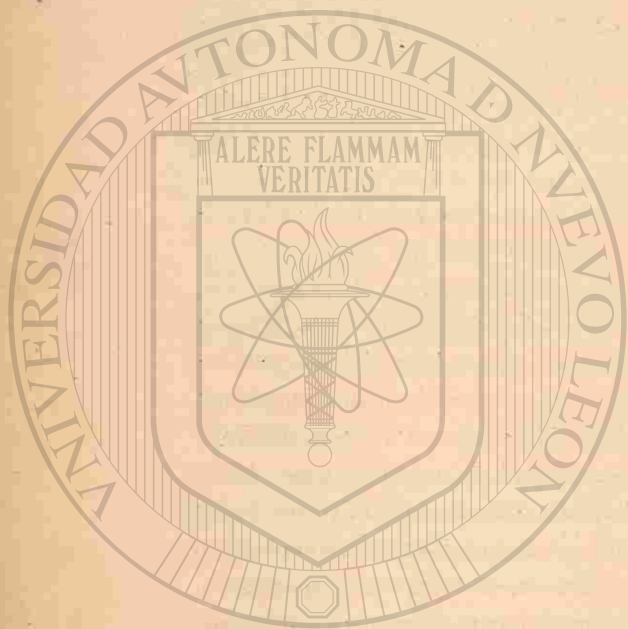
Sus funerales también fueron terribles y dignos de ella. Roland, al saber su muerte, se atravesó con una espada, como Caton al saber la muerte de la libertad romana. Buzot, que estaba más lejos, poco después murió del mismo modo.

Hasta el último minuto quiso el destino marcar fuertemente la superioridad de la mujer respecto de los dos hombres que ocuparon y llenaron su existencia. Ella sucumbió en elevado teatro, bajo el hacha del verdugo, en medio de los gritos y denuestos de un populacho feroz, desempeñando su difícil y grandioso

papel con estupenda energía, mientras ellos perecían oscuramente, solos y apartados, sin la pompa del sacrificio, sin el consuelo de erigir la protesta de su valor en frente de la iniquidad de la sentencia.

Musa por su genio, heroína por su carácter, mujer por sus sufrimientos; vencida en la vida política, herida á muerte en pleno corazón en su vida privada, triunfante sólo por sus talentos y sus escritos inmortales; mártir de una causa santa que la arrastró á la tumba después de haberla forzado á vivir en medio de relámpagos y tempestades desencadenadas, tempestades sin embargo que fueron menos violentas y terribles que las que rugieron dentro de su propio pecho; luchando á brazo partido contra un régimen odioso, á cuya extinción contribuyó, pero sin el consuelo de vislumbrar siquiera los albores del régimen nuevo que había de sucederle,—su existencia en conjunto recuerda la de uno de esos seres en que creyeron los antiguos, cuya fortaleza inspiraba envidia á los mismos Dioses, y que sólo el rayo de la Divinidad era capaz de postrear y destruir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOTAS DE UN VIAJE
POR ITALIA.

—
TURIN, MILAN, VENEZIA.

—
I.

¡ Modane ! ¡ Modane ! Oigo este nombre repetido á gritos, cuando no hacia diez minutos que acababa de dormirme, por primera vez en toda la noche. Eran las cuatro de la mañana ; llevaba ya diez y siete horas de viaje, y soñoliento me incorporo, preparándome á las pruebas reservadas en ese lugar á los viajeros : un cambio de tren complicado nada ménos que con una visita de la Aduana. Sométome resignado á la segunda que es larga y fastidiosa, y aguardo mi turno, y trabajo por desatar las correas de mi maleta, contentándome con murmurar, entre dientes, una palabra italiana que Byron celebraba mucho por original y por expresiva : *che seccatura !* Pues pasamos la frontera, y estoy en un lugar de Italia, doime el gusto de vituperar en su propia lengua á mis verdugos.

Busco nuevo asiento en el nuevo carro, y á viajar otra vez! Vuelvo á mi sopor, sin curarme de que dentro de quince minutos penetramos en el famoso túnel del Monte Cenís. A esta hora nada se ve; los cristales de las ventanas, que el frío ha puesto opacos, no pueden bajarse por temor al humo, que despertaría casi sofocados á mis dormidos compañeros de prision. Cierro, pues, los ojos, y consagro un pensamiento á los ingenieros que designaron los dos puntos opuestos de la montaña donde comenzaron los trabajos, y obtuvieron el triunfo matemático de no perder la derecha de su línea en la oscuridad, y ver á los obreros de uno y otro lado encontrarse, al cabo de años, en el mismo lugar y en el centro mismo de la inmensa mole.

!Torino! !Torino! ¡Al fin! Hace cerca de diez y siete años que la ví por primera vez, vivo aún el conde de Cavour, cuando era capital de una gran parte de la Italia, y orgullosa pensaba serlo de toda la península: ahora una cabecera de provincia, una ciudad italiana de cuarto orden, nada, absolutamente nada. ¡Qué transformacion! Recorro sus calles desiertas, sus inacabables portales, sus antiguos palacios, todo está muerto. Jamás he sentido mejor la frase sublime de Virgilio, las lágrimas de las cosas. *Sunt lachrymæ rerum.* Es una ciudad muy triste, por tanto interesante. Conozco otras en igual, y aún, si se quiere, mayor abatimiento, Venecia por ejemplo. Pero la

miseria de Venecia no inspira este género de interes, infunde lástima si acaso, y nada más; es como un mendigo con andrajos todavía de púrpura y que los ostenta para verlos relucir al sol. Turin, por el contrario, parece la viva representación de un formidable desastre, la ruina aún palpitante de una grandeza por siempre desvanecida; y los despojos de cataclismos morales sacuden el alma con fuerza tremenda.

Ahora la vuelvo á ver, y dejándome embriagar por su honda é incurable melancolía, siento que reviven en la mente recuerdos de la época de mi vida en que la visité primero, y la saludo con respeto, como á una antigua y desgraciada amiga.

Te reconozco, sí, que tu mudanza
No es mayor, nó, que la mudanza mia!

Yo tambien llevo luto en el alma, ¡y qué luto! el duelo de *algo* con que soñé, que confundí conmigo mismo, en que todo lo esperé, para hallarme al cabo sin *ello*, y sin todo por consiguiente! Hace diez y siete años ignoraba yo lo que eran los dolores; ahora puedo repetir sin jactancia un verso célebre y desafiar al dolor á que de nuevo me hiera,—si encuentra dónde. Por eso te reconozco, Turin, y no me cansaria de compadecer tu suerte, si pronto no pensara que este duelo tuyo, que te honra y enaltece, lleva en sí mismo grandísimo consuelo. Te encuentras abando-

nada, abatida, sí; pero ¿cómo olvidar que eres la envoltura áspera y marchita en que se abrigó y creció un germen fecundo, un inmenso designio político, una de las grandes ideas de nuestro siglo, la unificación de Italia? Puedes mirar tu obra y decir que es buena. El árbol gigante demuestra con sus proporciones y lozanía el vigor de la semilla de la cual brotó.

Mas la resurrección de Italia no podía lograrse sino por medio de la guerra, los «dados de hierro» del destino sólo se tiran entre el humo y la confusión de los combates. El Piamonte, que lo sabía muy bien, durante casi un siglo se preparó al efecto. De ahí el carácter militar que, de un modo hasta á veces importuno, ostenta en su decaimiento la antigua capital de Italia. Soldados por todas partes; de carne y hueso por debajo de los portales, pavoneándose con sus abigarrados y caprichosos uniformes; por donde quiera también, fijos é inmortalizados por el metal ó por la piedra.

Aquí, cuatro centinelas de bronce, de tamaño colosal, montando la guardia en torno del desventurado Carlos Alberto; allí, un soldado de mármol agitando su bandera en frente del Palacio Real; acullá, el vencedor de Goito; más léjos, el simple recluta que voló impasible una mina, no recuerdo dónde. Y esto sin contar la larga serie de antepasados de Víctor Manuel, todos más ó menos bandoleros, incluso y á la cabeza

el más ilustre de ellos, el vencedor de San Quintín, el general de Felipe Segundo, Manuel Filiberto, duque de Saboya, que envaina su espada en la plaza de San Carlos.

Puedo cruzar por el medio de las calles, detenerme en el centro á examinar monumentos ó edificios sin temor á los carruajes. ¿Hay carruajes en la ciudad? Miro en todas direcciones, y no veo ninguno. ¿Se han ido con Víctor Manuel á Roma, ó duermen acaso dentro de esos palacios encantados, que parecen no tener porteros, cuyas ventanas nunca se abren, y por cuyas puertas ni sale ni entra nadie?

Vuelvo una esquina y descubro otra estatua, de mármol también, pero de aspecto eclesiástico, la fisonomía al ménos, si no el traje. Ah! es Gioberti, fortísimo combatiente (dice el pedestal) de la idea italiana; ejemplar insigne (digo yo) de un molde que no existe ya, de una especie casi antediluviana, un católico liberal. El tipo ha ido borrándose y perdiéndose ante el ensanche que logra otro gran designio social, otra de las grandes cosas de nuestro siglo, el «ultramontanismo» religioso, la disciplina de los espíritus llevada hasta el último grado, la regla de San Ignacio aplicada al mundo entero.

¡Pobre Gioberti! mirando su estatua surgen y cruzan por mi memoria recuerdos desvanecidos de días de mi juventud. Entre los varios libros que escribió

hay uno, el « Ensayo sobre lo bello, » del que hoy tal vez nadie se acuerda, que contiene páginas elocuentes, y cuyas teorías sedujeron al catedrático de literatura y oratoria en la Universidad de la Habana, en aquel entonces; y el texto de la clase de Estética vino á ser, en un cuaderno manuscrito, una reduccion ó extracto de la obra de Gioberti. Yo, como alumno primero, y luego como profesor de un colegio ligado con la Universidad, me ví forzado á aprender ántes, y despues á enseñar, el susodicho cuaderno. La definicion de la idea de « lo bello, » inolvidable para mí, y que aparecia desde las páginas iniciales, era ésta:—« La union « hipostática é individual de un tipo inteligible con un « elemento sensible por medio de la imaginacion estética. » Ello por de contado no puede llamarse un disparate, pero ¿ cómo hacer penetrar en cerebros de catorce años (edad reglamentaria) semejante metafísico revoltillo? No lo digerí al principio, y cuando, más tarde, emprendí mil veces hacerlo entender por mis discípulos, acabé por convencerme de su invencible oscuridad para inteligencias no del todo desarrolladas. Ni un alumno en ciento, probablemente, lograba desenredar la mística maraña; todos empero tenían que aprenderla de memoria para decorarla en seguida como papagayos.

Este recuerdo acude á mi pesar, y es grato, porque renueva impresiones juveniles. No creo, sin embargo,

al repetirlo, faltar al respeto que te debe, quienquiera que se llame liberal, á tí, valiente autor del « Jesuita moderno. » ¡ Salve, Gioberti, salve! creiste con fé profunda, en dias horribles de borrasca, en la supremacia y la regeneracion de tu patria; y ya lo ves, el destino te ha sido propicio, tu patria regenerada te levanta estátuas. ¡ Dichoso tú!

Ando unos pasos por la via de San Felipe del Socorro, y desde léjos diviso otro monumento, de blanquísimo mármol, y creo desde aquí distinguir dos figuras. En efecto, es la conmemoracion de la verdadera celebridad piamontesa, del gran italiano de nuestros dias, como lo fueron Dante ó Maquiavelo de los suyos, Camilo Benso, conde de Cavour. La Italia en forma de mujer robusta, medio echada en el suelo (no sé porqué) y apenas vestida, le ofrece una corona de laurel; él, de pié, extiende con la mano un papel escrito. La obra en conjunto es mediana, como todo el arte al aire libre de Turin; en especial, los bajo-relieves de la base son de una vulgaridad que no logrará nadie exagerar. El parecido de la cara de Cavour debe ser exacto, recuerda sus retratos fotográficos; pero ese hombre tan grave y tan derecho, que mira hácia adelante con aspecto bastante torvo, no es el Cavour que yo llevo en la memoria, no es el político eminente, que frotándose las manos como expresion de su inalterable buen humor y con una sonrisa perenne en su

dulce y abierta fisonomía, sacudió la Europa, dispuso á su antojo de pueblos, de reyes y de emperadores, y amasó entre sus dedos de artista incomparable, de sublime escultor en pasta viviente, la suerte de su patria, fijando por siglos los destinos de la Italia y de una parte del mundo.

Es víspera de fiesta, el día de mañana se llama de Noche Buena, y los portales se llenan de gente. Todos sin embargo parecen moverse sin objeto, miran con indiferencia las mal surtidas vidrieras de tiendas un tanto raquílicas, y se pasean como cediendo á un hábito de antiguo arraigado, sin verdadero placer. Todos, hombres y mujeres,—y exceptuando los militares en número siempre crecido,—tienen un aire serio y grave, pero sin impertinencia; el carácter piemontés debe en suma ser de agradable comercio; mas yo no lo he de saber en tres días que me quedo aquí, ni lo lograría en treinta. Por tanto cierro la maleta, y en marcha!

 II.

Tomo el tren, recorro con moderada velocidad una vasta llanura desolada por el invierno, de evidente fertilidad, aunque ahora no descubro en ella más producto cosechable que el hielo de lagunas artificiales, que en pedazos informes amontonan sobre carretas dirigidas por muchachos de doce años.

¡Milano! Esto ya es otra cosa; centro perenne de vida italiana, las mutaciones de la política no imprimen aquí efecto decisivo. La capital de Italia puede viajar de Turin á Florencia, y de Florencia á Roma, sin que á Milan se le importe un ardite. Las calamidades mismas de la guerra pasan sobre ella, como pasó la dominación austriaca, sin apagar la fuerza vital que la anima. ¿Cómo disminuir ó acrecentar la invulnerabilidad de una ciudad que ha sido sitiada y tomada un número prodigioso de veces, y de ellas en una, destruida, arrasada por Federico Barbaroja hasta dejar las ruinas por medio del incendio, al mismo nivel del suelo? Pero si esto le da el derecho de llamarse resistente, no así el de creerse bonita, porque ciertamente no lo es, y su fama quizás exceda á sus merecimientos.

Claro está que yo no intento rivalizar con Manuales de Viajeros, y emprender minuciosas descripciones de objetos curiosos. Trato siempre, por el contrario, de pasar por *dupe* lo ménos posible, y sé bien que en cada ciudad,—fuera de la fisonomía externa del lugar, de la manifestación de su modo especial de ser, muy á menudo lo más importante,—sólo se encierran, para el que cuenta bien, unas pocas cosas dignas de particular recordación. En Milan, por ejemplo, no hay más que dos que me inspiren verdadero respeto, el *Duomo* y el *Cenacolo*; en Turin ninguna, salvo la memoria de Cavour.

Voy, pues, á visitar la famosa basilica, la gran catedral, aún no del todo concluida, no obstante datar su primera piedra del siglo catorce. El exterior con sus millares de figuras de mármol, un pueblo de estatuas, sus colosales proporciones, la delicadeza de sus detalles y la potente armonía del conjunto, es poco, es nada, á mi juicio, comparado con el efecto que produce lo interior. No es el templo más grande del mundo, San Pedro de Roma ó San Pablo de Londres son mayores: pero el *Duomo* tiene el privilegio de parecerlo, de dejar la impresion de alcanzar el límite extremo de la extension de un edificio. Los enormes pilares, que separan la nave central de las dos de los lados, parten atrevida y magestuosamente desde el piso hasta la bóveda del techo, hasta el cielo, iba á decir: una altura vertiginosa. Así, entra uno y se siente abismado ante tal grandeza. Nada interrumpe la vista, es la ménos adornada de las iglesias; allá, en el fondo, el altar mayor, que desde la entrada apenas se ve; luégo conté unas doscientas personas sentadas ó de pié en las cercanías del presbiterio, pero desde la puerta hubiera creído que aquel grupo lejano no se componía de más de veinte y cinco individuos. Camino solo en todas direcciones, oyendo perfectamente el ruido de mis pasos, á pesar de que el órgano tocaba en esos instantes un trozo precipitado y alegre del oficio de la Pascua, y que el agudo soprano de varias doce-

nas de chiquillos lanzaba notas penetrantes: pero nada, ni cuerpos ni sonidos, es suficiente á llenar esta inmensa caverna en una montaña de mármol!

La luz entra con dificultad al traves de los vidrios pintados de las ventanas, y el frio se hace sentir con fuerza. Instintivamente iba á cubrirme la cabeza, y nadie lo hubiese notado pues no veo gente sino á grandes distancias. ¡Qué deliciosa temperatura debe reinar aquí, en los días ardientes de Julio, cuando el sol calcina la vasta llanura de la Lombardía! Esta observacion la hizo ántes que yo, en este mismo lugar, si no me engaño, mi tocayo Enrique Heine, aunque con su impietad habitual: «El catolicismo (dijo) es una admirable religion de verano.»

Pero mucho más frio se siente en el refectorio del extinguido convento de Santa María de las Gracias. Jamás ha penetrado la humedad tan adentro en mis huesos, como en esta sala desolada á donde viene la humanidad, como en peregrinacion, para inclinarse ante los casi borrados vestigios de la *Cena* de Leonardo de Vinci, la primera en tiempo, y de las muy primeras en mérito, entre las grandes obras del arte de la pintura. Dícese que visitando Bonaparte este refectorio, en 1796, escribió sentado sobre el suelo la orden de que ninguna de sus tropas profanase con su presencia el lugar para siempre consagrado por el genio del sublime artista. La orden, si es auténtica, no

fué respetada, y el refectorio sirvió de caballeriza primero á los jinetes de su séquito, y despues de almacén de forraje. Me explico hasta cierto punto el sacrilegio. Suprimase con la mente la obra de Leonardo, y no se hallará lugar tan parecido á una caballeriza como este refectorio. Más tarde una inundacion lo mantuvo por varios meses lleno de agua: calcúlense los resultados en un cuadro pintado al óleo sobre una pared. Pero los frailes mismos fueron los que cometieron el mayor sacrilegio desde los años de 1652, cuando, para agrandar una puerta, abrieron el muro, cortaron los piés de Jesus y de varios de los Apóstoles, y sacudiendo la pared hicieron caer al suelo pedazos de la pintura. De ahí las mil y una restauraciones que desfiguran la obra original. Es una verdadera leyenda de martirio.

Y sin embargo, todavía queda bastante de la gloriosa composición para justificar el pasmo de los siglos. Esas trece figuras agrupadas con una sencillez que encanta y un efecto que asombra; esas fisonomías tan diversas, tan características, y tan dóciles al mismo tiempo para expresar el pensamiento completo y armonioso del artista; todo ello envuelto para siempre en la más transparente y penetrante poesía,—es realmente el esfuerzo supremo de uno de los grandes genios del arte italiano.

Hechas estas dos visitas, he llenado la principal

parte de mi objeto; no obstante permanezco tres dias más, voy aquí y allá, miro el *Sposalizio* de Rafael que no es uno de mis cuadros favoritos; paso cerca del Arco de la Paz, más reducido pero más proporcionado que el de la Estrella de Paris, y me paseo por la novísima Galería de Víctor Manuel, donde observo, y á ocasiones admiro, el tipo de belleza de las mujeres lombardas, altas, corpulentas, con piés y manos grandes, facciones llenas de vigorosa expresión, sin el encanto de la dulzura, pero con la fascinación de la energía.

III.

Venecia me llama; cinco horas y media de ferrocarril, un puente larguísimo, de casi tres millas, sobre la Laguna, y me deja el tren en la orilla misma del Gran Canal. Mi hotel se llama «de Europa,» pero tiene otro nombre mejor, ménos prosaico, Palacio *Giustiniani*, una de las mansiones aristocráticas de la antigua república, residencia ayer de una familia que se jactaba de descender de Justiniano, emperador de Oriente, decaida hoy hasta convertirse en albergue de forasteros: uno de los innumerables palacios de nombres sonoros y famosos que se elevan á ambos lados del *Canalazzo*, como dicen los venecianos.

La fortuna hasta ahora me sonríe; hallo en todas

partes un cielo claro y un sol magnífico; voy á hoteles frecuentados por huéspedes ingleses, que son siempre los mejores en Italia, y encuentro en ellos muy pocos pasajeros, pocos hijos de Albion por consiguiente, lo cual es una ventaja, á pesar de que en Venecia no es posible olvidar ni por un instante memorias de la Gran Bretaña. Pero entre el inglés «muerto» y el inglés «vivo» hay una enorme diferencia. Este, con su egoismo agresivo, su brusquedad inconsciente, su orgullo pueril, y más aparente que real, si bien se examina,—es un estorbo dondequiera; hace daño observar el modo como miran los cuadros y monumentos, acercando los ojos hasta casi tocarlos, y comunicando en alta voz las ideas más estrambóticas á sus mujeres, cuando no son ellas quienes las sugieren. El inglés muerto, por el contrario, ha hecho quizás en pro de la celebridad de Venecia más que todos sus duques y todas sus escuadras y todos sus combates contra Bizancio y contra el Turco. Ese puente del Rialto, que no se parece á ningun otro puente, con su único arco, atrevido y robusto, sobre el Gran Canal, y su doble línea de tiendas encima, es más célebre, para muchos, y para mí, porque allí cerca imagino el lugar donde Antonio concertó y prometió al judío Shylock, el inmortal mercader de Venecia, el interes de una libra de su propia carne. Cuando miro la sala del Senado en el Palacio Ducal, me persigue con mayor

obstinacion el recuerdo de Otelo y de Brabancio, que los otros mil episodios reales, históricos, de la vida de los nobles venecianos. Shakspeare pudiera, pues, tener en esta ciudad, donde nunca estuvo, un monumento, un arco triunfal como el que se eleva al Dux Francisco Morosini en una de las salas del citado palacio. No creo que lo merezca ménos; porque si éste lo obtuvo junto con el título de Peloponesíaco, por haber conquistado la Morea para Venecia, que no logró guardarla mucho tiempo,—el gran bardo inglés ganó renombre más duradero, conquistó el mundo para la patria de Porcia y de Desdémona. Dígalo si nó Verona que enseña orgullosa el sepulcro apócrifo de Julieta, y que ve más extranjeros acudir á visitar la tumba de la esposa de Romeo, que sus magníficos é interesantes restos del Anfiteatro de los Romanos.

Después de Shakspeare, Byron,—y paso en silencio nombres distinguidos, como el del autor de «Venecia Salvada»—para referirme sólo á los que gozan de universal reputacion. Si en sus tragedias venecianas, en su *Foscari* y su *Faliero*, no sube Byron á la excelencia poética de su sin par predecesor; si bien es verdad, además, que mucho han contribuido las dos obras mencionadas á extender la leyenda sombría y patibularia de una Venecia que ha existido sólo en la novela y en el teatro, un enjambre de espías, de disfraces, de verdugos y de puñales que no se parece á la



verdadera Venecia de la historia; en cambio, su nombre va adherido á la fama de la ciudad por una multitud de sucesos y reminiscencias personales. Apenas se hallará un viajero en ciento, áun sin ser inglés, que no mire con interes, al recorrer en su góndola el Gran Canal, aquel de los tres palacios de la familia Mocenigo que le señalen como la casa donde habitó Lord Byron. Yo, que soy acaso de los ménos dados á supersticiones, ni literarias, ni de otra especie, fui á visitarlo por ese único motivo, y me senté un instante junto á la mesa en que escribió varios de sus poemas el autor elocuentísimo del Canto Cuarto del *Childe Harold*. La influencia de Byron puede, á mi juicio, reclamar una buena parte de la multitud de extranjeros que anualmente visitan la Italia; ingleses y norteamericanos son siempre la mayoría y llevan á los otros la ventaja de tener en ese canto del *Childe Harold* una guía verdaderamente poética, cuyas magníficas *stanze* son en conjunto el comentario más elevado, más intelectual que se ha escrito sobre las riquezas del arte y la historia de Italia.

Sería fácil continuar sobre este tema generalizándolo y aplicándolo á toda Italia. Habría entónces que mencionar despues de Byron á otro poeta, que le es inferior en reputacion tanto quizás cuanto le supera en mérito, Shelley, que murió á los veinte y nueve años ahogado en el golfo de la Spezzia, y que concibió

su drama soberbio, *Beatrice Cenci*, ante el adorable y nunca bastante admirado boceto de Guido Reni, en el palacio Barberini. Pero me alejo de mi asunto, y debo volver á él.

Es domingo; un sol magnífico alumbra la ciudad, aunque sin fuerza suficiente para disipar la niebla en el mar lejano, allá detras del Lido, ó en las montañas cuyos perfiles dudosos se divisan hácia el norte; pero la luz concentrada, por decirlo así, en la laguna, ilumina las torres y las cúpulas orientales que se destacan en todas direcciones contra el azul del cielo. Salto de la góndola en el muelle de la *Piazzetta*, y recorro la pequeña y originalísima plaza de San Marcos, con sus tres lados de columnas, y en el otro la extraña fachada de la Catedral resplandeciente de oro y de los mil colores de sus mosaicos exteriores. Los rayos del sol acercándose ya á su ocaso, dan de lleno sobre los cuatro caballos dorados, que ordinariamente apenas se ven por estar un poco adentro en la fachada; ahora el exceso de luz hace resaltar y sobresalir esos cuatro trofeos traídos de Constantinopla vencida y tomada por el dux Enrique Dándolo.

Una banda militar toca en el centro de la plaza melodías febriles del autor de la *Traviata*; desde léjos reconozco los gemidos de la agonía de Violeta. Toda la ciudad se pasea sobre las losas del pavimento que ninguna rueda de carruaje viene jamás á gastar ó des-

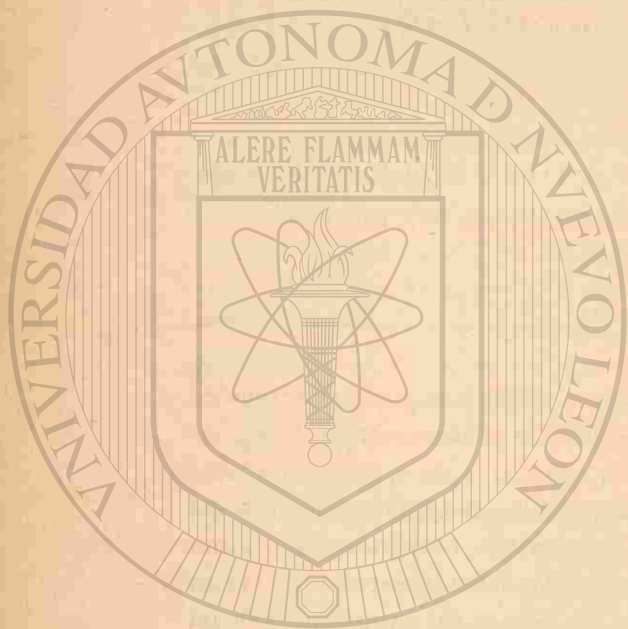
componer. Las mujeres de la clase aristocrática llevan sombreros á la moda de Paris, y á primera vista se parecen á las de todas partes; pero las demás, que son la inmensa mayoría, nada llevan en la cabeza, ó á lo sumo una punta de blonda negra en torno de la trenza de sus cabellos de oro rojizo, el color de tantos retratos admirables del Ticiano. Se pasean lentamente y miran con cierta altivez, natural ántes que estudiada. Sóbrales motivo, son bellas, son hijas de las mujeres que sirvieron de modelo para las madonas deliciosas de Giovanni Bellini, más humanas, más seductoras que las de Rafael, para las espléndidas mujeres que sólo ha sabido pintar el Ticiano, el emperador de los coloristas. Ello constituye un verdadero timbre de nobleza.

Hay multitud de curiosidades en Venecia y muchas merecen una visita; pero la maravilla es la ciudad en sí, con todos sus detalles mirados en conjunto, con sus mil extrañezas, sus palomas, sus calles estrechísimas, sus góndolas, la numeracion de sus edificios, su arquitectura fantástica y variada, su abatimiento mismo, y encima de todo eso el encanto de tanto recuerdo famoso, de tantos episodios novelescos. Cuando el cielo se muestra tan propicio como ahora, y un sol de otoño entibia estos días finales de Diciembre, siente uno, reclinado en la góndola, al deslizarse sobre los silenciosos canales, que lo invade la embriaguez de

la calma, y tal vez se dice que aquí pasaria tranquilamente el último tercio de su vida habituándose á amar la muerte, y verla venir como una dulce consoladora, en medio de esta quietud que parece una preparacion para recibirla.

¡ Puro delirio! ¡ simple ilusion nacida de la apariencia de las cosas! Esto, como todo lo demás, dura muy poco, reflejo fugitivo de una disposicion accidental del ama, un instante de poesía, que acaso seria insoportable si durase algo más que un instante. Pero Venecia impone al pasajero estas ideas melancólicas, y muy contento de sí mismo y de cuanto sobre la tierra le rodea, debe sentirse el que en ellas aquí no abunde. Si ante las tristezas de esta inmensa desolacion, si á la vista de esta pobreza abyecta que fué opulencia incomensurable, de este silencio sepulcral que fué ruido y movimiento y vida, piensa alguno todavía en su propia felicidad, no envidio la ilusion de ese bienaventurado.... Y no la envidio, sobre todo porque no creo que haya verdadero placer en tan profundo engaño.

Venecia, Enero 1878.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BOSQUEJO

DE LA

FUNDACION DE LOS TRECE PRIMEROS ESTADOS DE LA UNION AMERICANA.

El genovés Juan Cabot, navegando al servicio de la Inglaterra, descubrió la parte septentrional del continente americano en 1497, es decir, cinco años después de revelada á los europeos la existencia del Nuevo Mundo por otro hijo de Génova mucho más ilustre. Sebastian Cabot, hijo del anterior, nacido en Inglaterra, visitó por primera vez en 1498 parte de las costas que hoy ocupan los Estados Unidos. El descubrimiento de las dos porciones principales de la América fué, pues, casi simultáneo; pero sólo hasta ahí llega la coincidencia de los sucesos. La historia de la colonización sigue en ambas marcha de un todo diferente. Los opuestos destinos que á una y otra reservaba el porvenir se señalan claramente desde los primeros años. Cortés y Pizarro emprendieron la

conquista de Méjico y del Perú en el primer cuarto del siglo XVI. La colonización del estado de Virginia, punto de partida de los futuros Estados Unidos, comenzó cerca de un siglo más tarde, al arribar á la bahía de Chesapeake, en el mes de Abril de 1607, la primera expedición, compuesta de tres barcos y ciento cinco emigrantes, que fundó á Jamestown. Numerosos ensayos habían precedido, pero por diversas razones todos pasaron sin lograr un éxito verdadero. En vano consagró por varios años Sir Walter Raleigh su nombre, su genio y su fortuna á esa grande obra, grande por los formidables obstáculos de que aparecía circuida, y más grande hoy á la luz de los acaecimientos posteriores, por los incalculables resultados que de ella habían de provenir en bien de la humanidad.

Varias causas explican ese retardo. La Inglaterra ascendía lentamente á su apogeo á principios del siglo XVI; mientras que España, llegada ya al punto más alto de su gloria histórica, podía entonces atender á sus guerras y complicaciones europeas, y conservar energía suficiente para despachar aventureros, diestros en proezas militares, que fuesen á plantar sus armas en la tierra desconocida, que una serie de inesperados accidentes había colocado á su disposición. Jamás ha derramado la casualidad sobre la cabeza de hombre alguno más favores que los que desde la cuna misma empezó á recibir el emperador Carlos V. La historia

sabe demasiado bien cuán poco fruto supo de ellos extraer en bien de los millones de seres que gimieron bajo su cetro; pero durante su reinado arreció el viento de guerra, el torbellino aventurero que soplaba en toda España desde fines del siglo XV; y los hombres ardían en deseos de empuñar las armas, atravesar el Océano, y conquistar las opulentas regiones que parecían como por encanto brotadas del mar para enriquecer á los españoles. La energía del esfuerzo correspondió á la novedad de la situación; simples soldados, hijos de padres humildísimos, se sintieron llenos de la fé y el valor de Alejandro Magno, y siguiendo rumbo opuesto al del héroe macedonio, corrieron como él á sembrar la civilización en lo que por mucho tiempo creyó la Europa que era el término oriental del Asia.

En 1520 ocupó Hernán Cortés, en nombre de Carlos V, el trono mejicano teñido con la sangre de Moteczuma; en 1535 había ya aniquilado Francisco Pizarro la familia de los Incas del Perú; pero sobre la extensión de lo que hoy se llaman los Estados Unidos vagaban incólumes numerosas tribus de indios, belicosos y salvajes, en tranquila posesión del territorio. Era natural que así sucediese. Los aborígenes estaban muy léjos de encontrarse todos en el mismo estado de adelanto; y comparado con el del resto del continente, ofrecía innumerables ventajas el clima de las

regiones visitadas por los españoles. Los mejicanos y los peruanos formaban un pueblo, una nación compacta, poderosa en cierto modo y relativamente adelantada: marchando en són de guerra al encuentro de ella, era seguro hallarla frente á frente, en masa y ofreciendo algún flanco vulnerable. Con las armas que traían los europeos, con sus recursos, sus conocimientos militares y el desesperado valor que exigía la situación, el éxito del encuentro no podía por mucho tiempo permanecer dudoso. El oro y la plata, espuelas de su energía, abundaban por doquiera; el suelo fértil y el cielo propicio auxiliaban eficazmente á los invasores, y de ahí esas verdaderas, deslumbrantes maravillas á que va unido el nombre de Corteses y Pizarros.

Todo era distinto en la América del Norte. Los hombres de piel roja que la habitaban se hallaban esparcidos en un vasto territorio, divididos en número infinito de tribus enteramente independientes las unas de las otras, y destituidos, en su mayor parte, de toda idea ó sentimiento que pudiera conducirlos á organizar una confederación más ó menos imperfecta, pero capaz de resistir á invasiones europeas. Ignoraban muchas de las artes indispensables de la vida, carecían del hábito ó la afición al trabajo, construían chozas de madera y fango, y sólo habían progresado un tanto en la fabricación de los instrumentos necesarios para

la pesca y la caza de que vivían. Eran valerosos por supuesto, y, como verdaderos salvajes, crueles en la victoria y sufridos en la derrota. Mas los europeos allí no podían ni vivir fácilmente sobre el territorio como las bandas españolas, ni utilizar los caballos que hubieran sido valioso aliado en otro país diferente de aquel, de espesas selvas y corrientes invadeables. De aquí proviene la gran semejanza que, en todo y por todo, ofrece la historia entre la suerte que corrieron los indios americanos en el norte, en el medio y en el sur del continente. Exceptuando los pobladores de las islas del mediterráneo mejicano, más adelantados sin duda alguna que los de la tierra firme septentrional, pero débiles de cuerpo y de espíritu por razón probablemente de su aislamiento, y de los cuales es muy difícil, si no imposible, descubrir hoy las últimas huellas en las Antillas,—los indios de Méjico y de la América del Sur existen todavía, aunque degenerados y transformados por tres siglos de embrutecimiento: razas mestizas han surgido que conservan, en sus caracteres físicos y en muchos de sus hábitos, el sello original de los primeros tiempos, y viven hoy pacíficamente al lado de los hijos de sus conquistadores. No así en los Estados Unidos. Ahí el indio ha ido cejando día por día ante la expansión civilizadora, ha ido desapareciendo de los lugares que ántes ocupaba, y conservando sólo, en los lindes provisionales de la

gran república, un estado perpetuo de resistencia, de lucha y de muerte por lo ménos. Nada por cierto hallamos que admirar en la fría y cruel tenacidad de la raza anglo-sajona, que siglo tras siglo ha ido implacablemente arrancando al indio faja tras faja de territorio, sin poder ofrecerle en cambio medios racionales, adecuados de asimilarse los nuevos elementos que sin piedad vienen á empujarlos; pero tampoco dejamos de reconocer que el resultado diverso ofrecido en las regiones colonizadas por miembros de la raza latina, no es debido á condescendencia particular ni á especial cariño de esta otra especie de conquistadores.

Mientras durante siglos resonaba de oído en oído en toda la península ibérica el nombre de las Américas, como un cuento de hadas y milagros, prometiéndole á cada uno riquezas sin cuento con sólo ir á recoger, pocos, poquísimos de los aventureros que dejaban las costas españolas con rumbo hácia el occidente, abrigaban el intento de buscarse allá léjos una nueva patria, de fabricar un hogar y crearse una familia en ese mundo nuevo adonde se dirigían. Desde los tiempos de Sir Walter Raleigh, y aún en medio de las luchas encarnizadas entre Isabel y Felipe II, muchos ingleses pensaban en el suelo americano como emporio posible de frutos ignorados y necesitados en Europa, como terreno propio para la agricultura y el sostenimiento de las familias; en esa misma época,

así como ántes y despues, la América para otros era la tierra del oro y de la plata, nada más.

El primer establecimiento con carácter definitivo de los ingleses, tuvo lugar bajo los auspicios y la dirección de una Compañía formada en Lóndres con ese objeto. Todos los ensayos anteriores habian sido esfuerzos de individuos aislados, y habian fracasado por falta de recursos. La lección de la experiencia indicó los medios de remediar ese defecto y aconsejó el esfuerzo colectivo. El rey Jacobo I autorizó la empresa, expidiendo una Real Cédula, ó Carta, bajo la cual se fundó Jamestown, como ántes dijimos, en la bahía de Chesapeake, el 26 de Abril de 1607. Ya llevaba aquella sección del país el nombre de Virginia, en honor de la reina ilustre, á cuya sagacidad no se escapó el gran porvenir á que estaba llamada la colonización de la América.

En torno de la Virginia, sobre el mismo territorio mal definido hasta donde se suponía llegar la jurisdicción de la Compañía de Lóndres, se formó primero, en 1634, la colonia de Maryland, ó Tierra de María, así llamada por la reina esposa de Carlos I; más tarde las dos Carolinas, del Norte y del Sur, y por último Georgia en 1732. Estas cinco colonias, ó provincias, que han de ser estados futuros de la república y cuatro de ellos los principales de la Confederación rebelde de 1861, tuvieron siempre, por todo el período

de la dominación inglesa, al lado de algunas diferencias de detalle, semejanzas esenciales, que permiten formar con ellas un grupo, cuyo carácter decisivo se ha de imprimir hondamente en el desarrollo de los Estados Unidos, constituyendo desde el principio uno de los grandes factores del interesante problema político y social, á que en el fondo se reduce la historia de la gran república.

Las cinco crecieron y se agrandaron de la misma manera. Exceptuando algunas desviaciones accidentales y pasajeras del tipo comun,—como la de Maryland que empezó siendo colonia exclusivamente católica, porque su fundador, el primer Lord Baltimore, profesaba esa religión, y la de Georgia, creada por un entusiasta que pretendió organizar allí una sociedad modelo,—todas ellas parecían, al poco tiempo de establecidas, un fragmento transportado de la Inglaterra; en sus hábitos, en su régimen interno y aún en algo de su apariencia, justificaban la curiosa ficción jurídica que, sin tener en cuenta el inmenso océano que las apartaba de la metrópoli, las suponía comprendidas en distritos, ó sitios reales, de la Gran Bretaña. La distribución civil era mucho más sencilla, porque la abundancia de terreno y el origen reciente de los títulos de propiedad amenguaba desde luego el carácter servil, que el feudalismo había impreso y conservaba aún en las tierras de la Gran Bretaña; pero bajo los demás

puntos de vista las semejanzas eran numerosas. Distinguiáanse precisamente estas provincias por un carácter aristocrático de que apenas existieron huellas en las colonias septentrionales que formaron la Nueva Inglaterra, á pesar de que en realidad se gobernaban unas y otras conforme á un sistema en cierto modo copiado del que regia en la metrópoli. Todos los habitantes (los habitantes blancos agregamos, pues desde ahora hay que hacer esta importante distinción) conservaban en América sus derechos personales, los derechos ingleses, por decirlo así, de elegir sus representantes, de comparecer en juicio ante jurados de conciudadanos y de gozar de los beneficios de una ley comun. Mas de aquí en adelante comienza la diferencia entre las colonias del Norte y las colonias del Sur. La mayoría de los que primero poblaron estas últimas pertenecía á la clase de hidalgos que en Inglaterra se llama *landed gentry*; traía de Europa el gusto de la vastas posesiones y de la vida retirada del campo, y en los tiempos en que la Compañía de Londres colonizaba la Virginia, cada accion daba á su dueño la propiedad de cincuenta acres de tierra. Asimismo se formaron las grandes haciendas de las dos Carolinas. La configuración del terreno, con sus numerosos rios navegables que corren hácia el Atlántico, se prestaba á ese sistema, y el cultivo del tabaco, principal artículo de comercio de la Virginia, requería espa-

cio para ser reproductivo. Corto número de poblaciones y multitud de fincas repartidas en todas direcciones habian de tender á crear una clase aristocrática, á colocar el país en manos de unos cuantos propietarios, á no ser que los trabajadores fuesen hombres libres y tuviesen el derecho de ir en busca de nuevas tierras que arrancar de manos de los indios y adquirir á título de primeros ocupantes. Precisamente faltaba allí ese género de labradores, y esto nos conduce á mencionar desde luego la esclavitud de los negros africanos, rasgo capital que complica terriblemente el carácter del factor que estas provincias formarán en la organización futura de los Estados Unidos; y que ha de dar como infalible resultado la casta de los grandes propietarios de esclavos, verdaderos barones de un nuevo feudalismo, que áun sentados, siglos después, en el Congreso republicano de Washington, se verán forzados, por la lógica de sus intereses, á falsear primero las instituciones mismas de la patria, y á levantar después su mano fratricida contra el rostro de la República.

El tráfico de esclavos era tenido como perfectamente legítimo en el siglo XVII, y esclavos importados existían en todas y cada una de las trece colonias que, á fines del XVIII, formaron los Estados Unidos de Norte América. Los primeros negros traídos del Africa por traficantes holandeses desembarcaron y se

vendieron en Virginia el año de 1620. El gobierno inglés desde el principio protegió y favoreció la trata, y todavía, en el año de 1774, siendo ya inminente la rebelión general de las colonias, dijo en Lóndres Lord Darmouth que «bajo ningún concepto podía consentirse que las colonias contuviesen ó estorbasen en grado alguno tráfico tan beneficioso como era ese para la madre patria.» En cambio puede añadirse que existe registrado en Boston, desde 1645, el ejemplo de un negro que, por haber sido públicamente vendido como esclavo, fué mandado poner en libertad y embarcado para el Africa. Pero estos casos aislados nada significan en contra ó en favor de la institución. Durante muchísimo tiempo fué universalmente considerada como legal y como justa, y si cuando se levantó en 1790 el primer censo republicano de los Estados Unidos, aparecieron 657,000 esclavos en los estados del Sur y sólo 40,000 en los del Norte, contando entre estos la Pensilvania, Nueva York y Nueva Jersey, razones locales y circunstancias especiales bastan y sobran para explicar la diferencia.

Negros africanos se introdujeron en el Norte lo mismo que en el Sur; aquí crecieron y se multiplicaron, mientras que el número allí siempre ascendió con suma lentitud. El clima cálido, el suelo pantanoso y el carácter de una gran parte de la población hacia bienvenidos en el Sur esos inmigrantes, casi del todo

inútiles é innecesarios en el Norte. En la Virginia y las Carolinas cultivaban principalmente tabaco y arroz, plantas que requerian poco cuidado en aquel suelo naturalmente fértil, con las que desde luego se acomodaba muy bien el trabajo mecánico y rutinero del negro esclavo. Donde apenas podia el blanco sostenerse luchando contra la humedad de la tierra y el ardor del sol, prosperaba el negro y vivia lleno de fuerza y de robustez. De ahí la diferencia; empero los grandes propietarios de las mencionadas colonias no manifestaban sentir por la institucion, en aquella época en que se la miraba como perfectamente legítima, el vivo afecto y entusiasmo que ostentaron más tarde cuando la opinion pública por todas partes la reprobaba. La Gran Bretaña fomentaba el tráfico, obtenia de él crecidas ganancias legalizándolo y reglamentándolo, y si llegaban los negros destinados en su mayor parte á las colonias del Sur, no debe olvidarse que se hacia principalmente ese comercio en buques matriculados y tripulados por hombres de Rhode Island y Massachusetts.

Mas la esclavitud—¿quien no lo sabe?—es un mal que lleva en sí mismo é infaliblemente su castigo. Mientras el número de la poblacion, la instruccion pública, el órden general aumentaban dia por dia en las provincias septentrionales, las del mediodía se desarrollaban con marcada desventaja. El trabajo de

las manos, saludable y regenerador en las unas, era ocupacion servil y desacreditada en las otras. La Europa enviaba cada año una parte de sus habitantes, grupos de agricultores y hábiles operarios que eran el porvenir de la América, y que naturalmente no se dirigian á las regiones donde el trabajo impuesto era una maldicion, peor mil veces que la tiranía de la miseria de que huian, sino acudian á los lugares donde el esfuerzo personal les prometia, casi desde el momento mismo de su llegada, bienestar, independencia y libertad.

Catorce años despues de iniciada la colonizacion de la Virginia, en un día del mes de Noviembre del año 1620, desembarcaban en la costa desolada de Plymouth los ciento dos pasajeros que traia á su bordo la *Flor de Mayo*; eran peregrinos huyendo, por segunda vez en su vida, de la Inglaterra, su patria; que en la Holanda protestante no habian podido hallar el reposo que buscaban; y cruzaban el Océano buscando en las soledades del Nuevo Mundo una nueva patria, espacio para vivir y libertad de profesar las creencias de su religion. La casualidad designó el punto de su desembarque. Allí abordaron y allí se quedaron. Esas ciento dos personas, que en ese dia famoso hollaron el suelo de Plymouth, traian el segundo factor del gran problema histórico americano. Eran miembros de una corporacion religiosa, de una de las numerosas sectas

que se formaban entonces bajo la influencia del libre exámen enseñado un siglo ántes por Lutero, la secta Puritana, Independiente, ó Congregacionista, que con todos estos nombres los conoce aún hoy el mundo ; y venian también á fundar, sin saberlo y sin quererlo, la libertad religiosa en América. Este resultado, sin embargo, no surgiría hasta un remoto porvenir ; en aquel momento eran intolerantes, como lo han sido en su principio casi todas las corporaciones religiosas. Su influencia decisiva, preponderante al cabo, en la formación futura de los Estados Unidos, se ejerce desde el primer momento y en dirección mucho más eficaz. Al desembarcar redactaron y firmaron esos peregrinos un contrato solemne, breve y sustancioso, en que, invocando á Dios, creaban un interes supremo que llamaban el bien general de la colonia, y se comprometían á promulgar leyes con ese solo objeto, así como á acatarlas y obedecerlas : único ejemplo que ofrece la historia de una sociedad nacida de un contrato expreso cuyos términos se conocen y conservan, única ocasión quizás en que la práctica de la vida pública confirma la teoría famosa que popularizaron Rousseau y los revolucionarios franceses del siglo pasado. Lucharon heroicamente contra el áspero clima de aquella region, tan duro que la mitad de la colonia no sobrevivió al primer invierno ; pero decididos á quedarse allí, se pusieron pronto en relaciones con los indios,

su ejemplo atrajo pronto á otros de sus correligionarios, y de aquel primer núcleo nació la Nueva Inglaterra. La colonia no se organizó como la Virginia ; sus hombres no se establecieron en propiedades separadas, á modo de señores ó aristócratas, pues no eran sino gente sencilla y del pueblo ; formaron grupos, verdaderos municipios, para mantenerse siempre unidos y en aptitud de adorar á Dios en comun. Traían de Europa esos hábitos y esa costumbre, y venian sobre todo á seguirlos libremente. Su primer sistema de gobierno se componía de un jefe ó Gobernador, un cuerpo de Asistentes y una Asamblea general ; y en aquella sociedad de fanáticos fervientes era preciso desempeñar tan estricta y austeramente las funciones públicas, que pronto tuvieron que pasar una ley para castigar al que, una vez elegido, rehusase el cargo de Asistente ó Gobernador. Al principio la Asamblea era la reunion de todos los ciudadanos, método posible sólo en sociedades muy reducidas y poco complicadas, y que nos ofrece en esta colonia puritana un ejemplo de la « célula » primitiva, por decirlo así, que, de evolucion en evolucion, ha producido en todas partes los gobiernos parlamentarios de nuestros dias. Cuando la colonia creció, fué necesario cambiar el modo de constituir la Asamblea, y pues tenían el ejemplo de la Cámara de los Comunes de la Gran Bretaña, introdujeron en 1639 algo parecido á ese sistema, y cada municipio

envió en lo adelante dos diputados á lo que llamaban la Corte General.

Al lado de Plymouth formóse otra colonia puritana, compuesta desde su origen por gente de más riqueza y educación que los peregrinos de la *Flor de Mayo*, y que pronto adquirió mayor importancia y extensión, por los hombres de elevada posición social que á ella acudieron, huyendo de la tiranía del pérfido Carlos I. Este nuevo establecimiento se constituyó en corporación bajo el nombre de «Compañía de la Bahía de Massachusetts en la Nueva Inglaterra,» y se desarrolló separadamente hasta 1691, en que se reunió con la colonia hermana de Plymouth, haciendo entre las dos el actual estado de Massachusetts, piedra angular de los Estados Unidos. La organización interna era idéntica; ámbas conservaron fuertemente impreso el carácter religioso, sectario con que habían nacido, en su gobierno y todos sus modos de vivir; confundían el elemento civil y el eclesiástico, y la intolerancia, inevitable en tales circunstancias, se traducía en leyes exclusivas, tiránicas, que venían á pugnar con el espíritu mismo de libre exámen á que debían el sér. Para gozar de los derechos de hombre libre y de ciudadano en ámbas colonias era preciso ser miembro de una iglesia, y todas las iglesias, independientes como se apellidaban y como en realidad lo eran, profesaban el mismo credo, seguían un mismo formulario é inspira-

ban unas mismas costumbres. Esta intolerancia produjo sin embargo un bien; sin ella tal vez no hubiera procedido tan rápidamente la colonización del territorio vecino, y Massachusetts no tendría el honor de ser la primera colonia americana que fué madre de otras colonias. Huyendo de la severidad excesiva de Boston y de Plymouth, partieron numerosos grupos y fundaron varios nuevos establecimientos que fueron luego los estados de Connecticut, Rhode Island y Nuevo Hampshire: en el último hubo pocos puritanos; los otros invitaban y recibían miembros disidentes; y todos contribuyeron mucho á suavizar el fuerte carácter de exclusivismo, que de otro modo hubiera sido un serio obstáculo al crecimiento de la Nueva Inglaterra.

Al mediar el siglo XVII existían ya fundados y seguramente encaminados hácia la prosperidad, los más de los futuros trece primeros estados de la República, y se clasificaban naturalmente, como hemos visto, en dos grandes grupos distintos por su origen, sus hábitos y su constitución; hallábanse además separados uno de otro por una gran extensión de terreno. Mientras así permaneciesen, no era posible señalar ni imaginar las vías del porvenir grandioso que los aguardaba, y á pesar de la identidad de lengua y de raza, no hubieran logrado formar á la larga más que dos naciones diferentes cuando llegase el período de su

completo desarrollo, sobre todo si se tiene en cuenta que una nación extraña poseía, en el territorio que separaba ambas porciones, establecimientos importantes. Eran dueños los holandeses de una factoría en la boca misma del río Hudson, dominaban todo el curso de ese magnífico río, que no sólo ponía en fácil comunicación á los traficantes con el interior del país, estorbando ó reduciendo el comercio de pieles en que se fundaba la prosperidad de Plymouth, sino que presentaba en esa dirección una fuerte barrera contra el crecimiento de la Nueva Inglaterra. Contando con eso habían dado el nombre de Nueva Amsterdam al establecimiento que poseían en el lugar donde el magestuoso río confunde sus aguas con las del mar, en la hermosa bahía que ha de contener la gran ciudad de Nueva York. Los emigrados de Massachusetts que se fijaron al sur, en Rhode Island y Connecticut, fueron los que primero se hallaron en contacto con los holandeses; no tardaron en surgir querellas; y en aquellos días de límites mal definidos y encarnizada rivalidad marítima y comercial entre ingleses y holandeses, no era de esperarse que los Nuevos Países Bajos prosperasen por mucho tiempo en paz y en poder de sus fundadores. Parte de los habitantes de las colonias ayudó gustosa á la metrópoli cuando reventó la guerra, la cual, al cabo de variadas y oscuras peripecias y de haber sido ganada y perdida por las dos partes, vino á

cerrarse en 1694 por medio del tratado de Breda, que dejó definitivamente á Nueva York en poder de la Inglaterra.

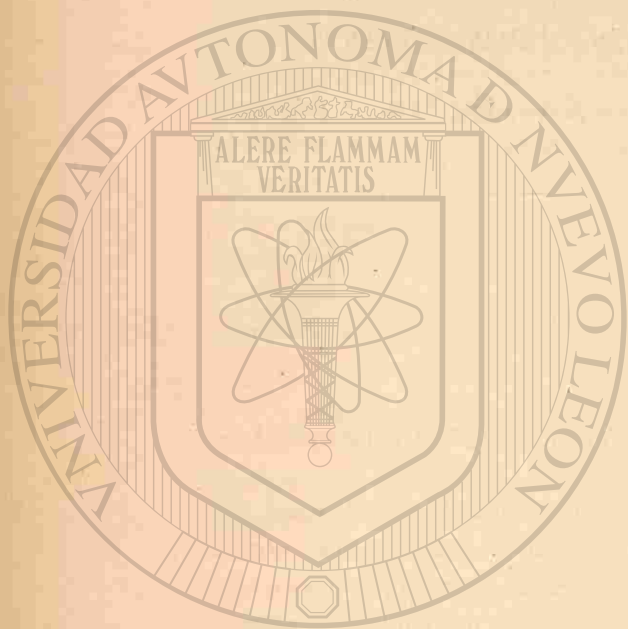
La adquisición de Nueva York designa una época decisiva en la historia de las posesiones inglesas en la América; consumada ella, y constituida en provincia independiente, quedaba sólo esperar que el tiempo fuese poblando y aprovechando el vasto territorio. Lenta é insensiblemente se acumularán las fuerzas que pondrán al subdividido país en aptitud de unirse y combatir algún día contra la Metrópoli.

Los tres estados cuyos nombres aún no hemos mencionado y faltan para componer la cifra total á que llegaron en el siglo XVIII, forman el grupo especial de las colonias cuáqueras, punto de transición, en cierto modo, entre los opuestos caracteres que hemos descubierto y señalado en el Norte y en el Sur. Fueron fundadas ó pobladas por la nueva secta de los cuáqueros, que llegó allí expulsada de todas partes y principalmente de la Nueva Inglaterra, cuyos puritanos perseguidos de ántes eran ahora acerbos perseguidores, como tan á menudo nos dice la historia que ha sucedido en todo el mundo. La primera, Nueva Jersey, comprendida al principio en las posesiones holandesas, lo estuvo despues en el territorio cedido nominalmente, desde ántes de la guerra con los Países Bajos, por la corona inglesa al Duque de York, quien vendió

este pedazo á dos personas; y por una de ellas, Lord Carteret, guerrero conocido en la Revolucion inglesa por su defensa de Jersey contra las tropas del Parlamento, se le dió el nombre que todavía conserva. Poblábanla entónces unos pocos holandeses y escandinavos, en seguida acudieron algunos puritanos disidentes arrojados de Massachusetts; pero los cuáqueros colonizaron la mayor parte. Entre éstos aparece por primera vez el nombre de Guillermo Penn, una de las grandes figuras del protestantismo en América, que para abrazar la nueva fé predicada por un oscuro jornalero y cruelmente perseguida en ambos lados del Atlántico, renunció la parte que habia de corresponderle en la fortuna y consideracion de que gozaba su familia. Fué uno de los primeros propietarios que organizaron la colonia, estableciendo en ella la completa libertad religiosa que apénas podia decirse que existiera en ninguna otra, á no ser en Rhode Island; y consignando más clara y terminantemente que en todas, los derechos políticos de sus pobladores. Deseando luego poblar una provincia enteramente de cuáqueros, compró él mismo un territorio, sobre el cual se elevó la colonia en su honor apellidada Pensilvania. Tres condados meridionales de ésta se separaron más tarde para formar la colonia de Delaware. Pensilvania se distinguió entre todas, desde su origen, por el orden y libertad que la rigieron; y es el timbre incomparable

de su fama haber sido la única que vivió en paz y armonía constante con los indios, despues de ajustar con ellos un tratado á que jamás faltó ninguna de las partes.

Esto sucedia á fines del siglo XVII; á principios del XVIII estaban ya fundadas, aunque en virtud de impulsos separados, como hemos dicho, las trece colonias británicas. Mucho ménos de un siglo después, la fuerza de las cosas y las combinaciones de la política las reunieron en una accion comun y eficaz, de la cual nació la República de los Estados Unidos de Norte América.



LOS ESTADOS UNIDOS

EN 1875

CONFERENCIA)

Os voy á hablar de los Estados Unidos de la América del Norte.

El rápido engrandecimiento de esa república, modelo para unos de cuanto hasta ahora se ha realizado de mejor y más completo en el orden político, ejemplo para otros del grado más alto de confusión y extravagancia á que la exageración de ciertos principios puede conducir á una sociedad, es de todos modos uno de los más interesantes fenómenos de la historia moderna. Pero es también uno de esos problemas que sólo cabalmente comprenden quienes los estudian sin ira y sin amor,—para usar la frase tan común del historiador romano,—sin idea preconcebida, sin el propósito de encontrar en su desarrollo la prueba de la

eficacia ó debilidad de una teoría previamente acariaciada.

Es forzoso desprenderse, al abordar el problema, de la admiración ferviente y ciega del demócrata europeo, que observa con envidia fácilmente ejecutado en ese suelo virgen todavía lo que en otras partes cuesta ríos de sangre y lágrimas el ensayar, lo mismo que de la miedosa aversión de otros políticos asustadizos que presienten con espanto la americanización—como dicen—del resto del universo.

Es el gran país de los contrastes. Esa tierra, asilo inviolable de la libertad, asiento firme de la igualdad política, inmensa colmena donde cuarenta millones de habitantes trabajan gozando sin temor del derecho absoluto de gobernarse por sí solos, es la nación donde vivían ayer en situación intolerable, como bestias de carga, cuatro millones de seres africanos, cuyos dueños creían, sin remordimiento de conciencia, que pertenecían á otra especie inferior á la especie humana, punto de transición entre el hombre blanco y el animal dañino. Blasfemia por cierto que se pagó muy cara!

Una tempestad, sin igual en los anales del universo, barrió el país y pareció llevárselo, todo y de una vez, al abismo de la ruina. Pero la libertad, la más indulgente de las madres, quiso perdonar la iniquidad que era causa de ese desquiciamiento, de esa horrorosa tormenta; infundióles valor y fuerzas para combatirla,

para sacar á flote su constitucion, para salvarla al traves de sangre, ruinas, miserias y dolores sin cuento, purificándola, inscribiendo en ella tres enmiendas que proclamaron por primera vez el dogma de la igualdad de todos los hombres.

Mas injusticias semejantes no se purgan sólo con retractacion tardía. Diez años lleva hoy de concluida esa guerra sangrienta, y la vasta extension de terreno que le sirvió de trágico teatro es todavía una inmensa llaga, sin cesar abierta, que destila sangre y arranca gemidos al país. La lógica inexorable buscó su aliada natural en la embriaguez de la victoria, y arrastró al implacable vencedor á promulgar esa décimaquinta enmienda de la Constitucion, que los negros celebran anualmente con júbilo como la fecha inmortal de su redencion; pero que cayó como un torbellino sobre aquel suelo devastado, produciendo tal confusion y desconcierto, que puede decirse que allí hoy los que eran siervos son señores y los que eran señores sufren y se lamentan como cautivos.

No recuerdo haber sido testigo de otro espectáculo tan desgarrador como el que presentan algunos de los estados del Sur de la Union Americana. Los hombres, los antiguos paladines de la Confederacion, vencidos, arruinados, víctimas de una tristeza profunda, superior á toda resignacion; las mujeres, más heroicas y ménos prácticas como siempre, alimentando en

su seno todavía la llama del patriotismo que tan caros cuesta, á ellas, á sus esposos, y á sus hijos; vástagos todos de una raza refinada, aristocrática, viviendo ahora en medio de la miseria donde doce años ántes gozaron todas las venturas de la tierra, contemplando con ojos áridos sus hogares desbaratados; proscriptos en su propia patria; indiferentes á la cosa pública; mientras que allá en el antiguo Capitolio, cuyas bóvedas han devuelto tantas veces el eco de ardientes discursos en defensa de los derechos del Estado contra las invasiones del poder central, se agita y ahulla una asamblea compuesta en su mayor parte de negros ignorantes, nombrada por millares de seres embrutecidos por siglos de degradacion, que han acudido á las urnas como manadas de carneros, guiados por pastores sin conciencia, por aventureros insaciables, residuo pestilente dejado por la oleada de la invasion y de la guerra. El Estado, mientras tanto, presa de la bancarrota, del desorden, la miseria y la anarquía; los blancos desesperados y dudando hasta de la libertad; los negros tan infelices como ántes, esclavos de la ignorancia y las pasiones, prostituyendo su derecho hasta confundirlo con la venganza!

Suerte en efecto lastimosa la de esos estados vendidos! Y sin embargo, apénas es posible hacer de ella responsable al vencedor. Sin negar la realidad del dolor, es permitido dudar de la oportunidad del la-

mento. No podía ser de otra manera, pues nunca se cometen en balde faltas de tan tremendas proporciones. Las grandes injusticias dejan siempre huellas profundas, reacciones inevitables, y es forzoso someterse para purgarlas á largas y dilatadas pruebas. Es cruel decirlo; pero más que todos esos dolores, importa al mundo que se haya consignado en la Constitución americana el dogma de la igualdad política y social!

Aleluya pues! Sí, la igualdad es un precepto y un hecho consumado en la patria de John Brown! Los negros son libres y el sufragio es universal. No se ha cercenado ese derecho para compensar el estado de ignorancia de los que lo usan. El viajero que recorre de océano á océano la vasta extension de la República piensa con delicia que todo el que vive sobre ese suelo goza de la plenitud de sus derechos políticos y naturales. Grande y espléndida conquista; pero el hermoso cuadro tiene todavía sombras por aquí y por allí que ennegrecen algunos de sus detalles.

No quiero hablar de los indios, de los pobres indios que no pueden, por su desgracia, comprender los encantos de la civilizacion tan rápida y violentamente como ésta marcha y penetra en la tierra que ocupan desde tiempo inmemorial; los indios cazadores que han de realizar en un día lo que el mismo hombre pálido que se lo exige, tardó siglos en verificar: el trán-

sito de la vida del cazador á la de pastor y agricultor. Mas la civilizacion es inexorable; el indio huye espantado; ella lo persigue, lo alcanza, y como el carro monstruoso de Brama lo aplasta y lo aniquila.

En el extremo occidental de la República se encuentra un Estado cuyo nombre sonoro ha corrido de boca en boca el mundo entero, desierto é inculto hace veinte y cinco años, riquísimo y poblado hoy, la tierra del vellocino á que corrieron desalados millares de Argonautas modernos, y que vuelta ahora en sí de la fiebre de oro que contagió y consumió á tantos infelices, pide á otras artes mejores y más seguros resultados que el incierto azar del laboreo de las minas de oro y plata.

El océano Pacífico baña sus costas, y en la opuesta ribera se extienden vastísimos y opulentos imperios cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos antehistóricos. Una poderosa línea de vapores abrevia la distancia entre ambas orillas y aproxima el Asia á la Europa, porque aún despues de abierto el canal de Suez, no puede ésta por ninguna otra vía competir con la celeridad del ferrocarril transcontinental americano. Sus magníficos vapores llegan atestados de inmigrantes, excedente de la densa poblacion del Celeste Imperio; los más de esos viajeros nunca vuelven á pisar la Tierra de las Flores de donde vienen, y sólo son felices los que mueren seguros de que sus restos dormirán

cerca de los huesos de sus padres. Los vapores, á falta de pasajeros de retorno, vuelven cargados de cadáveres.

¿Qué suerte hallan esos pobres chinos en su nueva patria? Ni los ilotas de Lacedemonia, ni los párias de la India fueron jamás tratados con crueldad ó desprecio iguales. Van allí sólo á trabajar, no pretenden ejercer derechos políticos que las leyes les concederian á los pocos años de residencia, son hijos de una civilizacion antiquísima, y ni estiman ni comprenden la civilizacion europea; piden tranquilidad personal, aire y luz únicamente. Esto es lo que precisamente se les niega. Las leyes del estado los persiguen como á plagas de insectos perniciosos. Los ciudadanos los maltratan, los roban y asesinan sin excusa ni provocacion. No tienen á quién ni cómo demandar justicia. Su testimonio nada vale ante los tribunales, y guay del blanco compasivo que osase declarar en favor de un chino injustamente maltratado!

Así sucede en la misma ciudad de San Francisco de California donde pasan de veinte mil los chinos; calculad cuánto más horrible no será en el interior del estado, donde llegan á cien mil; en las minas, donde la muerte de un chino no causa más efecto que la de un animal sin dueño! La opinion pública los persigue, la mayoría de los residentes los odia á muerte, y es claro que bajo el régimen del sufragio universal

americano no hay remedio local contra los desmanes de la mayoría, pues elige y nombra los legisladores, los jueces, y hasta el verdugo!

¿Cuál es el origen de tan implacable aversión? Helo aquí: éste y no otro: el chino, que vive de arroz, se contenta con la cuarta parte del salario que exige el hombre blanco, comedor de carne. Ha inundado el país, beneficia las minas, ha construido el gran ferrocarril interoceánico que sin él, ó estaría aún incompleto, ó habria costado muchos millones más, tripula toda la marina mercante, atiende con esmero femenino al servicio doméstico, ha producido, en fin, una revolucion económica y hecho bajar considerablemente el valor del trabajo.

El interes, en su forma más sórdida y repugnante, es, pues, la única causa de esa horrible iniquidad. No es odio á la religion de Buda, no es miedo de que introduzcan sus prácticas bárbaras de la poligamia y el infanticidio: es una cuestion aritmética de dinero. Ellos, sin embargo, aguijados por la necesidad no se dejan ahuyentar, y el mal toma tales proporciones que será preciso ponerle término.

La libertad—es mi profunda conviccion—sabe curar los males que ella misma ocasiona. Así ha sucedido con frecuencia en los Estados Unidos. Las prácticas más insensatas se toleran hasta que llega un momento que encienden y excitan la opinion pública

de tal manera que su solo soplo las extirpa y aniquila.

La nueva y extraña secta de los Mormones ha sido por muchos años el escándalo de la civilizacion americana; los mismos que profesan en toda su latitud el principio de la libertad absoluta de los cultos tienen que cejar ante esa práctica vergonzosa de la poligamia, que es un rito fundamental del Mormonismo. Un batallon de soldados hubiera barrido fácilmente del suelo de la patria esa inmunda institucion, hoy sobre todo que el silbido de la locomotora se mezcla triunfalmente con el viento que lleva el eco de los cánticos mormones. El gobierno, que protegió el crecimiento de la secta, ha tenido miedo de atacarla cuando la ha visto fuerte y robusta.

Sabido es en qué consiste ese novísimo culto. Fundado por José Smith, charlatan sin escrúpulos, de quien sus vecinos intolerantes hicieron un mártir, dando así á la secta un prestigio que de otro modo nunca tal vez hubiera conseguido, cayó luego en poder de un aventurero sagaz que condujo á los proscritos á una nueva Tierra de Promision en las orillas del Lago Salado, y predicó el dogma de la poligamia. No hallo sin embargo en esa religion, que recibe anualmente tres ó cuatro mil convertidos, un solo rasgo, una sola idea, un solo símbolo que explique, ó justifique á primera vista, su existencia. Nuevo y triste ejemplo de

la seducción incomprensible que el error ejerce sobre la inteligencia humana! Es un conjunto mal zurcido de fragmentos de ideas comunísimas y prosaicas; pero la organización interna es un dechado de cohesión y centralización. Brigham Young, el sucesor de Smith, el caudillo que los condujo al suelo prometido, es más que un antiguo califa mahometano, Profeta y Rey, jefe espiritual y temporal, señor de las conciencias y árbitro de vidas y haciendas, que supuso una nueva revelación con audaz superchería, y al predicar la poligamia ató con más estrecho vínculo á su rebaño; pues, según la teología mormónica, el mayor número de esposas perfecciona y santifica al hombre, y el profeta Brigham Young es el único que, en consulta con Dios, aprueba ó rechaza inapelablemente un nuevo matrimonio proyectado.

Los americanos juiciosos pensaban con razón que la línea férrea del Atlántico al Pacífico al pasar, como pasa, junto á la Ciudad del Lago Salado, heriría de muerte ese escándalo, esa secta que con sus bíblicas pretensiones de seguir el ejemplo de los patriarcas hebreos, es quizás más bien en realidad un reflejo de la moral primitiva de los indios salvajes. Así ha sido. El mormonismo se agita sacudido en estos instantes por una crisis decisiva; Brigham Young medita un nuevo éxodo, más lejos esta vez, á una isla inculca del mar del Sur, y los habitantes gentiles de la ciudad,

que gracias al ferrocarril aumentan constantemente, persiguen al polígamo, en nombre de la ley común, ante los tribunales ordinarios. Está, pues, el mormonismo, lo repito, á punto de fenecer, ó de huir adonde todavía no lo alcance la civilización, ó de renunciar á la pluralidad del matrimonio. De todos modos ha surgido un problema interesante aún no resuelto por la libertad de cultos americana.

Y esa solución tiene que venir, es forzoso buscarla y encontrarla, porque mañana tal vez no podrán extraerse tan fácilmente del suelo americano otras plantas no menos nocivas, aunque en la apariencia más inocentes, productos deletéreos de una sociedad en estado de fermentación, experimentos atrevidos de la más desenfundada insensatez.

En pleno Estado de Nueva York, el más importante y poblado de la Unión, en medio de la red más estrecha de caminos, ferrocarriles y canales que se ha construido jamás; á pocas millas de las riberas del Atlántico, no ya en las soledades perdidas del Oeste, se han establecido desde hace años, y duran y prosperan, asociaciones extravagantes, organizadoras de la demencia humana en pleno frenesí y desbordamiento. A orillas del noble y caudaloso Hudson, el río que mansamente lame la imperial ciudad de Nueva York, los Cuáqueros del Monte Líbano, comunistas prácticos, que predicán el ascetismo más estricto y pondrían

punto final al crecimiento de nuestra especie si sus doctrinas prevalecieron; que dan al traste en los deliquios de su contemplación extática con el amor de la patria, con el culto de la familia, con el deber público, cimiento y argamasa de toda sociedad terrestre. Más allá, en el paso mismo del tronco central de los ferrocarriles del estado, la comunidad de Oneida, resurrección de la Icaria de Cabet ó la Armonía de Owen, donde todo es de todos, absolutamente comun, el hombre, la mujer, la tierra. En el resto del país, mil otras agrupaciones por el mismo estilo, y en todas las ciudades, por dondequiera, predicaciones disolventes, subversivas de la sociedad y la familia, públicamente profesadas en la plaza pública, impresas en libros y en periódicos, confesadas y adoptadas sin miedo y sin pudor.

Muy larga sería la historia de los extravíos del espíritu americano; me detengo y me pregunto: ¿Dónde se han producido esas excrecencias enfermizas? ¿Es acaso en una nación decrepita, en una sociedad podrida, que naufraga, que zozobra bajo el peso de su corrupción y en las revueltas oleadas de su propio desconcierto? Ciertamente que nó; no es en una nueva Bizancio americana, sino en una jóven, fuerte y libérrima república; en una poderosa federación, donde cuarenta millones de habitantes miran al cielo con la frente erguida y el corazón templado por la conciencia

de su derecho; en un país, en fin, cuya vida robusta ha podido, en el breve espacio de una sola centuria, desarrollar tan gradual y tan rápidamente sus proporciones que—ya lo veis—es un gigante, con el cuerpo y el alma de un Titan, de un Titan moderno, en quien los rayos de Júpiter no imponen sobresalto ni temor.

La extensión del país es un portento por sí sola, desde un océano al otro, desde los grandes lagos del Norte, que son mares verdaderos, hasta los golfos de Méjico y de California. Mirándolo en el mapa, no se comprende el ruido que imperceptibles naciones han logrado causar en el mundo; y dicen jocosamente en los Estados Unidos que el americano residente en Londres no se atreve á salir de noche de su hotel, por temor de caer en el mar adonde quiera que se dirija. Abraza dentro de sus fronteras más de tres millones de millas cuadradas de la zona templada, con una buena parte de agua casi siempre navegable; sus lagos y sus ríos son los mayores del mundo, y embarcaciones sin número, desde el palacio flotante hasta la barca del pescador, los surcan en todas direcciones; costosos canales corrigen la obra de la naturaleza donde no ha querido ella ser propicia al hombre, y acaban de inventar, en el año último, el medio de recorrerlos en buques de vapor; su marina mercante cede sólo, en actividad y número, á la marina de la Inglaterra. El tráfico de un solo lago y una sola ciudad interior,

Buffalo ó Chicago, á orillas del Erie ó del Michigan, es mayor que todo el comercio de cabotaje y travesía del Imperio del Brasil. Setenta mil millas de ferrocarriles, que bastarian para ceñir el globo, proyectan cuádruple y séxtuple línea de acero en todas direcciones. Ningun otro país publica tantos libros é imprime igual número de periódicos.

Centenares de miles de emigrados ponen anualmente el pié en el suelo de la República; vienen hacinados como fardos en barcos de todas las naciones, arrojados en monton, expelidos por el hambre y la miseria de su propio país, como la hirviente espuma de una urna demasiado llena; y al tocar la hospitalaria ribera sienten un nuevo hálito de vida que les enciende y ensancha el pecho. Eran nada y son algo; eran átomos y se convierten en individuos; eran números, simples cifras como las cabezas de un rebaño, y al fin se sienten hombres, iguales al más alto, capaces por primera vez de imprimir al mundo el sello de su virilidad y de su energía. *Cælum non animum mutant qui trans mare currunt*, dijo melancólicamente el poeta latino, porque no previó á los pobladores americanos. Estos inmigrantes mudan de ánimo y de patria juntamente; se embarcan cargados de penas, y pronto olvidan las angustias del pasado y adquieren firme y sólida esperanza en el porvenir. Se forman con sus manos una nueva patria que conquistan del indio salvaje, que

amoldan á su manera y fecundan con su trabajo. Por eso, en la extensión ilimitada de ese continente, repercute, sobre todos los ruidos, el rechinar del hacha abriéndose camino al traves del bosque secular, y la uña del arado domando la tierra montaraz.

¿Cómo se explica esa prosperidad? ¿Cómo se han consumado en ménos de cien años tantas maravillas? Tan rápido, tan precoz y al mismo tiempo tan robusto desarrollo no es, no puede ser producto del acaso ni del concurso de circunstancias puramente accidentales. Antes se les miraba como simples hijos mimados de la fortuna, se les comparaba á un negociante audaz, iniciador de un nuevo género de comercio, y que, como tantos otros millonarios americanos, habia realizado colosales ganancias en épocas en que la competencia era nula, el negocio pingüe y la confianza general. Mas vinieron esós cuatro años de terrible guerra civil, y la carrera de su engrandecimiento pareció de una vez y para siempre interrumpida.

No ha sido así. La guerra les echó encima el peso abrumador de una deuda enorme, esterilizó las ricas provincias meridionales, trastornó por completo el sistema del trabajo, suprimió de una plumada, con la firma de una proclama militar, millones y millones de propiedad, repartió á manos llenas por todo el país la agria levadura del odio entre hermanos, de la vida corruptora del campamento, de la especulación insolente

y sin freno; y sin embargo, no los ha arruinado. Ha cimentado nuevamente su poder; lo ha madurado, por decirlo así, sustituyendo una energía mejor dirigida á la petulancia revoltosa y juvenil que ántes los caracterizaba. Y no sólo la guerra civil; mil otras causas disolventes, ensayos corrosivos de que he hablado, y cien más que sería demasiado largo exponer, que en otra parte hubieran precipitado un desquiciamiento, han venido, han desplegado toda su fuerza para el mal, el país ha resistido, se ha asimilado el elemento corruptor, y el veneno ha desaparecido sin alterar el organismo ni debilitar su desarrollo.

Todo eso para muchos proviene de la raza, se explica simplemente por la amalgama anglo-sajona que puebla la Gran Bretaña y colonizó las costas del Atlántico, núcleo y principio, como es sabido, de la República americana. Explicación que á mi juicio nada explica, vaga é inexacta como todas las de su especie. El que rechaza la idea de tener á la raza latina por incapaz de fundar prósperas naciones, niega por lo mismo el segundo término del sofisma que supone á las razas sajonas especialmente preparadas para crear el régimen del orden y de la libertad.

Los hechos además destruyen esa teoría. Siempre ha sido la Inglaterra el asiento del monopolio, la patria del privilegio; colonizó esa seccion americana que todavía hoy se llama Nueva Inglaterra, pero mientras

pudo combatió á sangre y fuego su emancipacion. Hace cincuenta años que vive la Gran Bretaña agitada por la aplicacion incesante de reformas, que sin embargo no han borrado aún el poderoso elemento de desigualdad y aristocracia, que es la esencia de su vida. La verdad es que esa liberalizacion del Imperio británico se debe más que á nada á la influencia directa de los Estados Unidos; la colonia que fué esclava, y es hoy república independiente y feliz, ha producido con su ejemplo eficaz ese interesante espectáculo que en nuestro siglo ofrece al mundo la patria de Jorge Canning y de Roberto Peel.

Pero hay hechos y consideraciones más poderosas. Extiéndese por toda la frontera septentrional de los Estados Unidos un vasto territorio con el mismo clima y las mismas condiciones físicas que la mayor parte de la República americana, colonizado y poblado por hijos de la Gran Bretaña, por ramas del mismo tronco de donde salieron los peregrinos de la *Flor de Mayo*. Tienen un buen gobierno, la misma lengua, costumbres parecidas, energía y vigor iguales.

¿Es acaso idéntica la situacion económica, política y social del Canadá y los Estados Unidos de Norte América?

No pueden estar más cerca, os lo repito. Frente á frente de ese océano despeñado que se llama catarata del Niágara, corre un puente de hierro, delgado, aéreo,

que el viento solo del torrente parece capaz de torcer y desbaratar. Pero es obra de la ciencia, y no se cae; atravesadlo sin temor,—en el otro extremo comienza el Nuevo Dominio del Canadá. El lago Ontario lo baña, la más hermosa parte de la catarata le pertenece, el caudaloso San Lorenzo lo recorre en toda su extension; tiene rios, lagos, bosques interminables, costas, tierras, todas las ventajas de los Estados Unidos. Y con todo eso, Señores, qué enorme diferencia! Lo que aquí es vida y movimiento fecundo, allá es letargo é inmovilidad; lo que aquí parece exuberante y fuerte, ahí es pobre, perezoso y débil. Progresan á pasos cortos y contados; en los Estados Unidos proceden por saltos. No es la raza, nó, digan lo que quieran, la solucion del problema que trato de resolver.

Esos vapores que llegan cargados de familias alemanas, inglesas, escandinavas, irlandesas, que vienen en busca de trabajo y bienestar, y casi siempre lo encuentran,—salen de regiones excesivamente pobladas, donde la actividad humana se halla cercada desde la cuna por altísimas murallas, donde la miseria es una necesidad fatal, incontrastable, producto del agotamiento del suelo y el amontonamiento de los habitantes; navegan en busca de espacio, campo libre donde desplegar sus fuerzas embarazadas. Esto es lo que aquí se les ofrece, y de ahí el rápido crecimiento, la portentosa prosperidad. Está bien; llegan, y se

dirigen á los inmensos territorios del Oeste del Missisipi á luchar contra el indio indómito, el animal feroz, el suelo rebelde, la extension ilimitada. No vienen, pues, á una mansion de delicias, sino á combatir á brazo partido contra la omnipotente naturaleza, ¿y es por ventura sólo en los Estados Unidos donde terrenos fértiles dormitan sin cultivo por falta de labradores? ¿Acaso en la misma Europa no se quejan la Rusia y la Hungría, por ejemplo, de falta de hombres para romper la tierra? El vasto Imperio del Brasil, la fértil Pampa argentina, la República Mejicana sufren más ó ménos del mismo mal. Los gobiernos los llaman, los invitan, los atraen con mil franquicias diferentes. Y no van, ó van en reducido número, y son siempre hombres muy distintos de los que pueblan los Estados Unidos. Tampoco es esta la explicacion que buscamos.

¿De dónde, pues, ha venido ese fondo inagotable de riqueza que en cien años ha convertido una colonia de ménos de tres millones de habitantes en una de las naciones más pobladas y poderosas de la tierra? Respondo á la pregunta con una sola palabra, resuelvo el problema con una sola cifra: débese á sus instituciones. Ellas son la fuerza centrípeta omnipotente que ha congregado en un impulso único tantos elementos discordantes, tantas fuerzas centrifugas que obraban en torno, dirigiéndolas á un fin comun; ellas las que,

con elasticidad nunca vista ni soñada en el universo, han podido extender gradual y seguramente la esfera de su acción y abrazar un continente entero, sin perder del todo su carácter primitivo, su sencillez originaria; ellas, enfin, las que han descubierto y realizado el gran secreto: la creación de un estado grande y robusto como el Imperio Romano de la historia, libre y feliz como la república ideal del libro de Platon.

Sus instituciones, sí. Y bajo esta palabra no comprendo sólo la constitucion política, aunque ella es la primera y principal, y rige hoy tal como fué promulgada hace noventa años, pero enmendada ya la terrible injusticia que, hasta no hace mucho tiempo, la desfiguraba y empequeñecía. A su lado, y como increpándole esa mancha negra, estuvo siempre la Declaracion de Independencia, monumento imperecedero, espléndida recapitulacion de los verdaderos timbres en que se funda la dignidad humana, las causas de vivir de nuestra especie, *causas vivendi*, para usar la enérgica expresion de la lengua del Lacio. Junto con esos dos documentos escritos, tantas prácticas, tantas tradiciones acumuladas año por año, no promulgadas con fuerza ejecutiva, y sin embargo constantemente obedecidas y respetadas. Y entre ellas, por encima de todas ellas, al frente de todas ellas, la biografía de un hombre, la historia de sus acciones, el evangelio de su palabra y de su ejemplo. Aludo á Washington, y su nombre me dis-

pensa de desarrollar largamente este último punto. El mensaje final, ¿quién lo ignora? en que dijo adios á la vida pública, renunciando la segunda reeleccion que le ofrecian, y aprovechando la solemne ocasion y el prestigio de su noble desinterés para dar algunos consejos á sus compatriotas, fué como el testamento de su gloria, y jamás se ha seguido y acatado voluntad de testador alguno con más fidelidad que el pueblo americano los consejos del hombre ilustre que, durante toda su vida, fué el Primero en la Paz, el Primero en la Guerra, y es el Primero en el corazon de sus conciudadanos.

Así, es á veces tan concluyente en los Estados Unidos citar una palabra de Washington para demostrar la ilegalidad de alguna pretension, como un precepto de cualquiera ley escrita. Era muy frecuente hallar, durante todo el curso del año último, en los diarios norte-americanos, largos artículos y relaciones precedidas por este vocablo, impreso en grandes caracteres: CESARISMO. Palabra que en efecto expresa algo bien formidable; Cesarismo, el peor de todos los gobiernos posibles, en el orden de los regímenes políticos sólo un grado más alto que la anarquía; y por mi parte os digo que á la verdad no sé cuál es peor, más humillante y de más terribles consecuencias, si el Cesarismo ó la anarquía. Por fortuna llamaban entónces con ese nombre, en los Estados Unidos, al deseo, sin

verdadero fundamento quizás, atribuido al General Grant, de aceptar una tercera candidatura si sus amigos políticos se la ofrecían. Y lo cierto es que no faltaban amigos imprudentes que de eso hablasen. El resultado fué un pronto desastre. Las elecciones de Noviembre de 1874 mostraron por primera vez en minoría, desde la elección de Lincoln en 1860, al partido que salvó la Union y combatió la separación de los Estados del Sur. Nadie hasta entonces había intentado rebelarse contra el ejemplo y la memoria del Padre de la Patria; el pueblo resintió vivamente el irrespetuoso intento, y apresuróse á rendir un nuevo y brillantísimo homenaje al grande hombre que fué el primer Presidente de la República.

Grande hombre, sin duda alguna. Grande y bueno en el sentido verdaderamente moderno de la palabra; dechado inmortal del varon fuerte y honrado que ama á su patria, que la sirve y la respeta. No estuvo dotado de una de esas inteligencias soberanas, á lo Julio César, que todo lo saben, todo lo alcanzan y todo lo amoldan con voluntad de hierro al triunfo de su ambición personal; su gloria de hombre de guerra palidece al lado del genio militar de Aníbal ó Napoleon; como hombre de estado careció ciertamente de la originalidad de un Bismarck ó el atrevimiento de un Cavour, para usar ejemplos de nuestros dias. Y sin embargo, fuera de la esfera esencialmente diversa de

las letras y las ciencias, sólo encuentro en la historia moderna dos figuras dotadas de los verdaderos atributos de la grandeza humana en toda su fuerza y su pureza, y son dos glorias americanas, Cristóbal Colon y Jorge Washington. El uno, sereno, sublime en todas las peripecias de su vida revuelta y contrastada, lo reunió todo, el genio y la fe, la ciencia y la voluntad, supo concebir y demostrar la idea más nueva, la idea gigantesca de su siglo, y tuvo corazón indomable para creer firmemente en ella y por ella afrontar impávido lo desconocido con todos sus peligros y terrores. El otro dejó trazado para las futuras generaciones el modelo, el ideal de la moralidad política; colocado por las circunstancias en posición de dispensar á su patria los más altos beneficios, cumplió su deber sin esfuerzo, sin jactancia, sin vacilación, como quien llena la más sencilla y fácil de sus obligaciones. Halló, y dejó por siempre fijado, el sentido perdido de lo que el mundo llamaba heroísmo sin acertar á definirlo: el deber cumplido sin desfallecimiento y sin orgullo.

Pero vuelvo á tomar el hilo de mi discurso. Acompaña hoy á la Constitución de los Estados Unidos el prestigio de ochenta y ocho años de duración y de haber resistido á una tremenda sacudida, á una guerra civil de inauditas proporciones. ¿De qué otra constitución puede decirse lo mismo? No es un documento

perfecto; ni se construyen edificios de ese género con carácter de inmutables. Al ser promulgada, por nadie fué acogida con bullicioso entusiasmo, y en este hecho quizás resalta mejor su mérito y su valor, comprobado y aquilatado hoy por el curso de tantos años. Tampoco intentaron sus autores, al redactarla, resumir en preceptos los elementos de la ciencia política. La ciencia política, que aún hoy se encuentra en mantillas y que entonces apenas estaba en ciernes, no suministra soluciones matemáticas para los problemas sociales, no tiene un cuerpo preciso de doctrinas aplicable á épocas ni países determinados. La decantada fidelidad á ciertos principios,—y suelen con el nombre de principios disfrazarse muchos errores;—la exagerada consecuencia de ciertas ideas y teorías, produjo los monstruosos delirios de la Convencion francesa de 1793. Los autores de la ley americana intentaron acordar un pacto que en su esencia fuese un término medio, conciliación de las dos corrientes de ideas que seguían sus compatriotas: la república unitaria de Hamilton y la república federal de Jefferson. Fué, pues, una transacción, y aún se conserva en pié: gran lección para los que en política predicán ideas ó principios absolutos. Pero es muy cierto que esos acomodamientos políticos son en todas ocasiones muy difíciles de realizar; y esa vez sin duda se logró tan pronto, porque mientras los patriotas americanos deli-

beraban, la anarquía había penetrado por las puertas de la República, devoraba ya al país, y era forzoso atajarla.

No es mi objeto analizar ahora la Constitucion de los Estados Unidos; sólo os diré que con tino y precision admirables organizó una nacion, dotándola de un porvenir ilimitado de fuerza y prosperidad; pero que no resolvió la divergencia esencial, el problema palpitante; que lo dejó aplazado, encargando al tiempo de desenlazar el intrincado nudo; y, como siempre sucede, los años pasando no curaron, sino exacerbaron el mal, y agravaron el peligro. Es el eterno y espinoso problema del federalismo, el complicado y difícil secreto de amalgamar la unidad del gobierno central con la variedad de los elementos que representa. Federacion! terrible fantasma! el nombre solo costó la vida á aquel grupo interesante de políticos y oradores que se llamaron los Girondinos de Francia, y con ellos á millares de individuos; ha sido una maldicion para Colombia y Méjico y Buenos Ayres y Venezuela, que por ella han vertido rios de sangre y experimentado las más dolorosas convulsiones. Ayer, ayer no más, fué una voráGINE en que se ahogó al nacer la República de España, y costó á un tribuno elocuentísimo, Girondino contemporáneo, una dolorosa apostasía.

La historia política de los Estados Unidos hasta el año de 1860 es la lucha entre esas dos teorías, entre

esas dos corrientes provisionalmente unidas y asociadas por la Constitución, entre los defensores de la autonomía absoluta de los estados y los sostenedores de la indisolubilidad perpetua del lazo federal; lucha sorda y lenta, pero incesante, en el seno de cada uno de los Estados, que repercutía bajo la cúpula del Capitolio federal en ardorosas discusiones y arengas inflamadas. Ambos lados enviaban sus mejores adalides á combatir en la arena del Congreso, y apenas pasaba un año en que no pareciese próxima á desmoronarse la grande obra política de esa Unión con tanto trabajo cimentada. Ya en 1832 previó Daniel Webster, en una de las más brillantes oraciones que han pronunciado labios humanos, el sangriento porvenir que aguardaba á la nación, y pidió la muerte á Dios antes que ser testigo de la tremenda catástrofe que había de eclipsar y ennegrecer para siempre el fulgente cielo de estrellas de la bandera nacional.

Por desgracia, la Constitución que no había logrado resolver definitivamente ese punto, tenía además un defecto. Un defecto digo, nó; decretaba y perpetuaba una injusticia inexpiable. Estoy dentro de mi tema, Señores. Si es verdad, como lo pienso, que la prosperidad de los Estados Unidos viene casi exclusivamente de sus instituciones, deben igualmente depender sus desgracias y desastres parciales de errores ó defectos de esas mismas instituciones. Y así es. Los

patriotas que compusieron la Convención de Filadelfia hallaron la esclavitud de los negros instituida y arraigada en el suelo de la República; y á pesar de que entre ellos había muchos de los que suscribieron la Declaración de Independencia, no osaron poner la mano sobre la úlcera nefanda. Huyeron, por escrúpulo de conciencia, de mencionar la quemante palabra, no quisieron contaminar con ese vocablo la constitución que redactaban; pero la consagraron y perpetuaron. Cometieron la más extraña y cruel inconsecuencia. Dejaron á los negros tales como los encontraron, es decir, privados de todo linaje de derechos, reducidos á la condición de cosas, propiedades semovientes, como dice nuestra jurisprudencia; y contaban sin embargo á los negros entre los habitantes del país al repartir el derecho electoral, dando á los blancos el voto por los unos y por los otros, y creando una ficticia mayoría, que por muchos años había de superar al crecimiento de la población en el resto del país. Hubo, sí, una restricción, y necesitábanse cinco negros para hacer tres habitantes en el cómputo electoral; pero no debo detenerme en los detalles.

El resultado fué que en el Sur trabajaban sólo los negros, formando los blancos una casta superior con todos los caracteres é inconvenientes de una verdadera aristocracia; y que á medida que el Norte, donde el trabajo no era un envilecimiento sino una bendición,

progresaba en civilizacion y moralidad, se avergonzaba de la injusticia cometida contra los negros, y predicaba su correccion y reforma, abriéndose un abismo de esa manera entre ambas secciones de la República, abismo que cada año se ahondaba más y más, y que al fin, para colmarse, ha necesitado millares de cadáveres y los escombros de centenares de ciudades incendiadas y arruinadas. El resultado fué que esa lucha ardiente y viva de que os he hablado, entre el principio del poder central y la extension de los derechos de los estados, se complicó con una tremenda oposicion de intereses materiales y morales: el Norte anatematizando la esclavitud en nombre de la religion, de la moral, del derecho natural, é invocando en su apoyo la Declaracion de Independencia y la ley suprema, la ley de Dios; mientras el Sur defendia y sugetaba con las manos crispadas lo que llamaba su legítima propiedad, en nombre de la autonomia del estado, en nombre de la Constitucion que la habia respetado y sancionado. El Norte, al maldecir el bárbaro sistema, protestaba su respeto á la Constitucion y negaba todo deseo de pretender inmiscuirse en asuntos de la organizacion interna de los estados; pero el Sur, fuerte, orgulloso, apasionado y marcial como todas las aristocracias, no queria que la seguridad de su riqueza dependiese de la abstinencia ó escrupulosidad de una fraccion de sus conciudadanos, que iba creciendo rá-

pidamente y pronto seria la mayoría del país. El dia en que, por primera vez, el voto de los Estados libres fué bastante numeroso para designar los encargados del poder federal, del gobierno central, fué un dia grande y un dia triste para la libertad. Quedaba en ese momento firmada la sentencia de muerte de la esclavitud; pero se iniciaba tambien una era de sangre y destruccion. La expiacion vino, y fué terrible. La gran república llegó al borde del abismo, y cuán pocos en el mundo suponian valor y resolucion bastante en esos mercaderes del Norte, para sacar triunfante su bandera en lucha mortal con los heroicos paladines de la Confederacion! Parecian reunir todas las virtudes que sustentan los estados, ménos una, la principal, el patriotismo; parecian amar sus bienes y su propiedad más que á la patria; la division dejaba ambas partes suficientemente grandes para formar dos poderosas naciones. ¿A qué luchar contra lo incontrastable? Sin embargo, todo acaeciò de otra manera, y ya sabeis el desenlace.

Yo no quiero tener una expresion amarga ó dura contra los vencidos, pero su derrota era una necesidad ineludible de la historia. No hay un sér humano, no hay una sola conciencia en toda la extension del universo que no hubiera debido resentir con dolor y angustia profundas el triunfo de una nueva nacion, cuya piedra angular era la esclavitud. Es fuerza recono-

cerlo así; pero sea lícito también agregar que pelearon valientemente, que defendieron su error con arrojo y heroísmo dignos de la trompa del poeta. Corrieron á la lid alegres y serenos, como los convidados de una fiesta; sus actos abonaron la lealtad de sus convicciones. Ricos, voluptuosos, felices hasta aquel momento, afrontaron impávidos el hambre y el dolor, y fueron á terminar sus vidas de delicias en el fango del campo de batalla, en la ensangrentada trinchera, en la brecha ennegrecida.

¡Y cuán caro pagaron el triunfo los vencedores! ¡Cuántos fueron y no volvieron! Los guerreros altivos y resueltos de la Confederación, que parecían caballeros destacados de un cuadro de la Edad Media, defendían sus propiedades, su interés inmediato, su ambición personal; las milicias del Norte defendían una idea. Desde aquellas huestes desarmadas que fueron á rescatar el Santo Sepulcro en Jerusalem, no ha visto el mundo ejércitos movidos por más nobles y desinteresados sentimientos. De sobra sabían que el premio de la victoria sería un territorio arruinado, una deuda enorme, y lágrimas y luto por muchísimos años; y corrieron sin embargo á defender la bandera, la Constitución, la patria común, y no depusieron el arnés de guerra hasta que la salvaron.

El problema que los fundadores de la República no pudieron resolver y dejaron en suspenso, quedó

por fin cerrado, y para siempre afirmada la indisolubilidad de la Unión. Apelaron á las armas, y el Dios de las batallas pronunció su fallo. La Unión se cimentó con fuerza nueva, la esclavitud quedó abolida en la décimatercia enmienda de la Constitución, la guerra santa del Norte aprobada en la décimacuarta, y la igualdad política de todos los habitantes de la República, sin distinción de raza ni estigma anterior de servidumbre, en la décimaquinta. Están unidos otra vez, y aunque no son felices, creo que los peligros del porvenir no asoman por ese lado. La reconciliación es un hecho, y la amargura del recuerdo, que aún los separa, es de aquellas que desvanece y borra el curso de los años. Fermenta quizás todavía en el alma de los viejos combatientes un resto de odio; pero las nuevas generaciones gozarán de días mejores y dichosos.

El 4 de Julio del entrante año de 1876 celebrarán el primer centenario de su independencia. En lo que es un breve espacio, para la vida de las naciones, han recorrido una distancia inmensa. Su progreso ha sido á veces un vértigo, siempre una carrera; y pudiera decirse que en diversas ocasiones han marchado demasiado aprisa. Los individuos han vivido y viven allí con precipitación tal, que pasa con frecuencia por anciano un hombre de cuarenta años. La vida es realmente entre ellos una milicia, una campaña; comen de pie, duermen en los ferrocarriles, corren, se

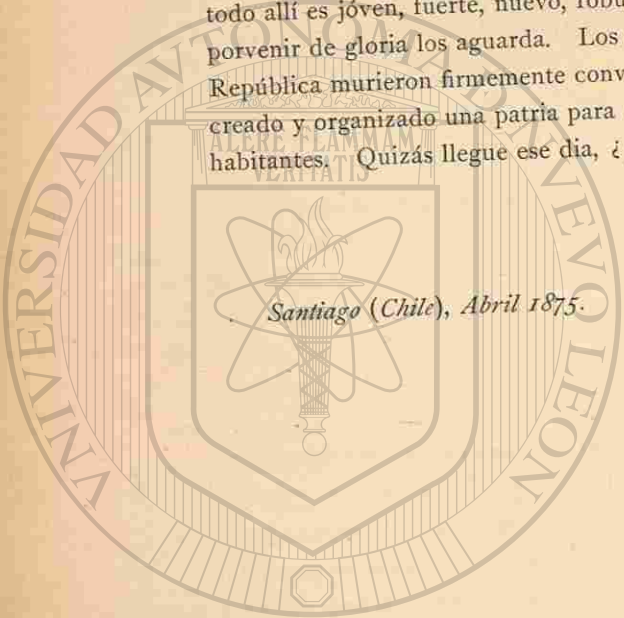
atropellan, y guay del que tropieza y cae! La oleada que viene detrás es ciega, irresistible, arrolladora. Cuando el pobre náufrago logra levantar la cabeza por encima de la revuelta espuma, no descubre ya donde se encuentran los que junto con él partieron. Han desaparecido en el horizonte. ¡Qué arrugas prematuras he visto en rostros juveniles! qué ojos hundidos y febricitantes por la sed inmoderada del lucro en su forma más áspera y violenta! qué frentes devastadas por la lucha, por el agotamiento del cerebro en busca de la fortuna! Es el país del dinero, del *dólar* omnipotente! En la lucha á brazo partido que cada individuo se prepara á empeñar, apenas descendiendo á la arena de la vida, toman todos parte, el hombre, la mujer, el niño. Ni el sexo ni la edad entibian en el pecho el ardor de esa ambicion vulgar. Hay un cierto grado de instruccion, más generalizado quizás que en otras partes, pero exclusivamente encaminado á la práctica ordinaria de la vida y unido á una aspereza, á una ruda educacion de atleta que repugna y que lastima. Las bellas artes, flor divina de la civilizacion humana, cuyo cultivo es una de las necesidades supremas del corazon, ó no existen, ó florecen destituidas de encanto y poesía, objeto á menudo de especulacion y de almoneda. Es un verdadero tormento vivir de esa manera, sin goces del alma, sin dulzuras, sin alegría, y por único reposo la muerte al fin de la jornada!

Hay naciones, en Europa y en América, donde el estado es todo, cercena ó anula la libertad del individuo, y trata como niños á los hombres. En la República norte-americana sucede exactamente lo contrario: el estado es nada, ó muy poca cosa por lo ménos. El ciudadano, que espera fabulosas ganancias de sus atrevidos cálculos ó arriesgadas especulaciones, desdén el siempre mal recompensado servicio público, considera ocupacion indigna de su devorante actividad el arte sublime de gobernar á los hombres. De ahí un grado increíble de corrupcion política: altos empleos en manos de aventureros sin fe ni pudor; jueces elegidos por el espíritu de partido para falsear la ley; asambleas que se prostituyen y venden al mejor postor.

Y sin embargo, os lo he dicho y os lo repito ahora por última vez, es una gran nacion; goza de profunda paz, de riqueza inagotable, crece, prospera, marcha triunfalmente y en primera fila á la cabeza de la civilizacion. Su vasto y hospitalario seno llama y acoge á los enfermos de libertad y de patriotismo del mundo entero, y en él residen felices y respetados cuantos de su país arroja el despotismo ó la injusticia, cuantos prefieren vivir proscritos á vegetar con la cerviz doblada ante la mentira entronizada ó la tiranía omnipotente. Mil problemas le faltan por resolver, muchos escollos formidables que evitar en el camino, heridas

profundas y dolorosas que aliviar y cicatrizar. Pero todo allí es joven, fuerte, nuevo, robusto; un dilatado porvenir de gloria los aguarda. Los fundadores de la República murieron firmemente convencidos de haber creado y organizado una patria para cien millones de habitantes. Quizás llegue ese día, ¿porqué no?

Santiago (Chile), Abril 1875.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL MATRIMONIO DE BYRON

Lady Byron Vindicated. By Mrs. HARRIET BEECHER STOWE.

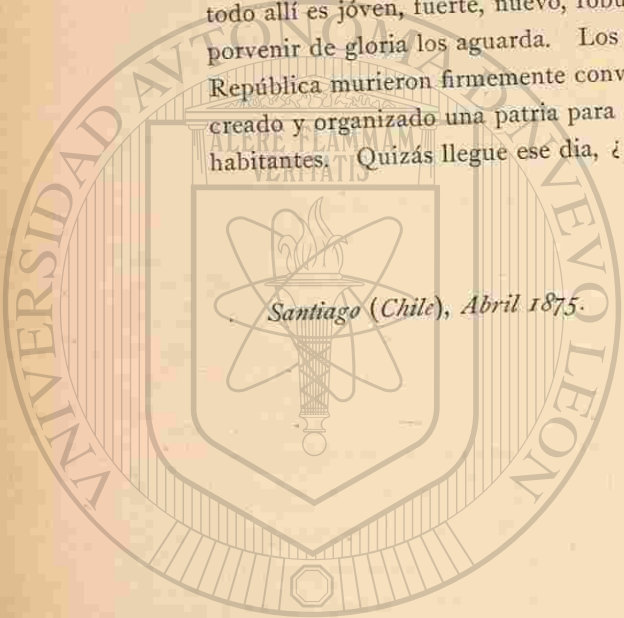
Boston : 1869

I

PUEDA en general decirse que las relaciones conyugales de los hombres de letras son materia estrictamente privada, que de ningún modo cae bajo la jurisdicción de la crítica literaria. Sentado el principio, lo primero, que en seguida debe hacerse, es exceptuar de la regla el caso del matrimonio de Lord Byron. Reuniendo cuanto se ha escrito sobre ese capítulo de la vida del gran poeta inglés, se formaría una no muy pequeña biblioteca; y de cierto nunca vendría la sombra de Byron á lamentarse del escándalo contenido en tantos volúmenes, ni del uso y manoseo de los secretos más íntimos de su vida doméstica; él mismo, en varias poesías líricas y en innumerables alusiones é indirectas contenidas en sus versos y en su prosa, ha

profundas y dolorosas que aliviar y cicatrizar. Pero todo allí es joven, fuerte, nuevo, robusto; un dilatado porvenir de gloria los aguarda. Los fundadores de la República murieron firmemente convencidos de haber creado y organizado una patria para cien millones de habitantes. Quizás llegue ese día, ¿porqué no?

Santiago (Chile), Abril 1875.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL MATRIMONIO DE BYRON

Lady Byron Vindicated. By Mrs. HARRIET BEECHER STOWE.

Boston : 1869

I

PUEDA en general decirse que las relaciones conyugales de los hombres de letras son materia estrictamente privada, que de ningún modo cae bajo la jurisdicción de la crítica literaria. Sentado el principio, lo primero, que en seguida debe hacerse, es exceptuar de la regla el caso del matrimonio de Lord Byron. Reuniendo cuanto se ha escrito sobre ese capítulo de la vida del gran poeta inglés, se formaría una no muy pequeña biblioteca; y de cierto nunca vendría la sombra de Byron á lamentarse del escándalo contenido en tantos volúmenes, ni del uso y manoseo de los secretos más íntimos de su vida doméstica; él mismo, en varias poesías líricas y en innumerables alusiones é indirectas contenidas en sus versos y en su prosa, ha

puesto el público al corriente de sus desdichas privadas y tratado con insistencia de influir, modificar y hasta torcer la opinión general sobre su desgraciado matrimonio. Durante los últimos años de su vida, escribía de tiempo en tiempo á la divorciada esposa cartas que no le remitía, que circulaba privadamente para instruccion ó edificación de sus amigos y admiradores, y que Moore insertó y comentó en las Memorias y Correspondencia expurgadas, dadas á la estampa seis años despues de la muerte del poeta.

Quienquiera que ha escrito sobre Byron ha formulado siempre una opinión sobre el famoso divorcio, ó separacion *amistosa* mejor dicho, echando toda la culpa, bien á la malaventurada mujer, que ha sido lo más frecuente, bien al extravagante marido, á lo cual sólo se han atrevido unos pocos. Pero es indudable que el escándalo producido por sus desavenencias conyugales puso á Byron en el caso de abandonar su país natal, lo condenó á destierro perpétuo, y lo colocó en guerra abierta contra la opinión pública, contra la moral universal, bajo cuyo fallo se mantuvo doblado y luchando con titánica desesperacion. Si se hubiera unido á otra mujer, si la vida de casado hubiera servido, como en tantos otros casos, de puerto del naufragio, y permitiéndole vivir tranquilo, acallando los recuerdos de su desordenada juventud con la utilidad y energía de su carrera de hombre maduro, muchos su-

cesos de la historia de Inglaterra en el presente siglo habrían quizás sido diferentes de como en realidad acaecieron. El valor personal y la profunda sagacidad política desplegados por Byron en Grecia, como actor importante en el drama de la emancipacion de ese histórico pueblo; el talento colosal, casi sobrehumano, que revelan el *Manfredo* y el *Don Juan*, hubieran brotado como un torrente desde el asiento que heredó de sus mayores en la Cámara de los Pares, y vigoroso paladin de la libertad y la regeneracion de su patria, hubiera alcanzado gloria de hombre de estado, y oscurecido á otros simples favoritos de la fortuna, como Wellington ó Palmerston.

El mundo entero sabe que no fué así. El nuevo ángel caído repitió y realizó la sublime expresion del *Lucifer* de Milton: « Mal! sé mi bien; » amontonó blasfemia sobre blasfemia expresadas con elocuencia de fuego y en una lengua que ninguna otra supera en gracia y en vigor; se precipitó más y más en el desorden y la licencia que le traian el vituperio de sus compatriotas; ridiculizó á su pobre mujer en versos inmortales; buscó en el movimiento revolucionario de Italia, en el carbonarismo y otras asociaciones secretas, salida á la actividad de su espíritu indomable. Cuando se convenció de que los italianos nada podian hacer, soñó en venir á América; y por último, se adhirió á la causa de la independencia griega, prodigó ge-

nerosamente su fortuna, y murió en la tierra de los héroes, circundando con nueva y magnífica aureola su frente sublime de poeta.

Apénas murió bajo tan trágicas y fascinadoras circunstancias, comenzó en la patria una poderosa reacción en su favor. El *Don Juan* se había publicado por primera vez sin nombre de autor ó de editor; ni él ni su amigo Murray se atrevieron á afrontar la tempestad que debía desencadenar, y que en efecto desencadenó. Sin embargo, poco despues no tuvo empacho uno de los mejores críticos ingleses, y en el mismo periódico que más duramente atacó la obra al principio, de declarar que preferiria ser autor de una página del *Don Juan* á escribir toneladas de poemas como el *Childe Harold*.

Habia dejado escrita una autobiografía, y legado á su amigo Moore el derecho de publicarla, ó destruirla, despues de su muerte. Fué destruida; publicóse en su lugar una coleccion de fragmentos y cartas, unas completas, otras mutiladas, ligadas y comentadas por el mismo Moore. La vida licenciosa de Byron, en Italia principalmente, está de sobra retratada en ese libro; pero los episodios más escandalosos, de Inglaterra sobre todo, quedaron suprimidos unos, y disfrazados los otros, bajo iniciales y asteriscos. Era de todos modos una biografía copiosa, interesante y auténtica; con ella la reacción pudo llegar á su apogeo,

y los amigos de Byron, es decir, cuantos leian sus versos, tuvieron en qué apoyarse para defenderlo primero, para absolverlo despues. La mujer legítima era en tanto la víctima de esa reacción, como ántes había sido causa ocasional del torrente de impopularidad y maldiciones que lanzó al poeta de su patria. Moore la pone en paralelo con la Guiccioli, la célebre amante del poeta, y no es por cierto la esposa la favorecida en la comparación.

Lady Byron se separó de su marido en Enero de 1816; desde esa fecha hasta 1830 no abrió sus labios una sola vez, ni en pró ni en contra del poeta; abstúvose cuidadosamente de decir al público una palabra sobre los motivos de su separación; y mientras Byron se presentaba sin cesar y en todos los tonos como víctima tan cruelmente tratada que ni aun le dejaban saber cuáles eran los cargos contra él; mientras llamaba Clitemnestra á su mujer y la satirizaba sin piedad en el primer canto del *Don Juan*; ella, con orgullosa frialdad, permanecía impassible y altanera, cuidando á su única hija y guardando silencio inquebrantable. Semejante conducta irritaba más á los defensores de Byron.

En la coleccion de cartas y fragmentos que dispuso Moore, aparecieron muchos insultos dirigidos por Byron á su mujer y á todos sus parientes: padre, madre, aya, etc., etc. Lady Byron, por primera y

única vez, creyó entónces necesario decir algo, aunque sólo en defensa de sus padres, «evitando tocar ningún punto, dijo, que personalmente se refiera á Lord Byron ó á mí.» Desmintió los cargos formulados contra su familia, y dejó perfectamente claro que hubo *graves* motivos para justificar la separacion. No explicó cuáles fueran esos motivos; pero con autoridad irrefutable dejó fijado que eran tales, que dos abogados eminentes y respetabilísimos habian declarado, al saberlos, que de ningún modo debia continuar viviendo al lado de su marido. La aclaracion era digna de una matemática: exacta, precisa, firme, expresando lo que queria decir sin una palabra de más ni de ménos.

Propusieron á Byron que suscribiese un contrato de separacion, y se negó á hacerlo; amenazaron llevar la cuestion á los tribunales, y en el acto se prestó á firmar lo que le pedian. Retiróse entónces de Inglaterra, adonde no volvió en todo el curso de su vida. Segun la ley, tenia el derecho de reclamar á su hija con sólo exigirlo judicialmente; y se abstuvo con cuidado de provocar la cuestion. Es claro, por consiguiente, que si en realidad ignoraba los motivos de la separacion y deseaba saberlos, tuvo siempre el camino para lograrlo. Hubiera sido un escándalo, es verdad; pero su vida fué un escándalo constante, y es curioso que huyera de producir el único que hubiese podido

serle de alguna utilidad. Tenia tambien, segun la ley, el derecho de usar de una parte de la inmensa fortuna de su mujer; y jamás renunció ni dejó de aprovechar esa ventaja.

El público no se fijó mucho, despues de su muerte, en la evidente contradiccion que acabamos de señalar; y la historia de su matrimonio, tal como se repetia en libros y periódicos, venia en resúmen á echar toda la culpa sobre la mujer.

En efecto, la señorita Milbanke sabia perfectamente que Byron era un libertino; conocíalo personalmente, y hasta mantuvo con él correspondencia amistosa por más de un año ántes de contraer compromiso de enlace. Rechazó una vez las proposiciones de Byron; un año despues volvió éste á insistir en su declaracion, por medio de una carta, y entónces fué correspondido y aceptado. La carta era muy hermosa; ella y otros que la leyeron convienen en celebrarla como un modelo. Pero la señorita no era de las que sacrifican su vida ni su libertad por la fascinacion de unas cuantas frases elocuentes; era, por el contrario, una mujer fría, reservada, muy apegada á la etiqueta, estricta cumplidora de todas las formas, aficionada á las matemáticas, entendida en metafísica y hasta pedante en su modo de escribir.

Casáronse el 2 de Enero de 1815 y fueron felices

poco tiempo. Sucedió lo que cuantos los habian conocido profetizaron; los caracteres no se avinieron. Byron era extravagante, desarreglado, cínico por educacion y por sistema, y se encontraba abrumado de deudas; su esposa era exigente, inflexible, impaciente. El 10 de Diciembre del mismo año nació su hija Ada. Las querellas domésticas eran frecuentísimas. A fines de Enero de 1816 dejó ella la casa con objeto de hacer una visita á sus padres; en el camino escribió á Byron una carta cariñosa; apénas llegó á la residencia de su familia, dirigió el padre una carta al yerno, comunicándole la resolucíon de su hija de no volver más á vivir con él. Byron no esperaba ese desenlace; así lo dijo al ménos. Habia vendido hasta sus libros por contentar á sus acreedores, y la noticia lo dejó absorto « en su desierto hogar y en medio de sus lares desbaratados y dispersos. »

La indignacion pública no tuvo límites; artículos, folletos, caricaturas surgian por todos lados, insultándolo ó satirizándolo. Rumores de mil géneros, horrosos unos, absurdos otros, corrian de boca en boca. Resolvió salir de Inglaterra, y sus amigos le aconsejaron que lo hiciera á escondidas para no provocar una demostracion hostil del pueblo de Lóndres. Dióse á la vela para Ostende el 25 de Abril de 1816.

Tales fueron los sucesos principales y conocidos de su breve vida de casado. No volvió á Inglaterra,

y murió en Missolonghi el 19 de Abril de 1824, á los 37 años de edad.

La indignacion pública duró algun tiempo más, espoleada por él mismo, por su *Beppo*, su *Don Juan*, etc.; pero poco á poco fué naturalmente calmándose. Lady Byron sólo habló una vez, en 1830, como dijimos; pero en cuanto á la cuestion personal, en términos misteriosos, sibilinos, cuyo efecto no podia ser muy grande ni dilatado. A la vista de todos quedaban en tanto sus escritos, que eran su mejor defensa, la que él mismo habia preparado. La nueva generacion formaba juicio influido por ellas casi exclusivamente; y como sus grandes obras, sus verdaderos títulos á la inmortalidad, los dos últimos cantos del *Childe Harold*, el *Maufredo*, el *Cain* y el *Don Juan*, fueron escritos desde 1816, todas las ventajas, á la larga, militaron en su favor.

Pasaron diez, veinte, treinta años. Lady Byron vivió hasta 1860. Ada, su hija, que en 1835 se habia casado con un lord, murió en 1852. Creyóse que despues del fallecimiento de Lady Byron se publicarian cartas, papeles, memorias, algo de lo mucho que dejó escrito; parece que en efecto se proyectó; mas se abandonó el propósito.

La hermosa italiana, condesa Guiccioli,—que no murió hasta 1874,—publicó sus reminiscencias de Lord Byron, llenas de cuentos, anécdotas, datos en

favor del poeta, cuya memoria cultivó con orgullo toda la vida, y explotando, en contra de la mujer legítima, el hecho indisputable de haber ella vivido varios años en paz y armonía perfectas con el hombre de quien había huido con horror la altanera patricia inglesa. El libro de la fiel amante fué traducido al inglés; y para dar idea del cambio fundamental de la opinión pública en Inglaterra, basta traducir unas líneas del juicio emitido por la mejor y más aristocrática publicación literaria inglesa, *Blackwood's Magazine*, sobre las memorias de la Guiccioli:

«Lady Byron ha sido llamada la Clitemnestra moral de su marido. El sobrenombre es duro; pero aunque nos duela condenar á una mujer, no podemos desoir la voz de la justicia, que nos advierte que la comparación todavía resulta en favor de la criminal de la antigüedad; ésta, arrastrada al crimen por una pasión incontrastable, privó sólo de la vida á su marido, y arrojó las consecuencias; aquélla abandonó á su esposo en el momento mismo en que él luchaba contra mil escollos, en el tormentoso mar de inconvenientes que le suscitó su matrimonio, y cuando más que nunca necesitaba una mano amiga, tierna, indulgente que lo salvase.

«Además, se encerró luégo en un silencio mil veces más cruel que el puñal de Clitemnestra; éste asesinó sólo el cuerpo; el silencio de Lady Byron intentaba

asesinar el alma (y qué alma!), abriendo la puerta á la calumnia, insinuándose como magnanimidad de callar faltas atroces, depravadas quizás. En vano imploró él con tranquila conciencia una averiguación. A todo se negó, y por único favor le despachó un día dos personas para que examinasen si no estaba loco.

«Fué quizás la única mujer de su especie en el mundo; la única capaz de no sentirse feliz ni orgullosa de pertenecer á un hombre superior al resto de la humanidad, y la suerte fatal decretó que esa mujer única fuese la esposa de Byron!»

«Cualquiera que sea la excusa que á su silencio se dé, (agrega el articulista en una nota) es moralmente como esos venenos químicos, que matan instantáneamente, desafiando todos los remedios y asegurando la impunidad del culpable.»

Esta violenta acusación marca bien el punto á que había llegado la reacción en favor del gran poeta. Si alguien tenía algo que decir en favor de la maldecida esposa, debía sentir vivo deseo de salir á la palestra al oír tales cargos; pero el momento era favorable á Byron, y guay del atrevido!

El atrevido, ó mejor dicho, la atrevida, fué una escritora americana, autora de un célebre libro, filantrópico y utilísimo, *La cabaña del tío Tomás*, que más que una novela fué una buena acción. Alegó en favor de

Lady Byron revelaciones estupendas que promovieron un torbellino de invectivas.

Declaró la Señora Beecher-Stowe haber estado esperando con ansia, después de la muerte de la esposa de Byron, que alguien, de su familia ó de sus amigos, redactase, con los datos nuevos y auténticos que existían, una vindicación de tantos ataques contra ella dirigidos; y que sólo convencida de que nada iba á aparecer, se resolvió á tomar la palabra. La palabra fué un simple artículo en una Revista mensual de Boston. El resultado inmediato, casi instantáneo, una grita, un escándalo inmenso en Inglaterra y los Estados Unidos.

Entre los muchos motivos á que la voz pública había atribuido el divorcio de esos cónyuges, uno había más detestable que los otros, pero que corrió poco, y del cual la generación presente no se acordaba. El poeta Shelley alude á él en una de sus cartas á Byron, regocijándose de que hubiese quedado demostrada su falsedad. La historia de la escritora americana era la resurrección de ese rumor; pero puesto en boca de Lady Byron y relatado con todas sus señales y caracteres, ante un público nuevo, que no necesitaba más

apología de Byron que sus mismas obras, debía producir y produjo el efecto de una revelación.

Los que creyeron cuanto contaba la Señora Stowe, se callaron; pero muchos otros, bien en nombre de una moral mal entendida, bien por amor ó admiración hacia la gloria del poeta, se lanzaron con fiereza contra la escritora, y trataron de desprestigiar y desautorizar su obra. La empresa no era difícil. La mujer anglo-americana sentía por Byron como hombre el desprecio más profundo; juzgaba al inspirado y sublime vate con toda la estrechez é intolerancia de su puritanismo bostoniano; y al defender á su amiga Lady Byron (otra mujer fuerte como ella y revestida de esa dureza implacable que no perdona ni comprende debilidades de los hombres) mostró claramente que había leído poco y conocía apenas á Byron. Este, para ambas señoras, fué un loco de genio que había corrompido la literatura inglesa. Así pues, chocó á todos el tono del artículo, y como estaba plagado de errores, al contar precisamente el episodio de la vida conyugal del poeta, llevaban gran ventaja contra ella sus refutadores. ¿Quién ignoraba que Byron se había casado en Enero de 1815, que la separación tuvo lugar en el mismo mes del año siguiente, y que estuvieron por tanto unidos un año nada más? El más descuidado lector de Byron lo sabía; y sin embargo la escritora americana, no sólo dice en su artículo que vivieron juntos dos años, sino

se entretiene en describir la situación de la esposa y explicar sus esfuerzos durante ese tiempo por reformar á su marido. La revelación por su misma extrañeza era ya un tanto inverosímil, y acompañada de ese y otros errores evidentes, muy pocos prosélitos había de encontrar.

La Señora Stowe replicó á sus detractores con un libro, en que salva todas las erratas del artículo, agrega unas pocas circunstancias de poco interés; y como un abogado fiscal extrae frases de la correspondencia del poeta, que interpreta y pone á luz de los nuevos hechos, para formar argumentos en pró de su teoría. Hoy ya han pasado tres años; nadie se acuerda de la refutada y larga polémica, y aunque es posible discutir y poner en duda todavía alguna de las afirmaciones de la Señora Stowe, parecemos que no puede calificarse por más tiempo de misterioso el episodio de la vida de Byron, que es el objeto de estas líneas.

La mujer de Byron promovió el divorcio porque creyó á su marido y á su hermana Augusta culpables de incesto. Este hecho es ya innegable; cabe aún negar su realidad, alegar argumentos contrarios más ó menos plausibles; pero la circunstancia principal permanece en pie: ese fué el motivo en virtud del cual ella se separó, y el silencio tenaz de Lady Byron queda explicado y sobradamente disculpado.

Sería penoso entrar en los detalles de esta triste y

desagradable historia. Sería también inútil. ¿Para qué habíamos de ir, como la Beecher Stowe, relatando escenas ocurridas en el hogar doméstico, bastante vagas quizás para no convencer á los recalcitrantes; demasiado significativas para los que no encuentran razón ninguna que destruya la tremenda revelación; y citando muchos datos esparcidos en los versos y en la prosa de Lord Byron que concuerdan perfectamente con ella? El gran poeta expió amargamente con su vida errante y su trágica muerte el atentado que cometió contra las leyes sociales; su pluma revelaba una resistencia inquebrantable, una ira implacable contra la sociedad que lo expulsaba de su seno, aún sin saber fijamente la más horrible de sus debilidades; pero su corazón sufrió angustias indecibles, y un martirio constante. En medio de sus arrogantes amenazas, de los arranques vigorosos de su potente imaginación, sin cesar excitada por los insultos, el odio y las calumnias de sus enemigos, había un sentimiento de temor, que disimuló siempre, bajo el sarcasmo y la invectiva; pero que comunica á algunas de sus composiciones más extrañas y misteriosas un acento inequívoco de sinceridad.

Los lectores del poeta conocen bien esa hermana, hija única de la primera esposa del padre de Byron, como hijo único fué también él de la segunda; esa Augusta, á la cual dirigió varias composiciones, y por

quien el poeta manifiesta en todas ocasiones puro y ardiente cariño. Después de su última salida de Inglaterra, no la vió más; y la Stowe nos dice que Lady Byron impuso como condición esencial de su silencio que ambos hermanos en ninguna ocasión volviesen á reunirse. Byron mantuvo siempre correspondencia con ella, que era conocida en la sociedad inglesa con el nombre de su marido, es decir, la señora Leigh; y en 1816 escribió y dirigió desde Suiza una epístola en verso, que se cuenta entre sus mejores composiciones líricas. Son las diez y seis bellísimas octavas que comienzan de este modo:

« Hermana, dulce hermana! si otro nombre más dulce y más puro existiera, ése te daría. Mares y cordilleras nos separan, pero no invoco tus lágrimas; pido sólo que me quieras con cariño siempre igual al mío. Adonde quiera que vaya, siempre para mí serás la misma, etc. »

Byron envió esta poesía á su editor, con la advertencia de que no debía publicarse, sino previo el consentimiento especial de su hermana. Ella opinó que no se imprimiese, y quedó, por tanto, en manuscrito hasta 1830, en cuyo año apareció por primera vez, en el libro preparado por Moore. La composición, leída ahora y comprendida conforme á la nueva teoría del divorcio, quizás parezca aún mejor que antes, pues se nota en ella una reticencia, un empeño

de no decir demasiado, que la llena de fuerza y significación. ¿Por qué razón—alguno preguntará—se opuso Augusta Leigh á la publicación de esa poesía? Al aparecer en 1831 pareció á todos casta, elocuente; ella, sin embargo, la juzgó de otro modo; y tal vez esta circunstancia sea un nuevo argumento indirecto, en favor de la tesis de la señora Stowe.

La importancia literaria de la nueva y curiosa versión sobre el divorcio consiste en que ofrece una clave para interpretar el extraño poema dramático *Manfredo*, una de las grandes obras del poeta. Byron mismo, al remitir á su editor los primeros fragmentos, le dice: « es un poema diálogado en tres actos, de un género muy extraño, metafísico, inexplicable; . . . el héroe es una especie de mágico, atormentado por cierto remordimiento especial, cuya naturaleza se deja sin aclarar completamente. » Y más tarde, después de publicado, contestando á los que suponían que el *Manfredo* había sido inspirado por el *Fausto* de Goethe, escribe: « no fué la obra de Goethe, nó; fueron más bien las montañas de la Suiza y otra cosa las que me lo hicieron escribir. » Esa *otra cosa* se está buscando por muchos desde hace cuarenta años, y la historia del incesto parece resolver el problema.

Todo el mundo creyó, al leer el *Manfredo*, que Byron pintaba en él sus propios remordimientos, y se imaginaron mil delitos, aún por los jueces más eminen-

tes. Un crítico tan sagaz y superior como Goethe, creyó ver en ese poema el acento de verdad de un suceso real, y no vaciló en atribuir al poeta un asesinato, cuyos remordimientos devoradores constituían la inspiración de la obra. Al efecto cuenta que Byron amó apasionadamente á una florentina, que el marido de ésta al saberlo la mató, y que al día siguiente apareció asesinado el matador, sin que pudiese nunca descubrirse el autor del segundo crimen. Lord Byron entónces (agrega Goethe) huyó de Florencia, y la imágen de esos dos séres lo perseguía constantemente. El suceso era completamente inexacto; pero basta, para caracterizar el siniestro poema, que el primer crítico moderno creyese necesaria la existencia de un crimen real como explicación de la obra poética.

El *Manfredo* fué de las primeras cosas que Byron escribió inmediatamente despues de su salida de Inglaterra; pocos meses, por tanto, despues del divorcio que lo privaba de esposa, de hija y de hermana. Es evidente que si habían de bullir en el alma del poeta remordimientos de la pasión impura que lo lanzaba de su patria, debían embargarla sobre todo en aquellos momentos. Si así fuere, puede decirse que el *Manfredo*, además de una obra poética de primer orden, es un curiosísimo poema psicológico.

No se detuvo Byron aquí. La misma inspiración del *Manfredo*, varios de sus mismos razonamientos y un

espíritu idéntico, vuelven á encontrarse en la tragedia de *Caín*, escrita tres años despues y superior á aquella por la diferencia de fechas, es decir, por un grado más alto de madurez y perfección en el talento del poeta.

El argumento en este caso traía consigo forzosamente eso, que hoy se llama incesto, y que no tenía nombre en los tiempos primitivos, en que se supone la acción de la tragedia. Lucifer pregunta en una de las primeras escenas á Ada, la hermana y esposa de Caín, si quiere á éste más que á su padre y á su madre; ella replica preguntando si también eso es un pecado, y el arcángel responde: «todavía nó; pero lo será entre tus hijos.» Ante las observaciones de Ada, que son los argumentos naturales del caso, continúa Lucifer: «no soy yo el inventor de ese pecado de que hablas, y ciertamente no lo es en tí, piensen lo que quieran los que te sucedan en la vida mortal.»

Dice la Stowe que, con esas mismas razones y el ejemplo de las Escrituras, trató Lord Byron, durante el año de casado, de convencer á su mujer, y que sólo logró que acabase por creerlo realmente loco. Cuando, por el contrario, se convenció de que no había demencia, sino malignidad, en las palabras y los actos de su marido, resolvió la separación definitiva.

Se nos figura, sin embargo, que todo esto no resuelve cuestión alguna ni varía, en bien ó en mal, la posición que Byron ocupa ante la posteridad. Su in-

fluencia personal es ya casi nula, y pronto se confundirá del todo con la forma y carácter de sus escritos. Entonces su biografía será estudiada como la de cualquier otro hombre de genio, y mirado, á nuestro juicio, únicamente como un sér desgraciado, cuya educación fué lastimosamente pervertida por inevitables circunstancias, y sus errores efecto de causas superiores á su voluntad. ¿Quién se acuerda al hablar de Virgilio, del puro y santo Virgilio, de tal ó cual composición, de tal ó cual rasgo extraño en alguna de sus églogas? Las costumbres de ciertas épocas son como los extravíos de ciertas formas de educación, y la niñez y la juventud de Byron parecieron de propósito dispuestas, dirigidas, amoldadas para pervertir su carácter y hacerlo enojoso compañero de sus facultades soberanas. De ahí lo que todos sabemos que pasó. Pero no es justo, ni humano, tratar el caso con desdeñoso horror, y medirlo conforme á las reglas de un estrecho puritanismo. Sus errores fueron su desgracia; y el vituperio que merecen, no altera el efecto que debe obtener y obtiene la excelsitud innegable de su inspiración poética. Hay mucho en Byron cuya lectura levanta el corazón y agranda los horizontes del espíritu. Los siglos pasarán, y habrá siempre labios que repitan con delicia sus versos incomparables.

1873.

NOVELISTAS FRANCESES

CONTEMPORANEOS

I

OCTAVIO FEUILLET

El género moderno de narración épica en prosa, que comunmente llamamos novela, ha sido cultivado con tal éxito en nuestro siglo, que sin exageración puede calificarse de uno de los más gloriosos é importantes. Francia é Inglaterra, en particular, cuentan entre el número de sus novelistas, varios de sus más distinguidos escritores. Scott, Dickens, Thackeray y Jorge Elliot, para mencionar sólo á los mejores, son, así como Balzac, Stendhal, Dumas, Merimée y Jorge Sand, artistas de primer orden, honra y prez de la literatura de esos dos países.

Ambas naciones han seguido empero muy diverso camino. La novela francesa es ántes que todo una obra de arte, sin más objeto que la brillante reproducción de la realidad humana, sin cuidarse de favorecer

fluencia personal es ya casi nula, y pronto se confundirá del todo con la forma y carácter de sus escritos. Entonces su biografía será estudiada como la de cualquier otro hombre de genio, y mirado, á nuestro juicio, únicamente como un sér desgraciado, cuya educación fué lastimosamente pervertida por inevitables circunstancias, y sus errores efecto de causas superiores á su voluntad. ¿Quién se acuerda al hablar de Virgilio, del puro y santo Virgilio, de tal ó cual composición, de tal ó cual rasgo extraño en alguna de sus églogas? Las costumbres de ciertas épocas son como los extravíos de ciertas formas de educación, y la niñez y la juventud de Byron parecieron de propósito dispuestas, dirigidas, amoldadas para pervertir su carácter y hacerlo enojoso compañero de sus facultades soberanas. De ahí lo que todos sabemos que pasó. Pero no es justo, ni humano, tratar el caso con desdeñoso horror, y medirlo conforme á las reglas de un estrecho puritanismo. Sus errores fueron su desgracia; y el vituperio que merecen, no altera el efecto que debe obtener y obtiene la excelsitud innegable de su inspiración poética. Hay mucho en Byron cuya lectura levanta el corazón y agranda los horizontes del espíritu. Los siglos pasarán, y habrá siempre labios que repitan con delicia sus versos incomparables.

1873.

NOVELISTAS FRANCESES

CONTEMPORANEOS

I

OCTAVIO FEUILLET

El género moderno de narración épica en prosa, que comunmente llamamos novela, ha sido cultivado con tal éxito en nuestro siglo, que sin exageración puede calificarse de uno de los más gloriosos é importantes. Francia é Inglaterra, en particular, cuentan entre el número de sus novelistas, varios de sus más distinguidos escritores. Scott, Dickens, Thackeray y Jorge Elliot, para mencionar sólo á los mejores, son, así como Balzac, Stendhal, Dumas, Merimée y Jorge Sand, artistas de primer orden, honra y prez de la literatura de esos dos países.

Ambas naciones han seguido empero muy diverso camino. La novela francesa es ántes que todo una obra de arte, sin más objeto que la brillante reproducción de la realidad humana, sin cuidarse de favorecer

intereses morales de ninguna especie, ni envolver lecciones prácticas de inmediata utilidad social. La novela inglesa es sobre todo moralizadora; el arte en ella está de propósito subordinado á la propaganda, al más supersticioso respeto por la moral pública y privada. La oposicion evidente de ambos fines explica desde luego la profunda diferencia de ambas literaturas, y reconociendo las excelentes intenciones de los novelistas ingleses, es fuerza sin embargo declarar que la preocupacion moral es en éste, como en casi todos los otros casos, una causa de debilidad artística.

Un rasgo hay que á nuestro juicio condensa y expresa bien esta diferencia. Casi todos los novelistas franceses han sido autores dramáticos al mismo tiempo. Alejandro Dumas, padre é hijo, sobresalen tanto en el teatro como en la novela. Alfredo de Musset, Octavio Feuillet, Sandeau, Jorge Sand y el mismo Balzac, el gran maestro del género, dramatizaron más de una vez sus narraciones, y alcanzaron en el teatro triunfos indisputables. Víctor Hugo, á quien expresamente no citamos más arriba, pues lo consideramos por su asombroso genio lírico como perteneciente á otra esfera separada, se eleva por igual en la novela y en el drama. Merimée, aunque no escribió detenidamente para el teatro, empezó su carrera con el *Teatro de Clara Gazul*, una série de cuadros dialogados que revelan un vigoroso talento dramático. Stendhal, que

fué un verdadero *raffiné* y profundo psicólogo, es el único que no ha compuesto para la escena; pero es sabido que su fama, creciente de día en día, reposa sólo en dos obras, en las únicas novelas de alguna extension que escribió.

Los ingleses en cambio no tienen hoy literatura dramática. La sombra colosal de Shakspeare parece haber consumido todo gérmen de inspiracion dramática en el suelo de su patria. Scott y Thackeray nunca escribieron para el teatro. Jorge Elliot no lo ha intentado. Dickens nada pudo hacer en esa direccion. El teatro inglés se alimenta exclusivamente de malos arreglos de las piezas modernas de Francia, que acusan de inmorales, pero aceptan á falta de otras.

¿Y esto porqué? La respuesta es óbvia. El novelista frances busca la pasion, estudia su marcha en el corazon humano, y la presenta palpitante y avasalladora, como ella es. El escritor inglés carece de la curiosidad artística, que impulsa al análisis de los sentimientos del alma, que prescinde de toda preocupacion ulterior, y se encierra en su propia esfera para conocer sus leyes y exponer sus fatales é incontrastables resultados. El teatro es la pasion, y sin ella no hay drama posible. He ahí por qué carecen los ingleses de literatura dramática.

Muy léjos nos llevaria exponer nuestro punto de vista sobre la inmoralidad de Balzac y sus sucesores,

de que con tanto desden se habla sin cesar en Inglaterra. Aunque el asunto nos tienta, lo dejamos á un lado, porque él solo daría lugar á muchos artículos; decimos, sin embargo, de paso, que no somos de los que creen que se falte á la moral cuando se sirve al arte, y por el contrario pertenecemos al número de los que piensan que el estudio sincero de la verdad es mil veces más moralizador que todos los sermones del mundo. *Los Miserables* de Víctor Hugo nos parecen en conjunto una obra más moral, que todas las novelas reunidas que han aparecido en Lóndres en los últimos veinte y cinco años.

Un novelista y autor dramático cuenta la Francia, que debió sus primeros triunfos y la mejor parte de su reputación, al carácter religioso, propagandista, moralizador, que imprimió al principio á todos sus escritos. Nos referimos á Octavio Feuillet, y de él vamos ligeramente á hablar ahora.

Supo escoger con habilidad el momento oportuno y el carácter de sus obras. Poseyendo varias de las dotes delicadas y poéticas que brillan en los cuentos y las comedias de Alfredo de Musset, se presentó favoreciendo por medios iguales tendencias diametralmente opuestas. Lo que en éste había sido indiferencia, cinismo, desprecio de toda convención social, trocose en Feuillet en unción, deseo de corregir vicios demasiado extendidos, respeto profundo á cierta especie de moral

y al orden establecido en la sociedad. La *Crísis*, el *Cabello Blanco* y demas escenas dramáticas eran casi tan buenas literariamente como los proverbios de Musset, y no tenían el sabor libertino que amargaba la inspiración del autor de *Rolla* y de *los Caprichos de Mariana*.

Descubierta la veta y probada su riqueza, cavó Feuillet más y más la mina que había empezado á explotar; y dando vuelo á sus facultades compuso, años despues, el *Jóven Pobre* y la *Historia de Sibila*, novelas morales cuyo éxito de venta fué tan grande que iban las señoras en lujosos carruajes á comprarlas por docenas á la librería de Miguel Lévy. El partido legitimista del derecho divino perdonó en nombre de la comun secta religiosa el bonapartismo reconocido del autor de esos libros perfumados con incienso y mirra. Fué una moda, y como tál, por consiguiente, pasajera. El primero que de ella se olvidó fué el mismo propagandista.

Pasó en seguida Feuillet del noble y pulido *Jóven Pobre* al formidable *Monsieur de Camors*; de *Sibila* á la *Esfinge*, la cual ya en muy poco recuerda la muchacha sentimental y catequizadora que tanto impacientaba á Jorge Sand, por la impertinencia de su celo religioso en favor del catolicismo.

¿Fué inconsecuencia francesa, ó resultado lógico del arte este cambio tan profundo? No vacilamos en

responder con el segundo extremo. Feuillet es un artista ; cuanto ha hecho, bueno ó mediano, está siempre elegantemente escrito.

Hay en su estilo una delicadeza exquisita, gana en pureza sobre Alfredo de Musset lo que le falta en genuina poesía y sincero sentimiento. El cambio de ruta que impuso á su talento nos hace el efecto de haber sido más bien inconsciente que premeditado. Analizando la pasión, acabó poco á poco por convencerse de que era bien digna de ser estudiada por sí sola, sin preocupaciones ajenas á su esencia, y sin buscar más galardón que el muy apreciable que ofrece por sí misma la verdad, á cuantos la buscan con cabal sinceridad, en cualquiera de los diversos ramos de la actividad humana.

Un drama ha escrito Feuillet, que nos parece el fruto más jugoso de su talento hasta ahora, impreso como sucesión de escenas ántes de hacerlo representar, y que en el teatro causó mayor efecto aún del que había producido en la lectura. Se titula *Dalila*, y es como la transición entre los dos períodos de su carrera de que hemos hablado. La lección moral que envuelve es excelente, exacta al mismo tiempo que artística, y muy bien desarrollada ; no aparece como fría máxima final proferida al concluir la pieza por uno de los personajes, sino que surge por sí misma en cuadros completos y poéticos, centuplicando su efecto ante los

ojos y la mente del lector ó el espectador. Por fortuna la religión no tiene nada que hacer en este caso, y el poeta pudo proceder libremente conforme á su inspiración.

Todo lo que había de nuevo en las obras de Feuillet desde la primera obra y á que debió su éxito, está aquí, pero libre de la estrechez de miras que caracteriza á su *Sibila*, por ejemplo. La tendencia moral es muy marcada, pero no impuesta, simplemente indicada, y toca al espectador deducirla si quiere, ó dejarla en duda, aceptándola como un problema bien planteado que puede tener más de una solución.

El carácter del argumento va envuelto en el título. *Dalila* no es el nombre de un personaje, es una nueva versión del mito bíblico de Sansón, de la alegoría griega de Hércules y Onfala, de Ulises y Circe, de esas mujeres de quienes dice el *Eclesiastes*, que son más amargas que la muerte, cuyo corazón es un dardo y cadenas sus manos. El vencido en esta ocasión no es un atleta muscular, es un poeta y músico de genio, cuya primera obra obtiene un triunfo en el teatro de San Carlos de Nápoles. Pero el pobre joven está destinado á esterilizarse muy pronto, según su protector y amigo, un noble opulento y melómano á quien debe todo, y que sabe con horror que Andres está locamente enamorado de la hija de su maestro de contrapunto. Esta hija, Marta, es una alemana rubia, ideal, de ojos

azules, una Mignon septentrional que bajo el cielo de Nápoles sueña en su patria sin cesar, como soñaba con la Italia la verdadera Mignon de Goethe.

Una Princesa napolitana, morena, de mirar de fuego, de voluntad de hierro y destituida de todo corazón, lanza entusiasmada desde su palco, en la noche de la representation de la ópera, su *bouquet* y su pañuelo. Andres cede á la tentacion, y va aquella misma noche á casa de la princesa á devolverle la prenda que en su delirio dejó caer sobre la escena, y Carnioli (éste es el nombre del protector) espera con delicia que la influencia de esa gran señora y esa gran coqueta libre al artista del matrimonio con la rubia Marta, porque el matrimonio (dice) « es el innoble apagador de todo talento. »

Andres cae víctima de la seducción, y olvida á la dulce y apacible Marta. ¿ Mas qué podía ofrecerle esa Circe traidora? Cuando vuelve Carnioli de un largo viaje, encuentra que su protegido no ha escrito nada, que la inspiracion le falta, que vive en un martirio horroroso, que ama á Leonor, que tiene celos y que ésta, fatigada muy pronto de él, lo engaña sin piedad. Andres, convencido al fin de la traicion de la princesa, va á apostarse en el camino de Gaeta para sorprenderla cuando pase con su nuevo amante; pero ántes atreviese la escena la silla de posta en que Sertorio, su viejo maestro, lleva el cadáver de su hija á enterrarlo

en Alemania al lado del de su madre. Marta ha muerto de amor, y Andres espira allí mismo de vergüenza, de ira, de remordimiento.

¿ La felicidad del matrimonio, la tranquilidad monótona del hogar doméstico, hubieran salvado á ese poeta de alma vacilante y talento sublime? Quién sabe! El autor no lo dice, lo deja quizás entender; el espectador puede deducir lo que mejor le parezca. Dálila triunfa, marchita con su aliento ponzoñoso amor, talento, amistad, virtud. La víctima muere consumida por la serpiente. Pero ese cadáver, y ese pobre viejo á quien la pérdida de la hija vuelve loco, que pasan fúnebremente en la última escena, forman un cuadro lleno de vigor y poesía, y del efecto más patético.

En esta obra probó Feuillet por primera vez que sabia hacer hablar á la pasion en su forma más terrible, y que merecia algo más que el nombre de *Musset de las familias*, que irónicamente le aplicaban. *Monsieur de Camors* fué más léjos, y aunque termina dando el triunfo á la moral, el fin resulta ser lo más pálido de toda la obra. La *Esfinge* es sólo un estudio de pasion, inferior á *Dálila* en la ejecucion y en el vigor de la idea.

El poeta, sin embargo, no ha concluido su carrera, y merece que se siga con atencion su desenvolvimiento ulterior. Hasta ahora ha titubeado mucho para mere-

cer el dictado de artista completo; pero la madurez de sus facultades producirá quizás otras obras del género de *Dálila*, aunque más completas y armoniosamente construidas.

II
ALERE FLAMMAM VERITATIS
STENDHAL

Si Rossini no se hubiese dedicado á la música,—lo cual en realidad equivale á decir si no hubiese nacido italiano,—y en su lugar hubiese cultivado la literatura y escrito novelas; y recíprocamente, si el escritor frances que se firmaba con el seudónimo de Stendhal y se llamaba Enrique Beyle, hubiese sido un compositor de música en vez de crítico y novelista,—se nos figura que el primero hubiera compuesto novelas en italiano muy parecidas á la *Cartuja de Parma*, y el segundo óperas por el estilo del *Barbero* y el *Guillermo Tell*.

Ello parece una paradoja, y es no obstante una comparacion inevitable al tratar del autor, cuyo nombre encabeza estas líneas. Muchas son las circunstancias que hacen pensar en el músico insigne, al tratar del eminente novelista. Física y moralmente se asemejaban de un modo notable. Corpulentos, epicúreos, burlones, sin convicciones en la mayor parte de las cosas en que los demas hombres suelen tenerlas, y en política principalmente, escribieron ámbos sus obras

obedeciendo á inspiraciones propias, desdeñando las modas y aficiones dominantes del dia, sin dar mucha importancia al aplauso popular, y más seguros desde el principio del mérito de sus producciones, de lo que parecia estarlo el público á que iban dedicadas. Artistas verdaderos, en toda la fuerza y extension de la palabra, el uno se reía á carcajadas en medio de los silbidos con que era acogido el *Barbero de Sevilla* en la noche de su primera representacion, declarando que cada vez le parecia por eso mismo mejor su composicion; así como el otro ponía por delante de sus obras que no se lisonjeaba de hallar más de una media docena de personas que lo comprendiesen, y concluía su deliciosa *Cartuja de Parma* con este lema ó sobrescrito: *To the happy few*; es decir, dirigida á los contadísimos individuos capaces de apreciar la delicadeza y perfeccion de esta novela.

Ambos desdeñaban un poco la opinion vulgar, y lo afectaban otro poco. Stendhal se divertía en usar diversos seudónimos para firmar sus escritos; en disfrazarse, reirse de antemano de su lector, y publicó uno de sus libros con esta firma: « Por Luis-Alejandro-César Bombet, » uniendo al apellido más plebeyo los nombres más retumbantes y clásicos de la historia; así como Rossini dió á luz, poco ántes de morir, su *Pequeña Misa Solemne* con esta añadidura: « Por Joaquín Rossini, pianista de tercer orden. »

cer el dictado de artista completo; pero la madurez de sus facultades producirá quizás otras obras del género de *Dálila*, aunque más completas y armoniosamente construidas.

II
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
STENDHAL

Si Rossini no se hubiese dedicado á la música,—lo cual en realidad equivale á decir si no hubiese nacido italiano,—y en su lugar hubiese cultivado la literatura y escrito novelas; y recíprocamente, si el escritor frances que se firmaba con el seudónimo de Stendhal y se llamaba Enrique Beyle, hubiese sido un compositor de música en vez de crítico y novelista,—se nos figura que el primero hubiera compuesto novelas en italiano muy parecidas á la *Cartuja de Parma*, y el segundo óperas por el estilo del *Barbero* y el *Guillermo Tell*.

Ello parece una paradoja, y es no obstante una comparacion inevitable al tratar del autor, cuyo nombre encabeza estas líneas. Muchas son las circunstancias que hacen pensar en el músico insigne, al tratar del eminente novelista. Física y moralmente se asemejaban de un modo notable. Corpulentos, epicúreos, burlones, sin convicciones en la mayor parte de las cosas en que los demas hombres suelen tenerlas, y en política principalmente, escribieron ámbos sus obras

obedeciendo á inspiraciones propias, desdeñando las modas y aficiones dominantes del dia, sin dar mucha importancia al aplauso popular, y más seguros desde el principio del mérito de sus producciones, de lo que parecia estarlo el público á que iban dedicadas. Artistas verdaderos, en toda la fuerza y extension de la palabra, el uno se reía á carcajadas en medio de los silbidos con que era acogido el *Barbero de Sevilla* en la noche de su primera representacion, declarando que cada vez le parecia por eso mismo mejor su composicion; así como el otro ponía por delante de sus obras que no se lisonjeaba de hallar más de una media docena de personas que lo comprendiesen, y concluía su deliciosa *Cartuja de Parma* con este lema ó sobrescrito: *To the happy few*; es decir, dirigida á los contadísimos individuos capaces de apreciar la delicadeza y perfeccion de esta novela.

Ambos desdeñaban un poco la opinion vulgar, y lo afectaban otro poco. Stendhal se divertía en usar diversos seudónimos para firmar sus escritos; en disfrazarse, reirse de antemano de su lector, y publicó uno de sus libros con esta firma: « Por Luis-Alejandro-César Bombet, » uniendo al apellido más plebeyo los nombres más retumbantes y clásicos de la historia; así como Rossini dió á luz, poco ántes de morir, su *Pequeña Misa Solemne* con esta añadidura: « Por Joaquín Rossini, pianista de tercer orden. »

Los años han pasado sobre el *Barbero* y el *Guillermo Tell*, confirmando más y más en cada uno la superioridad de esas obras maestras, que son hasta ahora (mientras Wagner no consiga demostrarnos el mérito trascendental de su laboriosa rapsodia) la expresión del punto culminante á que ha llegado la música dramática. Los años también han transcurrido sobre las producciones de Stendhal, y sus tres grandes libros sobre *El Amor*, *la Cartuja de Parma* y *El Rojo y el Negro*, son hoy considerados por la moderna escuela crítica, á cuya cabeza se encuentra Taine, como el estudio más penetrante y completo que ofrece la literatura francesa.

Es inútil seguir más lejos el paralelo, y sólo nos queda un rasgo que indicar. Stendhal amaba la música con pasión. La ópera italiana, á su juicio, era el resumen brillante de la civilización moderna, su más alta expresión. «Andaría á pié muchísimas leguas por ir á oír el *Don Juan* ó el *Matrimonio secreto*,» dijo una vez. Los Estados Unidos de Norte-América eran para él país de salvajes, porque no podían sostener un teatro de ópera, y sentía por el contrario motivo cierto respeto hácia los rusos, protectores decididos desde háce mucho de ese espectáculo. Compuso ó arregló una vida de Rossini, por cuyas obras profesaba la más viva admiración, y ántes había publicado en un tomo las biografías de Haydn, Mozart y Metastasio.

Esta afición ayudó mucho á hacer de él un verdadero italiano, como Rossini se hizo un verdadero francés en la segunda mitad de su vida. Este vivió siempre en París, y aquel casi constantemente en Italia. Rossini escribió su obra maestra, *Guillermo Tell*, sobre palabras francesas y para la Ópera de París. La obra capital de Stendhal, *la Cartuja de Parma*, es una pintura maravillosa de la Italia á principios del siglo actual.

Sin querer hemos vuelto á reunir ambos nombres en nuestras consideraciones; pero dejamos definitivamente esta vez el paralelo.

Stendhal murió en 1842, á los cincuenta y nueve años de edad, de una apoplejía fulminante, en París, durante una de las licencias que de tiempo en tiempo solicitaba para visitar á sus amigos. Pero vivió el último tercio de su vida en Italia desempeñando el consulado francés de Civita-Vecchia. Bajo Napoleón el Grande, sirvió en el ejército primero, y en la administración militar después, viajando así por toda la Europa con las columnas conquistadoras del Gran Capitán. La Restauración fué para él un período de estudios y de vida exclusivamente literaria. El régimen inaugurado en 1830 le permitió realizar su sueño de vivir en Italia y gozar de una renta fija; pero guardó siempre viva simpatía por la memoria de Napoleón; sin que pueda decirse que perteneciera ni á este ni á

ningun otro partido, pues entre sus opiniones más arraigadas sobresalía el considerar como una *duperie* todas las luchas y cuestiones políticas.

Cuando murió, sus obras no habían obtenido aún el aprecio que merecían, y de que hoy ya sin duda gozan. Se le estudia en estos momentos, lo mismo dentro que fuera de Francia, como un artista modelo en su género, como uno de los grandes maestros de la novela moderna. Mientras vivió, pasaba por un hombre muy agudo y sagaz, crítico independiente y escritor de segundo orden. Sin embargo, Balzac en el apogeo de su gloria dedicó á la *Cartuja de Parma* un largo artículo en que la analizaba detenidamente, y la declaraba una obra eminente y de primer orden. El juicio de Balzac pareció entonces una paradoja; la posteridad lo ha confirmado hoy casi punto por punto.

Balzac y Stendhal cultivaron el mismo género de composiciones, y la superioridad de las obras del primero, consideradas en conjunto, es evidente, indisputable. Aparte de la fecundidad, mérito muy relativo y de superficial importancia, tiene Balzac sobre Beyle una inmensa ventaja, la primera de todas las cualidades que constituyen al artista, la fuerza creadora. El autor de *Eugenia Grandet* y el *Padre Goriot* estuvo dotado de esa facultad sublime en grado tan alto que puede compararsele, sin cometer herejía, con Shakespeare, después de Dios el que ha creado más seres

y más cosas en el mundo, como dijo no recordamos quién.

Stendhal sobresale en el análisis minucioso y detenido de los movimientos del alma humana. Nadie ha dirigido mirada más honda y penetrante para descubrir los móviles de las pasiones. Su libro sobre el *Amor* es un maravilloso estudio de ese sentimiento en todas sus formas y grados, con la imparcialidad grave y severa de un habilísimo fisiólogo. No conocemos ningun otro libro que en igual espacio reuna mayor número de finas, perspicaces observaciones.

Nada sin embargo ménos parecido entre sí que el estilo de Beyle y el de Balzac. Beyle afectaba una sencillez científica en su manera de escribir, sin conceder nada á la manía declamatoria de su época. Confiesa él mismo, aunque quizás con alguna exageración, que leía todas las mañanas, ántes de tomar la pluma, veinte ó treinta artículos del código Napoleon, con objeto de templar su estilo y saber huir de toda palabra ó frase inútil para expresar la idea. La forma concisa, necesariamente seca de los artículos de un Código de Leyes, es lo que más dista del cúmulo de circunlocuciones sutiles, del sinnúmero de facetas menudas y brillantes, de la blandura excesiva y la ondeante marcha del estilo de Balzac, que á veces degenera en asiático, en bizantino, en policromático como hoy se dice y se usa en pintura y arquitectura. Beyle

era purista en su lenguaje, y al admirar á Balzac deploraba los sacrificios constantes que éste hacia al gusto chocarrero de la *bourgeoisie*. Pero sin esto (preguntaba Beyle) comprarían acaso su novelas? El hecho es que no compraban las suyas.

De lo expuesto fácilmente se deduce que no hay en los libros de Stendhal páginas brillantes que entresacar ó señalar como ejemplos de su estilo ó su talento creador. Al revés de la mayor parte de los novelistas franceses, es muy poco dramático; pero también se distingue de los ingleses en no tener absolutamente nada de dogmático. Es un médico del alma, que describe las pasiones como verdaderas enfermedades, prestando más vivo interés y cuidado al orden de su desarrollo que al método de su curación. Sin embargo, colocándonos bajo un punto de vista exclusivamente artístico, pocos cuadros conocemos en la literatura moderna más notables, más nuevos y completos que la descripción de la batalla de Waterloo, que contienen los primeros capítulos de *La Cartuja de Parma*. El protagonista no toma parte en el combate, no lucha vanamente como otros por descubrir las peripecias de la jornada al través de la humareda espesa y el ruido ensordecedor de la batalla. En vez de penetrar en ella, se queda en las afueras por decirlo así, y las diversas fases del encuentro de los titanes se presentan una tras otra y por sí mismas ante el espectador, des-

nudas de pompas inútiles. Es de un efecto sorprendente.

Además de los libros citados, escribió Stendhal admirables apuntes de viaje por el interior de Francia y por la ciudad de Roma, y una muy curiosa y original Historia de la Pintura italiana. Fué un crítico de arte muy sagaz, y tiene el honor de haber comprendido y demostrado la superioridad de Canova y de Rossini desde los primeros pasos de su carrera.

Se afilió muy temprano en la escuela romántica durante la Restauración, publicó un interesante paralelo entre Racine y Shakspeare, y ninguno le aventajó en la novedad y solidez de sus argumentos contra el exagerado aprecio en que eran tenidos los escritores de la época de Luis XIV. Llamaba al alejandrino de las tragedias de Corneille y Racine «tapa-tonterías,» y se burló con mucha gracia de los preceptos de retórica y las tradiciones estrechas que todavía entonces aprisionaban la literatura.

Sus estudios sobre el amor-pasión arraigaron más y más en él la afición á todo lo italiano, y pensaba que el carácter de ese pueblo, destituido, al revés del de los franceses, de toda vanidad, era el único en que ese sentimiento podía libremente fructificar. En prueba de ello publicó sus *Historietas Romanas*.

Como el amor, y sus afines el odio, la venganza, etc., son y han sido siempre el tema principal del no-

velista, no puede decirse que redujese demasiado Beyle la esfera de su actividad al encerrarse en ese solo asunto. Sirvió esto más bien para acrecer la intensidad de su mirada observadora; y puede decirse sin exageración que es el verdadero naturalista literario de nuestros días.

III

GEORGE SAND

Es curiosa coincidencia que haya visto nuestro siglo florecer, en tres países diferentes y en una misma provincia literaria, tres mujeres distinguidas: Jorge Sand, Jorge Elliot y Fernan Caballero. Diríase que la época, que ha empezado á ver, y verá acaso consumada ántes de cerrarse, la emancipación política y social de la mujer, quiso dar ejemplo irrefragable de todo el alcance intelectual de que es capaz el sexo hasta entónces llamado débil.

Las tres tienen mucho de comun; la diferencia principal que las separa es sólo el grado de su mérito, de su talento; pero guardando en ello perfecta relación con el adelanto artístico de los países á que pertenecen: la escritora francesa, inmensamente superior á las otras dos, y la inglesa marcadamente superior á la española. Al rededor de cada uno de estos astros refulgentes, se agruparon estrellas de variada magni-

tud, formando brillantes constelaciones: Delfina Gay, la Desbordes-Valmore y varias otras en torno de Jorge Sand; Mrs. Browning, Carlota Bronté, Mrs. Braddon y un mundo de luceros menores en torno de Jorge Elliot; la Avellaneda y la Coronado en torno de Fernan Caballero.

La más notable de todas acaba de morir (8 de Junio de 1876) en Nohant, su residencia habitual, y deja un gran vacío en la literatura francesa contemporánea. La autora de *Lelia*, *Consuelo*, *El Marques de Villamar* y *Cosima* ha dejado de existir; su carrera puede ya ser considerada en conjunto, y señalado su puesto definitivo en la historia literaria.

Fué una gran mujer y una grande artista. Escribió su primer libro á los veinte y ocho años de edad, *Indiana*, y hasta ayer, que estaba próxima á cumplir setenta y dos años de edad, aparecía su última novela en las páginas de la *Revue des Deux Mondes*. En el intermedio publicó cerca de cien volúmenes.

Es muy difícil escribir brevemente la biografía de una mujer; la tarea es hasta enojosa cuando, como en el presente caso nos sucede, se siente vivísimo y profundo respeto por la dama ilustre, cuya vida se trata de resumir en unos cuantos párrafos. El carácter femenino, en sus relaciones íntimas y privadas sobre todo, se compone de una série de medias tintas, de matices delicados, que requieren mucho espacio para

ser adecuadamente estudiados y analizados. Contar la simple realidad tiene en sí algo de rudo, de brutal, que parece una injuria, aún en los episodios en que se querría hacer constar un elogio, ó por lo ménos una defensa.

No relataremos por tanto la vida de Jorge Sand, sus infortunios domésticos, ni sus borrascas en el océano artístico de París. Sin embargo, no es posible estudiar sus obras literarias sin seguir paso á paso sucesos de que guardan fielmente el reflejo. Su apasionado temperamento y las debilidades de su carácter han servido á muchos de pretexto para fabricar un sofisma, que hemos visto circular por muchas partes con falsos visos de argumento. Hase visto en ello una prueba nueva de lo poco propias que son las mujeres para gobernarse por sí solas; y de cómo las que debieran ser más fuertes, aquellas que la alteza de sus facultades parecía elevar sobre los defectos habituales del sexo, sobre el desfallecimiento inevitable de la debilidad física, rompen violentamente las barreras que deslindan y mantienen dentro de su esfera propia á la sociedad. Señálase en cada una de sus obras la influencia de un hombre, y en cada desviación esencial la fecha de una amistad nuevamente contraída. De esa manera responde Alfredo de Musset de la exaltación poética de *Lelia*, y de las atrevidas teorías de *Jacques*; Michel (de Bourges), del republicanismo

político de tál de sus novelas; Federico Chopin, Lamennais, Pierre Leroux, de otras de las más características de sus producciones.

Aún concediendo la verdad de esas observaciones, la consecuencia carece de todo valor. El mismo razonamiento puede aplicarse, con idéntico resultado, á las obras de los hombres. Sin Beatriz no hubiera escrito Dante la *Divina Comedia*. El más desapasionado de los grandes artistas, el sér más dueño de sí mismo que ha existido jamás, Goethe, ha immortalizado en las más importantes de sus producciones los episodios amorosos de su vida. *Werther* y las *Afinidades Electivas*, por ejemplo, se deben á la influencia de dos mujeres diferentes. «Gretchen» es el retrato impercedero de uno de los amores del gran poeta. Y así sucesivamente pudiéramos llenar una larga lista. No es, pues, femenina, sino simplemente humana, esa circunstancia que se quiere deducir de los escritos de Jorge Sand para fabricar una teoría inexacta. Sucedió á ella, en eso, lo que á todos sucede en el mismo caso; y más bien que ser en sus producciones un motivo de inferioridad, infundió madurez en su talento y variedad en su imaginación. No olvidemos agregar que ha escrito sus mejores libros en los últimos veinte y cinco años.

Hay empero un suceso de la vida de Jorge Sand que pertenece á la historia literaria: sus relaciones

con Alfredo de Musset, la pasión inmortal que fué por ámbos cantada, descrita, llorada y maldecida con tanta brillantez, y que, como dijo Sainte-Beuve, ha entrado ya en la poesía del siglo. Jorge Sand sólo escribió dos veces sobre ese asunto, argumento de su célebre novela, *Elle et Lui*, y en ésta apenas hace otra cosa que presentar indirectamente una tímida defensa de su conducta, que parece mucho más tímida cuando se recuerdan las furiosas invectivas de la *Noche de Octubre*. Si algún día se publica una historia verídica de esa pasión, si llegan á salir á luz los documentos auténticos, las cartas de ambos personajes, no nos extrañaría que fuese Jorge Sand la más acreedora á las simpatías del público.

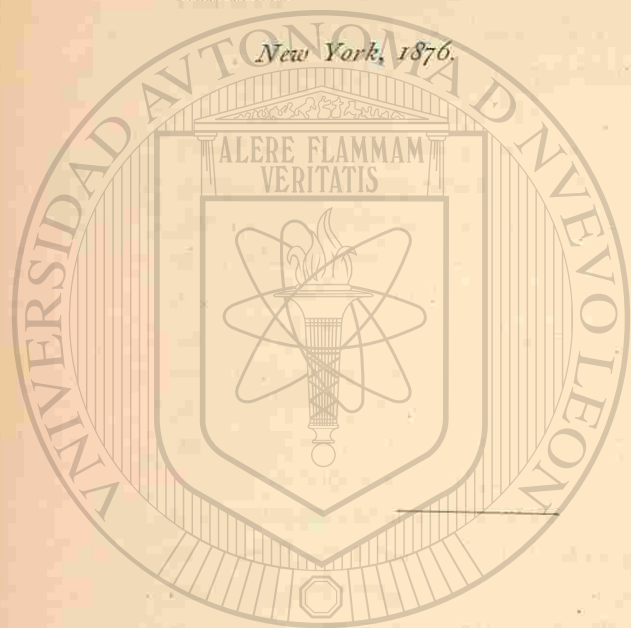
Jorge Sand no ha escrito casi más que novelas; ha sobresalido en el género, y es tal vez, después de Balzac, el nombre más ilustre en el catálogo nutridísimo de escritores franceses de novelas. Pero se ha distinguido entre todos por las tendencias filosóficas de la mayor parte de sus escritos, por el ardor, el entusiasmo, el vigor con que ha hecho servir creaciones fantásticas á la defensa ó exposición de teorías y sistemas trascendentales. De aquí literariamente proviene su principal defecto. Sus personajes adquieren á veces un aspecto extra-humano, pierden en el desarrollo de sus argumentos la individualidad artística, la vida propia, para recibir un carácter abstracto, sistemático,

que hace decaer de un modo muy marcado el interés. Esta reflexión se aplica á la más meditadas, á las más ambiciosas de sus creaciones. En cambio, algunas de sus novelas cortas, de sus cuentos campestres, son modelos en su especie.

La forma ha sido el gran mérito de Jorge Sand; su estilo límpido, transparente, elevado, elocuentísimo; su paleta riquísima, que le ha dado colores infinitos para describir la naturaleza como ningún otro lo ha hecho mejor; la seguridad de su pincel que ha mezclado las sombras y la luz con tal habilidad, que reproducen sus descripciones con precisión prodigiosa los más difíciles y complicados efectos. Bajo este punto de vista su puesto es entre los primeros, en la cúspide del arte literario de la Francia moderna.

¿Durarán mucho tiempo sus producciones, gozando de la misma popularidad que obtuvieron durante su vida? ¿Se leerán dentro de cincuenta años? Pretensión grande sería de nuestra parte formular una respuesta. Pero nos atrevemos á sospechar que le sucederá lo que ahora acontece al que puede llamarse su maestro, su modelo, Juan Jacobo Rousseau. No hay quien desconozca ese nombre, quien no tenga una idea más ó menos aproximada de su mérito. Sin embargo, apenas es ya leído por la masa del público, y sólo los literatos de profesión saborean la exquisita belleza de su estilo. La mujer que falleció el otro día fué pro-

bablemente el más notable de los discípulos de Rousseau.



EL SENADO ROMANO

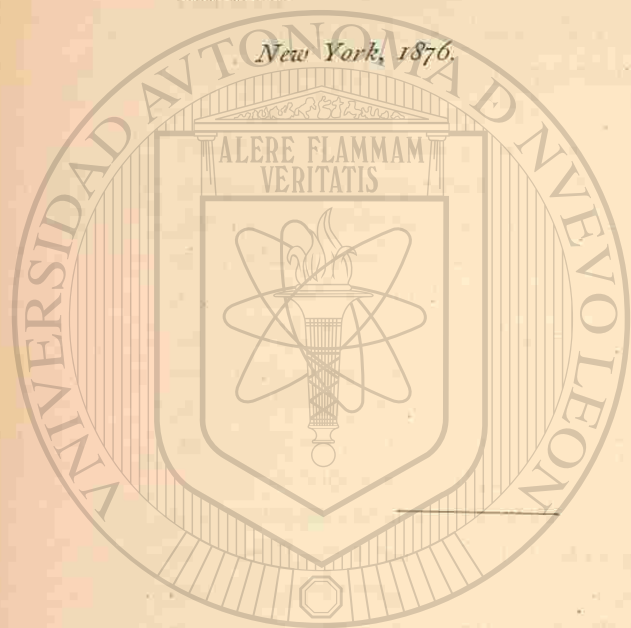
Historia del Senado Romano. Por D. JOSE FRANCISCO DIAZ.
Un volumen, xliii-359. Barcelona: 1867

I

El autor de esta obra es un distinguido jurisconsulto, que, después de haber ejercido por muchos años entre nosotros la profesión de abogado, descansa hoy de sus fatigas cultivando en el gabinete la hermosa ciencia, cuya práctica ha sido la cotidiana ocupación de la mayor parte de su vida.

La obra es un trabajo de conciencia y de mérito, que, bajo el punto de vista del autor, agota completamente la materia, y revela en todas sus partes estudios constantes, detenidos y escrupulosos. Una historia del Senado de Roma, de la más ilustre y más imponente de todas las asambleas que han formado los hombres y dirigido las cosas de la tierra, es la historia de Roma; y la historia de la legislación y la política

bablemente el más notable de los discípulos de Rousseau.



New York, 1876.

EL SENADO ROMANO

Historia del Senado Romano. Por D. JOSE FRANCISCO DIAZ.
Un volumen, xliii-359. Barcelona: 1867

I

El autor de esta obra es un distinguido jurisconsulto, que, después de haber ejercido por muchos años entre nosotros la profesión de abogado, descansa hoy de sus fatigas cultivando en el gabinete la hermosa ciencia, cuya práctica ha sido la cotidiana ocupación de la mayor parte de su vida.

La obra es un trabajo de conciencia y de mérito, que, bajo el punto de vista del autor, agota completamente la materia, y revela en todas sus partes estudios constantes, detenidos y escrupulosos. Una historia del Senado de Roma, de la más ilustre y más imponente de todas las asambleas que han formado los hombres y dirigido las cosas de la tierra, es la historia de Roma; y la historia de la legislación y la política

de ese gran pueblo ha de inspirar siempre, al filósofo y al jurisconsulto, un interés vivísimo y profundo. Comprendemos perfectamente que un abogado que haya empezado, (como á todos nos ha sucedido), sus estudios de jurisprudencia por el derecho romano, quiera concluir condensando en una obra última los estudios, que durante toda su carrera haya hecho para ampliar, con tesoros de erudición, lo que fué el primer objeto de su juvenil curiosidad.—Esto nos figuramos que ha sucedido al Sr. D. José Francisco Díaz; y por esto desde que por primera vez supimos que empezaba á circular entre nosotros la presente Historia del Senado Romano, buscamos un ejemplar que recorrimos con verdadero interés, interés tanto mayor cuanto que había en él una parte no pequeña de satisfacción, al hallar esta ocasión (rara en nuestro país) de estudiar y juzgar una obra sólida y extensa, escrita por un cubano.

II

Por desgracia, desde los primeros renglones de la Introducción, tuvimos por fuerza que reconocer que el autor y nosotros considerábamos la historia romana bajo un punto de vista enteramente diverso; y la divergencia era tan honda y fundamental, que nos había de mantener separados durante todo el curso de la obra. Saltamos por encima de un adjetivo de muy dudo-

sa exactitud que hallamos en el primer renglon,—el imperio *suave* fundado por Augusto, que realmente no sabemos qué quiera decir en boca de un historiador; —pero al comenzar el segundo párrafo y leer estas palabras del Sr. Díaz,—«*seguimos fielmente la versión heroica,..... y desechamos el sistema moderno,*»—no nos pudo quedar duda alguna de la inmensa distancia que separa el modo, como él comprende, y comprendemos nosotros, la historia en general, y la romana en particular.

La historia es un arte y una ciencia. Como arte acepta todas las formas y se amolda fácilmente al talento y cualidades del artista que lo cultiva; como ciencia, y ciencia muy moderna, tiene sus principios invariables, sus leyes perfectas y definidas, que no se pueden indiferentemente seguir ó desechar. La historia romana, en especial, ha recibido, desde el siglo pasado hasta nuestros días, la transformación más completa y más profunda; no hay para comprenderla un sistema antiguo y otro moderno, como no lo hay tampoco en ninguna ciencia exacta. Cuando se estudia la astronomía, por ejemplo, nadie está autorizado á seguir un sistema antiguo y desechar otro moderno; no hay semejante distinción; no existen en todo caso más que los errores de Tolomeo y las verdades de Copérnico. Lo mismo acontece en la historia romana; no hay diferencia de sistemas, no existen más que los errores

de Tito Livio y las verdades exageradas por Niebuhr y ya mejor fijadas por sus sucesores.

El caso nos pareció desde luego tan curioso y tan extraño que, antes de entrar en el fondo de la cuestión, es decir, antes de empezar á transcribir las razones en virtud de las cuales se decide el autor á adoptar el temperamento que propone, y exponer las otras que en nuestro concepto debieron decidirlo á seguir un camino enteramente contrario, hemos querido darnos cuenta de las circunstancias especiales que primitivamente lo impulsaron por la senda señalada.

El Sr. Diaz (segun lo da á entender D. A. Bachiller y Morales, en un artículo de la *Revista de Jurisprudencia*) estudió el derecho romano hace unos treinta años, poco más ó ménos. La renovacion de la historia romana, que entrevió Vico y completó Niebuhr, no empezó á pasar á los libros franceses, y por tanto á los del mundo entero, hasta una época que sólo dista de la presente unos treinta años aproximadamente. Ortolan y Michelet fueron los primeros de esta última serie; y hoy, muy pocos años ántes de este momento en que escribimos, es cuando esa renovacion ha pasado á ser una verdad reconocida, elemental, é indispensable en los libros de texto, para todo profesor y todo alumno que, al estudiar la historia romana, quiera estudiar la realidad, y no la mentira. Cuando el Sr. Diaz cursaba el derecho romano, y muchos años despues, no habia

en nuestra Universidad y en nuestras academias más version de la época primitiva de Roma, de la historia de sus cinco primeros siglos, que la version heroica, esto es, la de Tito Livio; sobre ésta se fundan Heinecio y todos los escritores latinos, franceses ó españoles, anteriores á Ortolan. Cuando el Sr. Diaz, pues, sintió despertarse en su alma la aficion á la historia romana, cuando concibió por primera vez la idea de la obra que hoy ha publicado, cuando comenzó, en fin, sus estudios profundos de erudito para llevarla despues á cabo,—la renovacion de la historia romana no era aún un hecho universal, incuestionable, popular, por decirlo así. Hoy ya lo es sin duda alguna; lo es desde hace algunos años; y nos figuramos que cuando, ya muy adelantados sus estudios, consagró por primera vez detenidamente su atencion á este proceso, cuyas partes eran Tito Livio por la una y Niebuhr por la otra, pasaria su espíritu por una angustia verdaderamente crítica.

Debe ser un momento desconsolador y terrible para el hombre de estudio aquél en que ve irremediabilmente derrumbarse el edificio de sus creencias, á tanta costa muchas veces levantado; verdadera crisis que sacude violentemente el espíritu, y en la cual sucumben con frecuencia muchos espíritus nobles y sinceros. En algunos ese combate, que se dan en el alma el pasado y el porvenir, deja huellas indelebles, y cediendo

el campo á la innovacion triunfante, guardan por toda la vida profundas cicatrices.

Jouffroy, el más filósofo del grupo de escritores franceses pertenecientes á la escuela espiritualista y ecléctica, de que fué Cousin, más por su talento literario que por otra cosa, el sumo pontífice, nos ha dejado grabada, en una página sublime, la historia de la crisis honda y destructora por que pasó su espíritu ántes de consagrarse á la filosofía; la historia del momento, *la noche de Diciembre en que se desgarró por completo el velo de su propia incredulidad*. En aquella noche horrible (él lo ha dicho) tuvo que separarse de la majestad, la antigüedad, la autoridad de la religion que le habian enseñado, de toda su memoria, toda su imaginacion y toda su alma.

El caso del Sr. Diaz debió ser muy parecido. Debíó llegar un momento en que vió todas sus impresiones juveniles, todos sus estudios, escrupulosamente comprobados en Tito Livio, en Polibio, en Dionisio de Halicarnaso, en Ciceron y en tantos otros, destruidos sin piedad por la crítica moderna. La diferencia estuvo en que el Sr. Diaz no se rindió: encontró en su espíritu suficiente resistencia para luchar contra los atrevidos innovadores, y se levantó de la crisis, más firme y más seguro en sus primitivas ideas.

No nos ha dado la historia de esa crisis, pero las razones que tan poderosamente fortificaron su espíritu

fueron probablemente las mismas que condensa hoy en su introduccion para justificar su partido; y vamos brevemente á analizarlas.

III

La angustia moral que hemos supuesto en el autor ante los descubrimientos de Niebuhr y sus sucesores no es pura hipótesis de nuestra parte. Además de que, dadas las circunstancias, era verosímil su existencia, lo indica muy claramente desde el principio, al señalar como una de las razones que le asistieron para adoptar la tradicion romana, el que esas versiones, *fortaleciendo las lecciones entusiastas de la juventud, nos permiten conservar en las sienes de Rómulo la esplendente diadema de fundador de la Roma eterna con su consejo senatorial*. Se ve, pues, que el entusiasmo de la juventud, las primeras impresiones, el cariño vivísimo que siempre conservamos por todo lo que nos recuerda el tiempo venturoso de nuestra adolescencia, cuentan, segun confesion del mismo Sr. Diaz, entre las razones que lo guiaron en su trabajo. En nuestro concepto es ésta quizás la razon principal, y la única que, bajo el punto de vista del sentimiento, ya que no de la inteligencia, nos explica de un modo plausible la tenacidad desplegada por el autor, en mantener como verdadera una version evidentemente fabulosa.

Fuera de esto, ¿qué ventajas encuentra en la versión heroica, para admitirla ciegamente y desechar la otra sin apelación? — Que es *ménos trunca, ménos incoherente*; que *presenta una serie eslabonada y completa de los sucesos*, y que el no aceptarla equivale á fundarse en *suposiciones arbitrarias y extravíos congeturales*. — ¿Será esto cierto? ¿Acaso la historia romana, tal como corre de las fuentes llegadas hasta nosotros, presenta un carácter tan armónico y definido, que el apartarse de ellas sea entrar imprudentemente en el campo de las congeturas?

Es indudable que si todos los textos históricos que poseemos estuviesen de acuerdo en la narración de los sucesos, podría llamarse grande temeridad venirlos á desmentir con congeturas á veinte siglos de distancia. Pero no es así; y los mismos escritores romanos, cuya autoridad tanto se quiere estimar, dudan de esos orígenes y esos relatos, que el Sr. Diaz acepta como ciertos. Tito Livio (á quien en este punto únicamente nos referiremos por no ser prolijos, y porque es el primero y más importante de todos) declara que no sabe nada de cierto sobre la historia primitiva de Roma, y que los rarísimos monumentos que de esa época pudieron haberse conservado, fueron destruidos en el incendio de la ciudad, *incensa urbe pleraque interiere*. A cada instante tiene que confesar su ignorancia sobre multitud de sucesos, y reducirse á simples congeturas.

Veamos además cuál es la *serie eslabonada* de esos sucesos primitivos, y empecemos por la pregunta más sencilla: — ¿En qué año fué Roma fundada? — La opinión generalmente seguida es la de Varron, esto es, la que fija el año 753 A. C.; pero esta fecha no tiene ningun carácter de autenticidad; por el contrario, Caton, Polibio, Ciceron y Trogo Pompeyo sólo concuerdan con Varron en citar una fecha posterior, como la suya, á la primera Olimpiada de los griegos; por lo demás difieren todos entre sí. Timeo sostiene que Roma se fundó treinta y ocho años ántes de la primera Olimpiada, coincidiendo por tanto con la fundación de Cartago. Ennio, en fin, va más léjos y supone que tuvo lugar esa fundación novecientos años ántes de J. C. — Es fácil calcular á cuántos estudios, á cuántas dudas y á cuántas congeturas modernas no habrá dado lugar tan grande divergencia en los escritores latinos más autorizados. Y no es esto sólo; no hacemos más que principiar.

Una fecha es importante, y si es la fecha capital de donde las otras deben derivarse, más todavía; pero la divergencia persiste en todo y por todo. Escójase un suceso cualquiera, el establecimiento de los comicios por tribus, por ejemplo, que Michelet ha llamado el suceso quizás más importante de la historia de Roma. Pues bien, el que quiera conocer á fondo este punto histórico decisivo, y acuda á los escritores romanos,

encontrará que todos lo presentan de una manera completamente diferente; mas si en vez de esto, lo estudia en Mommsen, cuya obra es la última y más completa expresión de lo que sabe sobre Roma la crítica moderna, adquirirá la noción clara y verdaderamente histórica de ese acontecimiento.

No acabaríamos nunca si nos pusiésemos á extraer de Niebuhr las infinitas contradicciones ó errores que señala y corrige en los historiadores latinos. Tito Livio y Plutarco dicen que fueron bandoleros los primeros pobladores de Roma; y Dionisio de Halicarnaso por el contrario que eran gentes honradas las que se agruparon en torno de Rómulo. Sobre la guerra de Porsena, que es el suceso en que concuerdan mejor, hay sin embargo graves diferencias. Tácito, Plinio y Dionisio convienen en la rendición de la ciudad y aún en un tratado vergonzoso impuesto por Porsena; es sabido que Tito Livio afirma que el jefe etrusco levantó el sitio y se retiró lleno de admiración por la virtud romana.

Esta es la verdad sobre esa versión latina de su propia historia. Y no podía menos de ser así. Antes de Catón el viejo, cuyos libros no conocemos, pero conocieron Tito Livio y los demás, no existió ningún historiador romano; y Catón tenía diez y siete años cuando se dió la batalla de Trasimeno, esto es, en 217 A. C.; más de quinientos años, por consiguiente, des-

pues de la fundación de Roma, aparece el primer escritor que trata de los orígenes romanos. ¿Qué verdad histórica podía esperarse, cuando es notorio que no existían documentos de ningún género, y que la transformación había sido tan grande, que nadie en Roma entendía ya la lengua de las rarísimas inscripciones que se conservaban, y no lograban distinguir si una estatua que había en el Foro era de Clelia ó de la hija de Valerio Publícola?

Los primeros historiadores romanos fueron griegos; escribieron de lejos y á modo de retóricos; lo adulteraron todo, añadiendo la falsedad de su ignorancia á la falsedad natural de las tradiciones, y el resultado es esa *versión heroica* á que alude el Sr. Diaz. Cuando vinieron despues los escritores de talento y de espíritu crítico hasta cierto punto, como Polibio, se vieron obligados á echar á un lado los pocos historiadores primitivos calificándolos de *absurdos é inverosímiles*; ó declarándolos, como Ciceron, indignos de ser ya leídos, *sic scripta sunt ut ne legantur quidem*. Pero como nada auténtico existía en cambio para sustituirlos, recurrieron todos á las mismas tradiciones mentirosas, y las copiaron, advirtiendo su desconfianza como Tito Livio; ó burlándose decididamente, como Ciceron en muchos pasajes de sus obras.

IV

Se dirá acaso que el Sr. Díaz, aunque no alude á nada de lo que hemos apuntado, es probable que lo sepa mejor que nosotros; y que implícitamente lo ha condenado al decir que el *sistema moderno destruye sin reconstruir*; — precisamente á estas palabras del autor queríamos venir á parar, pues creemos que envuelven una acusacion sin fundamento.

Si el cargo se dirigiera exclusivamente á Beaufort, seria exacto. Este ilustre holandés publicó su famosa *Disertacion* el año 1738, y en realidad no hizo más que destruir; pero con tal habilidad y tal vigor que convirtió en una verdadera é inmensa ruina el pomposo edificio con tanto talento elevado por Tito Livio á la gloria de Roma. Beaufort no fué más que un precursor; el mesías fué Niebuhr, y á éste no es posible llamarlo sólo destructor, sin cometer la mayor de las injusticias.

Niebuhr nació en Copenhague en 1776, pasó la mayor parte de su vida en la patria de Kant, cuya nacion representó despues por varios años en Roma, y murió en Bonn en 1831. Fué un verdadero alemán, de esa Alemania, que, como ha dicho un francés de nuestros dias, se complace más en las hipótesis que en las dudas, y destruye para reconstruir. Niebuhr encontró la historia romana echada al suelo por Beaufort,

por Leclerc, por Vico, y él mismo acabó de derribar los errores que permanecian en pié; pero con un talento de escritor, de la misma raza que el de Tito Livio, un genio incomparable de sagacidad y una erudicion colosal, se ocupó en levantar sobre mejores y más anchas bases el derrumbado edificio; y el resultado fué esa gran Historia, que por desgracia sólo alcanza hasta la segunda guerra púnica, y que en cada página encierra un descubrimiento. Casi todos ellos han pasado hoy al grado de axiomas incuestionables, y están en los libros más elementales.

La mision de Niebuhr no fué buscar contradicciones ó vacíos en los textos romanos, y demostrar lo fabuloso y convencional de esa *eslabonada* narracion de los cinco primeros siglos de Roma. Esto no fué más que la primera y menor parte de su tarea. Su gloria imperecedera está, por ejemplo, en haber descubierto la clave de esa historia primitiva, en haber introducido en tanta confusion una fulgente claridad, en haber, en fin, señalado por primera vez las dos razas cuya oposicion constante es el fondo de la historia romana, los patricios y los plebeyos, dos naciones diversas dentro de una ciudad. En virtud de esta explicacion, que sigue el crítico alemán en su más minucioso desenvolvimiento, aparecieron bajo una nueva faz, esta vez filosófica y definitiva, las grandes instituciones atribuidas á Servio Tulio, la guerra de los Samnitas y la

guerra Social. Con este solo ejemplo tenemos suficiente. Bástenos decir que es lo mismo en todo lo demas. He aquí por qué nos sorprende que diga el Sr. Diaz que esta renovacion hecha por la crítica moderna *no sustituye certidumbre á la duda, ni claridad á la oscuridad.*

Dice tambien que no ha pasado *todavía por el crisol del tiempo.* Ya hemos visto que un siglo ántes de Niebuhr abrieron magistralmente el camino Vico y Beaufort. El primer volumen de la obra del gran crítico alemán apareció en 1811. El descubrimiento de la locomocion por vapor, que nos parece ya una antigüedad, es más moderno.

¿Qué quedaba por hacer despues de Niebuhr?— Completar sin duda alguna los detalles, en lo cual se ha avanzado extraordinariamente en nuestro siglo, merced á nuevos monumentos descubiertos y al inmenso vuelo que han tomado los estudios filológicos y epigráficos; pero sobre todo rebajar sus exageraciones, las figuraciones algunas veces excesivas de su espléndida imaginacion, y, librándonos de las discusiones minuciosas, trasportarnos por primera vez de un modo completo y ya del todo histórico, á esa Roma antigua tan nuevamente descubierta. Esto es lo que ha hecho admirablemente Teodoro Mommsen. Su historia romana apareció en 1854, y como ántes dijimos, es la última palabra en la cuestion. ¿Tendrá, por tanto, razon

quien diga que no ha pasado todavía por el crisol del tiempo?

V

El resultado forzoso é inevitable de esta divergencia fundamental entre el modo como considera la historia de Roma el Sr. D. José Francisco Diaz, y el modo como creemos nosotros que únicamente debe considerarse, es fácil de calcular. Tenemos que leer sin interes muchos de sus capítulos; y reconociendo la erudicion del autor y el indisputable mérito de sus estudios sólidos y escrupulosos, no podemos evitar el recorrer gran número de páginas de su libro con la misma indiferencia con que recorreríamos una novela, cuyos sucesos sabemos que no tienen más vida que la que les presta el talento del escritor que los finge.

El primer capítulo (despues de una larga y bien dispuesta Introduccion) comienza hablando de la *superioridad política* de Rómulo, de sus *oportunas y discretas concesiones* al renunciar la soberanía absoluta y prestarse á otorgar una forma de libertad, parecida á lo que en nuestros dias se llama gobierno constitucional. Rómulo, por consiguiente, no es ante el Sr. Diaz un nombre cómodo para designar el fundador de Roma, para personificar en un solo individuo lo que sin duda necesitó más de un siglo y más de un hombre; es el primer rey de Roma, el aventurero de genio y de

valor que, por el esfuerzo de su voluntad y de su inteligencia, escoge el asiento de la ciudad, dicta leyes á su pueblo, la organiza del modo maravilloso que ha de ser despues la admiracion de las edades, establece en fin la asamblea popular y la cámara alta, esto es, los Comicios por curias y el Senado. Antes de Rómulo no habia más que yerba y soledad en los collados tiberinos; á su voz omnipotente se levanta esa ciudad eterna, que conquistó el mundo por la fuerza de sus instituciones, y Rómulo es el legislador de esas instituciones.—Nos es imposible ver en estas ideas algo más que una novela, un sueño fantástico de la imaginación.

¿Quién es Rómulo?—No lo sabemos.—¿Quién es Numa Pompilio, ese absurdo segundo rey, extranjero, que van los romanos á buscar á Cures?—Tampoco lo sabemos; y así sucesivamente hasta una fecha posterior.—¿Quiere esto decir que deba renunciarse á toda historia de esa época, por sólo la razon de que las narraciones que de ella se han hecho sean un verdadero poema heroico?—Nó, sin duda. El historiador que se haya elevado á la altura de la ciencia moderna, y emprenda la tarea de escribir los orígenes del Senado romano, debe prescindir de toda esa poesía y de toda esa ficcion; y buscando con otro criterio lo que hay en los textos de verdaderamente histórico, puede presentar un estudio del Senado de Roma en

los cinco primeros siglos, infinitamente más completo y más filosófico.

Ese Senado, que se supone fundado por Rómulo, es de todas maneras una de las instituciones más antiguas de Roma. Existió indudablemente muy desde el principio; pero no estaba de cierto entónces organizado del modo tan cabal y complejo que describe el Sr. Diaz.

Roma empezó por ser una monarquía. Si algo hay auténtico en los orígenes latinos, es la esencia monárquica de todas sus instituciones primitivas. No era sólo que hubiese un Rey que ejerciera la soberanía sobre toda la ciudad; la ciudad entera, además, se componia de fracciones, unidas por un lazo comun y constituyendo las *gentes*. Cada *gens* tenia un jefe ó *patriarca*, que era el rey en ella, y conservaba por tanto su independencia al lado del Rey de la ciudad, y del pueblo. La reunion de esos patriarcas, de esos *ancianos*, fué el origen del *Senado* (de *senex*, viejo). Este es el primer paso.

Pero esta reunion de fracciones independientes no hubiera dado nunca á Roma su robusta unidad y su incontrastable energía. La fundacion de Roma debió ser la decapitacion de la *gens*; todos su miembros fueron declarados iguales, pero el Senado que por su naturaleza debia ser un simple *Consejo de Estado*, conservó muchas de las importantes atribuciones de su

origen; — y esto empieza ya á explicar de un modo racional y perceptible la historia de esta institucion.

De aquí dos rasgos capitales de la organizacion senatorial: primero, lo vitalicio del cargo; segundo, el número de sus miembros, que durante toda la república, es decir, hasta Sila, fué siempre de trescientos. Trescientas fueron las *gentes* que constituyeron á Roma cuando tuvo lugar la fusion de las tres ciudades primitivas; porque empezó habiendo tres Romas, y cuando las tres constituyeron una sola, la division permaneció vigente y visible. De ahí el que en lengua latina para decir *partir* ó *repartir* se usase la palabra *tribuere*, *partir en tres*.

Un Senador romano en la época de los reyes no era un simple patricio, miembro de una asamblea consultante. Un Senador era un rey en pequeño, por decirlo así. Vestía de púrpura como el monarca, pero en vez de ser de púrpura el manto, sólo era una ancha banda de ese manto. Cuando moría el rey, lo sustituía un *interrex*, esto es, un senador que reinaba cinco días, al cabo de ellos pasaba el poder á otro senador, y así sucesivamente hasta que se llenaba la vacante. Sin embargo, el Senado distaba mucho de ser entonces lo que fué despues. No tenía el poder legislativo. Era el depositario de la constitucion, y confirmaba ó interponía el *veto* á las decisiones del pueblo, segun atacasen, ó nó, los principios fundamentales de la constitucion.

Residia en él la religion, *auspicio*, y de aquí ser él quien declaraba la guerra. Llegó á ser, en fin, con el tiempo y en virtud de su derecho de invalidar ciertas decisiones, un cuerpo á quien el soberano consultaba ántes de proponer al pueblo, pues teniendo la facultad de confirmar ó rechazar, era natural que el rey á la postre empezase por explorar su voto ántes de aguardar su veto.

Esto fué el Senado durante todo el período monárquico. La revolucion que suprimió el poder real no introdujo de golpe grandes modificaciones en él, pero las que desde luégo se realizaron siguieron la tendencia de aumentar su preponderancia, que es fácil reconocer desde el principio en todo lo que se refiere á este cuerpo. Hasta entonces el Senado habia sido una asamblea exclusivamente patricia; en esta época entraron los plebeyos con el nombre de *conscripti*, reservándose los nobles el de *patres*. De ahí, despues, el título, que á todos indistintamente se dió, de *Padres conscriptos*.

Más adelante, al llegar la época que Mommsen con mucho tino llama de la *igualdad civil* y que puede fijarse en el año 362 ántes de J. C., creados ya los tribunos del pueblo, los ediles, los censores y los pretores, perdida por el patriciado la supremacía política, y promulgadas las leyes Licinias, — llegó también el momento en que el Senado comenzó á desempeñar en

Roma el supremo poder, y á ser en la realidad lo que es en la memoria de los siglos: la asamblea omnipotente que, por su constante sabiduría é inquebrantable teson, emprendió la inmensa tarea de conquistar el mundo, y todo entero al fin lo vió á sus piés.

La empresa no pudo ser más grande ni más ardua, y el Senado estuvo siempre á la altura de su mision; pero no es esto lo que hay más que admirar, sino la profunda é incomparable habilidad con que llegó, sin revolucion y sin sacudimiento, á tan encumbrada posición. Todas las conquistas trabajosamente alcanzadas por el pueblo, cedieron en su beneficio. ¡Cuán léjos quedaba el tiempo en que era su principal papel velar por la constitucion! Ahora hace él la constitucion; el poder legislativo, el poder ejecutivo, la preponderancia política por medio de las elecciones, la formidable intervencion de los tribunos, todo pasa á sus manos para dirigirlo ó contrarestarlo. *Asamblea de reyes* la llamó con razon el embajador de Pirro, despues de la batalla de Heraclea, en 280 ántes de J. C. Este era su poder.

De sus virtudes poco diremos. El Senado fué quien contestó á las proposiciones de paz de Pirro-venecador: «La República no firma tratados miéntas haya un enemigo en el suelo de la patria.» El Senado fué tambien quien acudió á las puertas de la ciudad á significar su agradecimiento al cónsul Marco Varron,

derrotado en Cannas, por no haber desesperado de la patria.

Después, la victoria constante y la prosperidad creciente debilitaron la mano que con tanto vigor habia gobernado las riendas del Estado. Los procónsules organizaron la corrupcion y la tiranía en las provincias; y el Senado ante ello permanecié indiferente. La democracia surgia como surge toda democracia de la opresion, desorganizada y desmoralizada, pero rabiosa é implacable. Se veia ascender la ola lenta é irresistible, y el Senado se mantuvo inerte hasta que resonó como un trueno en sus oidos la voz elocuente de Tiberio Graco y de su ilustre hermano. Necesitó salir á la plaza pública y á las calles para pelear con la revolucion, y la victoria fué un asesinato. Todo estaba perdido. La reacion de Sila duró el mismo tiempo que la dictadura de su autor; y ya los ojos de halcon de Julio César habian divisado su presa.

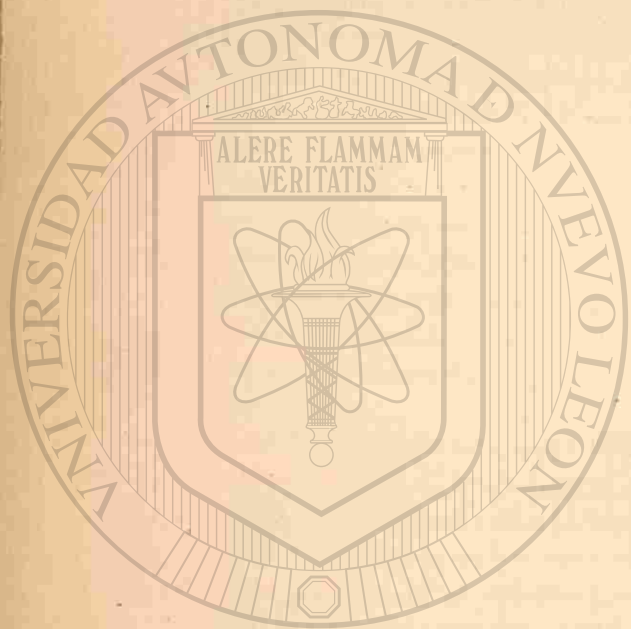
De aquí en adelante, es decir, desde la muerte de Caton, hasta la caida del imperio de Occidente, la historia del Senado romano no ofrece más que un interés de curiosidad. El Sr. Diaz, sin embargo, sigue su marcha tan escrupulosamente como en tiempo de la República, y habla de su poder, de su influencia é inmunidades durante el reinado de los que él llama *Césares moderados*. En este punto ya no nos separa la divergencia que en los tiempos primitivos, pues en

época tan plenamente histórica tenemos que reconocer los mismos monumentos como auténticos. Las diferencias serían sólo de detalle; pero confesamos que no nos es posible considerar con tanta seriedad esa influencia política del Senado durante un solo momento más después de la batalla de Accio. El Sr. Díaz puede pensar lo que quiera de esos emperadores *suaves* y de esa *augusta* asamblea. Para nosotros no hay más verdad que las palabras terribles de Tácito al describir el poder de Augusto: *CUNCTA nomine principis accepit; munia senatus, magistratuum, legum traxit IN SE*, y lo que es peor, para mengua eterna de Roma, *nullo adversante*.

Un interés puramente arqueológico, y nada más, lo repetimos, puede inspirar el estudio de las ceremonias y variaciones de la constitución del Senado, en los cinco siglos que duró el imperio. Sus atribuciones no fueron ni aún siquiera las que hoy, por ejemplo, tiene el Senado francés del imperio napoleónico de nuestros días; y calcúlese qué importancia se dará en una historia del siglo XIX á esa asamblea de príncipes, obispos y mariscales! Desde el momento en que una asamblea pierde toda iniciativa y toda influencia política ó legislativa, deja de tener historia. El Senado romano al divinizar á César y á Augusto primero, y después á Tiberio y á cuantos lo solicitaron, lo perdió todo, incluso el honor, y apenas si pudo á veces salvar la vida

por una dispensación humillante de su señor. ¿A qué, pues, presentar en espectáculo minucioso el grado mayor de miseria á que en ningún tiempo han llegado los hombres? Sólo como lección moral, como indeleble marchamo cabría que de él nos ocupásemos por un instante; pero no estamos de acuerdo con el Sr. Díaz, al desarrollar en muchas páginas de su libro, este pensamiento que estampa desde el principio: «*Para el imperio suave fundado por Augusto y regido por muchos de los buenos Césares, no cabía haber discurrido mejor institución que la del Senado.*»

Habana, 1867.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DANTE

y

LA DIVINA COMEDIA

CONFERENCIA

Pronunciada en la Habana el 16 de Noviembre de 1879

Las frases tan amables y benévolas del señor Presidente, (1) y los aplausos con que las habeis acogido, me conmueven profundamente; acrecen la emoción, bien grande ya de suyo, que me producía la idea de entrar aquí, de subir á esta tribuna, de hablar en esta sala, donde por multitud de motivos no puedo hacerlo bajo el imperio de los mismos sentimientos que en cualquiera otra parte; porque aquí, en este barrio de la ciudad, á pocos pasos del lugar donde nos encontramos, he alzado la voz, por primera vez en mi vida, para hablar ante un público,

(1) El señor Don J. A. Cortina, que había tenido la bondad de pronunciar un breve discurso de introducción, llenó de las más lisonjeras expresiones.

hace mucho tiempo, nada menos que veinte años, mucho más de lo que el célebre historiador de Roma llamaba « largo espacio de la vida mortal. » Mil recuerdos indelebles de la juventud surgen ahora, y me circundan, y casi me embargan el libre ejercicio de la palabra; fijando un instante la atención, parece que me veo yo mismo otra vez, tal como entonces era, un niño, apenas un adolescente, colmado de alegrías, con una confianza imprudente en mí mismo, que de cierto no tengo ahora, figurándome llanos y fáciles los ásperos caminos de la vida—que es tan áspera!—embriagándome con delicia en los primeros perfumes de la existencia, ostentando fresca é intacta en la mano la flor de mis ilusiones. Ahora... han corrido veinte años presurosos; vientos de los cuatro lados del horizonte han sacudido la flor, arrancado sus hojas, que una á una he visto escaparse y perderse en el espacio; y sólo conservo el tallo marchito, las espinas punzantes y las cicatrices de la mano.

Asáltame también otro vivísimo recuerdo, la imagen de un hombre, de un anciano de faz dulcísima y venerable, á cuyo lado estaba, que me cubría con su protección, y á quien hasta aquel momento todo lo debía en el mundo. Era mi maestro, mi segundo padre, José de la Luz Caballero; y estoy siempre tan lleno de él, que pudiera sin grande esfuerzo hablaros largamente sobre tema tan grato para mi corazón. Pero

no lo haré. Me contento con mencionar su nombre, consagrarle este recuerdo y ponerme en cierto modo, desde el principio de mi conferencia, bajo el amparo de su memoria.

Grande admirador era él del poeta insigne de que voy esta noche á ocuparme; él me transmitió el afán de estudiarlo y conocerlo, de él aprendí á descubrir el íntimo y oculto sentido de sus versos inmortales, á percibir la armonía sublime, que explica su historia y su carácter, por medio de la obra grandiosa que asegura la perpetuidad de su nombre. Os voy á hablar de Dante; os voy—con más exactitud—á decir algo sobre el poeta de la Divina Comedia, porque es claro que no pretenderé encerrar en los límites estrechos de mi conferencia, asunto que es vastísimo. Dante no es sólo, demasiado lo sabéis, el primer nombre de la literatura italiana, y uno de los muy primeros entre los grandes autores cuyas obras son el patrimonio, la honra, el título de nobleza inalterable é indudable en que puede fundar verdadero orgullo la humanidad entera; sino que fué además un vigoroso combatiente en la batalla de la vida, un ser de alma grande y heroica que vivió y luchó la vida de su patria, la vida de su siglo, la vida de todos sus semejantes; y cuya palabra, y cuyos escritos, y cuya historia son otro mundo, otro universo, otro cosmos moral é intelectual, grande, muy grande, indefinido como éste en medio del cual pasan

y giran nuestros planetas, como puntos imperceptibles en el espacio incommensurable.

Fué un héroe en el verdadero, en el más alto, en el sentido trascendental de la palabra. Su existencia se desarrolla entre dos siglos revueltos de esa época confusa y preñada del porvenir que llamamos Edad Media; ciudadano de una de las turbulentas y famosas repúblicas italianas, de esa ciudad de Florencia que es después de la Atenas de Esquilo, de Pericles y Demóstenes, el lugar de la tierra á que más deben el mundo y la civilización;—luchó desesperadamente contra la adversidad que, en diversas formas, vino constantemente á ponerse en su camino y cerrarle todas las salidas. Desgarrada su ciudad natal por luchas intestinas, sangrientas y encarnizadas, que intentó primero, inútilmente, moderar ó dirigir; en que se vió despues forzado á tomar parte declarándose en favor de uno de los bandos contendientes, como era su deber, como es el deber de todo hombre en casos infortunados de esa naturaleza,—se salvó de la muerte condenándose al destierro. No ya la felicidad, el simple reposo, le fué desde entonces vedado por la hostilidad de su destino. Mientras en su patria arrasaban su casa y pregonaban su cabeza, erraba de ciudad en ciudad, componiendo y escribiendo, con la sangre de su ulcerado corazón, el poema inmortal, que es la mayor gloria de esa misma patria desagrada.

Entró un día en el monasterio de Corvo un peregrino de rostro lívido y adusto, que permanecía callado en presencia de los religiosos. Preguntóle uno de ellos qué buscaba, y el extranjero sin comprender miraba absorto los arcos y las columnas del claústro. A una nueva pregunta, volvió lentamente la cabeza y mirando á los hermanos, contestó con voz sepulcral: *La paz*. De ahí aquel verso sublime de la Divina Comedia:

Io vò gridando: pace, pace, pace!

Así vivió los últimos veinte años, los mejores de su vida, y llegó de obstáculo en obstáculo, de destierro en destierro, de desesperación en desesperación, pero siempre rebelde é indignado, á morir en Ravena, lejos de la patria amada con delirio. Ahí fué enterrado, y ahí han ido durante siglos los florentinos suplicando, en balde hasta ahora poco, la devolución de las cenizas del más ilustre de sus hijos para sepultarlas en uno de los numerosos monumentos, que la posteridad, tardía y estérilmente agradecida, como siempre, se empeña á porfía en levantarle y dedicarle.

Pocos ejemplos existen más completos de lo que en el lenguaje comun se llama un hombre desgraciado. Nunca ha sido el bienestar la recompensa de los grandes benefactores en el órden intelectual. Se hallan de tal manera organizadas las sociedades humanas para solaz y triunfo de las medianías, que apenas surge un

sér de extraordinarias facultades cuando todo en su torno parece de propósito conjurarse para amargarle é infernarle la existencia. Así son un verdadero martirologio las biografías de los grandes hombres; y pudiera recordar, buscando un paralelo á sus miserias entre los compañeros del Dante, entre los artistas de cualidades eminentes, pudiera mencionar, repito, á Beethoven, condenado por la naturaleza á no oír él mismo la música sublime que creaba; para quien debió haber sido peor, mil veces peor que todas las amarguras de la muerte, sentir extinguirse por completo el mundo de sonidos con que daba forma imperecedera á las imágenes que brotaban de su poderosa fantasía, que de ese modo asistió á su propia larguísima agonía, y murió sintiéndose vivo todavía. Pudiera mencionar también á Cervantes, el rey de los escritores españoles, cuyo libro incomparable entraña una antítesis prodigiosa, porque es la mirada más profunda y escrutadora que sobre la miseria humana se ha dirigido jamás, sostenida sin alterar la sonrisa dulcísima de un alma candorosa y buena. Cervantes, como sabeis, vivió sesenta y nueve años, sin deber nunca, ni á los hombres ni á la naturaleza, una sola coyuntura favorable, una sola muestra de auxilio ó de simpatía; la indiferencia aquí, la envidia allá, la enemistad en todas partes; sintiendo materialmente los efectos del hambre y la desnudez, hasta caer al fin fatigado y exhausto en la fosa comun,

con tan poca fortuna, bajo estrella tan adversa, áun en ese trance postrimero, que inútilmente han estado desde hace años sus descendientes, sus compatriotas, buscando su cadáver, los restos de la envoltura mortal de su genio vencedor del tiempo; y ni siquiera despues de muerto le es dado recibir los homenajes, que en vida implacablemente le negaron.

Los sufrimientos del Dante fueron todavía mayores. En prueba de ello, además de la historia incompleta, pero bien llena de desventuras, de su vida; además de su Libro, de su Poema donde no hay tormento que no tenga su nombre, ni dolor divino ó humano cuyo quejido no haya sido notado, ni desesperacion que no haya sido traducida por algun vocablo ó alguna frase, cuyo eco repetido de generacion en generacion, y de siglo en siglo, llena todavía nuestros oidos,—poseemos otro testimonio irrecusable en un cuadro, un retrato, que es auténtico sin disputa, obra de algun contemporáneo del poeta, que se conserva en Florencia, y que me parece tener aquí delante de los ojos. Es el simple perfil de un rostro pálido, lívido mejor dicho, de expresion vaga aunque penetrante y dolorosa, con unas hojas de laurel en torno de la frente, que no se puede mirar sin experimentar vivísima emocion. La realidad no ha ofrecido al pincel de artista alguno, otro ejemplo igual de trágica tristeza. Es una fisonomía detras de cuyas facciones se adivina

un fondo primitivo de dulzura y mansedumbre, que algo—no se sabe qué—algo terrible é indefinible, ha transformado en un hombre duro, inexorable, sin esperanza. Esa fisonomía no habla, siente únicamente; una pena sin nombre está devorando y consumiendo su corazón; no profiere un solo lamento, pero los labios contraídos y arqueados en sus extremos expresan el silencioso desden que en esa alma superior inspira la crueldad de su propia suerte, la tranquilidad suprema de una víctima que se siente muy por encima de la adversidad que lo abrumba y aniquila. Profundamente indignado pero sereno, implacable pero justo, callado é invencible. Tal es el Dante, tal debió ser el poeta de la Divina Comedia, ése es sin duda alguna el retrato del famoso florentino á quien veían pasar las mujeres de Verona y decían: «Ese es el hombre que va y viene del Infierno cuando quiere!»

No conocemos puntualmente, como ya ántes indiqué, con todos sus detalles, la vida del Dante; pero lo que sabemos confirma la impresion del retrato, que en definitiva viene á ser el documento más importante, despues de su gran Poema, para penetrar y fijar su carácter; ojalá poseyésemos de otros grandes artistas documentos de ese género! Ojalá tuviésemos en alguna parte un retrato de Cervántes, por ejemplo, auténtico como ése, copiado de la realidad por un contemporáneo! Cervántes nos dejó escrita, como

sabeis, una descripción de sí mismo, un retrato á la pluma, en que está todo ménos lo principal, ménos la expresion de su íntimo sér; ¡cuánto más no sabríamos sobre él, si nos fuera dable señalar en la combinacion de sus facciones los elementos de su poderosa individualidad artística; y descubrir en su fisonomía los gérmenes que produjeron ese loco sublime, esforzado como un héroe de la Iliada, exaltado y generoso como un paladin de las Cruzadas, justo é inquebrantable como un hombre del porvenir, sér imaginario que vino al mundo con tanta vida que fué sin duda creado á imágen y semejanza del gran poeta que lo evocaba, como se formó, segun la tradicion, el primer hombre á semejanza de su hacedor!

Dante nació en la segunda mitad del siglo XIII (en 1265, diré para ser más preciso) de familia noble, en Florencia, y aprendió todo lo que en las escuelas se enseñaba durante la Edad Media: mucha filosofia escolástica, mal disfrazada con el nombre y la máscara de Aristóteles; mucha teología; ningun griego y bastante latin. Su poema refleja cabalmente toda su educacion. Allí Virgilio aparece como el poeta soberano, guia, señor y maestro; y Dante que tiene la conciencia de su genio y no esconde el orgulloso sentimiento de su valer que á menudo lo anima, se inclina, sin embargo, humillándose ante él, como ante un modelo inaccesible. La posteridad no ha confirmado los resultados

demasiado modestos de esa comparacion, y si bien reconoce en Virgilio un artista muy grande, un maestro en el decir y un espléndido poeta, sabe medir la enorme distancia que lo separa de un genio creador como el Dante, que inventa y combina dentro de sí mismo, sin auxilio de nadie, los rasgos y elementos de su poema: tan nuevo, tan original, tan extraordinario que van seiscientos años transcurridos y ninguno se ha acercado á él,—más aún, nadie capaz de comprender la dificultad de la empresa, ha osado intentarla. Homero, Shakspeare, los únicos dos que ocupan el mismo rango y pueden llamarse sus iguales, han tenido imitadores; Virgilio y el Tasso y algun otro se aproximan en algunas ocasiones al cantor de la ruina de Troya; Schiller y Goethe, en varias de sus obras, no distan grande espacio del autor del *Hamlet* y del *Othello*. Dante, mientras tanto, permanece en pié, aislado, solo y grandioso, con su larga ropa talar y el laurel nunca marchito en torno de su frente, elevado sobre el pedestal de la Italia, llenando todo el vasto horizonte de los diez siglos de la Edad Media.

Florenia, la ciudad natal, era al mismo tiempo toda la nacion. La Italia, dividida entónces en menudas fracciones, encerraba entre los Alpes y el mar, casi tantas naciones diferentes como contaba ciudades importantes. Ensangrentada por bandos y parcialidades, en cuyas luchas todos tomaban parte, la cosa pública era

un interes comun que imponia deberes activos, y producía un movimiento continuo de guerra y de política, de que es difícil formarse idea exacta en nuestros dias de grandes nacionalidades, vasto comercio é intereses cosmopolitas. Allí todo ciudadano era soldado, las diversas carreras se confundian, la patria pedía su sangre á todos sus hijos; mas por lo mismo el ejercicio de las armas no era ocupacion exclusiva, ni aislaba al ciudadano; el soldado allí empuñaba la espada para defender literalmente su familia, su hogar, sus más próximos y queridos intereses. Cuando sonaba la hora de vestir el arnes de guerra y salir á campaña, se alejaba á veces tan poco que podia ver á su anciano padre en los baluartes ansioso de admirar y aplaudir su triunfo; sabia que si la suerte le era adversa no vendrian manos mercenarias á restañar sus heridas, que su madre misma se sentaria al lado de su lecho de dolor; y que si debia consumir el sacrificio patriótico de su vida, moriria rodeado de su familia y sus amigos. Dante siguió el camino por donde su época lo llevaba; fué soldado y peleó en más de una batalla, luégo político, diplomático, embajador; y á los 35 años, de puesto en puesto, de servicio en servicio, llegó á ser uno de los Priors, ó primeros magistrados de Florenia. Pero en los juegos de la guerra y la política los triunfos son efimeros, la fortuna le hizo traicion una vez, y se halló con todos sus amigos condenado súbitamente al des-

tierra, forzado á pasar errante y miserable el resto de su vida. Dicen que se encuentra todavía en los archivos de Florencia el decreto que disponía la confiscación de sus bienes y ordenaba que fuese quemado vivo donde quiera que fuera aprehendido. Antes su casa había sido saqueada. Las discordias civiles, desgraciadamente, son iguales en todos los siglos y en todas partes.

Tal fué su vida pública. Poco sabemos acerca de su vida íntima. Sabemos sólo que tuvo familia, y que en su seno tampoco fué feliz, lo cual no debe considerarse extraño. Más de una vez me he preguntado delante de su retrato si era posible que lo hubiese sido, y me he dicho que nó. ¿Cómo hubiera podido una mujer aplacar la intensidad excesiva de carácter que revela ese rostro? ¿cómo hubiera logrado nadie suavizar ó encantar la vida del hombre, cuyos ojos miran todavía con tanta fiereza y energía desde la tela de ese cuadro?

Pero sabemos otra cosa más. Hubo un sér á quien Dante amó profundamente, despues de la patria el único quizás á que se consagró con toda su grande alma; fué una mujer, y su nombre solo despertará en vosotros un mundo de recuerdos. ¿Quién no conoce la Beatriz de Dante? Las escasas y brevísimas relaciones personales que mediaron entre esos dos séres forman un consorcio indisoluble en la memoria de los

siglos. Contaban uno y otro nueve años cuando por primera vez, en un día del mes de Mayo, se encontraron en una fiesta. No volvieron á verse hasta nueve años más tarde, cuando ya contaban diez y ocho, y creció Dante admirando de léjos su hermosura celestial. Seis años despues, volviendo un día lleno de gozo y de esperanzas de una campaña victoriosa, la encuentra muerta. Es preciso leer los detalles de esto, que secamente os relato ahora, en la autobiografía mística que escribió con el nombre de *Vita Nuova*. Aquella muerte inesperada convirtió su amor, al privarlo de toda esperanza sobre la tierra, en pasión avasalladora. El fúnebre suceso transformó su sér: de ahí salió gran poeta, erudito, teólogo, diplomático, hombre de estado. Beatriz ocupa y llena su alma. Así, cuando más tarde sonó para él la hora del desastre y de la derrota definitiva, cuando abandonó á Florencia con el corazón profundamente llagado, odiando cuanto había ambicionado, maldiciendo la patria que tanto había amado—y tanto amaba todavía, pues el odio vehemente es indicio infalible de la persistencia del amor,—sólo el recuerdo de Beatriz podía servirle de consuelo en la vía dolorosa que ante él se abría, en el nuevo y áspero camino por donde el destino lo lanzaba, y que emprendía como un hombre arrastrado por sus verdugos á la muerte y á la crucifixión.

Empero no deploramos demasiado las desgracias

del Dante. ¿Qué hubiera ganado el mundo si hubiese permanecido en Florencia, en posesion tranquila del respeto y la consideracion de sus compatriotas? ¿El mismo, hubiera sido feliz? Probablemente nó; y el mundo en cambio careceria del libro más notable que se ha escrito en lengua moderna, del poema prodigioso que siendo primitivamente, en la mente del poeta, un himno en honor de una mujer, fué concebido con tan vastas y elevadas proporciones, que cupo en él toda la poesía, toda la ciencia y toda la religion de una época entera de la historia de la humanidad.

El destierro fué digno del cantor de las penas eternas del Infierno; duró mucho tiempo, todo el que vivió, hasta su muerte á la edad relativamente temprana de cincuenta y seis años; mas la injusticia del castigo interminable no pudo doblar su erguida cabeza. Ansiaba volver á la patria, y lo hubiera realizado pidiendo perdon y pagando una multa. Rechazó indignado la idea de semejante humillacion, y continuó vagando de ciudad en ciudad, llevando siempre, en la frente y en el corazon, el poema que debia ser la venganza implacable de su genio. Sus enemigos querian perdonarlo! qué error! él era el juez, de ningun modo la víctima! Sus enemigos! él vivia, miéntras ellos eran los muertos, muertos y prisioneros en el Infierno, sufriendo tormentos horrosos. Parecian residir aún en Florencia y agitarse y gobernar! mentira! Un juez inexorable,

cuyos fallos tenian por sancion ineluctable la inmensidad del tiempo, los habia condenado, y para ellos no habia perdon, ni multa, ni humillacion que pudiera salvarlos de la sentencia pronunciada!

La historia de su destierro es la historia de la composicion de su poema; al terminarlo consideró cumplido el objeto de su existencia sobre la tierra, inclinó por primera vez su cabeza de apóstol y murió, seguro ya y convencido de su inmortalidad.

Nada os he dicho sobre sus opiniones políticas, por no entrar en detalles minuciosos y confusos que, llevándose demasiado léjos, poco en definitiva servirian para mi objeto. En aquellos dias era aún la Italia el campo de batalla de esa querella, que consumió siglos, entre el sacerdocio y el poder militar, entre los Papas y los Emperadores. Güelfos y Gibelinos, que así se denominaban los dos partidos, ensangrentaron durante muchas generaciones el suelo italiano, y subdividiéndose á menudo en fracciones menores y complicándose y agravándose con rivalidades y diferencias de localidad, convirtieron tan hermoso país en la region más desordenada y revuelta de la Europa. Dante militó bajo la una y bajo la otra bandera sucesivamente; Güelfo en Florencia, se hizo Gibelino en el destierro, y en ambas situaciones perseguia sin duda una misma idea, la unidad de la patria, la creacion de una Italia fuerte y poderosa, que trajera otra vez los grandes dias de glo-

ria y de reposo del antiguo imperio de Augusto y los Antoninos. La Divina Comedia revela á cada paso ser la obra de un Gibelino, los odios del hombre de partido designan con frecuencia las venganzas del poeta; pero la verdad es que su inspiracion se eleva mucho más allá de las divisiones políticas de la época, y sin tratar de disfrazar el apasionamiento impetuoso de sus opiniones, se alza por encima del aspecto inmediato de los sucesos, y abraza dentro del radio de su vasta y soberana mirada, el pasado, el presente y el porvenir. —¿Sabeis porqué? Porque además de guerrero, además de político, además de hombre de estado, es algo que importa infinitamente más, es poeta. Poeta en el gran sentido, en el sentido clásico, bíblico, primitivo de la palabra: vate, adivino, creador, Profeta!

La Divina Comedia es, como nadie ignora, un poema en tres partes que corresponden á las tres divisiones cristianas del mundo invisible, el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, cada una de ellas dividida en treinta y tres cantos, excepto el Infierno que contiene treinta y cuatro, para sumar entre todos el número de cien cantos, de antemano fijado en el plan simétrico del autor. Está escrito en tercetos endecasílabos, las rimas se cierran replegándose en una cuarteta final al acabar cada uno de los cantos. Es una composicion laboriosa y cuidadosamente distribuida en todos y cada uno de sus detalles. El poeta tiene treinta y

cinco años; se halla á la mitad del término ordinario de la vida humana, *nel mezzo del cammin di nostra vita*, como dice el primer verso, aunque su vida fué mucho ménos larga que eso; emprende el viaje por esas regiones no exploradas, no visitadas ántes por ningun hombre vivo, y cuenta lo que va viendo. Es una ficcion poética, con todo el interes de una narracion verdadera; cree todo lo que cuenta; el narrador está además constantemente en escena; y no solo él, sino que lo acompaña siempre, y lo envuelve como una aureola, la inspiracion amorosa de donde brotó la idea de la obra. El nombre musical de Beatriz (*Beatrice*) resuena desde los primeros momentos, aunque no aparece personalmente desde tan temprano; la bienaventurada mujer que vela desde el cielo por la suerte del hombre, que en ella tiene cifrada la plenitud de sus esperanzas de gloria y de venturas, no puede ser testigo de los horrores del Infierno, no puede presenciar ni oír los tormentos y los lamentos de la mansion de los condenados, su planta divina no puede hollar el país salvaje donde el poeta empieza por extraviarse, la selva siniestra cuyos negros senderos conducen á la fúnebre y tremenda inscripcion: *Per me si va nell'eterno dolore!* Pero Beatriz misma busca y manda á Virgilio, para que le sirva de guía por el Infierno y el Purgatorio, hasta que pueda ella recibirlo y acompañarlo en el Paraíso. Aparece, pues, Virgilio, contando en versos, que por cierto no vacilo

en declarar desde el principio más dulces y sencillos y musicales que los mejores de la Eneida,—que una mujer «beata e bella,» cuyos ojos brillaban más que las estrellas, acudió á él pidiéndole que fuese á salvar y llevar de la mano á un hombre extraviado, á quien deliciosamente llama «*l'amico mio e non de la ventura,*» y concluye su breve y expresiva súplica con este verso, que viene á ser la síntesis de uno de los elementos más importantes del poema: *Amor mi mosse che mi fa parlare*: el Amor me ha traído hasta tí, él es quien me hace hablar.

Y aquí, puesto que ya os he citado varios versos del poema y os he dado alguna muestra de su melodía exquisita, juzgo llegado el momento de dirigirme á mí mismo dos preguntas que, si bien no lograré contestar con precisión absoluta, porque la materia envuelve una vaguedad de contornos inevitable, ni tampoco con toda la extensión que el tema exigiera, porque debo encerrar mi conferencia dentro de sus límites naturales,—entrañan la cuestión literaria capital del asunto que estoy tratando. ¿Qué cosa es la poesía? ¿qué es lo que se llama un poeta? O en términos más contraidos al caso, ¿por qué la *Divina Comedia*, á pesar de contener tanta política oscura, tanta alusión indescifrable, tanta filosofía inútil ya y envejecida, tanta árida é infecunda teología, es unánimemente considerada como un monumento altísimo de poesía, de

poesía elevada, grandiosa y deslumbrante cual ninguna?

Hay una distinción vulgar, que comprenden hasta los niños, en virtud de la cual se llama poesía al lenguaje métrico, sometido á las reglas estrictas de la prosodia. En esta distinción, á pesar de lo superficial y manoseado, hay algo que bien interpretado resuelve la pregunta formulada. La poesía es la forma musical de la verdad, como es la música el lenguaje de la sinceridad, de lo que sinceramente brota de lo íntimo del corazón. Todo lo que realmente se siente, se expresa musicalmente. Allá, á cierta altura, la música y la poesía se estrechan, se confunden, y son una misma cosa. ¿Qué es en efecto la música, la verdadera música, la gran música, la música de Beethoven por ejemplo? Un autor eminente lo ha escrito:—es una especie de lenguaje inarticulado é insondable, que nos lleva hasta el borde mismo del infinito, y de cuando en cuando nos permite echarle una mirada.—Otro crítico ha dicho que en toda sentencia musical, cuyas palabras y cuyo ritmo formen verdadera melodía, hay siempre alguna significación profunda.—No en balde se llama cantar el componer en verso. Los grandes monumentos de la literatura han sido cantados en su origen. Moisés y sus Israelitas cantaron realmente el himno del Mar Rojo. Débora cantó. Los profetas cantaron. Los dos poemas de Homero primero se cantaron que

se escribieron. El Romancero, la gran epopeya española, es una colección de canciones recogidas de la boca del pueblo. Los boteros de Venecia han acompañado con estrofas del Tasso el deslizarse silencioso de sus góndolas por el Gran Canal. Hay composiciones del gran bardo francés de nuestros días, de Víctor Hugo, cuyas líneas, palabras, sílabas y vocales están de tal manera dispuestas, que no conoce la música propiamente dicha melodías más exquisitas y profundas; porque allí, repito, se confunden, son una misma cosa música y poesía. Cuando Fantina, la Fantina de *Los Miserables*, aguarda delirante en su lecho de hospital la llegada de su hija, entona una canción tan patética, tan penetrante, tan desoladora, que no hay, ni puede haber, en el mundo del arte, compositor capaz de agregarle valor alguno por medio de notas musicales. El simple sonar de sus palabras crea una música inmortal.

Pudieran multiplicarse los ejemplos; pero no es necesario, y vuelvo á la *Divina Comedia*. No conoce el poema de Dante el que no sienta la música inefable de sus tercetos. La inalterable sencillez de su construcción, el orden invariable de sus consonantes, el reposo constante de sus periodos, la simetría de sus detalles, convierten cada una de sus tres Partes en una sinfonía distinta, colosal, más vasta y musical que todas las de Beethoven, el gran músico moderno. Y no me refiero por supuesto á la forma únicamente, ni sólo á

la impresión producida en el oído. La música reside además, y sobre todo, en el acuerdo de sus proporciones, en la armonía de las grandes líneas del edificio poético, y en la profundidad de su significación.

Poeta sin rival, carácter soberano, del cortísimo número de aquellos que, sin dejar de ser producto de su época y de las circunstancias que los circundan, imprimen su huella, señalando la senda á sucesos futuros y creando en el mundo del arte dinastías, como los Césares y Napoleones en el orden político;—abrió y exploró solo la ruta de su inspiración, escribió para los siglos al dictado de su intenso corazón, y enlazó indisolublemente su nombre y su obra con lo que hay de más grande en la historia de la humanidad. Ese período tormentoso de la Edad Media,—que vino después del vasto desbordamiento de la naturaleza enfurecida que se llama en los libros elementales la invasión de los Bárbaros en Europa,—tuvo, en medio de su confusión, de su oscuridad, de su desorden, de su barbarie, algo que lo elevaba muy por encima de toda la antigüedad; sabía del gran secreto del universo mucho más que los grandes hombres del Asia, de Grecia y de Roma, mucho más que Confucio y que Platón, que Homero y que Lucrecio; era dueño de la fórmula mágica y sagrada para resolver el problema de los problemas, poseía, en fin, la gran doctrina del Cristianismo; y el Cristianismo con su terrífica pintura de la otra

vida, con los fallos vengadores de su justicia incontestable, con el impulso invencible y avasallador que entonces lo animaba, halló en Dante su creyente, su sacerdote, su poeta, su cantor.

De ahí la pérenne grandeza de ese poema. Dante cuenta lo que cree. Es el más sincero de los hombres, ha visto realmente con los ojos del rostro lo impenetrable y lo invisible. No ha tejido en ninguna parte lo que dice, y sin embargo no lo inventa. Sus imágenes, sus personajes, sus abstracciones nunca degeneran completamente en emblemas o alegorías en el sentido retórico de la palabra; aunque digan lo contrario críticos miopes, que con mezquino instrumento pretenden medir lo incommensurable. Beatriz es siempre Beatriz para el poeta, es siempre la mujer que vió risueña y hermosa en un jardín de su ciudad natal, que amó desde niño, y que luego vió muerta y tendida en medio de su familia y sus amigos desconsolados. Allá en el Paraíso, es verdad, parece ir perdiendo poco á poco su carácter terrenal, elevarse hasta confundirse con lo vaporoso y lo indescribible, y quizás personificar la ciencia, la verdad teológica, la última forma de la sabiduría; pero todo eso acaece sin buscarlo y sin saberlo el poeta, resultado de lo ardiente de su pasión, de lo intenso de su contemplación, de su fé sin término y sin límites.

De ahí también su gran mérito literario, la gran

cualidad que lo pone á la cabeza de todos los escritores modernos, la superioridad de su estilo. Sobre este punto no hay posible divergencia de opiniones. Ni en italiano, ni en ninguna lengua, se ha escrito jamás con tanto vigor. Dante expresa á veces en un solo verso lo que otros han necesitado páginas enteras para decir. Es el modelo perpetuo de la concisión y la energía. Después de él se ha hablado y se ha escrito en la lengua del Dante, antes de él no existía ni siquiera el idioma que sirvió de instrumento, que fué la materia de las creaciones de su potente fantasía. Su poema es la fuente profunda y copiosa á que artistas, poetas, pintores, músicos, escultores, arquitectos, han ido á beber inspiración inagotable. Una dinastía, como os dije antes, una sucesión de hombres eminentes, un mundo, ha surgido de esa obra. ¡De cuántas cosas careceríamos si la Divina Comedia no hubiese sido escrita! No intento hacer os una larga enumeración, ni tampoco quiero exagerar; mas con seguridad me atrevo á afirmar que sin ella no competiría atrevidamente la cúpula de San Pedro con la bóveda del firmamento; ni el Moisés concebido para la tumba de Julio II volvería la cabeza, con ese gesto indescriptible, con ese fruncimiento de cejas sobrehumano; ni yacería en su lecho de piedra la mujer sublime, la diosa desesperada que duerme inmortalmente en el sepulcro de los Médicis! Y esto no es sólo mi opinión, es la opinión de

su mismo autor, del excelso Miguel Angel, uno de los seres más grandes y completos que han existido, arquitecto, pintor, escultor, poeta, ingeniero militar, patriota insigne! En un soneto célebre, donde relata y lamenta la desventura y la injusticia que fueron el premio de la vida de Dante, exclama: "Y cuánto sin embargo lo envidio! Que por sufrir como él, por su mismo durísimo destierro, con tal de tener su genio, *darei del mondo il più felice stato.*"

Es un estilo que combina hasta un grado prodigioso los extremos de la fuerza y de la gracia, y que en ambas ha llegado más lejos que ninguno, sólo por la sobriedad y sencillez de su construcción. Es casi siempre, por supuesto, el viajero del Infierno y del Purgatorio; su infortunio inmerecido, su ambición cruelmente burlada por la adversidad de la suerte, su orgullo nunca satisfecho, lo conducen y preparan sobre todo a la pintura de las escenas terribles, que había de ofrecerle su paso por la ciudad de los dolores; pero en los momentos patéticos del poema, nadie le excede en ternura y sentimientos exquisitos. Cuando al penetrar, muy desde el principio, en el segundo círculo del Infierno, encuentra aquellas interesantes pecadoras Elisa Dido, Semíramis, Cleopatra y las demás, arrebatadas por un torbellino que las agita, sacude y fuerza a girar incesantemente, que es la especie extraña de tormento a que están condenadas,—distingue entre todas una que

pasa abrazada con su amante, Francesca da Rimini, mediando entre los dos, entre Dante y ella, un diálogo, una escena que en todo no contiene más que setenta versos—los he contado,—y de los cuales ha dicho un autor, inglés por cierto é irrecusable por tanto en este caso, que está allí todo el amor de las mujeres tan sublime y tan completamente desarrollado y descrito, como la historia de la pasión de Julieta en toda la gran tragedia de Shakspeare. Así es en efecto. Es el episodio quizás más conocido de la *Divina Comedia*, y hasta cierto punto con razón. Lleno de la más misericordiosa tristeza, pregunta el poeta a la infeliz mujer cuáles fueron las dulces ilusiones y los implacables sentimientos que la arrastraron a su trágica muerte; y ella, a pesar del quejido amargo que le arranca el dolor de recordar en medio de la desgracia la felicidad perdida, cuenta aquella escena inolvidable cuando, embobados ambos en la lectura de un libro, llegan al punto en que se besan los dos personajes de la novela, y en que sin saberlo se estrechan entusiasmados los labios de ellos también. Aquel día no leyeron más. Tampoco agrega ella una palabra más, desaparece con su compañero otra vez en el torbellino de tinieblas que los arrastra; mientras el poeta, que había conocido a Francesca en su juventud, que había admirado su belleza y su frescura, pues era de la familia de Guido, señor de Ravena, su protector, en cuya casa enlutada

fué acogido durante los últimos años de su destierro, y donde murió,—el poeta, oprimido de dolor, cae desvanecido. Es un trozo de poesía sin igual; algo delicado, purísimo, gozoso, sobre un fondo inmortalmente triste, del medio de lo cual surge una dulce y plañidera voz femenina, profiriendo gemido tan punzante que va á buscar y desgarrar la fibra más honda y escondida del corazón.

Nunca acabaría si me propusiera hablaros de otros episodios incomparables del poema; pero es preciso que atienda á vuestra fatiga, y á la mía. Os lo he dicho ántes, es una mina que no se agota. Privilegiada literatura la que, como la de Italia, comienza por una obra de estas proporciones! puede estar segura de nunca perecer, de renacer y brillar con sólo volver á la fuente copiosa de donde corrió la primera vez, y beber en sus insondables manantiales. Comprendería muy bien que se deseara ser italiano, sólo por el honor de apellidarse compatriota del autor de la *Divina Comedia*. Mucho, es verdad, mucho hace la Italia por la memoria del Dante; lo estudia, lo analiza constantemente, lo ensalza y lo bendice; al cumplirse el otro día, en 1865, un nuevo centenario, el sexto siglo de su nacimiento, celebraron una fiesta verdaderamente nacional, de concordia y gratitud, en la cual rebosó nobilísimo y no fingido entusiasmo universal.

Pero ¿qué significa todo eso, y mucho más, com-

parado con lo que á Dante se le debe? Jamás hijo alguno ha pagado con mayor servicio el cariño de la madre á quien debe el sér. Los males que él reprobó y anatematizó con tan vigorosa elocuencia, la discordia, la corrupcion, el egoismo, continuaron despues de su muerte multiplicados y agravados; el país, dividido y en contienda perenne, vió siglo tras siglo ahondarse la sima en que había de hundirse. La guerra intestina incesante produjo al fin la guerra por oficio, y la gloriosa nacion, que era maestra de las artes y las letras, se convirtió tambien en mercado, en bazar de soldados, de esos aventureros sin fé y ley, que han hecho infame en la historia el nombre de *condottieri*; de ahí vino luégo la ignominia del siglo XVI con las invasiones y el triunfo de los extranjeros; y en seguida, la decadencia completa, el marasmo, la podredumbre, la muerte. La vision magnífica, en que soñaron Dante y sus discípulos, de una Italia grande y poderosa pareció borrarse para siempre, y la Italia tan generosamente anhelada no fué más que « una expresion geográfica. » Había muerto; y para que no quedase duda, su cadáver, como el de los grandes criminales de otros tiempos, había sido descuartizado, y repartidos los pedazos á los cuatro vientos del universo. Pero el espíritu asciende cuando el cuerpo cae; y el alma italiana se conservaba incólume y pura en el gran poema del ilustre florentino; ahí estaba guar-

dado el porvenir, ahí la lengua, ahí la literatura, ahí las glorias, las tradiciones, las esperanzas de la Italia; y de ahí surgieron fulgentes y felices al sonar la hora del rescate y la libertad. El libro de Dante flotó como un Arca Santa durante siglos de inundación; y al serenarse el firmamento y brillar el sol del renacimiento, de él salieron armados y vencedores los héroes que habían de trocar en realidad la ilusión fallida de tantas generaciones; y los que más tarde, soldados de Víctor Manuel ó voluntarios de Garibaldi, remataron la obra y cerraron la revuelta y combatida epopeya secular, plantando, por primera vez en la historia moderna, una misma enseña italiana desde las crestas de los Alpes hasta la cúspide del volcán de la Sicilia.

¡ Haber sido, por centenares de años, el foco de vida, el corazón que palpita de todo un pueblo, y devolver, en un momento dado, al mundo y á la historia, una nueva nación y un pueblo regenerado,—es sin duda el honor de los honores, la gloria suprema! Y, sin embargo, ¿ qué es eso ante una obra de esta naturaleza? ¿ Qué es la vida de un pueblo en parangón con la inmortalidad de un poema? Día vendrá en que caiga el actual reino de Italia, como es ley de la humanidad, como cayeron tantas naciones en el Asia, como cayó la Grecia, como cayó el poderoso Imperio Romano, como caen todas las fábricas políticas, por firmes y alterosas que parezcan. Nuevas ruinas, nuevo

polvo se acumulará sobre el polvo y sobre las ruinas antiguas, y al nuevo estrépito sucederá otra vez el silencio de la desolación y de la muerte. Pero así como Jerusalem, « de quien queda el nombre apenas, » dura y persiste todavía en la inspirada voz de sus Profetas; así como la Grecia, desvanecida y borrada de la faz del mundo por un verdadero cataclismo, vivió siempre y vive aún en los hexámetros de Homero,—así la voz sincera, el canto melodioso que, por los labios del Dante, brotó un día del corazón de la Italia, no se apagará, no se extinguirá jamás!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POETAS LÍRICOS CUBANOS

I

JOSÉ MARIA HEREDIA

Todo cubano recuerda y cultiva con respetuoso cariño la memoria de Heredia, reconociendo con legítima satisfacción que ha salvado su nombre el estrecho recinto de la patria y llegado á Europa, donde críticos ilustres, alemanes, españoles y franceses, lo han juzgado y apreciado en todo su valor. Nació en Santiago de Cuba el 31 de Diciembre de 1803; estudió las primeras letras en la isla de Santo Domingo; á los doce años pasó con su familia á Carácas, luego á Méjico; volvió á la Habana, y obtuvo aquí el título de abogado, ejerciendo la profesion hasta 1825. Este cambio continuo de residencia era causado por las ocupaciones de su padre, juez íntegro y severo, que desempeñó varias magistraturas, y llegó á ser Regente de la Audiencia de Carácas, en tiempos bien difíciles por cierto; es decir, comenzada ya la guerra de Sur América; y dejando sin embargo un nombre por la rectitud é imparcialidad de su conducta.

Heredia respiró, pues, desde la niñez la atmósfera revuelta de aquellos días, y no pudo por tanto permanecer muchos años en la Habana; vivió algún tiempo en los Estados Unidos, ganando el sustento con la enseñanza de su idioma; pasó otra vez á Méjico, donde, á fuerza de sus relevantes prendas, ejerció altas magistraturas; y también, como su padre, dejó un nombre en esa espinosa carrera. En 1835 le fué permitido volver á la Habana, sólo estuvo cuatro meses, retornó á Méjico, y allí, con motivo de haberse prohibido que ejerciera ningun empleo público el que no fuese nacido en el país, se halló de repente sin recursos, y presa de una terrible dolencia pulmonar, que desde muchos años ántes minaba sordamente su existencia. Murió en Toluca el 12 de Mayo de 1839. ¡ Con cuánta verdad, pues, ha insertado estas amargas palabras al frente de la edición mejicana de sus poesías: — « El torbellino revolucionario me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más ó menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta, á los veinte y cinco años. La nueva generación gozará de días más serenos, y los que en ella se consagren á las musas deben ser mucho más dichosos. » — La profecía desgraciadamente no salió cierta; su vida, corta y contrastada, fué en resumen mejor que la de esos sucesores á que alude; los días serenos

que anunció, fueron días mucho más sombríos que los suyos, y no tocó suerte más envidiable á los que despues se consagraron á las musas. José Jacinto Milánés perdió la razon muchos años ántes de morir. Plácido en 1844, Juan Clemente Zenea en 1871, perecieron trágicamente; este último á la misma edad que Heredia; Plácido mucho más jóven.

Ocupa en el Parnaso español el nombre de Heredia un puesto elevado, y hasta puede decirse que sus poesías líricas llenan un vacío que en él realmente se observa, pues parece indudable que la España, que tantos poetas dramáticos ha producido en el siglo actual, no presenta muchos nombres para ocupar el largo espacio que media entre la fecha de la publicacion de las odas magníficas de Gallego y de Quintana, y los brillantes ensayos de Monroy, que tanto prometia y tanto quizás hubiera cumplido si no hubiese muerto tan temprano. Espronceda desperdió casi de propósito sus extraordinarias facultades; Zorrilla no es un poeta completo, es sólo una imaginacion navegando sin lastre y sin timon. Heredia merece ser colocado despues de Quintana, á quien igualó en cuanto al vigor y la sinceridad de la inspiracion; pero de quien también se aleja en correccion, en pureza y en esa majestuosidad con que se desenvuelven las estrofas de las odas de Quintana, como caen los pliegues de una estatua griega.

Su turbulenta vida se refleja en la desigualdad de sus composiciones; concluye á veces con rasgos prosaicos una oda brillantemente comenzada; relámpagos sublimes iluminan otras veces sus más pálidas canciones. Dice lo que siente conforme al estado de su corazón, sin detenerse siempre á buscar la expresión más exacta; hoy el entusiasmo agita todas sus fibras; mañana la amargura más profunda, la más intensa desesperación se apodera de su alma. Escoge temas variadísimos; pero no en todas las ocasiones corresponde la inspiración á la diversidad de sus impulsos. No hay suceso contemporáneo á que no haya consagrado algunas líneas; con la vista fija en Europa, lo mismo que en América, tiene siempre versos para saludar todos los fulgores de la libertad, dondequiera que resplandecen; para maldecir todos los crímenes de la injusticia y la tiranía, dondequiera que se cometen.

Poseyó una instrucción extensa y variada, aunque, como era de suponerse, dado el carácter de su vida, poco profunda. Su larga residencia en los Estados Unidos le hizo aprender y conocer la literatura inglesa; y Byron, que fué el gran poeta universalmente admirado durante todo el primer tercio del siglo, ejerció sobre él visible influencia. No trató sin embargo de imitar lo mejor del célebre poeta inglés, y fué en esto ménos feliz que Espronceda, el cual sin poder

decirse que sea discípulo de Byron, se empapó tan fuertemente en su poesía que le debió varias de sus mejores páginas, como la carta de Elvira y las últimas estrofas sobre su muerte en el «Estudiante de Salamanca,» que son imitación afortunadísima de dos pasajes del *Don Juan*.

La oda al Niágara, la mejor y más correcta de todas las que escribió Heredia, es realmente admirable; una composición de primer orden, desde el principio hasta el fin, salvo sólo el apóstrofe que empieza: «Dios, Dios de la verdad!» que es débil é innecesariamente prosaico. Empero, esa misma estrofa tan pobremente comenzada termina con un verso muy hermoso:

Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

Por desgracia, hay varias versiones de esa oda en las diversas ediciones publicadas, y no sabemos cual sea la definitivamente escogida por el autor. La verdad es que ninguna nos satisface cumplidamente; en todas suponemos algunos errores de copia ó de imprenta, pues todas contienen palabras mal puestas, adjetivos impropios, y alguno que otro verso duro.

Es una magnífica composición, volvemos á decir; si contásemos los cubanos una docena de poesías que citar tan buenas como esa, ya tendríamos el derecho de levantar la cabeza en materias literarias. El mismo

Heredia no tiene otra que pueda considerarse enteramente su igual, á pesar de que hay trozos admirables en la meditacion sobre las ruinas de Cholula, en la epístola á Emilia y en varias otras. La descripcion del crepúsculo de la tarde, y de la noche que descende, mientras el poeta medita sentado en la famosa pirámide Azteca, es tal vez, aisladamente considerada, la mejor página que escribió.

El célebre crítico español Alberto Lista juzgó á Heredia con frases de grande encomio y lo calificó de gran poeta. Bien aplicada estará siempre tan alta calificacion á quien muestre, como él, tanto vigor y franqueza en la inspiracion, tanta verdad en las emociones y tanta impetuosidad en los movimientos.

Lllamarlo el primer poeta de América seria quizás mucho aventurar y provocar inútiles comparaciones; pero no titubeamos en afirmar que no conocemos otro vate, en el Norte ó en el Sur, que se remonte más alto que él en sus buenos momentos; Bryant ó Longfellow, Bello ú Olmedo, no pueden en conjunto considerarse superiores á él.

II

PLÁCIDO

Gabriel de la Concepcion Valdes, llamado generalmente Plácido, nació en la Habana en 1809, de una

madre blanca, bailarina de teatro, y un padre mulato, que desempeñaba el oficio de peluquero. Nació, por tanto, libre, pero de color bastante oscuro, y sin poder ocultar que pertenecía á una raza tenida por inferior en un país donde existia la esclavitud. Como todos los de su clase que residian en las ciudades, escogió desde luego un oficio para ganar su subsistencia, y se hizo artífice en conchas ó carey, mejor dicho, peñetero; más tarde dejó esta ocupacion sedentaria y enojosa, y trabajó por algun tiempo en oficinas de comercio. Como nada de esto se avenia bien con la poesía que sentia bullir dentro de sí, lo abandonó todo, y saliendo de la Habana, vagó por las demás poblaciones de la isla convidado á todos los festines, como los antiguos trovadores, y viviendo de los fugaces é inciertos productos de su inspiracion, hasta que, con motivo de la conspiracion de negros del año 1844, murió en el cadalso el 27 de Junio de aquel mismo año.

Tuvo un carácter adusto, agriado al mismo tiempo por su triste posicion; sin embargo, en una poesía de Milanés intitulada el *Poeta envilecido*, hay una estrofa que dice así:

Torpe ! que á su pensamiento
siendo libre como el viento
por alto don,
le corta el ala, le oculta
y en la cárcel le sepulta
del corazon.



¿ Y qué es mirar á este vate
 ser escabel del magnate
 en el festín,
 cantar sin rubor ni seso
 y disputar algun hueso
 con el mastín ;

y que segun el parecer de algunos contemporáneos, se referia á Plácido. Yo casi considero como una injusticia que se acuse al pobre mulato de una circunstancia que apenas estaria en su mano evitar. ¡ Cuánto hubiera dado por no necesitar de nadie un poeta, á quien la misma alteza de su inspiracion elevaba sobre el nivel de los demás ! un hombre que en la hora solemne de la muerte escribia á su esposa estas angustiosas palabras : « No dejo expresiones á ningun amigo, porque sé que en el mundo no los hay ; dejo memorias á D. Francisco Martinez de la Rosa, á D. Juan Nicasio Gallego, y á Zorrilla. » El infeliz no habia encontrado amigos y sólo confiaba en tres personas que no lo conocian, pero que eran tres poetas y debian simpatizar con la memoria de un hermano tan cruelmente tratado por la suerte. Lo que sí es indudable es que muchas de sus composiciones fueron escritas sin más motivo que rendir homenaje á otros que ocupaban una posicion más alta que él, y ¡ eran tantos los que tenia por encima ! Nadie leerá sin un vivo sentimiento de disgusto y de dolor esas poesías, en que su talento sabia usar de una grandilocuencia, que oculta mal el

completo vacío de la inspiracion buscada por medios ficticios.

Si al recorrer su coleccion recordamos los escasísimos conocimientos que siempre tuvo, y que murió en toda la fuerza de su juventud, habremos de convenir en que ningun poeta cubano, incluso el mismo Heredia, estuvo naturalmente dotado de tan altas facultades. Estudió tarde y mal, y por eso se observa en muchas de sus poesías un alarde de erudicion, que por lo imoportuno nos hace creer que pocos momentos ántes acababa de aprenderlo y lo tenia aún fijo en la mente, como nos sucede á todos cuando adquirimos alguna idea nueva ; con la diferencia de que nosotros aprendimos en la infancia lo que á él sólo siendo ya hombre le fué dado saber. Y sin embargo, encontraremos maravillados algunas composiciones verdaderamente notables bajo cualquier aspecto que se consideren ; su romance á Jicotencal es bellissimo, Góngora de seguro, no lo hubiera hecho mejor ; muchos de sus sonetos tienen un sabor clásico admirable. En ciertos géneros inferiores, como la fábula y el epigrama, es con muchísima frecuencia tan bueno como los modelos reconocidos, como Iglesias ó como Iriarte.

¿ A quién imita Plácido ? A nadie, ó mejor dicho, á todo el mundo. Cuanto leía se reflejaba en su mente y la reproduccion siempre era con poca fortuna, pues la asimilacion no habia tenido lugar de una manera

completa. Entre las poesías que nos quedan de Heredia, hay muchas traducciones que revelan que ese trabajo no le disgustaba: y no lo extrañamos porque para traducir á un gran poeta es también preciso serlo; pero Plácido no llegó á saber medianamente ni áun el francés, y careció de los frecuentes motivos de inspiración que despierta en nuestra actividad la contemplación de lo bello. Las ideas bullían revueltas y confusas en su mente y le faltaron los medios de expresarlas. ¡ Con cuánta razón exclama, en una de las composiciones que escribió pocas horas ántes de su muerte:

Ay! que me llevo en la cabeza un mundo!

terrible expresión de dolor, tan amarga como el lamento de André Chénier, al poner su cabeza en el tajo de la guillotina: *Pourtant il y avait quelque chose là!* Nadie ha debido, por tanto, prestar con más razón que Plácido supersticiosa fe á la fatalidad, esa fuerza ciega que viene á señorearse de la mente que no puede explicarse la tenacidad de su infortunio. Recuérdese el hermoso soneto que le dedica. Y por el contrario, cuando la proximidad de su suplicio le hace olvidar las desgracias pasadas, eleva á Dios una hermosa plegaria, que nadie leerá sin consagrar un recuerdo de respeto y admiración á ese vate infortunado.

Hubo en Cuba un poeta negro, Juan Francisco Manzano, que fué realmente esclavo, y debió la liber-

tad á la simpatía que despertó su talento; por esto acaso muchos lo oponen á Plácido, considerándolo más interesante por su color y su condición servil. Hay en efecto, en las pocas poesías de Manzano que se conservan, una melancolía, una tristeza profunda, que en las de Plácido no se percibe tanto, ni del mismo modo. Pero eso es todo, no tienen otra cosa, ni merecen el nombre de composiciones literarias.

III

JOSÉ JACINTO MILANÉS

La opinión general ha colocado á José Jacinto Milanés inmediatamente después de Heredia y Plácido, y por mucho tiempo ha distinguido esos tres nombres entre los numerosos autores de versos que siempre ha tenido Cuba. Milanés se diferencia de los dos primeros, que fueron sus contemporáneos, en haber sido más reflexivo, si bien menos espontáneo, y en haber tenido ocasión y medios de haber escrito todo lo que quiso, auxiliado por su más que mediana instrucción y por sus conocimientos de literatura española, de los poetas del siglo XVII principalmente, que había leído y estudiado con empeño. La ciudad de Matanzas fué su cuna, en 1814, y aunque vivió hasta 1863 su carrera poética se detiene en 1843, en cuya época comenzó á debilitarse su razón, hasta el punto de quedar poco

despues perdido para las letras, Su vida no tiene historia; viajó un poco, ya enfermo, en busca de alivio, que en realidad no logró; desde la juventud llamaba la atención por su carácter serio y reposado, y vivió casi siempre solo, y encerrado en su casa al lado de sus parientes.

La primera edicion de sus obras completas, conteniendo poesías líricas, leyendas, dramas, comedias y escritos en prosa, apareció en 1846, y esta circunstancia lo distingue tambien de los otros dos poetas citados, que no vieron todas sus obras coleccionadas. Heredia y Plácido escribieron sólo lo que pudieron, es decir, poco, y casi exclusivamente en un solo género: el uno no tuvo ocasion de hacer otra cosa en medio de su contrastada existencia; el otro no poseyó jamás los medios de contener en justos límites su poderosa inspiración, cuyos medios son el estudio y la experiencia. Milanés, por el contrario, sin ser más que poeta lírico, obligó á su musa á entrar por otros caminos más largos y difíciles.

En su tiempo se leían con avidez y aplauso las leyendas de Zorrilla, é intentó ensayarse en ese género bastardo de novelas en verso, escribiendo tres y parte de otra, en las cuales los defectos son más numerosos que las bellezas, sin embargo de algunos pasajes tiernos é inspirados.

En su tiempo tambien apareció *El Trovador*, de

García Gutierrez, inaugurando brillantemente ese género caballeresco, que tanto parecia prometer para la literatura contemporánea española, pues era la mezcla feliz de los principios dramáticos del siglo XVII y de las tendencias del XIX. Por desgracia, los poetas españoles han ido abandonando poco á poco esa senda, é internándose por otras, cuyos débiles resultados estamos viendo todos los días. Milanés aspiró tambien á la gloria de García Gutierrez, y escribió el drama intitulado *El Conde Alarcos*. El argumento está tomado del Romancero: Lope de Vega lo presentó en una de sus comedias más endebles, y otros varios lo pusieron despues en escena, entre ellos Guillen de Castro, siendo la de Mira de Amescua la más notable de todas. El asunto es interesante, pero demasiado horrible; hay que presentarlo con mucha habilidad para disminuir el disgusto que produce el desenlace en el alma del espectador, y ése es uno de los escollos que hicieron naufragar á Milanés; el último acto tiene momentos bellísimos, hay con frecuencia una ternura arrobadora, pero la situación casi siempre es falsa y la impresión horrorosa. El drama en conjunto puede decirse que es un bello ensayo; está escrito con talento, con fuego, con pasión; tiene muy á menudo graves incorrecciones y está plagado de ripios; pero arranca lágrimas del más indiferente.

Su afición al estudio le hizo conocer los antiguos

poetas dramáticos y tuvo siempre gran predilección por Lope de Vega, habiendo dejado sin concluir una comedia fielmente imitada de otra de aquel famoso dramaturgo, y probando en la que poseemos, bajo el título de *El poeta en la corte*, que había leído con fruto las producciones del antiguo teatro. Pero pretender escribir á la manera que lo hicieron Lope y los demás del siglo XVII, es un imposible: aquellos insignes escritores produjeron sus obras inspirados por multitud de circunstancias esencialmente españolas, por decirlo así, que hoy no existen ni pueden existir. Bueno es que se imiten ciertas cualidades, sobre todo la riqueza de la lengua; pero posponer, como lo hicieron ellos, la verosimilitud, y el estudio del corazón humano, al desarrollo de una intriga interesante; ser los apologistas del honor y la religiosidad, cosas que hoy se comprenden de tan distinta manera, — sería una empresa tan digna del ridículo como la locura del hidalgo de la Mancha.

Otra circunstancia en que anduvo también errado Milanés fué hacer la moralidad el fin constante y principal de casi todas sus poesías líricas. ¿Y qué consigue con esto? Ser una prueba más de que el arte no tiene otro fin que la expresión de las ideas bellas, y que el que quiere servir á la moral por medio de las bellas artes falta igualmente á la una y á las otras. Hechas estas importantes salvedades, podemos añá-

dir que el mismo hecho de ser la moral el fin de muchas de sus composiciones, constituye una de las cualidades más notables de su carácter, y revela por dó quiera un alma grande y pura, que siente en sí misma las llagas de la sociedad. Así es que sus poesías estigmatizan los vicios sociales con demasiada severidad á veces, pero siempre con arranques de vigoroso entusiasmo y noble indignación. Léanse el *Ebrio*, la *Cárcel*, el *Hijo del Rico* y otras muchas.

La otra cualidad más notable de su genio poético es la facilidad, la cual puede ser de dos maneras: ó bien la riqueza, la abundancia inagotable de pensamientos y de imágenes expresados con el vigor y exactitud que de suyo requieran; y ésta la llamaríamos *gran* facilidad; ó bien esa inimitable naturalidad, por medio de la cual van sucediéndose unas tras otras las estrofas, sin vender ningún esfuerzo y sin salir de cierta encantadora sencillez. Esta pudiera llamarse *pequeña* facilidad, y es la que corresponde por completo á Milanés. Esta cualidad envidiable, que no basta nunca á dar el estudio, es sin duda el principal motivo de la boga que han obtenido siempre en Cuba sus poesías; esa sensibilidad exquisita y sin afectación, expresada con tanto candor, halló desde luego eco en las almas sensibles de las mujeres, en la imaginación delicada de los poetas; y he ahí la razón por qué está con justicia colocado inmediatamente después de Plácido y de

Heredia, á quienes no igualó ni en inspiracion, ni en fuerza, ni áun tampoco en correccion. Fáciles, muy fáciles, y de una suavidad purísima y penetrante, son las redondillas de su poesía *La Madrugada*, y las décimas de las que lleva el título de *Su Alma*.

Hay en sus obras pocas poesías amatorias, y todas respiran los sentimientos más castos y elevados; al revés de las de Heredia que abusa del asunto, y áun cae con frecuencia en un verdadero sensualismo. El mayor número de sus composiciones desenvuelve temas de interés social y filosófico.

La misión del poeta sobre la tierra era para él un verdadero sacerdocio, y así trató de desempeñarla, conformándola á su caracter serio, estoico, superior á todos los desengaños pasajeros, ajeno á las tempestades que tanto anublan la existencia de otros poetas, teniendo en su alma sensible ecos para responder á todos los dolores de la humanidad; pero frio consigo mismo y mesurado en todos sus impulsos y afecciones. Poeta reflexivo en toda la extension de la palabra, como dijimos ántes; buscaba muchas veces el argumento ántes de sentir la inspiracion, y meditaba la leccion moral ántes de percibir la imagen poética; de ahí nació esa larguísima série de composiciones en que se esfuerza por trazar laboriosamente tipos más ó ménos abstractos, pero convencionales las más de las veces, como el *Hijo del Rico*, el *Hijo del Pobre*, el *Poeta*

Envilecido, la *Ramera*, el *Ebrio* y varios otros, títulos de muchas de sus poesías.

Hay un momento, en sus mejores composiciones, en que visiblemente se extravía la inspiracion, alucinada por el intempestivo deseo de producir una impresion moral. *El Beso*, por ejemplo; comienza deliciosamente, y describe con verdadera gracia y frescura, hasta la mitad de la composicion, dos amantes sentados y conversando en un jardin. El poeta se inclina á besar la mano de la mujer, y de repente se abstiene. ¿Porqué? Por las más extrañas é inverosímiles consideraciones; por una multitud de ideas inoportunas, que nada tenian que hacer en la situacion aquella; y habla de meretrices é intenta una descripcion infortunada y pobrísima del amor mercenario, cosas todas que en nada concuerdan con el tono sencillo y delicado con que comienza la poesía.

IV

LA MUERTE DE LA AVELLANEDA

Las letras hispano-americanas acaban de perder uno de sus más brillantes ornamentos. La eminente poetisa cubana Gertrúdis Gómez de Avellaneda murió últimamente (Marzo de 1873) en Sevilla, donde residia hace años, desprendida del mundo, por decirlo así, y consagrada casi exclusivamente á debe-

res religiosos. Sus últimos días fueron como el comentario vivo de las dos celebradas odas á la *Cruz y Dios y el Hombre*, que por muchos son consideradas como sus mejores composiciones en el género lírico.

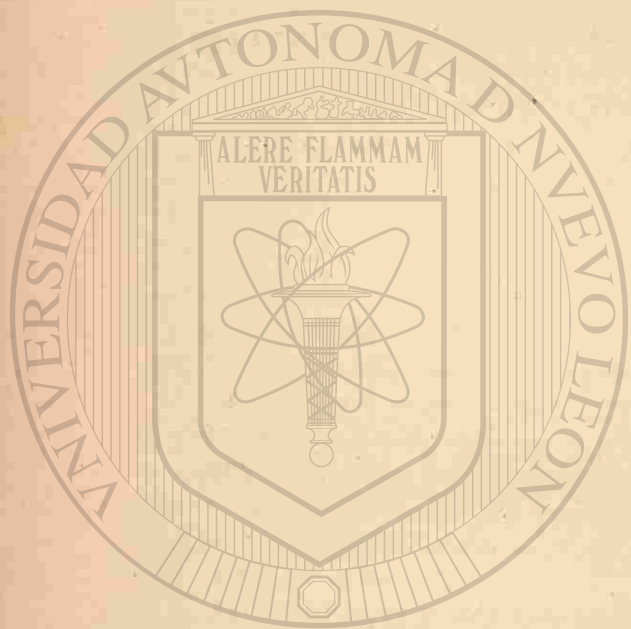
La Avellaneda ocupa en la historia literaria un puesto tan curioso como interesante. Hemos creído siempre que el que leyese todas sus composiciones líricas y dramáticas, en prosa ó verso, sin saber de antemano el nombre de la autora, no soñaría siquiera en atribuirles á una mujer. No tiene ni una sola de las cualidades que por lo general distinguen á las mujeres-autoras. Más aún, si se suponen sus poesías escritas por un hombre, llamarían la atención por su entonación robusta, su lenguaje pomposo, y también á veces por la elevación de sus ideas; pero se notaría como defecto una marcada pobreza de sensibilidad y de ternura en el alma del poeta. García Gutierrez, Sélgas, Milanés tienen mucho más de femenino, es decir, más delicadeza y sutil penetración, que la autora del *Alfonso Munio* y el *Baltasar*.

Compárense las poesías de la Avellaneda con las de una verdadera poetisa, la Desbordes-Valmore por ejemplo, y se observará una diferencia muy grande, casi una oposición completa, en el carácter de las ideas y las expresiones. El corazón de esa mujer no sintió nunca afectos dulces ó apacibles; el entusiasmo, la admiración, la fé de los Cruzados llenaron más de una

vez su pecho y le inspiraron versos magníficos; pero las lágrimas no enturbiaron jamás sus ojos, ni el verdadero amor avasalló su alma. Una vez debió haber sufrido algún amargo desengaño, de que conservan huella unas hermosas cuartetos que hay en el tomo de sus versos; otra mujer, en caso idéntico, habría escrito una patética elegía. El corazón de la Avellaneda dió sólo un rugido de ira, un grito furioso de dolor.

En la escena consiguió verdaderos triunfos, y la representación del *Alfonso Munio* se recuerda en Madrid como un gran suceso literario. Esa tragedia y el *Saul* se parecen á las de Alfieri, el más viril y más rudo de los poetas; y las obras de la poetisa americana carecen como las del célebre trágico italiano, de flexibilidad y de pasión. Su *Baltasar* tiene más movimiento é interés que el *Sardanápalo* de Byron, al cual algo se asemeja.

Nadie, en Cuba ó en el resto de la América latina, ha escrito como ella. Ni Baralt, ni el mismo Andrés Bello, á pesar de su cabal conocimiento de la lengua y de su sintaxis, supieron penetrar tan completamente hasta la esencia del genio literario español, y encontrar sin esfuerzo acentos tan genuinamente castellanos, tan parecidos á los de Fernando de Herrera y Luis de León, sin pedantesca afectación de arcaísmo, con todo el calor y el vigor de la sávia moderna.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*EL MOVIMIENTO REPUBLICANO
EN EUROPA*

—
POR

EMILIO CASTELAR

—
DON EMILIO CASTELAR tiene hoy unos cuarenta años de edad, y es el más conocido fuera de su patria de todos los españoles que hablan ó escriben sobre asuntos públicos; era sin disputa, desde hace tiempo, entre los hombres políticos de la España actual, aquel que por su talento, su variada instrucción y su constante interés y simpatía por las glorias, las penas y las esperanzas de las otras naciones, estaba llamado á adquirir en el mundo una merecida popularidad.

—
La tiene ya sin duda alguna. Sus principios republicanos, proclamados desde sus primeros pasos en la vida pública y á que permanece firmemente adherido, han contribuido á hacer mayor y más fácil la extensión de su reputación, y le han abierto campo vasto y adecuado en esta república de los Estados Unidos de

Norte América,—la cual se compone de más de cuarenta millones de hombres que saben casi todos leer, carece hasta ahora de ese cultivo superior de las letras y las artes que es el producto natural del refinamiento del gusto, cuenta un número prodigioso de periódicos que buscan ansiosamente y comentan en cada hora del día las noticias que el telégrafo comunica de todas partes del mundo, y desde hace tres ó cuatro años repite con interés el nombre de Castelar, como el de un republicano sincero y ardiente, que sabe vestir con las galas de un arte exquisito, las ideas y principios políticos que son la vida, el modo de ser del pueblo norte-americano.

El mejor entre los diarios políticos de Nueva York, *La Tribuna*, lo cuenta como corresponsal, y ha anunciado el nombre de su colaborador, como un ornamento de su redacción. La miscelánea mensual, que más circulación tiene en los Estados Unidos, *Harper's Magazine*, anunció desde principios de año, como una de las interesantes novedades que el periódico insertaría en el curso de él, una serie de artículos sobre « El Movimiento Republicano en Europa, » por EMILIO CASTELAR, *el elocuente hombre de Estado español*. Los dos primeros de esos artículos han aparecido; ha despertado en nosotros un interés nuevo y picante leer en inglés un trabajo inédito de Castelar, comparar la impresión anterior que teníamos de sus escritos en

castellano con estos artículos vertidos por otra pluma á una lengua extranjera, y despojados necesariamente de los colores brillantes de un estilo tan meridional y tan lleno de adornos como el suyo; y aprovechamos la curiosa oportunidad de hablar, con cierto aire de novedad, sobre el distinguido jefe de la minoría parlamentaria y republicana de las Cortes españolas.

Castelar ha aspirado á una triple gloria, y si hemos de creer á sus admiradores, los laureles del hombre de Estado, del orador y del escritor, se confunden en torno de su frente. En una época como la actual, en que la elocuencia política ha variado de carácter y no es ya el esfuerzo poderoso y apasionado para convencer en pocas horas á una reunión de hombres; en que la palabra ha venido á confundirse con la pluma, y los discursos, pronunciados ante trescientas ó cuatrocientas personas, son simplemente artículos que los periódicos reproducen al siguiente día, para ser leídos por millones de suscritores, — es mucho más fácil ser orador que en cualquiera otra época de la historia; el orador y el hombre de acción no son ya necesariamente una misma cosa, como lo fueron en la antigüedad, como lo eran todavía, no hace un siglo, Chatham en Inglaterra y Mirabeau en la primera asamblea de Francia. La elocuencia parlamentaria se ha aproximado á la académica, de la cual ántes distaba muchísimo; y oradores, puramente académicos como Caste-

lar, han podido recitar sus párrafos rotundos y sus largas alegorías en asambleas políticas, porque la anti-gua clasificación del tono y el lugar, el *locus regit ac-tus*, no se encuentra ya más que en los libros de retó-rica. Es ocioso, por tanto, si no del todo imposible, establecer la línea divisoria entre el orador y el escri-tor; pero en ningún caso más difícil que respecto del ilustre republicano á quien nos referimos: Castelar parece que recita sus artículos cuando habla, y que consigna al papel sus arengas cuando escribe sus arti-culos.

Esto explica la extraordinaria semejanza entre sus discursos y sus opúsculos políticos. La misma exube-rancia de citas históricas, la misma monotonía decla-matoria del estilo, la misma profusión de imágenes poéticas que se nota en los artículos, aparece en las oraciones improvisadas. No es así como general-mente han escrito los grandes oradores, aquellos mis-mos que han luchado contra la naturaleza del régimen político de las naciones modernas, aquellos como Gui-zot, como Thiers, como tantos otros, que *han aguzado* y *afilado en el mármol de la tribuna* un estilo que, apli-cado á la lengua escrita, ha ganado inmensamente en claridad y precisión.

Lo decimos de una vez: Castelar, más que orador político, y mucho más que hombre de Estado, es un artista. Uno de los historiadores de la Revolución

francesa llama á los célebres Girondinos de la Con- vencion « artistas extraviados en el campo de la polí- tica; » palabras que tal vez formen simplemente una frase y no expresen una verdad histórica; que á lo más pudieran aplicarse solamente á Vergniaud, el más notable del grupo, pero indisputablemente un orador, á pesar de su irresolución y su indolencia voluptuosa. Nosotros robamos esas palabras á Luis Blanc para aplicárselas á Emilio Castelar, en quien cuadran y ajustan perfectamente. Es un artista, un pintor de maravillosa facilidad, de la escuela de los buenos colo- ristas italianos, que prodiga los tonos brillantes de su paleta, y baña de rosado y azul celeste escenas y asun- tos que lucirían mejor, trazados con sólo unas cuantas pinceladas vigorosas.

Necesítase más que eso, — mejor dicho, es preciso ser una cosa enteramente distinta, para merecer el nombre envidiable de hombre de Estado; para reunir las difíciles condiciones de voluntad y de prontitud de designio con que se gobiernan las naciones. Es verdad que Castelar ha hablado siempre desde los bancos de la oposición, pero las naciones se gobiernan lo mismo desde ellos que desde los asientos ministe- riales; una oposición patriótica, sincera y enérgica ejerce sobre la marcha general del gobierno una in- fluencia poderosa y saludable. Este es un axioma po- lítico que no necesita demostración, ¿Quién puede

negar, por ejemplo, que el elocuente tribuno inglés John Bright prestó servicios mayores á sus conciudadanos, é influyó más directa y eficazmente en la marcha de su patria, durante los largos años en que resonaba la magnífica bocina de su palabra desde el lado de la oposición, que cuando despues entró á formar parte del gabinete y á oscurecerse en el puesto de ministro?

Es inútil, por tanto, buscar en él otra cosa que un literato; pero como tál, y como artista de forma, es acreedor á los mayores elogios. Su inspiracion, hablando ó escribiendo, es un raudal; su oído musical de una finura incomparable; su memoria nunca desfallece, y como su instruccion es en alto grado variada y completa, sabe agrupar nombres históricos é ilustrar sus pensamientos con magníficos ejemplos. Tenemos hoy delante de nosotros unos artículos en inglés, no traducidos por él mismo; de la mano del artista no queda más que el dibujo, y analizarlo ahora es como juzgar al Ticiano ó al Corregio sólo por las copias en acero de sus cuadros. En un escritor político y filosófico como Castelar debe sin embargo encontrarse algo superior á la forma, se encuentran las ideas, que importan mucho más; y unos artículos sobre el Movimiento Republicano en Europa han de ser la historia de una idea.

Por supuesto que lo ménos que debe desearse en

las producciones de un escritor de la naturaleza de Castelar, es método y claridad. Castelar escribe en prosa como otros en verso, á merced de la inspiracion del momento, cubriendo con metáforas, antítesis y alegorías la ausencia de la idea precisa, la falta de encadenamiento lógico en los racionios. Estos artículos, á pesar de su extension y de su título, son simplemente artículos de política militante, como los que aparecen diariamente en la primera plana de los periódicos de Paris, escritos rápidamente y con más aire de disertaciones de escuela que de otra cosa.

Tratan primero del estado de la Francia actual, hablan largamente de Víctor Hugo, de Lamartine, de Lamennais y sobre todo de Gambetta; para ello comienzan con un exordio, como los que habitualmente colocan los escolares á la cabeza de sus composiciones en las clases de historia, en que traza á grandes pinceladas la historia del universo, para *poder apreciar el movimiento republicano en Francia*. El exordio habla de todo, de Alejandro, de Alarico, de Carlomagno, de Gregorio VII, de las Cruzadas; establece á són de trompa principios tan nuevos y difíciles de probar como éste: — «la historia de los hechos es el eco de la historia de las ideas,» y este otro: — «es cosa muy difícil fundar la república sobre el suelo teocrático y feudal de la Europa;» — y despues de tan magnífico descubrimiento, advierte que sólo la América puede com-

prender lo vasto de los obstáculos que se oponen en Europa á la república. ¿Porqué? Porque la América carece de tradiciones y de ruinas en su suelo. Pues precisamente por eso es la América quien ménos comprende esos obstáculos; porque sólo los conoce de oídas, porque no puede haberlos visto y palpado como los que nacen sobre ese suelo, ni está acostumbrada á oírlos constantemente apostrofar y exagerar.

Estas afirmaciones vaporosas, que á la legua se comprende que vienen al correr de la pluma, sin antecedente ni consecuente, son un rasgo característico de los escritos de Castelar, y se encuentran á cada instante. He aquí la primera frase del exordio: «A despecho de los ejércitos de los reyes y de las excomuniones de los papas, la civilización moderna es democrática;» (1) un modelo de pensamiento sin valor ni solidez, y sin embargo el punto de partida de un trabajo de historia filosófica. ¿Son acaso los ejércitos de los soberanos y las excomuniones de los pontífices los únicos enemigos de la democracia? Del mismo modo pudieran haberse incluido en la enumeración el rayo del cielo y las curvas parabólicas de los cometas. ¿Fueron estos obstáculos los que convirtieron á

(1) Como nuestras observaciones no se dirigen á la forma, sino á la idea que ésta expresa, creemos suficiente advertir aquí, una vez por todas, que traducimos esas frases del inglés, y que el Sr. Castelar no es responsable de las palabras.

la Francia, después de la gran revolución democrática de 1789, en el ejército entusiasta de un emperador, y los que devolvieron al catolicismo el prestigio que tenía perdido? No acertamos fijamente á comprender lo que Castelar quiere decir por medio de esta frase hueca y de puro efecto. ¿Aludirán por ventura sus excomuniones pontificales al *Syllabus* y demás decretos de Pío Nono? Pues ellas precisamente son las que han introducido hoy un cisma en la Iglesia, las que han arrebatado á la Curia Romana la mejor parte de su influencia en el mundo, las que han relegado á un rincón del Vaticano, sin un solo gobierno de Europa ni de América á su lado, al Gran Sacerdote que dirigía ántes la política universal. ¿Referiránse, por el contrario, al poder teocrático de la Edad Media? No lo creemos; esta civilización democrática moderna apenas era entonces un presentimiento; y en aquella época terrible del derecho de la fuerza y del predominio de las castas por medio del principio hereditario, era la Iglesia Católica la única que, por su organización y su poder intelectual, sabia contener los excesos de la fuerza triunfante y desencadenada.

Lo mismo puede decirse de los ejércitos de los reyes, mencionados después. Pero no es nuestra intención seguir este sistema de crítica al pormenor, tan enojoso como estéril, y sólo hemos querido marcar un defecto de las producciones del distinguido publicista,

demostrando la razón por que dijimos que compone su prosa como otros escriben versos. Cuando Castelar comenzó estos artículos no tenía quizás plan dispuesto, ni exordio indicado por consiguiente. La primera frase revela la confusión de su mente en ese instante; á medida que fué escribiendo, las ideas se ordenaron un poco más, y entró en el verdadero objeto de las dos primeras partes de esta disertación, que es un bosquejo del movimiento republicano en Francia.

La impresión final que dejan en el lector puede condensarse en dos palabras; son dos artículos escritos por un español y traducidos al inglés para el público norte-americano, pero ese español es simplemente *un francés más*.

Hay algo que admirar, bajo este punto de vista, en un hombre que, por el esfuerzo de un sentimiento poderoso de simpatía, logra asimilarse tan completamente las ideas, los sentimientos, y hasta las preocupaciones de otro pueblo, donde no ha nacido, ni vivido más que de paso. Es verdad que dadas las ideas y opiniones sociales y políticas de Castelar, se comprende que el español que las profesa ha de haberlas aprendido y cultivado en Francia ó en libros franceses, pues en España ni se han hecho esos ensayos de república ni ha habido escritores notables sobre tan interesantes cuestiones; pero el valor de la observación aun así permanece intacto, porque Castelar no sólo profesa

opiniones comunes á todos los republicanos franceses, sino también las expresa con el más inequívoco acento de sinceridad, y las confunde con errores y preocupaciones de casi todos ellos. Gustavo Flourens, el frenético tribuno que guió á los comunistas en el ataque contra Versalles, murió, según Castelar, asesinado. La columna de Vendôme, para él es un «cadalso en el que la Francia y la Europa fueron decapitadas por la infame política de los Césares;» sostiene que su demolición no fué un crimen, y de seguro no cree que fuese una puerilidad. Todos los franceses escogen generalmente un héroe de su gusto en el largo catálogo de los que figuran en la primera Revolución Francesa; para unos, como Luis Blanc, es Robespierre; para otros, como Lamartine, Vergniaud y sus compañeros de la Gironda; para muy pocos, Lafayette; para otros, en fin, ó Saint Just, ó Barnave, ó Madame Roland, ú otro cualquiera; para Castelar es Danton. Castelar cree, como todos los franceses, que el esfuerzo mayor de heroísmo de que hay ejemplo sobre la tierra es la lucha de los ejércitos republicanos de Francia contra la invasión extranjera á fines del siglo pasado; y aunque ese brillante episodio es una gloria indisputable de la Revolución, no parece recordar por de contado que fué una guerra de aliados mal unidos, llevada adelante sin vigor y sin unidad, por un general irresoluto y mediano como el duque de Brunswick. Castelar engran-

dece el suceso cuanto puede para abonárselo en cuenta á la memoria de Danton y Robespierre; pero como el segundo de esos personajes no es de su especial predilección, establece inmediatamente un paralelo, en el cual entre otras cosas dice: «el uno (Robespierre) era el maquiavelismo, el otro la franqueza de la revolución; el uno era conspiración, el otro guerra; el uno egoísta en sus impulsos más humanos, el otro *generoso en sus crímenes más abominables*.» ¿Es esto escribir historia? ¿es esto estudiar desapasionadamente los sucesos pasados?

Peró Castelar también más que filósofo y más que historiador, es un sectario. Tiene su idea que es la forma republicana federal, (1) única solución posible para todos los pueblos y naciones, cualesquiera que sean sus aspiraciones, cualesquiera que sean sus especiales circunstancias. La Revolución francesa de 1793 llevó á la Francia, primero á la monarquía, y luego al Cesarismo, no por sus crímenes, no por su intolerancia feroz, no por la presunción teórica y la ignorancia práctica de sus jefes, ni mucho menos por la falta de la educación necesaria en las masas; nó; según Castelar, se perdió exclusivamente por *falta de espíritu federal*. Esa civilización moderna que es democrática, á despe-

(1) Eso era en 1872, fecha de este escrito; ahora es muy diferente, y puede decirse sin exageración: *Quantum mutatus ab illo!*

cho de las excomuniones y los ejércitos, no sería, si se siguieran estrictamente los principios de Castelar, más que la sustitución de un fanatismo por otro. Fuera de la República federal no hay salvación, dice él, como dicen otros que no la hay fuera de la Iglesia Católica, y el progreso entre ambos extremos no es tan grande como parece.

De esta manera vive constantemente en una atmósfera artificial. Piensa y siente como un francés; hablando de Ledru-Rollin dice en estos artículos: «ha sido desde 1832 *nuestro* primer tribuno, *nuestro* mejor orador.» Cuenta los sufrimientos de los republicanos en Francia, los horrores de la toma de París por Mac Mahon, con la más vigorosa indignación, con lástima profunda, con patética elocuencia.

Bastaría esta circunstancia para aquilatar el valor real, filosófico de las teorías republicanas de Castelar, si ellas en sí mismas por su exclusivismo y exageración no se hicieran desde luego sospechosas para los que viven en América; pero va tan lejos el Sr. Castelar, que en estos artículos dedicados á anglo-americanos, no vacila en estampar la siguiente aventurada y decisiva afirmación:— «El escritor francés Larroque (habla Castelar) propone en su libro suprimir la presidencia en las repúblicas, *en lo cual tiene razón* porque la presidencia de un solo ciudadano *conducirá siempre á la monarquía*.» ¿Porqué?—No lo dice; pero repetidas

en Nueva York, en inglés, y en medio de una campaña presidencial, suenan estas palabras como proferidas por un insensato.

Era preciso decir y muy claro la razón por que ha de conducir siempre la presidencia de un ciudadano á la monarquía. Cuanto dijera nuestro autor en un periódico norte-americano podía pasar sin demostración, y aún aceptarse, si se quiere, bajo la garantía de su nombre,—ménos esa aserción. Dentro de cuatro años contarán un siglo de existencia los Estados Unidos, en cuyo término han sido gobernados por diez y ocho ó diez y nueve Presidentes simples ciudadanos, y ni uno de ellos ha revelado deseos ni tendencia á la monarquía, á pesar de que tres por lo ménos, Washington, Jackson y Grant, han debido su elección á proezas militares. La afirmación es además por su esencia de las que necesitan prueba inmediata y satisfactoria, porque los ejemplos contrarios son abundantísimos, donde quiera que el ensayo se ha hecho *de buena fe*.

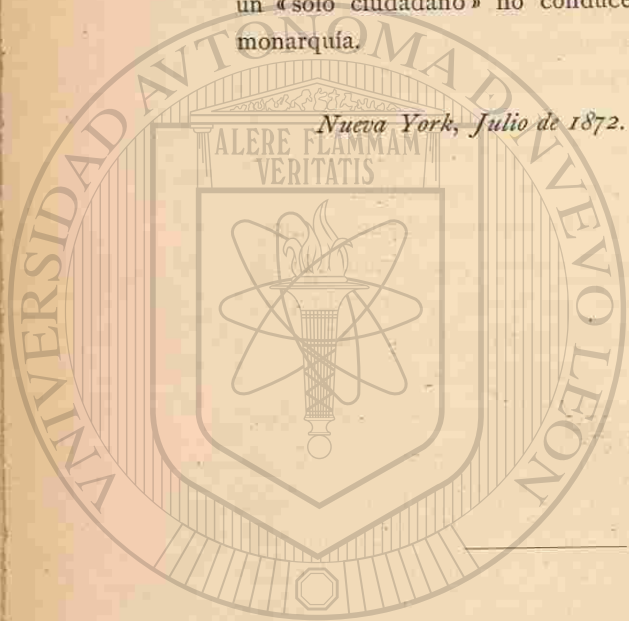
De buena fe, decimos, porque no es posible colocar en esta categoría la experiencia de Francia y la elección de Luis Napoleón Bonaparte. ¿Quién era ese personaje ántes de 1848? Nadie, un pretendiente que pasaba por tonto ó loco, un aeronauta, un *balloonman*, como dice el historiador de la guerra de la Crimea, que habia hecho dos ascensiones aerostáticas y en la última habia caído de cabeza; á quien sus compa-

triotas eligieron para que diera golpes de estado y se hiciera emperador, si podía; por el solo título de ser sobrino del déspota más insolente que conoce la historia despues de la caída del Imperio Romano. Hoy mismo, Thiers no es un presidente de buena fe, con sus facultades dictatoriales, su presencia constante en la Asamblea, y la incesante tiranía de su opinión personal, que impone con la amenaza de renunciar el puesto en caso contrario, y advirtiendo minuto por minuto á la República Francesa, que no se está gobernando por sí sola, que va gobernada por un hombre depositario de sus destinos.

No es eso lo que en América se llaman repúblicas ni presidentes. El día en que los republicanos de Francia (y lo mismo de España é Italia) no sean tan declamadores ni tan pagados de sofismas, como lo han sido siempre en su inmensa mayoría; el día en que no hagan, como el señor Castelar, distinciones sutiles, inútiles é inexactas, del género de la siguiente, que hallamos en estos artículos: «el nombre de Washington debe incluirse entre el de los grandes ciudadanos *más bien que entre el de los grandes héroes*;» el día en que piensen que no hay heroísmo mayor que el deber público honrada y lealmente cumplido, y reconozcan que Danton y sus compañeros fueron hombres que perdieron el sentido y la noción de la justicia y el deber, y asesinaron por casi un siglo la idea republi-

cana en Francia,—ese día verán que la presidencia de un «solo ciudadano» no conduce forzosamente á la monarquía.

Nueva York, Julio de 1872.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNA TRAGEDIA GRIEGA

POR

UN POETA CUBANO

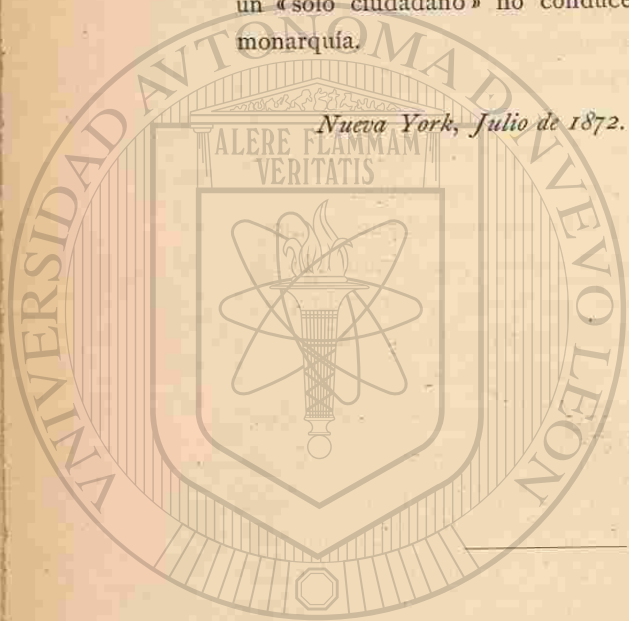
ARISTODEMO. Tragedia en cinco actos y en verso, por

JOAQUIN LORENZO LUACES. Habana : 1867

NECESITAMOS comenzar este juicio crítico afirmando que no entra en nuestro credo literario ningun espíritu exclusivo de sistema, y que, al contrario, por instinto y por convicción, hemos tratado siempre de dar á nuestros principios toda la latitud de que podían ser susceptibles, sin caer en el absurdo ó la extravagancia. No sentimos ciega predilección por ninguna forma de verso ó prosa, ni tampoco por esta ó aquella literatura. No nos contentamos con pensar, como Boileau, que todos los géneros, ménos el fastidioso, son buenos y aceptables; pensamos que todas las formas que caben en cada uno de los géneros, la nueva y la vieja, la indígena y la extranjera, la simple y la

cana en Francia,—ese día verán que la presidencia de un «solo ciudadano» no conduce forzosamente á la monarquía.

Nueva York, Julio de 1872.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNA TRAGEDIA GRIEGA

POR

UN POETA CUBANO

ARISTODEMO. Tragedia en cinco actos y en verso, por

JOAQUIN LORENZO LUACES. Habana : 1867

NECESITAMOS comenzar este juicio crítico afirmando que no entra en nuestro credo literario ningún espíritu exclusivo de sistema, y que, al contrario, por instinto y por convicción, hemos tratado siempre de dar á nuestros principios toda la latitud de que podían ser susceptibles, sin caer en el absurdo ó la extravagancia. No sentimos ciega predilección por ninguna forma de verso ó prosa, ni tampoco por esta ó aquella literatura. No nos contentamos con pensar, como Boileau, que todos los géneros, ménos el fastidioso, son buenos y aceptables; pensamos que todas las formas que caben en cada uno de los géneros, la nueva y la vieja, la indígena y la extranjera, la simple y la

compleja, son justas y respetables desde el momento en que un poeta, ó un escritor cualquiera, las cree oportuno aceptar para servir de expresion á sus ideas. Ideas indispensablemente esperamos; en cuanto á formas, aceptamos y discutimos todas, poniéndolas en parangon con las ideas de que son, ó deben ser, brillante ú honesta vestidura.

En la literatura dramática especialmente, en la cual guarda siempre la forma una relacion más directa y constante con la naturaleza del argumento de cada obra, son á nuestros ojos igualmente buenas todas las especies; y concedemos al poeta, en todas ocasiones, la libertad completa de escoger lo que más le cuadre, lo mismo la tragedia clásica, severa y escultural, inventada y perfeccionada por los griegos, ó el drama romántico con todos sus múltiples caracteres, ó la comedia realista de nuestros dias con todo su prosaismo y toda la crudeza de sus escenas.

Consideramos preciso fijar este punto de vista ántes de empezar á ocuparnos del *Aristodemo*, pues sólo así se puede juzgar con imparcialidad una obra que en la mente de su autor muestra ser una tragedia á la antigua, griega en la forma, griega en el argumento y griega en el orden y distribucion de todas sus partes; una obra que es además un trabajo de conciencia cuidadosamente concebido y ejecutado, un alarde vigoroso de estudio y de meditacion, un esfuerzo generoso,

en fin, por elevarse más allá del círculo estrecho y gastado, dentro del cual giran casi siempre nuestros poetas.

El nombre de *Aristodemo* no es nuevo en la literatura dramática. Los poetas italianos mostraron siempre grande aficion por la terrible y lastimosa leyenda de ese rey de Mesenia; y apartándose más ó ménos del texto original de Pausanias, geógrafo del siglo segundo de la era cristiana, en su *Descripcion de la Grecia*, lo han puesto en escena primero Dottori, luégo algun otro cuyo nombre no recordamos, y sobre todos despues el ilustre Vicente Monti.

Es una historia realmente trágica: en tiempo de la primera de aquellas tremendas guerras entre Esparta y Mesenia que acabaron por la destruccion completa de la última, cuando los mesenios, no vencidos aún, pero cruelmente estrechados, se habian encerrado en la inaccesible ciudadela de Ithome, determinaron consultar sobre el medio de salvarse al oráculo de Delfos, el cual les respondió que inmolasen á las divinidades del infierno una vírgen de la sangre de Epytos, bien escogida por la suerte, ó bien designada voluntariamente. La suerte señaló á la hija de Lysiscos, á quien su padre hizo huir inmediatamente de la ciudad, para librarla del espantoso sacrificio. Entónces Aristodemo, de la raza de Epytos tambien, y el guerrero más ilustre de la Mesenia, ofreció espontáneamente á su hija, que era

esposa prometida de un mesenio. Este, por salvar á su amante, proclama que siendo ya esposa y madre la hija de Aristodemo, no podia su muerte satisfacer el mandato del oráculo; pero el padre ultrajado por tan falsa acusacion, mata allí mismo y con sus mismas manos á su hija, y enseña al pueblo sus entrañas virginales. La voz del oráculo quedaba de ese modo obedida, y por algunos años cesó la guerra entre mesenios y espartanos.

Esta es la tradicion, tal como ha llegado hasta nosotros, y se ve que de ella puede muy bien formarse el argumento de una tragedia. Monti dispone la accion de su obra quince años despues del sangriento sacrificio, cuya relacion hace en magníficos versos por boca del mismo Aristodemo, y su tragedia tiene por principal objeto pintar los remordimientos de ese padre desnaturalizado, que, segun el poeta, arrastrado por la ambicion, cometió el bárbaro asesinato. Luáces, por el contrario, toma como base de su accion el mismo sacrificio, cuyo acto constituye la catástrofe de su tragedia.

Pero en el *Aristodemo* de Luáces hay mucho más de lo que encierra la tradicion, y en nuestro concepto lo que ha agregado no está de acuerdo con la noble sencillez que toda tragedia debe tener; contradice, y hasta destruye, el efecto que para ser verdaderamente trágico debiera producir el desenlace. La muerte de

Aretea (que así se llama la hija de Aristodemo), no es en la tragedia de Luáces la hazaña bárbara, pero grandiosa, de un padre fanático, á quien ciegan el amor de la patria y la piedad religiosa; además del padre cruel, y de la hija sumisa, y del amante desesperado, y del oráculo sanguinario, hay en la pieza de Luáces un personaje odioso y repugnante, que toma grande parte en la accion y le da un carácter de insigne maldad. Este personaje es Theon, sacerdote supremo de Júpiter.

Theon, ministro del Padre de los dioses y pisando ya los umbrales de la ancianidad, ha concebido una violenta pasion por Aretea; pasion de viejo, repugnante y criminal, porque él mismo habia sido quien en secreto habia bendecido el matrimonio de Aretea con el jóven mesenio Cleonte. De modo que ya el Sr. Luáces ha recargado la accion con dos nuevas circunstancias;— el amor senil del sacerdote, y el matrimonio de la hija de Aristodemo, el cual en vez de ser, como en la tradicion y en la tragedia de Monti, una mentira sublime que arranca la compasion, es una verdad que saben los esposos y sabe el sacerdote que los enlazó.

Theon, para vengarse del desden de Aretea, hace que los sacerdotes del templo de Apolo en Delfos, redacten la respuesta del modo que él quiere, y por eso pide el oráculo que se escoja por la suerte una vírgen de la sangre de los Apetidas, para ser sacrificada á los

Manes del infierno. Theon dispone tambien, á la vista del espectador, que el sacerdote inferior, Melas, que debe hacer el sorteo, lea el nombre de Aretea cualquiera que fuera el que realmente saliese. Melas cede, y ofrece cometer la traicion y el sacrilegio que le piden; pero en el momento del sorteo, vacila, tiembla, y deseando leer el nombre de Aretea pronuncia el de Ifita, hija de Lisisco. Llega el momento del sacrificio y no se encuentra á Ifita, á quien su padre habia hecho desaparecer; entónces Aristodemo, creyendo necesario señalar otra víctima, ofrece á su propia hija; y cuando dice estas palabras:

Hija del corazon! Los dioses crueles
En tan horrible situacion me han puesto....
¡ Muere por la salud de la Mesenia!

responde aparte Theon con estas, que marcan bien su carácter en la pieza:

[Al fin se cumple mi feroz anhelo!]

Sin embargo, en tan crítica situación el espectador sabe que hay un medio de salvar á Aretea. El oráculo pide una virgen, y ella es la esposa de Cleonte. Este lo declara allí á la faz de todos, mas nadie lo cree; sólo pueden confirmar su dicho Theon y Aretea. El sacerdote comete en la escena la última de sus infamias, negando la verdad del matrimonio que él mismo habia bendecido.—¿ Y Aretea?—Desde el acto tercero,

Theon, por medio de otra mentira, le habia hecho jurar que nunca revelaria la verdad de su matrimonio, cualquiera que fuese la situación ó el peligro en que se hallara, y el juramento habia sido por la Estigia, aquél que, segun los griegos, aterraba á los mismos dioses, y nunca se atrevian á relajar. Aretea, pues, lo niega tambien. Aristodemo quiere herir á Cleonte, y mata á su hija que se interpone; Cleonte mata á Theon, y Aristodemo desesperado se arroja contra la punta de su espada y muere tambien.

Este desenlace, que inunda de sangre la escena, era sin embargo indispensable en el punto á que la acción habia llegado, y la repugnancia horrorosa que produce es el mejor argumento contra la idea del Sr. Luáces de introducir ese personaje innecesario y detestable de Theon. Si el Sr. Luáces pensó que no bastaban para llenar la acción los tres personajes capitales del padre, la hija y el amante, debió haber desistido del argumento, ántes que decidirse á crear el del Sacerdote Supremo; porque con esa agregación la muerte de la hija, que en la mente del poeta es todavía un acto de heroísmo y de piedad, no es ya en la acción más que la víctima de una red de crímenes é infamias urdida por el sacrilego sacerdote.

Theon, por consiguiente, no es un personaje trágico. Sacerdote que no cree en la religión que sirve, corazón de cieno y alma de hiena, sin un solo movi-

miento de nobleza, y arrastrado además por una pasión feroz hacia una niña de veinte años,—todo esto compone una suma de horrores, excesiva para recaer en un solo personaje, horrores suficientes para llenar un tremendo melodrama. ¿Cómo, pues, había de poder añadirse todo esto á una acción, cuyo protagonista debe ser otro personaje, y cuya base era enteramente diversa, pues no se trataba de crímenes ni de infamias, sino de un sacrificio, que en las ideas de los griegos era un resultado natural del amor de la patria, y sobre todo del celo religioso!

El Sr. Luáces ha querido escribir una tragedia, á imitación de las obras del teatro griego, y del mismo género que las de Racine y de Voltaire, de Alfieri y de Monti; lo indican, sin dejar duda alguna, la distribución en cinco actos, la observancia fiel y estricta de las reglas de tiempo y lugar, que se llaman unidades clásicas, y por último la uniformidad y constante elevación del lenguaje, en versos endecasílabos asonantados. ¿Porqué, entonces, no se contentó con los rasgos fundamentales de la tradición, y fué á buscar fuera de ella otra complicación que, cuando ménos, había de comprometer el interés y efecto de la primera?—No hallamos respuesta á esta pregunta, pues no se nos dirá que la tradición en sí misma y sin zurrarle el poeta por su parte nada fundamental, no era bastante para una tragedia. Esta objeción es muy fá-

cil de desvanecer. Basta tener presente que Eurípides y Racine tuvieron suficiente para escribir una tragedia, que cuenta entre las mejores de cada uno, con sólo el sacrificio de Efigenia. Precisamente, para completar nuestra idea, y acabar de decir al Sr. Luáces de qué modo se aparta mucho su composición del modelo que los griegos inventaron, nos basta recordar esas dos tragedias que Eurípides y Racine intitularon *Efigenia en Aulida*. En ambas el sacrificio de la hija de Agamenon es la única base de la acción, y bastan para llenar cinco actos inmortales, de constante y sublime poesía, la hija sacrificada, el padre fanático, la madre amorosa, y el amante, que en este caso es Aquiles, hijo de Peleo.—Esto mismo es lo que ofrecía la tradición para escribir una tragedia sobre Aristodemo.

Tal vez se piense que no es buen consejo, y mucho ménos buena crítica, vituperar á un poeta porque se haya apartado y haya huido de toda imitación de otros poetas, en asuntos parecidos y en que, por tanto, era fácil que lo acusasen de imitador. Pero para esto también creemos tener fácil respuesta, pues no decimos simplemente que el Sr. Luáces debió haberlo hecho; hemos demostrado que el camino escogido por él no es bueno, y al agregarle que, conformándose á la sencillez de la tradición, hubiera acertado mejor, le recordamos que eso mismo, en casos idénticos, habían

hecho dos poetas, que el Sr. Luáces sin duda reconoce como modelos. Además la tragedia hoy es un género puramente artificial, oratorio por decirlo así, y está admitido en ella tomar é imitar los argumentos de poetas anteriores. La *Efigenia en Aulida*, de Racine, tiene el mismo argumento que la de Eurípides; y no por eso deja de ser la primera una obra maestra, y Racine un gran poeta y el escritor moderno que en correccion, nobleza y elegancia más se aproxima á los griegos.

Escribir hoy una tragedia, como ésta, no es crear un verdadero poema dramático, es componer una serie de discursos en verso y variar sólo en la forma un tema viejo de veinte siglos por lo ménos. Las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, cuya imitacion feliz es la gloria de la literatura francesa del siglo XVII, son, junto con los poemas de Homero, la expresion más alta y completa de la civilizacion y del arte antiguo; pero el arte moderno no es eso. Quince siglos de lucha y de confusion variaron por completo el ideal que se nos habia transmitido, y la humanidad se reconoce hoy más fielmente retratada en las ficciones de Shakspeare, que ocupa para los modernos el mismo lugar que ocupó Homero para los antiguos.

Habrá siempre, sin embargo, hombres de estudio y de reflexion que, saboreando con delicia las composiciones severas, sobrias y completas de la antigüedad, busquen el placer espiritual, íntimo y vivísimo, de ele-

varse alguna vez hasta la inspiracion sublime que produjo esas obras, componiendo un poema dramático conforme á sus reglas y sus principios. Esto es lo que han hecho y hacen en nuestro siglo muchos poetas, sin aspirar nunca á formar escuela; esto es lo que ha hecho hoy el Sr. Luáces, y por lo cual merecerá el aplauso de todos los que buscan en la literatura la expresion de la belleza, sin atender á tipos, ni á escuelas, ni á teorías exclusivas y tiránicas.

Más especialmente merecerá el Sr. Luáces aplauso y aprobacion de todos los que en Cuba amamos el arte, porque su nueva produccion es un nuevo esfuerzo que revela una escrupulosa conciencia de poeta, y los mismos defectos que contiene no son del número de aquellos de que, con frecuencia, se adolece entre nosotros. La versificacion del Sr. Luáces peca por el defecto opuesto á lo que en Cuba generalmente acontece. No se podrá decir al autor de *Aristodemo* que sus versos sonoros y musicales quieren disfrazar con la melodía la ausencia de las ideas; por el contrario, al leer su tragedia es imposible dejar de notar que son las cualidades musicales las que precisamente más falta le hacen. El mismo afan de evitar el lirismo palabrero lo ha llevado al otro exceso, y con pena se nota demasiado esfuerzo por parte del poeta. A veces la dureza y la falta de armonía llegan á un extremo verdaderamente exagerado, como en estos ocho ver-

sos, en los cuales se repite más de siete veces la sílaba
con :

Cansado de la lid y de mi triunfo
El sueño apenas conciliar consigo
Cuando pienso encontrarme con mis armas
En lo más alto del celeste Olimpo.
Allí, en *contra* y favor de la Mesenia,
Las diosas y los dioses divididos
En revuelta batalla *contendian*,
Conservándose el éxito indeciso.

Es difícil llevar más lejos el odio por la música ;
esto es prosa en el fondo y en la forma. Favorecen y
hacen resaltar además esta excesiva dureza la escasez
de imágenes poéticas y la afectada concisión, que son
otros dos caracteres de la versificación del *Aristo-*
demo : los versos citados bastan para probarlo.

En cambio otras veces, cuando la energía y la con-
cisión á que sistemáticamente aspira el Sr. Luáces, se
unen á un momento de inspiración poética, compone
trozos mejores, como éste :

Desde entonces, ¡oh Cielos! desde entonces,
Por las Furias, sin tregua, atormentada,
Ni un instante consigue de reposo
La hija criminal... Ni mis plegarias,
Ni mis ofrendas, ni mi llanto pueden
Tranquilizar mi espíritu. Asustada
Me encuentro siempre, y al ligero ruido
Que forma en estas bóvedas el aura,
Me parece que el rayo del Tonante
Sobre mi frente criminal estalla.
En todas partes la terrible sombra

Contemplo de mi padre ; su mirada
Me llena de pavor, y su voz ruda,
Retumbando cual trueno en la montaña,
Me grita sin cesar : « ¡ Maldita seas,
Hija cobarde, corazón de esclava ! »

Hasta aquí teníamos escrito el mismo día en que
recibimos con sorpresa la noticia de la muerte del dis-
tinguido poeta, cuya obra analizábamos sin saber que
era la última que componía. Tan triste é inesperada
nueva nos obligó á suspender nuestro trabajo, y sobre
todo á aplazar por algunos días su publicación. Era
la hora de los elogios sin tasa, y en medio del senti-
miento universal podía parecer nuestra voz disonante
é importuna. Hoy lo publicamos tal como lo escribí-
mos, sin quitarle ni añadirle nada, juzgando ésta la
mejor manera de honrar la memoria de un poeta mo-
desto y estudioso, que cultivó la poesía con amor sin-
cero y con noble entusiasmo.

Hoy su carrera está terminada, sus obras forman
ya un conjunto, y podemos decir que el *Aristodemo*
no es su obra maestra. Luáces, por la naturaleza de
su talento vigoroso y elevado, pero poco flexible, no
tenía grandes disposiciones para el género dramático,
ni para ciertas especies del género lírico. Su inspira-
ción valiente, al mismo tiempo que contenida, no abra-
zaba de una vez muchos sentimientos, sino que mar-

chaba directamente á la expresion de uno solo, ganando en energía y vigor lo que perdía en variedad é interes. La admiracion y la indignacion eran los que se avenian mejor con su temperamento de poeta; y por eso son su obra maestra las odas *A Ciro Field*, *A Lincoln*, *A la caída de Varsovia ó de Misolonghi*, alguna otra por este estilo, y un hermoso canto al *Trabajo*, que premió ayer el Liceo de la Habana en sus Juegos Florales de 1867. El pobre Luáces no pudo vivir bastante para recoger el premio que se le otorgaba; pero al leer esa composicion, que debe ser la última que escribió, que es el canto del cisne, todos dirán, que la última palabra del poeta fué digna de su carácter, de su talento y de su vida entera.

Habana, Enero 1868.

WILLIAM H. SEWARD.

El mes de Setiembre de 1876 fué en Nueva York el mes de las estatuas; el día seis se descubrió una de Lafayette, y el veinte y siete otra de Seward, ex-Gobernador del Estado de Nueva York, Senador de los Estados Unidos, y principal Secretario durante los ocho años de la Presidencia de Lincoln y Johnson. La de éste se encuentra en la esquina sud-oeste de la Plaza de Madison, el lugar tal vez más concurrido y hermoso de la ciudad. Es de bronce, como todas las demás de esta metrópoli, donde el mármol no se usa para ese género de monumentos; en primer lugar, porque es material mucho más caro; en segundo, porque en esta nuestra edad metálica, el bronce concuerda quizás mejor con el carácter general de las costumbres y las instituciones.

La estatua, bajo un punto de vista artístico, es mala, muy mala, casi merecedora de ser puesta al lado de las de Lincoln y Washington que aparecen en otra plaza. Es la más grande de todas; la figura sentada mide diez piés de altura, y si nos la imaginamos

chaba directamente á la expresion de uno solo, ganando en energía y vigor lo que perdía en variedad é interes. La admiracion y la indignacion eran los que se avenian mejor con su temperamento de poeta; y por eso son su obra maestra las odas *A Ciro Field*, *A Lincoln*, *A la caída de Varsovia ó de Misolonghi*, alguna otra por este estilo, y un hermoso canto al *Trabajo*, que premió ayer el Liceo de la Habana en sus Juegos Florales de 1867. El pobre Luáces no pudo vivir bastante para recoger el premio que se le otorgaba; pero al leer esa composicion, que debe ser la última que escribió, que es el canto del cisne, todos dirán, que la última palabra del poeta fué digna de su carácter, de su talento y de su vida entera.

Habana, Enero 1868.

WILLIAM H. SEWARD.

EL mes de Setiembre de 1876 fué en Nueva York el mes de las estatuas; el día seis se descubrió una de Lafayette, y el veinte y siete otra de Seward, ex-Gobernador del Estado de Nueva York, Senador de los Estados Unidos, y principal Secretario durante los ocho años de la Presidencia de Lincoln y Johnson. La de éste se encuentra en la esquina sud-oeste de la Plaza de Madison, el lugar tal vez más concurrido y hermoso de la ciudad. Es de bronce, como todas las demás de esta metrópoli, donde el mármol no se usa para ese género de monumentos; en primer lugar, porque es material mucho más caro; en segundo, porque en esta nuestra edad metálica, el bronce concuerda quizás mejor con el carácter general de las costumbres y las instituciones.

La estatua, bajo un punto de vista artístico, es mala, muy mala, casi merecedora de ser puesta al lado de las de Lincoln y Washington que aparecen en otra plaza. Es la más grande de todas; la figura sentada mide diez piés de altura, y si nos la imaginamos

poniéndose de pié, tendria trece de estatura. Los pantalones son el detalle más saliente del conjunto, porque aparece con una pierna cruzada sobre la otra. La mano derecha cae á un lado, y conserva todavía la pluma con que acaba de escribir. Ha debido estarlo haciendo por muy largo espacio y haberse cansado mucho de estar doblado, porque la parte superior del cuerpo aparece ahora derecha como un huso. Tiene una capa por detrás, en el respaldo de la silla, ignoramos con qué objeto. El bronce es dorado, ó por lo ménos de un amarillo claro, lo cual entre el verde de los árboles produce un efecto desagradable; pero el tiempo se encarga de corregir este defecto. El pedestal se compone de dos partes: la base, de ese granito comun americano que cambia de color cada vez que las lluvias lo mojan, y encima un gran trozo de mármol italiano de varios matices. La inscripcion contiene los tres nombres del agraciado, y sus tres empleos principales: nada más; por ahora al ménos.

Los discursos fueron vaciados en el molde habitual de esa clase de producciones, donde la cortesía alterna con el panegírico. Seward murió hace sólo cuatro años, tomó parte principal en las luchas políticas de la república, el partido á que se afilió existe aún con el mismo nombre y casi el mismo programa, y es difícil todavía para amigos y para adversarios juzgarlo con verdadera imparcialidad.

Un extranjero podria quizás hacerlo con mayores probabilidades de no dejarse extraviar por la pasion, y vamos á intentarlo.

Mr. Evarts, el abogado más notable hoy del foro de Nueva York, fué el orador de la ceremonia, el panegirista de la ocasion, y pronunció un discurso elegante y lleno de viva simpatía. De él tomaremos sólo la division que establece en la vida de Mr. Seward, en la cual distingue con exactitud tres períodos distintos. Hasta el año de 1848, fué casi exclusivamente un abogado, ó concretó sus servicios públicos al estado de Nueva York, su patria, y á su política interior. Desde 1848 hasta 1860, como Senador de los Estados Unidos, estuvo políticamente á la cabeza del partido liberal y progresivo, que preparó el país para la abolicion de la esclavitud. Decimos «políticamente,» porque á nuestro juicio Mr. Seward y sus amigos nada hubieran logrado, si el grupo odiado de los abolicionistas y las sectas unitarias de Nueva Inglaterra, no hubiesen predicado su ardiente cruzada contra la esclavitud de los negros; esos fueron los verdaderos reformadores y regeneradores del país.

En 1860 sufrió Seward el gran desengaño de su vida, la derrota de su candidatura para Presidente de la república, en la famosa Convencion de Chicago, donde fué designado Abraham Lincoln, á pesar de

que su rival contaba, desde el principio, con mayor número de adherentes.

Esas convenciones, que se celebran cada cuatro años en vísperas de la elección de Presidente, no tienen sanción legal de ningún género, no fueron previstas por los fundadores de la república, se componen de delegados informalmente nombrados por sociedades irresponsables; y sin embargo, ellas son las que escogen, y en realidad designan, la persona que ha de desempeñar la primera magistratura del país; y determinan, por medio del programa ó «plataforma» que redactan, la política general de la nación. La vigorosa disciplina, á que están sometidos los partidos, exige la aplicación de ese sistema, como único medio práctico de ejercer su poder. Hay, pues, tantas convenciones como partidos políticos organizados; y en ese año de 1860 se celebraron cuatro diferentes. Fué el año que precedió á la guerra, año de tempestades políticas, anuncios del horroroso huracán de sangre y fuego que en el siguiente debía venir. Tratábase entónces, por última vez en la arena de las discusiones verbales, las cuestiones entre el Sur y el Norte de la república; y los partidarios del Sur, divididos y discordes, aparecían ya víctimas de esa terrible alucinación que, según el poeta, ataca á los que van á ser víctimas del fuego del cielo.

El tercer período comienza en ese año de 1860 y

termina con su muerte, en 1872; en cuyo espacio prestó sus grandes servicios á la patria como Secretario de Estado durante toda la guerra civil. Después del asesinato de Lincoln, continuó en el mismo puesto, á despecho del abierto rompimiento que surgió entre el Congreso y el Poder Ejecutivo. El partido republicano, á que siempre perteneció, no oyó más sus consejos, y acabó él por quedarse solo. Su carrera terminó, pues, en un verdadero desastre; no volvió, á la caída de Johnson, á tener influencia alguna; se consoló dando un viaje al rededor del mundo, y murió en medio de relativa oscuridad.

No tenemos para qué ocuparnos de la historia de su vida mientras su carácter fué el de un abogado simplemente distinguido, aunque no eminente; ó estuvo ocupado solamente de cuestiones de política interior, que, á esta distancia, carecen de interés para todos nuestros lectores. El hombre, juzgado principalmente por los sucesos de los dos últimos períodos, gana mucho á los ojos de la posteridad, pues á esa época corresponden los actos más ilustres de su carrera. Fué un político hábil; poseyó á la perfección el arte de manejar asambleas y grupos de electores, sobresalió en una palabra en todas las sutilezas y prestidigitaciones que son parte importantísima de la política, y sin las cuales ni el talento ni la integridad pueden por sí solos obtener el triunfo. Pero esto no bastaría

para su gloria, ni para la gloria de nadie. Es un arte secundario y poco respetable, que trae provecho para quien lo sabe cultivar; pero que muchísimos otros, inferiores á él, han cultivado y cultivan con éxito idéntico ó mayor. Dejamos, pues, á un lado esta faz de su carácter.

Apénas entró en el Senado Federal, en 1849, dió muestras de su sagacidad política, declarándose resuelto á no votar concesion alguna en favor del partido ó de los Estados esclavistas. Previó vagamente la guerra civil que debia surgir doce años despues: y en aquellos días, en que todavía contaban muchos con una pacífica solucion de las cuestiones pendientes, ó se abstendian otros por escrúpulos de conciencia de hacer nada que precipitase un porvenir tenebroso de sangre y de luto,—el rasgo principal de su carácter, es decir, la ausencia completa de escrúpulos, sirvió para ponerlo virtualmente á la cabeza de un poderoso grupo en el Senado y dar forma á una opinion, que comenzaba á cristalizar. En un discurso de 1850, sobre la admision de California como Estado de la Union, pronunció estas palabras, que sirvieron como mote de bandera despues;— «Hay una ley superior á nuestra Constitucion» — aludiendo á la ley de Dios. El gran argumento del Sur, fundado en la «constitucionalidad» de sus instituciones domésticas, quedaba de ese modo sofisticamente destruido. — Más tarde, en

1855, abandonó toda reticencia y habló del « conflicto inevitable,» que veia venir, en virtud del cual, « más tarde ó más temprano, los Estados Unidos se convertirán en una nacion, ó toda ella con esclavos, ó toda ella con trabajadores libres.» Poco despues habló aun más claro, y dijo que ciertamente no sancionaria jamás con su voto el establecimiento de la esclavitud « en los territorios de los Estados Unidos, ni en ningun otro lugar de la tierra. » — Es innegable que expresiones como esta última, ó pruebas de sagacidad y de valor cívico como las dos primeras, deben bastar para hacer famoso á un hombre en su patria.

Por lo demás, nunca fué un verdadero orador. Hablaba bien, con facilidad; su exposicion era siempre clara, y su argumentacion poderosa; pero le faltaba el *quid divinum*: la imágen soberana, y el ardiente calor del gran artista.

Derrotado en la convencion de Chicago, mostró en el acto la elasticidad de su carácter, aceptando la situacion sin innecesarias y estériles recriminaciones, y prestándose á servir á las órdenes de su afortunado competidor. El buen sentido del pueblo americano comprendió, mejor que los amigos de Seward, que la crisis que se preparaba requería algo más que un político astuto y sagaz para ponerlo á la cabeza del país, que la honradez inquebrantable y la fijeza de propósito de un hombre como Lincoln, eran cuali-

dades más necesarias en aquel momento que la ductilidad y fertilidad de recursos y de tretas que distinguían á Seward.

En el primer escrutinio verificado en la Convención, obtuvo Seward ciento setenta y tres votos, y Lincoln le seguía con sólo ciento dos. La mayoría debía ser de doscientos treinta y tres sufragios. Las sesiones fueron muy interesantes y dramáticas. Veíase venir la tremenda crisis; para conjurarla, si era posible, ó guiar al país en ella, si no quedaba otro recurso que afrontarla, Seward y sus amigos suponían que la elección no sería dudosa, y que se preferiría á un hombre oscuro, de aspecto y carácter extravagante como Lincoln, un estadista reconocido, un político avezado á las luchas de la vida pública, jefe de partido, é hijo del estado más importante de la federación. El resultado fué, por tanto, un verdadero desengaño.

Fué nombrado Secretario de Estado ó de Relaciones Extranjeras por Lincoln; comenzó la guerra y se puso varias veces en ridículo, profetizando el fin de la rebelión primero en sesenta días, después en noventa, y por último en seis meses. Pero vino en seguida la desgraciada cuestión del *Trent*, y las amenazas de guerra con Inglaterra, y la incontrastable necesidad de ceder, devolver los prisioneros Mason y Slidell, y retractar la impremeditada aprobación del atentado del Capitán Wilkes, — y aquí tuvo ancho campo el

Secretario Seward de lucir su habilidad, escribiendo un magnífico despacho, en que tomaba su revancha de la humillación práctica del caso, y apareció ante los ojos del mundo como una especie de Curcio político, que sacrificaba su popularidad á las necesidades terribles del momento. En realidad, no perdió parte ninguna del favor popular, y ayudó magistralmente á la nación á salir de un grave aprieto.

Dirigió la política externa de la república, durante los cuatro años formidables, con tacto y con éxito. Su talento de jefe de partido le sirvió eficazmente para reorganizar el servicio diplomático, exigiendo en los funcionarios unidad de miras, y presentándolos en todas partes como defensores de la causa federal y expositores de las razones por que debía triunfar la Unión.

La fuerza de las circunstancias imponía irresistiblemente en aquellos días el carácter de su diplomacia: evitar por el momento toda complicación, discutir con templanza y dignidad, y reservar para más tarde la última palabra de la discusión. Así hizo, y así pudieron los Estados Unidos dominar la rebelión. Concluida ésta, vino el momento de cobrar todas las cuentas atrasadas, y la suerte reservó para entonces á Mr. Seward el triunfo más fácil y más brillante de su carrera.

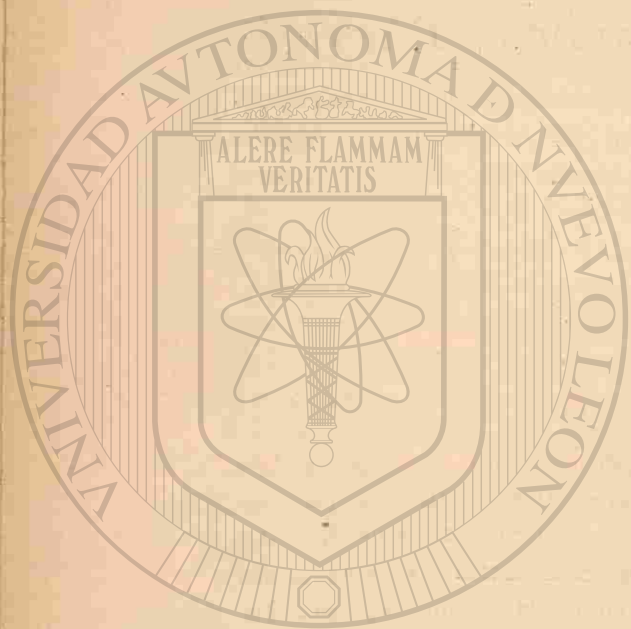
El modo como por fin la guerra terminó cubrió de

gloria al Presidente y sus colaboradores. Para que fuese más completa y colmada la de Seward, en la misma noche y á la misma hora del 14 de Abril en que era asesinado alevosamente Lincoln en un palco del Teatro de Ford por un histrion fanático, penetraba otro asesino en el aposento en que Seward yacía enfermo de resultas de una caída de carruaje, y le asestó varias puñaladas, de que, por fortuna, pudo salvarse al cabo de una larga y penosa convalescencia.

Los Estados Unidos, despues de la guerra civil, se hallaban más fuertes que nunca, y ántes de que renaciesen los intereses pacíficos y la calma mercantil, debían dirigirse resueltamente al Emperador Napoleon III y exigir la evacuacion de Méjico por el ejército frances. La exigencia fué formulada con inequívocable energía, el soberano de Francia cedió en el acto, y ha podido decirse con verdad que la pluma de Seward derrumbó el mal afirmado Imperio Austro-frances en Méjico.

Ahí acabó su carrera. Los años que continuó en el poder fueron un triste y pálido epílogo. Sus antiguos amigos y compañeros lo abandonaron uno á uno; perdió todo género de influencia en el partido que había formado y de que había sido el verdadero jefe. El sistema político, que concibió y defendió para despues de la guerra, no fué el que aceptó la mayoría del Congreso. Si hubiese dejado el puesto cuando vió que

nada más podia hacer en él, ni para su gloria ni para la del país, la historia de su vida seria más completa y brillante. Pero su ambicion lo engañó esta vez; y desapareció sin poder dejar de sí, como los verdaderos hombres de Estado, como Richelieu, como Washington, como Cavour, una política nacional, fijada y definida, un camino trazado para ser seguido por sus sucesores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*EL
REPERTORIO DE UNA ACTRIZ*

ADELAIDA RISTORI

I
MEDEA

La hermosa figura de Medea, acaso el más brillante de esos inmortales caracteres trágicos que concibieron los griegos, los eternos maestros del arte, surgió el sábado ante nosotros, tal como en los sueños de nuestra imaginación nos la habíamos figurado. Dicen que es el papel que la Ristori escoge siempre para la primera representación, y lo comprendo, porque en su interpretación es preciso recorrer la escala entera del sentimiento dramático. El amor y el odio, la ternura maternal y la rabia de la venganza, la dignidad de la esposa abandonada y la furia de la mujer celosa: hé aquí en rápida enumeración los elementos de cada una de sus peripecias.

La tragedia de Legouvé es pálida, muy pálida si se compara con la de Eurípides; es la composición de un poeta moderno de tercer orden, al lado de la obra maestra del más patético de los trágicos griegos. Pero bajo un punto de vista teatral, por decirlo así, es una tragedia bien escrita, hábilmente dispuesta y hasta interesante. Para nosotros además tiene un mérito, en lo cual supera á las infinitas imitaciones que se han hecho del original griego, — reproduce fielmente, sin alterarlo ni amenguarlo, el carácter de la heroína tal como Eurípides lo concibió. La *Medea* de Séneca ha aprendido la filosofía estoica; la de Corneille es sobre todo una hechicera; la de Legouvé es la misma de Eurípides, esto es, nada más que la mujer abandonada, á quien su esposo y cómplice ultraja hasta lo más hondo de su alma, y que cegada por el amor, por la humillación y por los celos, concibe y ejecuta la más atroz venganza.

Estas dos faces tan diversas que componen el carácter de *Medea*, la ternura más exquisita por un lado y la violencia más salvaje por el otro; estos dos aspectos que la Ristori reproduce con tanta verdad, explican el entusiasmo y la admiración de toda la antigüedad por la gran mujer que creó Eurípides. A su imitación debe la poesía latina su obra maestra, la pintura incomparable del abandono de Dido por Eneas, ó, en otros términos, el cuarto canto de la *Encida*. —

¿Quiérese una última prueba de este amor de los antiguos por *Medea*? Cuando los asesinos enviados por Antonio alcanzaron á Cicerón que huía en su litera, leía el gran Romano la *Medea* de Eurípides, y cerró el libro para tender el cuello al furor de los sicarios. Dos versos en fin de esa *Medea* fueron las últimas palabras que articularon los labios de Marco Bruto ántes de su sublime suicidio.

Pero dejemos esto por hoy. Otra mujer, realizando el ideal poético de que estoy hablando, ocupa en este momento mi atención.

La Ristori es la mujer estatua, y estatua griega, íbamos á decir. Pero es demasiado poco, y queda muy pálido nuestro pensamiento. Es el arte completo de la estatuaria. Cuando cae desesperada al pié de la imagen de Saturno y apoya la mano en la sien, es Niobe, la Niobe de Praxíteles, con verdaderas lágrimas en las mejillas y un rayo en las pupilas. Cuando, con un gesto indescriptible, responde á Jason que pregunta quien asesinó á sus hijos, y le dice: *Tú!* es Némesis, fatal, implacable y pavorosa. Cuando en fin, blandiendo el puñal, expresa la embriaguez suprema de la venganza, y con paso cauteloso ensaya el golpe tremendo que se prepara á asestar contra Creusa, es... es lo que no habíamos visto ni soñado nunca, es la imagen del delito, del asesinato, del horror verdaderamente sublime. Así

debe ser como se conciben y se ejecutan los grandes crímenes :

O gioja ! a notte
 Rasente i foschi muri, entrar, qual ombra
 Dov'ella posa, e in sue piume giacente
 Sotto mia man mirarla, l'aborríta
 Greca, e col ferro che improvviso piomba
 Sul suo seno, cercar nelle latebre
 Del petto l'alma.....

Es decir — « ¡ Qué placer ! deslizarme esta noche por las sombrías paredes, aparecerme como una sombra en el lecho en que reposa, mirar allí bajo mi mano á esa griega aborrecida, y cayendo mi acero como un rayo, buscar su alma en lo más hondo de su pecho !... »

Luego además del gesto, la voz, que es de una pasmosa riqueza de inflexiones. Todas las palabras salen de aquellos labios con un acento distinto, particular, y dejan en el oído, despues de desvanecidas, un mundo de impresiones.

¡ Qué artista ! Otras logran adivinar una sola faz de la pasión, y esto les basta para llenar el mundo con su fama. La Ristori va más léjos. Todos los rasgos, todos los matices del sentimiento, por diversos u opuestos que parezcan, caben en aquel corazón y en aquella inteligencia ; y aparece igualmente grande y feliz á nuestros ojos, bien exprese el amor con acento melífluo é insinuante, con mirada tierna y dolorosa, bien exprese la ira con ronco rugido y acento siniestro.

No nos gusta usar calificaciones hiperbólicas ; pero hoy tomamos al público por testigo, y tenemos la seguridad de que no nos tachará de exagerados ninguno de los que vieron las dos últimas noches

Terriblemente in pié sorger Medea,

como dice ella misma en el segundo acto, con voz vibrante y poderosa, para pintar el gozo fatal de la venganza realizada.

II

MARIA ESTUARDO

Así como había en un estrecho del mar Mediterraneo, en tiempo de Homero, sirenas que fascinaban y atraían á los navegantes para precipitarlos en el abismo, así ha habido también, en el mar de la historia, mujeres, verdaderas sirenas, para fascinar y seducir la posteridad, alcanzando una absolución que nunca merecieron. Una de éstas, y de las más célebres entre todas, es María Estuardo. Como mujer y como reina cometió vergonzosas debilidades y crímenes atroces ; pero su trágica muerte ha disipado para muchos sus imperdonables extravíos, y cubierta con la aureola del martirio, ha venido hasta nosotros, trasformada en una heroína y en una santa. Severos y graves historiadores se han prestado á ser los abogados entusiastas de su causa ; nobles y generosos poetas se han hecho

debe ser como se conciben y se ejecutan los grandes crímenes :

O gioja ! a notte
 Rasente i foschi muri, entrar, qual ombra
 Dov'ella posa, e in sue piume giacente
 Sotto mia man mirarla, l'aborríta
 Greca, e col ferro che improvviso piomba
 Sul suo seno, cercar nelle latebre
 Del petto l'alma.....

Es decir — « ¡ Qué placer ! deslizarme esta noche por las sombrías paredes, aparecerme como una sombra en el lecho en que reposa, mirar allí bajo mi mano á esa griega aborrecida, y cayendo mi acero como un rayo, buscar su alma en lo más hondo de su pecho !... »

Luego además del gesto, la voz, que es de una pasmosa riqueza de inflexiones. Todas las palabras salen de aquellos labios con un acento distinto, particular, y dejan en el oído, despues de desvanecidas, un mundo de impresiones.

¡ Qué artista ! Otras logran adivinar una sola faz de la pasión, y esto les basta para llenar el mundo con su fama. La Ristori va más léjos. Todos los rasgos, todos los matices del sentimiento, por diversos u opuestos que parezcan, caben en aquel corazón y en aquella inteligencia ; y aparece igualmente grande y feliz á nuestros ojos, bien exprese el amor con acento melífluo é insinuante, con mirada tierna y dolorosa, bien exprese la ira con ronco rugido y acento siniestro.

No nos gusta usar calificaciones hiperbólicas ; pero hoy tomamos al público por testigo, y tenemos la seguridad de que no nos tachará de exagerados ninguno de los que vieron las dos últimas noches

Terriblemente in pié sorger Medea,

como dice ella misma en el segundo acto, con voz vibrante y poderosa, para pintar el gozo fatal de la venganza realizada.

II

MARIA ESTUARDO

Así como había en un estrecho del mar Mediterraneo, en tiempo de Homero, sirenas que fascinaban y atraían á los navegantes para precipitarlos en el abismo, así ha habido también, en el mar de la historia, mujeres, verdaderas sirenas, para fascinar y seducir la posteridad, alcanzando una absolución que nunca merecieron. Una de éstas, y de las más célebres entre todas, es María Estuardo. Como mujer y como reina cometió vergonzosas debilidades y crímenes atroces ; pero su trágica muerte ha disipado para muchos sus imperdonables extravíos, y cubierta con la aureola del martirio, ha venido hasta nosotros, trasformada en una heroína y en una santa. Severos y graves historiadores se han prestado á ser los abogados entusiastas de su causa ; nobles y generosos poetas se han hecho

los paladines desinteresados de la romántica dama escocesa. Entre los primeros citaremos á Mignet y á Lingard; entre los segundos sobresalen Walter Scott y Federico Schiller.

Ah! sin duda que fué consecuente consigo mismo el ilustre Schiller al escribir esta patética tragedia! Ningun poeta en el mundo ha sentido, con más viveza que él, compasion por la desgracia y entusiasmo por la belleza. El cantor de Guillermo Tell y de Juana de Arco, el creador del Marqués de Posa, debia ser el paladin de María Estuardo. Su alma de verdadero y gran poeta, tan sensible y tan elevada, palpité de entusiasmo y de amor al recuerdo de la infeliz reina de Escocia, humillada y martirizada durante un interminable espacio de diez y ocho años, conducida al cabo de ellos al patíbulo, sentenciada á morir por otra mujer, por otra reina, ménos bella y ménos interesante, envidiosa quizás de la gracia y el prestigio con que la misma cautividad circundaba á la víctima.

Pero lo confesaremos con franqueza: cada vez que hemos leído, y siempre con el más vivo placer, la elocuente absolucion que, en nombre de la piedad, otorga Schiller á María Estuardo, hemos admirado la poesía y el entusiasmo del escritor; mas no ha bastado para hacernos absolver tambien á la sobrina de los Guisas. Hemos llorado la suerte de la heroína de la tragedia; mas no hemos logrado ver en ella más que un sueño

de la mente del poeta, una creacion de su fantasía, como el infante Don Carlos, que sirve de protagonista á otra de sus tragedias.

Anoche, sin embargo, la absolvimos; anoche encontramos en la interpretacion de la Ristori lo que en balde buscábamos leyendo la obra de Schiller. Era imposible negar la piedad á esa María Magdalena, más llorosa y más infortunada que la otra, víctima del odio de una rival y de las necesidades de una política implacable.

Vestida de negro, descolorida por tantos años de encierro, *pallida morte futura* hubiera dicho el poeta latino, rubia como la pintó Holbein, reproduciendo escrupulosamente la verdad histórica, apareció ante nosotros la Ristori bajo la figura de María Estuardo. Digna, majestuosa, serena, durante el primer acto, elevó á todo el público, por decirlo así, al nivel del inmenso infortunio que representaba, desde los primeros versos, pronunciados con un acento incomparable de resignacion y de tristeza.

La gran escena del tercer acto, la famosa entrevista de las dos rivales, fué constantemente interrumpida por los aplausos entusiastas de la concurrencia. ¡Con cuánta verdad expresó la gran actriz el orgullo de la soberana, cuyas rodillas se resisten á doblarse ante la triunfante rival! Y cuando, con un esfuerzo sobrehumano, logra dominar su altivez, ¡con qué ter-

nura, con qué hondo y desgarrador lamento, sabe implorar sin humillacion una gracia, que todo el público cree que va á alcanzar !

Pero nó, la cruel é implacable Isabel escoge ese momento supremo para insultarla, y se ve el pecho de María violenta y convulsivamente agitado por el dolor y por la rabia. Es el punto culminante de la tragedia, y el genio de la artista alcanza tambien en ese instante su más alta manifestacion. No tenemos palabras para pintar la emocion que nos produjo. La voz, los ojos, las manos, el cuerpo todo, se transformó bajo el punzante aguijon de la vanidad ultrajada, y el tremendo apóstrofe brotó de los labios de la Ristori más terrible que el dardo envenenado de una serpiente.

Así pudo decir despues, con una expresion de alegría fatal, como quien lanza fuera de sí un resentimiento por muchos años incubado en el fondo del pecho :

Dopo tante vergogne e tanti affanni
Un'ora di vendetta e di trionfo !

Todo lo demás fué igualmente sublime : la confesion, la solemne y angustiosa despedida, la marcha hácia el cadalso, y la desgarradora amargura con que perdona á Leicester su traicion.

III

PIA DE TOLOMEI

En el canto quinto de la segunda parte, ó sea El Purgatorio, de la *Divina Comedia*, una sombra desconocida pasa al lado de Dante, diciéndole estos versos :

Deh ! quando tu sarai tornato al mondo
Ricorditi di me che son la Pia :
Siena mi fe, disfecem Maremma,
Salsi colui che innanellata e pria
Disposato m'avea con la sua gemma.

« Cuando estés de vuelta entre los vivos, acuérdate de mí ; yo soy la Pia ; Siena me dió el sér, me lo quitó la Marisma ; aquél que me puso en el dedo el anillo nupcial sabe mi historia. »

Sobre estos versos tan tiernos y deliciosos del gran poeta florentino escribió Marengo la tragedia que, con inmenso aplauso, representó anoche la Ristori. Las obras de los poetas de la clase del Dante pueden compararse á la nieve perpetua de las altas cordilleras ; guardan eternamente su frescura, y eternamente dan vida á otros poetas, que les son deudores de su inspiracion, como los rios de su caudal á la montaña.

El autor de la tragedia reproduce en su heroína el mismo carácter que Dante le presta en los magistrales versos que copiamos al principio. La tradicion cuenta que el marido celoso encerró á su mujer en un castillo

situado en medio de la Marisma, esto es, en medio de los pantanos cuyas letales emanaciones producen la fiebre terciana y la muerte, á cuantos las respiran en la estacion canicular. ¿Era culpable Pia di Tolomei? — Dante parece dar á entender que nó. El autor del drama decididamente la absuelve, y nos la presenta victima de un error funesto y de una intriga infame.

Trazado el carácter de la Pia de esta manera, es uno de los más bellos ejemplos de delicadeza femenina que ha creado la poesía. Esa mujer que un esposo engañado insulta, desprecia y asesina, no profiere una sola queja contra su implacable verdugo. En el *Purgatorio* se abstiene de contar á Dante su infortunio por no acusar á su marido; sólo le dice que él es quien *sabe su historia*. En la tragedia, cuando una pobre aldeana que va á llorar sobre la tumba de su amante, maldice al avaro señor de la Marisma, de la tierra que no bastó á fertilizar la muerte de los que en ella viven, la Pia le responde que no es así y que *conoce mal á su esposo*.

La Ristori desplegó todas sus grandes dotes en este papel. En el primer acto es la castellana de la edad media; digna, amorosa, melancólica en medio de las revueltas civiles de esa destrozada Italia que veía pelear los padres contra los hijos, los hermanos y los amigos entre sí. Su virtud inquebrantable está muy por

encima de los celos de su esposo; no hay seducción posible en la mujer que ni aún siquiera concede odio al infame que la persigue con su amor:

La Pia ama.... o dispregia.

Pero la calumnia tiende sus negras alas y oscurece con su sombra la virtud de la dama immaculada. Su esposo le echa en cara su traicion, y por una coincidencia fatal no puede ella sincerarse. El acento de cariño y de dulce reprension con que explica lo que él cree su perfidia, no sirve más que para irritar su cólera; y arrancándole del dedo el anillo nupcial, lo rompe y destroza con los piés. El que no ha visto en este momento á la Ristori no puede comprender toda la indignacion, toda la amargura, toda la pasion desesperada que es capaz de sentir una mujer. En balde llora, suplica, y se abraza á su marido como para adherirse á él y hacer imposible la separacion; él se va, y junto con él desaparece el universo entero á los ojos de su esposa.

Aquí comienza la larga y desgarradora agonía. La Pia, consumida por la fiebre de los pantanos, está próxima á espirar. Aquella hermosa dama, que ostentaba una corona feudal sobre su noble frente, no es más que un cadáver. Flaca, pálida, triste, con los ojos hundidos y apagados, y la muerte ya en todos sus miembros, sólo palabras de perdón salen de sus labios,

y no es su esposo quien la mata; ella al menos no lo dice:

Disfecemi, tu'l vedi,
Questa fatal Maremma!

Ah! es éste, ó nunca, el caso de decir lo que dijo Víctor Hugo de M^{lle} Mars: « Despues de los aplausos arranca tantas lágrimas, que pierde el espectador hasta la fuerza de aplaudir. »

IV

SOR TERESA, Ó ISABEL SUÁREZ

Sor Teresa es una composición dramática del género bastardo que inventaron los franceses habrá unos cuarenta años, y que ya hoy comienza á estar casi completamente fuera de moda; es uno de esos melodramas en prosa que tanto se han aplaudido en otras épocas, y que junto con las óperas bufas son la originalidad de nuestro siglo en el teatro. Literariamente, por tanto, vale muy poco; Bouchardy, que es lo mejor del género, no sabia escribir. Pero, en cambio, produce gran efecto sobre la masa del público, porque abunda, como todos, en situaciones muy fuertes, inverosímiles casi siempre, pero explotadas con suma habilidad.

Es la cuarta composición que pone en escena la Compañía italiana, y con ella puede decirse que ha re-

corrido el círculo completo de la poesía dramática sería. Ha venido despues de la *Medea*, que es enteramente clásica en la forma, en la naturaleza y en la distribución del argumento; despues de la *Pia*, que, aunque mediana, es clásica en la forma y romántica en el fondo; despues en fin de la *María Estuardo*, que por su carácter histórico y filosófico, pertenece al género más alto de la poesía, al género de que es Shakespeare la expresión más completa y sublime, y Víctor Hugo la manifestación más reciente.

Isabel Suárez es una niña, á quien la seducción hace madre; diez y ocho años despues es *Sor Teresa*, que en todo ese tiempo no ha vuelto á ver ni á su hija ni al robador de su honra; que en la calma del monasterio ha logrado olvidar su perdonable extravío, y que sólo en la hora de la muerte puede sin remordimiento confesar á su hija el santo nombre del vínculo que á ella la liga. La Ristori debía expresar en este papel, primero la amargura del destierro, la melancolía del recuerdo, y al saber despues casualmente quién es la novicia próxima á profesar bajo el nombre de Guillermina, sentir en su alma y en su rostro todas las efusiones, todas las angustias y delirios del amor maternal, sin dejar llegar nunca hasta sus labios el sentimiento que ocupa y destroza su corazón. Es preciso haber visto á la Ristori en la entrevista con su antiguo seductor y padre de Guillermina, con el velo echado

sobre la frente cubriéndole los ojos y la mayor parte de la cara, traducir sólo con la expresión de la boca y unos cuantos sonidos ahogados, la horrible y desgarradora impresión que debe producirle el inesperado descubrimiento.

El final del tercer acto es el momento capital del drama; es la lucha entre Isabel Suárez, madre de Guillermina, y Sor Teresa, superiora de un convento; ocasión magnífica para la Ristori de desplegar las grandes dotes esculturales de su genio. De ella resulta un grupo que desesperamos de poder transcribir. La novicia desolada á los pies de la abadesa, y la abadesa de pie é indignada, conteniendo con el gesto al amante desesperado que intenta profanar el santo recinto. Un trueno de aplausos acompañó en este instante la caída de la cortina, que fué preciso alzar tres ó cuatro veces más para que recibiera la ilustre actriz los saludos de la concurrencia.

El resto del drama participó, como era natural, del efecto anterior. Sor Teresa, transformada en gran señora, expresó perfectamente todo el sarcasmo y el desprecio que requería la escena del cuarto acto, en el baile; y en el último la agonía y la muerte, con la terrible verdad que ya habíamos visto desplegar á la Ristori en el quinto acto de la *Pia*.

V

GIUDITTA

El papel de Judit no es el más brillante de los que lleva desempeñados la Ristori, pero es el más difícil. No tiene, como los otros, grandes ocasiones en que poder concentrar todos los recursos y producir efectos fulgurantes; todo él, por lo contrario, está formado de matices y medias tintas que requieren sumo talento en el artista, sin que el drama en su desarrollo preste gran interés para recompensar sus esfuerzos; — y sin embargo, en *Giuditta*, la Ristori alcanzó del público los mismos aplausos, y produjo el mismo entusiasmo, que en los demás.

¡Cuán espléndida y cuán hermosa surgió ante nosotros la figura de la heroína de Betulia! ¡Qué arte tan exquisito é incomparable en la composición del personaje! Aquella mujer no era la Ristori vestida de hebrea, era una figura escapada del cuadro magnífico de un pintor cuyo nombre no sabemos, pero que sabía dibujar como Rafael, pintar como Pablo Veronés, y no faltar nunca, en la disposición de los accesorios, á la verosimilitud histórica. Y al decir esto, decimos poco, porque los pintores no saben crear esos brazos desnudos que ostentó la hermosa judía; para hacerlos de ese modo se necesita un cincel tan hábil

como el de Fidiás. Y después de Rafael y del Veronés y de Fidiás para crear la figura, se necesitaba á la Ristori para saber manejar el manto blanco y envolverse en él del modo que ella lo hace. Sólo así pudo obtenerse aquella figura de Judit que no se aparta de nuestra memoria, y que nos parece todavía ver destacarse sobre el papel en que estamos escribiendo.

Judit es la Juana de Arco de los hebreos; ámbas son la heroína que salva á la patria en el momento del mayor peligro; pero la primera es ménos pura que la segunda. La doncella de Orleans sabe conducir á los soldados á la batalla, triunfar y morir; la viuda de Judá seduce y fascina con su belleza al sitiador de Betulia para asesinarlo después. La mujer fuerte de la antigüedad no podía ser como la tímida pastora de la edad media, del mismo modo que, aún prescindiendo de la inferioridad del poeta italiano, la Judit de Giacometti no podía ser como la Juana de Arco de Schiller.

La poesía hebrea, además, es esencialmente lírica. Su comercio é intervencion constante con la divinidad se oponen formalmente á cuanto requiere la poesía dramática para subsistir. Todos los poetas que se han aventurado á luchar contra esos inconvenientes han fracasado, hasta el mismo Racine. Su *Atalía* es un himno en cinco actos, más bien que una tragedia.

Ahora, volviendo á la ejecucion, ¿qué hemos de decir sobre la Ristori que no sea lo mismo que hasta ahora venimos diciendo? Todas las escenas con Holofernes en el tercero y cuarto acto, que son sumamente difíciles, pues debe en ellas siempre desempeñar dos papeles, uno para el público y otro para el bárbaro sátrapa á quien quiere seducir, le ofrecieron buena ocasion de desplegar su gran talento. Es imposible calcular qué número de inflexiones diversas imprime á su voz para expresar cada vocablo; cada vez, por ejemplo, que dice: *mañana!* — *domani!* dando á la palabra un sentido profundo y misterioso que sólo ella y el público comprenden. A la esclava Arzael que le dice que la sierva amante de su señor es ménos culpable que la mujer libre que busca la vergüenza por impudor, responde: « Hoy no puedo decirte nada, mañana mucho quizás »:

Nulla quest'oggi,
Molto forse DOMAN!

A Holofernes que le pide un beso, le responde con un acento indescriptible:

Il bacio
di Giuditta l'avrai.... DOMAN l'avrai!

Al sumo sacerdote, en fin, que quiere bendecirla por lo que va á hacer, responde también con sublime modestia: *Domani, pontefice, domani!*

Y despues, consumada la famosa hazaña, se levanta altanera y dice á la esclava: « Anda y mira cómo quema el beso de la mujer hebrea! »

Vanne e mira
com'arde il bacio della donna Ebra!

Decíamos el otro día que era Judit el papel más difícil de los representados por la Ristori; hoy tenemos que declarar que esa personificación de la heroína de Betsulia es nada ante la estupenda creación de la reina Isabel, que presenciámos anoche. Sin exageración, sin figura de retórica, como simple confirmación de un hecho á todos notorio, decimos hoy que hemos visto á la reina de Inglaterra, á la hija de Enrique octavo y Ana Boleña, que hemos visto á Isabel en persona, á la hipócrita, á la implacable y la ilustre soberana, firmando la sentencia de muerte de María Estuardo y del conde de Essex: que la hemos visto vivir, reinar y morir, cubierta de gloria y roida de remordimientos.

Aun á riesgo de tener tal vez que recoger otro día, al verla en otro papel, lo que decimos hoy, añadiremos también que nos pareció el punto culminante del arte dramático. Es fácil despertar vivo interés en un pú-

blico personificando un papel simpático, lleno de pasión y poesía, como el de María Estuardo por ejemplo; es sumamente difícil representar con la misma verdad un personaje antipático, lleno de contrastes, de abismos y de misterios, como el de Isabel Tudor. Y sin embargo, lo repetimos: aquella que pisó anoche las tablas del Teatro de Tacon, era la reina virgen en persona, que gobernó cuarenta y cuatro años la Inglaterra, y la entregó omnipotente é invencible en manos de su sucesor.

Es imposible amar á Isabel como mujer, pero es imposible también dejar de admirarla como reina. Su reinado fué para la Inglaterra el colmo de la tiranía, y todos los ingleses, sin embargo, han reconocido siempre en ella el nombre más grande y más ilustre de su largo catálogo de soberanos. Los más perseguidos, los que más sufrieron en las conjuraciones religiosas ó políticas que no cesaron durante todo su gobierno, pedían á Dios, en el fondo de sus calabozos, según Macaulay, por la vida de la cruel mujer que les arrancaba la libertad. Un puritano condenado á perder la mano derecha bajo el hacha del verdugo, por una simple manifestación de celo religioso, se quitó el sombrero despues de la ejecución, con el único brazo que le quedaba, y exclamó: « Dios salve á la reina. »

Con extraordinaria exactitud, con la más admisible verdad representó la Ristori su papel, aplicando á

esta creacion todo su talento y toda su habilidad, lo mismo en la reproduccion del carácter histórico que en la disposicion y adorno de la figura. La fisonomía, el traje, los gestos, todo fué perfecto en esa verdadera resurreccion de una mujer muerta hace tres siglos. Sin duda que el rostro de Isabel no era tan bello ni tan correcto como el que tenia anoche la Ristori; pero sin duda que era ése el color de sus cabellos, esa misma la fijeza de sus ojos claros, esa misma en fin la expresion inquieta y de mal humor de su boca pequeña y contraida.

La Ristori estuvo admirable de hipocresía y de ficcion al recibir, en el segundo acto, la noticia de la muerte de María Estuardo, expresando una afliccion que no sentia su corazon; admirable en el monólogo en que medita sobre si debe ó no aceptar un marido; admirable de altivez y de frialdad primero, de cólera y de indignacion despues, en la escena del insulto del Conde de Essex; admirable en el cuarto acto, esperando el anillo con que Essex debía implorar un perdón, que se sentia ella dispuesta á conceder; incomparable representando en el final á la vieja de setenta años, que siente escapársele la vida, y que quiere adherirse á ella, por decirlo así; cuyo cuerpo desfallece por tantos años de trabajos y de angustias pero cuya alma, entera é indomable todavía, lucha contra la muerte, y se levanta erguida, y con la corona en

la sien, al oír proclamar, viva aún, el nombre de su sucesor.

El drama de Giacometti no tiene valor alguno literario, ni histórico tampoco, pues el episodio del Conde de Essex, que le sirve de piedra angular, es puramente fabuloso; pero se comprende desde luego que fué escrito sólo para ofrecer á la Ristori ocasion de representar el personaje completo de Isabel, desde los primeros años de su reinado hasta su muerte, y bajo este punto de vista llena perfectamente su objeto. No hay en todo él, por consiguiente, más que un papel, el de la protagonista; los demás son muy secundarios.

VII

MARIA ANTONIETA

Bastaria, para la gloria de la Ristori, decir que en la nueva composicion de Giacometti debía personificar una reina y una madre, y que en la representacion de ambos caracteres estuvo admirable; que expresó con gran verdad el orgullo, la altivez de la mujer que se siente superior por la gracia divina á cuantos le rodean; y que expresó tambien con la misma exactitud y con el más hondo y comunicativo sentimiento, el dolor sin igual de la madre desesperada, el delirio furioso de la leona á quien arrancan sus cachorros. A cualquier artista, de quien esto dijéramos, le haríamos

esta creacion todo su talento y toda su habilidad, lo mismo en la reproduccion del carácter histórico que en la disposicion y adorno de la figura. La fisonomía, el traje, los gestos, todo fué perfecto en esa verdadera resurreccion de una mujer muerta hace tres siglos. Sin duda que el rostro de Isabel no era tan bello ni tan correcto como el que tenia anoche la Ristori; pero sin duda que era ése el color de sus cabellos, esa misma la fijeza de sus ojos claros, esa misma en fin la expresion inquieta y de mal humor de su boca pequeña y contraida.

La Ristori estuvo admirable de hipocresía y de ficcion al recibir, en el segundo acto, la noticia de la muerte de María Estuardo, expresando una afliccion que no sentia su corazon; admirable en el monólogo en que medita sobre si debe ó no aceptar un marido; admirable de altivez y de frialdad primero, de cólera y de indignacion despues, en la escena del insulto del Conde de Essex; admirable en el cuarto acto, esperando el anillo con que Essex debía implorar un perdón, que se sentia ella dispuesta á conceder; incomparable representando en el final á la vieja de setenta años, que siente escapársele la vida, y que quiere adherirse á ella, por decirlo así; cuyo cuerpo desfallece por tantos años de trabajos y de angustias pero cuya alma, entera é indomable todavía, lucha contra la muerte, y se levanta erguida, y con la corona en

la sien, al oír proclamar, viva aún, el nombre de su sucesor.

El drama de Giacometti no tiene valor alguno literario, ni histórico tampoco, pues el episodio del Conde de Essex, que le sirve de piedra angular, es puramente fabuloso; pero se comprende desde luego que fué escrito sólo para ofrecer á la Ristori ocasion de representar el personaje completo de Isabel, desde los primeros años de su reinado hasta su muerte, y bajo este punto de vista llena perfectamente su objeto. No hay en todo él, por consiguiente, más que un papel, el de la protagonista; los demás son muy secundarios.

VII

MARIA ANTONIETA

Bastaria, para la gloria de la Ristori, decir que en la nueva composicion de Giacometti debía personificar una reina y una madre, y que en la representacion de ambos caracteres estuvo admirable; que expresó con gran verdad el orgullo, la altivez de la mujer que se siente superior por la gracia divina á cuantos le rodean; y que expresó tambien con la misma exactitud y con el más hondo y comunicativo sentimiento, el dolor sin igual de la madre desesperada, el delirio furioso de la leona á quien arrancan sus cachorros. A cualquier artista, de quien esto dijéramos, le haríamos

con ello un elogio inapreciable. Pero decir sólo esto de la Ristori sería quedar muy por debajo de sus merecimientos, y aún cometer una injusticia.

No fué sólo una reina lo que personificó la Ristori; no fué sólo una viuda desconsolada que pierde en su hijo el último lazo que la liga á la tierra; fué sobre todo á María Antonieta de Lorena, á la hija de María Teresa, á la esposa de Luis XVI, á la madre del Delfín, tal como vivió, tal como realmente existió, con su mismo rostro, su misma figura, sus mismos trajes elegantes y sus mismos gestos.

¿En qué consiste que la Ristori imita tan fielmente la figura de un personaje histórico con sólo la disposición de los adornos? ¿Cómo es que su estatura aumenta ó disminuye, que sus ojos son claros ú oscuros, que su boca es franca y abierta, ó pequeña y altanera, según el personaje que quiere representar? Confesamos que no lo sabemos. Es un secreto de su arte que ella posee y que nosotros apenas comprendemos; pero es imposible que no haya ocurrido esta misma observación á todos los que la han visto reproducir en María Estuardo el retrato de Holbein; una figura copiada de un vaso etrusco en la Medea; y María Antonieta, ahora, tal como está pintada en todos los museos.

La pieza de Giacometti no es una composición dramática; es una sucesión de escenas que quieren reproducir con más ó menos fidelidad diversos episo-

dios de la Revolución francesa del siglo pasado, un verdadero *scenario*, que así como un libreto de ópera sin la música es un cuerpo sin alma, así sería esta composición, sin el talento de la Ristori, un trabajo informe sin plan y sin objeto.

Pero no hagamos á su autor la injuria de juzgar literariamente una obra, que él de seguro no escribió con esa pretensión. Seamos verdaderos críticos, coloquémonos en su punto de vista; así quizás hasta lleguemos á elogiarla. El objeto verdadero del drama es evidente, y hay que decir que está plenamente conseguido: — es ofrecer á la actriz ocasión de presentarnos primero la María Antonieta frívola é imprudente del pequeño Trianon y de los salones de Versalles; después, la hija orgullosa de María Teresa que no comprende que el rey sufra los discursos de Mirabeau en la Asamblea ó el periódico de Marat por las calles; luego, la reina decaída que quiere probar con lágrimas á su pueblo que *no es austriaca*, la esposa desconsolada que pierde á su esposo en el cadalso con el remordimiento de haberlo ella empujado por esa senda que terminaba en el patíbulo, la madre enajenada de dolor que entrega su propio hijo al martirio, la víctima expiatoria que halla en el suplicio el último, y no el más terrible eslabon, de una larga y pesadísima cadena de infortunios. Ocasión de ser todo esto representado por la Ristori y nada más, fué

lo que quiso disponer el autor de la pieza, y esto lo representó la eminente actriz, de tal manera, que el éxito fué extraordinario y que el drama se vió en todo su curso, y casi sin interrupcion, acompañado por los aplausos de la concurrencia.

Despues de la tragedia, el sainete; *I pazzi per progetto*, *Los locos de propósito*, el domingo, despues de la *María Antonieta* del sábado. Un verdadero *tour de force*, para dejarnos ver toda la elasticidad de un talento incomparable. La misma mujer que habia extendido la noche ántes el terror y la piedad por toda la sala, excitó el domingo la hilaridad y el buen humor de todo el mundo. En ambos géneros rayó á la misma altura.

VIII

MACBETH

Anoche entrámos en el Teatro de Tacon con verdadero recogimiento, con la solemnidad con que acudian los griegos á una fiesta de Minerva, por ejemplo. Las manos nos temblaban de gozo cuando pensábamos que íbamos hoy á tomar la pluma para escribir, nó sobre las miserables composiciones de un Giacometti ó de un Camoletti, sino sobre el *Macbeth*, sobre la sublime creacion del más sublime de los poetas. Pero

el exceso de nuestra admiracion encontró su justo correctivo apénas se levantó el telon, y comprendimos que no era aquel el *Macbeth* de Shakspeare, que no eran aquellos personajes las figuras vigorosas y originales creadas por el gran poeta; que aquellos séres reales, vivos y tan conocidos, á quienes el genio del bardo inglés habia infundido la plenitud de la inmortalidad, no eran más que vagas y dudosas sombras deslucidas y apagadas por los pálidos versos de un oscuro poeta italiano.

En vez del espectáculo soberbio que nos prometíamos de un águila real remontándose hasta las nubes con los ojos fijos en el sol, encontramos un pobre pájaro, triste y enjaulado, con las alas cortadas, contemplando dolorosamente con ojos mortecinos sus garras inútiles.

No nos figurábamos que se pudiese amenguar y disfrazar de esa manera la inspiracion de Shakspeare. El escritor italiano ha traducido una parte, por su extension menor en una mitad lo ménos, del drama original, y sin embargo, el *Macbeth* es, de todas las tragedias de su autor, la única quizás en que no es posible suprimir una sola escena. No hay ejemplo en ningun teatro, en ninguna literatura, de una accion dramática como la del *Macbeth*; toda ella marcha con una rapidez fulminante, vertiginosa, precipitándose los sucesos unos tras otros hasta llegar á la catástrofe final,

los motivos de la acción acompañando constantemente á la acción misma, como el relámpago al rayo; y reducir á cuatro actos, cortos y pobres de invención, la epopeya grandiosa del moderno Esquilo, es derribar una encina gigantesca para fabricar un raquíptico bastón.

Las brujas aparecen una sola vez (¡de qué modo!) y encienden en el alma de Macbeth la llama siniestra que ha de alumbrarle su camino hasta la estancia de Duncan; pero no vuelven más, y los demás actos del guerrero escocés son simplemente los crímenes atroces de un tirano vulgar. Banquo, Macduff, la esposa y los hijos de Macduff, y tantos delitos que hicieron « *repercutir en la bóveda celeste cada sílaba de desesperación,* » como dice el mismo Shakspeare, no son en la traducción italiana más que horrores de melodrama. Falta el móvil principal, la obra del infierno, las profecías de los espectros; Macbeth no es ya el noble y valeroso capitán, que la fatalidad arrastra al delito, y que muere heroicamente en el campo de batalla; es un ambicioso vulgar sin fe y sin ley, como todos los ambiciosos.

El señor Cárcano, autor de la traducción, es reo de lesa majestad; su mano profana ha querido afrentar á un soberano. El actor encargado de la parte del protagonista, además, acabó de perder la obra del traductor, no sabiendo su papel, y no comprendiendo ni remota-

mente el elevado y vigoroso carácter que debía representar. De los demás ¿á qué hablar?

En ese naufragio universal sólo la Ristori, con su gran talento, podía salvarse; y así fué. La escena del delirio en el último acto, esa escena « del sonambulismo » que es lo más original que existe en la literatura dramática de todos los tiempos y países, traducida en verso en este caso, para mayor desgracia, encontró sin embargo en ella un intérprete digno del autor.

IX

FEDRA Y NORMA

No tratamos de establecer una comparación entre dos piezas que no ofrecen términos hábiles para ello; el azar de la representación las ha juntado; pero no olvidamos que, aunque son dos tragedias en cinco actos, escritas en un mismo metro, por dos poetas modernos y que pintan ámbas un vigoroso carácter femenino, no tienen entre sí, fuera de esto, nada de común. La primera, esto es, la *Fedra*, es una maravilla de retórica, si así puede decirse, y la más bella, más feliz y más exacta reproducción que han hecho los modernos del teatro antiguo; la *Norma* es la composición desigual de un poeta inferior, que habiendo empezado por ser clásico, aspira á parecer romántico, y que en definitiva no viene á ser ninguna de las dos cosas.

Fedra es para muchos la obra maestra de su autor, y su autor es Racine, el poeta más grande que han tenido los franceses ántes del siglo XIX. Confesamos no sentir una admiración exagerada por la poesía francesa del tiempo de Luis XIV; esas tragedias, transportadas con tanta habilidad de Atenas á Paris, nos han parecido siempre más bien discursos, obras oratorias, que composiciones dramáticas. En ellas la forma, la disposición, el argumento, los personajes, todo quiere ser griego, y como toda imitación, es muy inferior á su modelo; pero compensan estos inconvenientes la riqueza de una dición incomparablemente correcta y verdaderamente poética, y la pintura del corazón humano, el mismo siempre, en Grecia ó en Francia, cada vez que un gran poeta, llámese Eurípides ó Racine, es quien lo estudia ó lo analiza.

Cuéntase que en una reunión en casa de Madame de Lafayette sostenía una vez Racine que en el teatro podía despertar la pintura del vicio tanto interés y simpatía como la misma virtud, y que en prueba de la verdad de su aserto escribió la *Fedra*. Si este fué su principal objeto, hay que decir que plenamente lo consiguió. Su tragedia es una obra maestra, y será siempre la delicia de cuantos sean capaces de sentir las bellezas de la poesía.

La *Norma* de Soumet, por el contrario, no es ya

hoy leída por nadie. Ha tenido su autor la desgracia de que un fiel extracto de su tragedia haya servido á Bellini para componer una ópera sublime, y en la lucha entre el músico y el poeta ha quedado éste vencido. No porque la música sea superior á la poesía en la pintura de las pasiones de que es agitada *Norma*, muy lejos de eso; pero la lucha fué entre un músico de primer orden y un poeta mediano, y naturalmente la victoria quedó del lado del más fuerte.

La Ristori personificó ambos caracteres con la misma habilidad y obtuvo en ámbos las mismas señales de aprobación; pero ella también debía compartir la suerte de los poetas, y Racine le abría más ancho espacio para elevarse. En el segundo acto de *Fedra* estuvo admirable. La larga y hermosísima escena de la declaración de su criminal amor al hijo de Teseo fué admirablemente interpretada; esa escena violenta y desesperada como la pasión de la madrastra, es, en nuestro concepto, el mejor momento de la tragedia de Racine, y es preciso ser de veras una gran actriz para poder salvar con el poeta situación tan fuerte y tan difícil.

Sólo nos resta decir que ántes de oír la *Fedra* estábamos realmente asustados. Recordábamos lo difícil que debía ser traducir bien á un poeta como Racine; pero nuestros temores quedaron muy pronto disipados, y con placer observámos que la traducción de

Dall'Ongaro había sido hecha con singular esmero y gran fortuna.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

UN TRADUCTOR COLOMBIANO
DE VIRGILIO

OBRAS DE VIRGILIO. Traducidas en versos castellanos
por MIGUEL ANTONIO CARO. Bogotá: 1874

Los traductores son como los biógrafos, en quienes el comercio íntimo con el héroe cuya vida ó cuyas obras estudian, inspira al fin un entusiasmo ardiente. Todo lo disculpan y todo lo admiran. Muévelos un cariño de amantes, de enamorados, y cubren con tinte de color de rosa toda la perspectiva. Esto ha sucedido, á nuestro parecer, al distinguido literato colombiano Señor Miguel Antonio Caro, en el extenso discurso preliminar de su traducción de Virgilio.

El trabajo honra verdaderamente al traductor y á su patria, y á toda la América por consiguiente. Es una obra doblemente de romano, en el sentido propio y en el sentido figurado; un largo trabajo, generosamente emprendido, tenazmente continuado y brillan-

temente terminado. Con cabal conocimiento de la materia, vasta erudición y aliento verdadero de poeta, ha consagrado los mejores años de su vida á elevar un monumento, que no tiene parecido en la literatura de la lengua castellana. Nadie ha traducido en verso español á todo Virgilio. El Señor Caro ha ejecutado esta proeza, y la tenemos ante nuestros ojos.

Es traductor leal y tan entusiasta como el primero. Virgilio, para él, es grande en toda la acepción de la palabra, á igual altura que Homero y el Dante en el órden de la poesía, superior al Tasso y á Milton, y también por tanto á todos los épicos cantores. No pensamos como el señor Caro, y creemos sin embargo no desconocer uno solo de los méritos que realmente ilustran al autor de la *Encida*. No somos de los que comparan á Homero con el sol y dicen que Virgilio es, como la luna, un astro que recibe toda su luz del padre venerando de la literatura griega. Esta opinion, que era artículo de fe entre los románticos de la escuela francesa, y que se estampó por primera vez, si no nos equivocamos, en el famoso prólogo del *Cromwell* de Víctor Hugo, nos hace el efecto de una simple antítesis vacía de toda significacion exacta. Pero Virgilio es un gran artista que usa materiales de segunda mano, que toma de otro los elementos fundamentales de sus obras. Dotado de un talento inmenso, sabe sacar nuevo y brillante partido de ideas ajenas, sabe

amoldarlas á su genio, á su época, á su nacion. Como artista de forma, como escritor, no tiene rival que le aventaje; como poeta creador pertenece indudablemente á un órden secundario.

El Señor Caro, que combate en su discurso este punto de vista con vigor y con entusiasmo, cita el ejemplo del Quijote, para demostrar que la imitacion en los pormenores no supone falta de originalidad, y dice que se advierten á cada paso, en la obra de Cervántes, reminiscencias de los libros caballerescos que el mismo Quijote desacreditó. Este ejemplo usaríamos nosotros para probar lo contrario. No es la simple imitacion de los pormenores lo que hace de Virgilio un discípulo, y nada más, de Homero; es la identidad completa en el uso de esos pormenores. Pueden imitarse, copiarse pensamientos, detalles, pormenores, y sin embargo aplicarse originalmente á obras del todo originales. Cervántes imitó libros de caballería, y compuso el más grande, el más sublime y el más original de los libros de caballería. Dante (y éste nos parece ejemplo mejor) conoció y estudió los escritos de Virgilio; copió á menudo pensamientos del poeta latino, é hizo del mismo Virgilio su guia y compañero en la peregrinacion por la ciudad de los dolores. Dante, empero, es completamente original. Virgilio, por el contrario, toma materiales de la *Iliada* y la *Odisea*, para escribir un poema idéntico á los poe-

mas de Homero. La semejanza de los detalles nada significaría, si no fuese una misma la idea capital, y si la obra toda no fuese un reflejo de su modelo.

Suspendemos aquí estas observaciones, que son susceptibles de mayor desarrollo, pero que ocuparían más espacio del que tenemos disponible y nos impedirían hablar de la nueva traducción, nuestro objeto principal ahora, y la cual sentimos no poder analizar tan detenidamente como lo merece.

El Señor Caro (para usar una expresión del ilustre italiano Leopardi) no puede ya morir, porque vive con un inmortal. Ha unido indisolublemente su nombre, para todos los que hablamos en español, con el del gran poeta latino, y por tanto vivirá, como el de Aníbal Caro, como el de Monti, como el de Schlegel, asociado al de una de las grandes glorias de la humanidad. Traducir un poeta antiguo y traducirlo bien, es empresa digna del mayor encomio, es someter el espíritu á la más vigorosa disciplina, y luchar sin descanso, sobre todo las veces en que el esfuerzo brilla menos y menos fructífero parece. Porque es temeraria presunción aspirar á decir tan bien como el original; las lenguas modernas menos expresivas, menos pintorescas, menos sobrias, menos libres y menos musicales, jamás pueden competir con las antiguas. Hay que contentarse con seguir sus huellas desde lejos, *longe*

vestigia sequi, como decia Estacio refiriéndose precisamente á Virgilio.

Gran parte de cuanto puede hacerse ha logrado el Señor Caro. Tenemos sólo á la vista los dos primeros tomos de la obra, que comprenden las diez *Eglogas*, las *Geórgicas* y los seis primeros libros de la *Eneida*. Pero la obra, como dijimos, está ya terminada.

¿Qué causa tan grande hubo que te moviese á visitar á Roma? pregunta Melibeo en la primera de las *Bucólicas*. He aquí la respuesta de Títero, tal como la traduce el Señor Caro :

Amor de libertad : aunque tardía
Miróme al fin y me miró en buen hora,
Cuando ya la navaja cortadora
Blanca la barba de mi faz raía.
Tras largo tiempo Libertad clemente
Miróme al fin y serenó mi frente.
..... Dejóme Galatea,
A cuya voz un tiempo yo sumiso
(Confesarlo es preciso)
Ni esperanza veía
De libertad, ni del caudal las creces ;
Aunque de mi manada
Salía muchas veces
Víctima á los altares destinada ;
Aunque siempre apreté sabroso queso
Y le llevaba á la ciudad : en vano !
Volviendo á casa, con su grato peso
Nunca el dinero me llenó la mano.

Buena maestra es ésta de la facilidad y elegancia de la traducción; el verso corre en ella fácil y abun-

dante. Sentimos que haya cambiado en « amor de libertad » el *libertas* de Virgilio; así hubiera debido ser, y no chocaría un poco la concordancia femenina del siguiente adjetivo « tardía »; y sentimos igualmente que suprimiese el *inertem* del primer hexámetro latino, que cuadra tan bien al carácter que revela Tí-tiro en toda la composición.

Las *Eglogas* y las *Geórgicas* son la parte mejor de la traducción; la silva merece el nombre del metro más á propósito en castellano para la poesía descriptiva, y el Señor Caro lo prueba una vez más en los cuatro admirables libros de las *Geórgicas*.

No así en la *Encida*. El metro que conviene al poema, dice el traductor, « lo mostraron ya los Homeros italianos y españoles. » No pensamos de la misma manera. Anibal Caro, á quien consideramos el moderno que mejor ha vertido la *Encida*, escribió su traducción en versos sueltos. El poeta colombiano ha escogido la octava real para su obra. Ese metro difícil agrega una dificultad insuperable á las infinitas que circundaban su tarea. La octava, por su carácter hasta cierto punto completo en sí misma, los pareados finales y la pausa con que generalmente concluye, tiene un sabor epigramático, poco propio para una narración tan igualmente noble y sostenida como la *Encida*. Que el Tasso y Camoens y los demás hiciesen grandes poemas en octavas, nada prueba; una

cosa es traducir y otra concebir originalmente. El pensamiento allí brota ya preparado para la forma en que ha de vaciarse; aquí hay que fraccionarlo y amoldarlo para un metro esencialmente diverso del primero en que se modeló. Las octavas de un canto son como pequeñas piedras preciosas, como las cuentas de un rosario, independientes unas de otras, con su corte y su pulimento especiales, y las ideas sufren una transformación muy marcada al pasar del majestuoso y libre hexámetro latino á la amarrada y contraída estrofa castellana. Para probar lo que decimos bastaría poner algunos versos sueltos de la traducción italiana citada, al lado de algunas de las estrofas del Señor Miguel Antonio Caro.

Traduciendo el Señor Caro en la segunda octava del primer canto la invocación á la Musa, incluye cuatro hexámetros en cinco endecasílabos, lo cual es raro, pues en general se requiere mayor número de versos españoles para otros tantos latinos. ¿Cómo logra eso? Suprimiendo en su traducción el *regina deum*, el *tot casus*, el *tot labores*; y traduciendo el *insignem pietatem virum* por « la misma virtud, » y el celebre *Tantene animis caelestibus iræ!* por

¿ Como cupo en un dios crueldad tamaña ?

Echamos la culpa de todo esto á la octava.

En cambio, otras veces triunfa señaladamente el

traductor; y la obra toda tiene un carácter tranquilo, sereno, suficientemente noble, que á la larga encanta y fascina. Sirva de muestra esta bella octava que contiene algunos de los hexámetros más conocidos del viaje de Eneas en el infierno:

Tendidos campos se abren luego, aquellos
Que la fama *llorosos* apellida:
Los que doblaron al amor los cuellos,
Los que murieron de amorosa herida
Vienen allí; y entre sus mirtos bellos
El bosque cruzan que les da guarida,
Por veredas ocultas. Ay! los hieren
Penas de amor que ni en la muerte mueren.

Nueva York, 1874.

* En el apéndice que, con el título de *Corrigenda*, hay al fin del tomo III de la traducción del Señor Caro, hallamos esta nota, que agradecemos como una atención del distinguido literato colombiano.

« *Encida*, I, II. Con la siguiente enmienda se procura satisfacer á un reparo que hizo á este pasaje de la traducción el Señor D. Enrique Piñeyro, en *El Mundo Nuevo*, de Nueva York, número de 10 de Octubre de 1874:

¿ Qué ofensa suscitó la excelsa ira
Que á la errante virtud sigue y quebranta?
¿ Cupo en celestes pechos furia tanta?

DICCIONARIO BIOGRÁFICO AMERICANO

POR

JOSÉ DOMINGO CORTÉS

Paris.—Typ. Lahure: 1875

ESTE importante libro es el primer ensayo en su género, y la primera edición (como en el prólogo se dice muy bien) no podía ser perfecta. « Por mucho escrúpulo que su organizador y editor haya puesto, es materialmente imposible que en los apuntes biográficos de más de cinco mil personajes, á muchos de los cuales las distancias, las ocupaciones ó la excesiva modestia han impedido proporcionar detalles ó resolver dudas, no se hayan deslizado involuntariamente algunos errores accidentales de nombres, de lugares ó de fechas. » Copiamos todo el párrafo anterior, que es rigurosamente exacto, del breve y sustancioso prólogo que va al frente del Diccionario.

traductor; y la obra toda tiene un carácter tranquilo, sereno, suficientemente noble, que á la larga encanta y fascina. Sirva de muestra esta bella octava que contiene algunos de los hexámetros más conocidos del viaje de Eneas en el infierno:

Tendidos campos se abren luego, aquellos
Que la fama *llorosos* apellida:
Los que doblaron al amor los cuellos,
Los que murieron de amorosa herida
Vienen allí; y entre sus mirtos bellos
El bosque cruzan que les da guarida,
Por veredas ocultas. Ay! los hieren
Penas de amor que ni en la muerte mueren.

Nueva York, 1874.

** En el apéndice que, con el título de *Corrigenda*, hay al fin del tomo III de la traducción del Señor Caro, hallamos esta nota, que agradecemos como una atención del distinguido literato colombiano.

« *Encida*, I, II. Con la siguiente enmienda se procura satisfacer á un reparo que hizo á este pasaje de la traducción el Señor D. Enrique Piñeyro, en *El Mundo Nuevo*, de Nueva York, número de 10 de Octubre de 1874:

¿ Qué ofensa suscitó la excelsa ira
Que á la errante virtud sigue y quebranta?
¿ Cupo en celestes pechos furia tanta?

DICCIONARIO BIOGRÁFICO AMERICANO

POR

JOSÉ DOMINGO CORTÉS

Paris.—Typ. Lahure: 1875

ESTE importante libro es el primer ensayo en su género, y la primera edición (como en el prólogo se dice muy bien) no podía ser perfecta. « Por mucho escrúpulo que su organizador y editor haya puesto, es materialmente imposible que en los apuntes biográficos de más de cinco mil personajes, á muchos de los cuales las distancias, las ocupaciones ó la excesiva modestia han impedido proporcionar detalles ó resolver dudas, no se hayan deslizado involuntariamente algunos errores accidentales de nombres, de lugares ó de fechas. » Copiamos todo el párrafo anterior, que es rigurosamente exacto, del breve y sustancioso prólogo que va al frente del Diccionario.

La obra, repetimos, es un ensayo; sus errores no son *algunos* sino muchos, y ojalá lo fuesen únicamente de nombres, lugares ó fechas! Sin embargo, no vacilamos en declarar que el Señor Cortés merece la gratitud de todos: que su trabajo es la primera piedra, la piedra fundamental de un edificio, que él mismo quizás, que otros de seguro, acabarán de levantar llevándolo á la altura que le corresponde.

La condicion esencial para compilar y escribir diccionarios de esta especie es un cuerpo nutrido, bien clasificado y hábilmente disciplinado de colaboradores; y faltó esta base indispensable al propósito del Señor Cortés. En primer lugar, segun confiesa en el prólogo, se dirigieron cartas á muchas de las personas cuyos nombres ó biografías debían incluirse en el libro pidiéndoles datos; y unas no contestaron, otras disculpadas con su «modestia» ó impedidas por sus «ocupaciones» los dieron incompletos; y otras, en fin, escribirían sus propias noticias. De aquí una diversidad extraordinaria, una extraña desigualdad en la repartición general del espacio. Hay individuos de indiscutable eminencia que apenas obtienen una media docena de líneas; hay otros relativamente oscuros (oscuros aún despues de la copiosa biografía que se inserta) que ocupan columnas y hasta páginas enteras. No apoyamos con citas esta asercion, porque ni es remotamente nuestro objeto lastimar el amor propio de

nadie, ni dada su naturaleza han de ser esas citas necesarias, pues los que hojeen el diccionario por sí mismos las hallarán á cada paso.

En segundo lugar, la lista de colaboradores que estampa el Señor Cortés, indica desde luégo, por la simple enunciacion de sus nombres, que es una agrupacion, formada al acaso, de personas que se prestaban á hacer un favor, nada más que un favor, sin orden ni concierto. Es evidente que no es ese el modo de formar un diccionario. Hay entre ellos una fuerte proporción de escritores chilenos, como era natural suponer, pues creemos que Cortés (cuya biografía no está en el Diccionario) es chileno tambien. Esto, por de contado, no lo decimos en són de vituperio; y da por lo pronto el ventajoso resultado de ser la parte chilena la mejor y más completa de la obra, la única que hasta cierto punto tiene un carácter definitivo, y la que ménos correcciones esenciales necesitará en las futuras ediciones.

Forman parte del Diccionario los nacidos en la República de los Estados Unidos de Norte-América y en el Imperio del Brasil. Así debia ser para justificar el adjetivo «americano» que lleva el título; pero como no hallamos un solo nombre anglo-americano en la lista de colaboradores, suponemos que se copió, ó tradujo, la seccion de los Estados Unidos de otros libros, lo cual prueba que no era indispensable dicha parte.

Abulta innecesariamente el volúmen, y destruye la armonía que de otro modo formarían tantos nombres, pertenecientes á países diversos, y ligados íntimamente por el rasgo común de la misma lengua y la misma raza. Los datos referentes á personajes anglo-americanos suelen ser exactos hasta cierto período, que malignamente suponemos sería la fecha de la publicación del Diccionario ó Enciclopedia de donde se toman; y suelen ser equivocados apénas comienzan á referirse á sucesos más próximos á nuestros días. Otras veces son inexactos desde el principio hasta el fin. Un ejemplo entre muchos: la biografía de Horacio Greeley. Fué éste, como nadie ignora, uno de los periodistas más celebrados de los Estados Unidos; notable, fuera del campo literario, por el ardor de su propaganda contra la esclavitud de los negros y por haber sido candidato para la Presidencia en la reñidísima campaña que dió por resultado la reelección del General Grant. Este suceso, el más importante de su vida, aparece bajo un punto de vista falso en el Diccionario de Cortés. Dice que Greeley «contribuyó eficazmente á la organización del partido republicano y fué su candidato á la Presidencia de la República en 1872.» La parte innegable de Greeley en la organización del partido republicano tuvo lugar en la década de 1850 á 1860, y lejos de ser él candidato del partido «republicano» en 1872, desertó sus filas y fué can-

didato del partido contrario, por lo cual quedó derrotado, y triunfantemente elegido Grant, á quien cuatro años ántes había apoyado el mismo Greeley. Agrégase, por último, al concluir la noticia, que «Greeley pasaba con justa razón por el primer publicista de los Estados Unidos.» El primer periodista, pase; si no es cierto, pudo serlo; pero publicista, nó; ni primero, ni segundo, ni tercero; ocupa, bajo este respecto, un puesto inferior en la literatura anglo-americana.

La diversidad de plumas, conseguidas al acaso, que ha tomado parte en la redacción del Diccionario, no guiada ni vigilada por otra superior que cuidase de dar al libro unidad y carácter, produce una diversidad imperdonable de estilo. Aparecen de cuando en cuando noticias verdaderas de Diccionario, es decir, concisas, sencillas y repletas de hechos; y al lado columnas de frases pomposas, altisonantes, de malísimo gusto, que ni en un folletín de diario estarían bien. Véanse éstas del principio de la biografía de Bolívar: — «Jóven aún, con la conciencia íntima de su sér y sintiendo bullir en su cerebro un pensamiento de fuego, desarrolló de día en día, á la luz de la reflexión y de los años, sus ideas;» — todo lo cual es tan gongorino en la forma como vacío de significación.

La noticia sobre Heredia concluye así: — «¡Tal vez si se tuviera que buscar la losa que cubre los res-

tos donde esa alma divina vivió encerrada, no se encontraría ya, porque siendo desgraciado y pobre, fácil será que el egoísmo de los hombres haya necesitado para otro cadáver el lugar estrecho donde se encerraron sus humildes depojos! Pero si es fácil que perezca y se consuma con los tiempos la humana naturaleza; si es fácil que la avaricia, la impiedad, el desamor y el abandono profanen los sepulcros y arrojen de ellos los restos de los hombres, las obras de Heredia vivirán eternamente y acompañarán en el viaje de la vida á las obras de Homero, de Bion, de Pindaro y de Tirteo, y del grande, sublime y honrado Quintana. » Dificil es, sin duda, escribir peor; jamás hemos visto unidas mayores pretensiones á más débiles esfuerzos literarios. Además, lo que el autor pone en forma de imprecación, y precedido de un *tal vez*, es un hecho conocido, que se halla en un libro, publicado muchos años ha, el *Viaje á América* de Ampère. A los cinco años de enterrado Heredia en el cementerio de Toluca, es decir, en 1844, fueron extraídos sus restos del nicho en que se encontraban y arrojados en la fosa comun.

Acompaña al Diccionario un retrato grabado sobre acero de Diego Portales, y la biografía de este ilustre hombre de Estado chileno es la más larga de todas. Ocupa nada ménos que catorce columnas, es en extremo interesante y bien escrita. Aunque evidente-

mente redactada por mano liberal chilena, juzga con imparcialidad los eminentes servicios del organizador de la República, y es en resumen lo más breve y completo que conocemos sobre ese personaje.

Con motivo de la biografía del General José de San Martín tenemos un pequeño proceso que entablar contra el autor del Diccionario. El que escribe estas líneas, que es al mismo tiempo el Director de este periódico, (1) hubiera visto sin sorpresa que su nombre no apareciese en la obra del Señor Cortés; sin que la modestia tenga papel alguno que representar en el presente caso, confiesa sinceramente que no juzga sus escritos dignos de colocar muy alto su nombre en el catálogo de literatos hispano-americanos; por tanto quedó gratamente sorprendido al leer las líneas benévolas que en la correspondiente letra de su apellido se le consagran; y, por la razón más arriba expresada, no extrañó que su nombre estuviese mal deletreado, y llevase una *n* en vez de una *ñ*, é *i* latina en vez de la griega que acostumbra usar. Nada de particular tendría que ni el Señor Cortés ni sus colaboradores conociesen exactamente su nombre. Pero, al llegar á la vida del General San Martín, notó que toda ella está

(1) *El Mundo Nuevo—América Ilustrada*, publicación quincenal ilustrada, que por espacio de varios años dirigió en la ciudad de Nueva York y circulaba extensamente por toda la América española.

extractada de la Biografía escrita, y publicada con su nombre en un folleto, por el Director de este periódico, en 1870. Más aún, contamos en la noticia del Señor Cortés veinte y seis líneas continuadas que son copia fidelísima, literal de una página de aquel folleto; y cuenta que algunas de ellas no relatan hechos, sino expresan opiniones individuales. El Diccionario no advierte nunca cuando copia, ni mucho menos indica el nombre del autor copiado. Lo mismo sucede con la noticia sobre el poeta cubano Zenea, extractada, y copiada en parte, de un trabajo impreso que escribió la misma persona de que estamos hablando. Somos, pues, involuntariamente, y dos veces, colaboradores de ese Diccionario Biográfico, y nuestro nombre, por consiguiente, pudo haberse copiado con cabal exactitud del folleto citado. — ¿Verá el Señor Cortés, verá álguien en estas observaciones, una prueba de amor propio herido? Nos figuramos que nó. Y la verdad es que las breves palabras que nos dedica el Diccionario son tan indulgentes, tan generosas, como nuestro amor propio (si lo tuviésemos) fuera capaz de desealarlas. Es claro, pues, que no se siente herido.

Además, como no será ésta, probablemente, la única reclamacion personal que reciba el Señor Cortés, y como nos lo figuramos hoy lleno de experiencia y muy dispuesto á aplicar á otros más que á los poetas el *genus irritabile* de Horacio; y como despues de

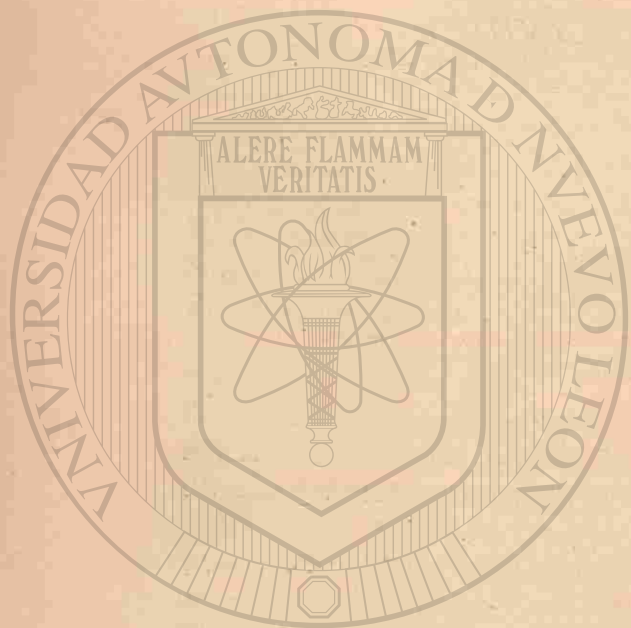
todo más parece ocasionado por errata de imprenta que por otra cosa el motivo de nuestra queja, — nos complacemos en creer que nos considerará lo que realmente somos, la ménos quejosa de todas sus víctimas.

La biografía de Andres Bello es excelente, lo mismo que varias otras de escritores hispano-americanos. La del General Páez adolece del mismo defecto que la de Bolívar. Concluye con este aforismo tan hueco como inoportuno: « Los siglos podrán apagar los volcanes y secar los torrentes de su patria, pero serán impotentes para *aniquilar* su memoria. »

Aunque la parte cubana es la más desigual del Diccionario, notamos como brevemente exacta y completa la biografía del ilustre educador José de la Luz Caballero, y la de nuestro distinguido amigo el Señor Antonio Bachiller y Morales.

No podemos ahora llevar más léjos el análisis, y concluimos repitiendo que, con todos sus defectos, ha prestado el Señor José Domingo Cortés, con este Diccionario, un señalado servicio, cuya importancia somos de los primeros y más sinceros en declarar.

Nueva York, 1876.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	PÁGINAS
PRÓLOGO	vii
Madame Roland	1
Notas de un viaje por Italia	23
Bosquejo de la fundación de los trece primeros estados de la Union Americana	43
Los Estados Unidos en 1875	65
El Matrimonio de Byron	99
Novelistas franceses contemporáneos.— Octavio Feuillet	119
“ “ “ Stendhal	128
“ “ “ George Sand	139
El Senado Romano	143
Dante y la Divina Comedia	167
Poetas líricos cubanos.— José María Heredia	197
“ “ “ Plácido	202
“ “ “ José Jacinto Milanés	207
“ “ “ La muerte de la Avellaneda	213
Emilio Castelar.— El movimiento republicano en Europa	217
Una tragedia griega por un poeta cubano	233
William H. Seward	247



El repertorio de una actriz.—Medea	259
“ “ “ María Estuardo	263
“ “ “ Pia de Tolomei	267
“ “ “ Sor Teresa	270
“ “ “ Giuditta	273
“ “ “ Elisabetta	276
“ “ “ Maria Antonieta	279
“ “ “ Macbeth	282
“ “ “ Fedra y Norma	285
Un traductor colombiano de Virgilio	286
Diccionario biográfico americano	297

ERRATA.—En la página 257, línea 4, donde dice: « sin dejar de sí, » debe decir: « sin dejar detras de sí. »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



GENERAL DE BIBLIOTECAS



Presentada
a la Biblioteca Pública
Monterrey Setiembre 16 de 1884

Thomas M. Westrup



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

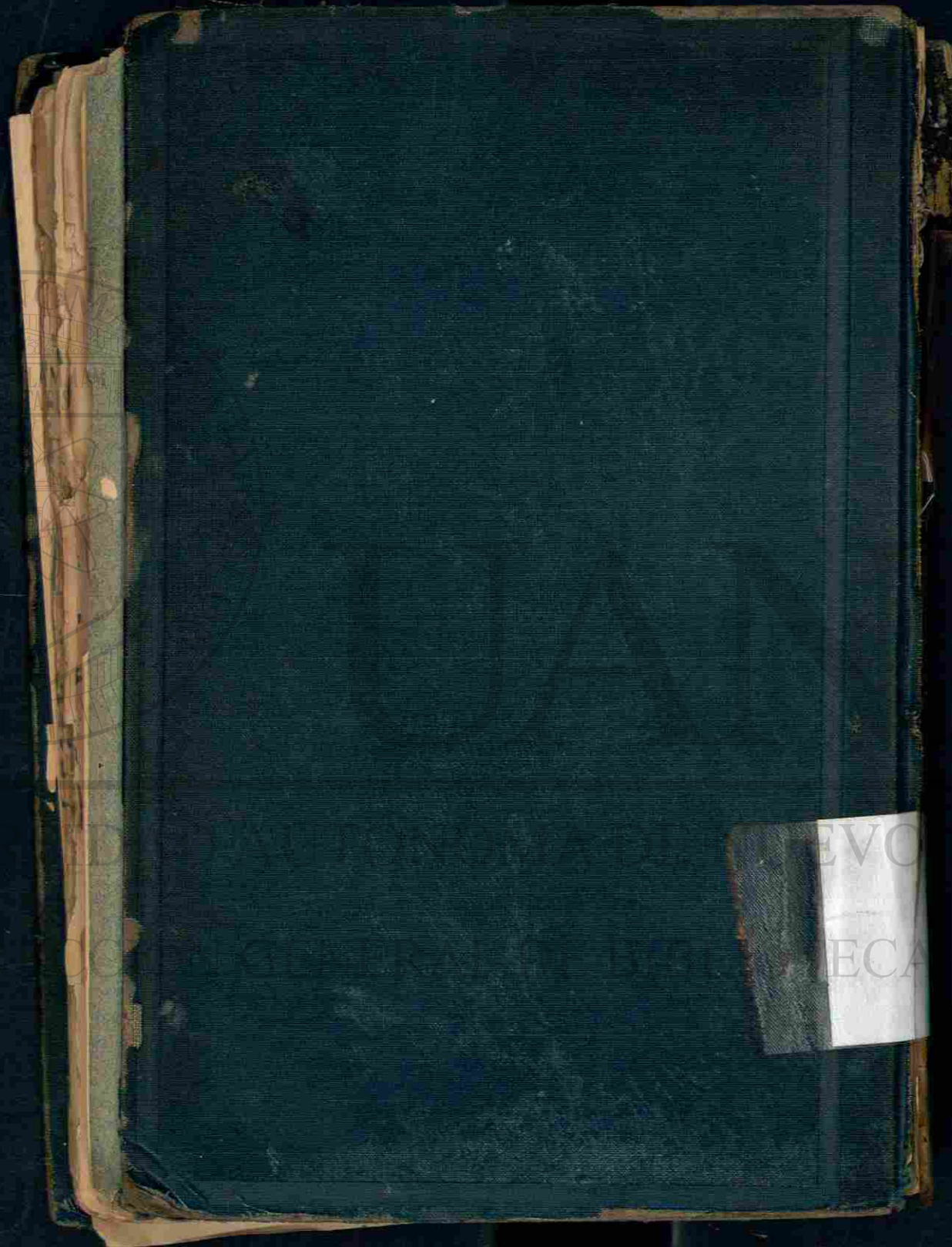




UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EVO
ECA